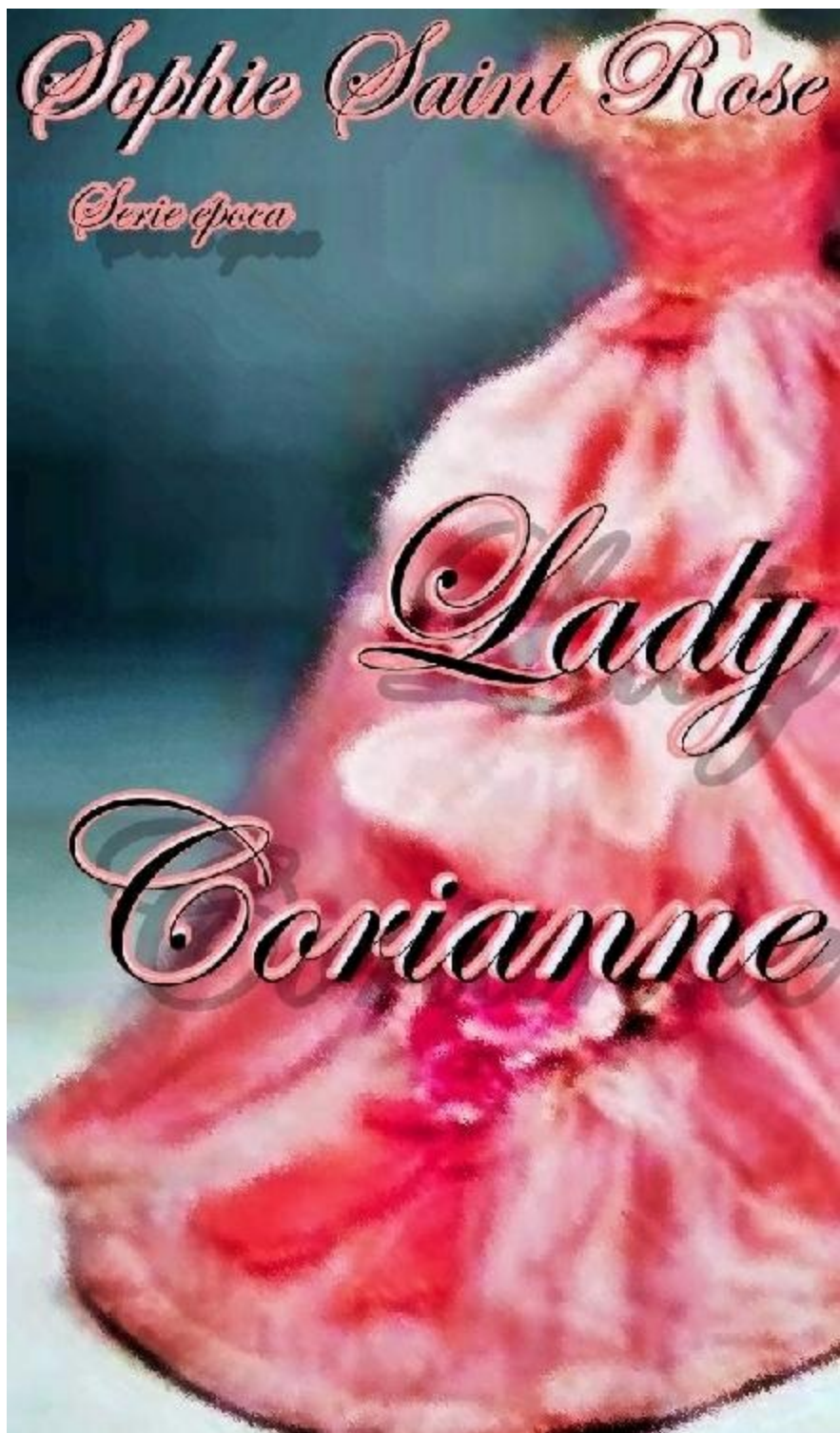


Sophie Saint Rose

Serie epoca

Lady

Corianne



Lady Corianne

Sophie Saint Rose

Capítulo 1

Corianne bajó de la carreta con la pequeña bolsa en la mano, donde tenía sus escasas posesiones, y caminó hasta la carreta de su hermana June. Sus

ojos castaños se fijaron en que uno de los chicos del circo, que ayudaba a recoger la carpa, estaba mirándola con deseo como en los últimos meses.

Levantó la barbilla orgullosa y abrió la puerta de la carreta antes de subir rápidamente, haciéndole reír. Sabía lo que decían de ella. Que se creía superior

por ser hija de un conde, pero no era cierto. Se sentía muy agradecida porque su hermana y su cuñado la hubieran ayudado a salir de la casa de su padre, pero ya era hora de abandonar el nido para seguir adelante.

Cerró la puerta y sonrió a su hermana, que sentada en la cama acunaba a su hija que apenas tenía dos días. Era increíble que hubiera dado a luz hacía tan poco y que estuviera tan hermosa. June Campbell era su medio hermana por parte de padre y no se habían criado juntas porque era bastarda. Había salido de su aldea en Pemberton House, donde era rechazada, para convertirse en la princesa del circo Campbell, condecorada por la mismísima reina

Victoria que la apreciaba mucho.

—Estás más hermosa que antes de dar a luz —susurró impresionada

pues su cabello rubio platino brillaba a la luz de las velas y sus ojos azules resplandecían.

—Es que nunca he sido más feliz que en este momento. —Miró su

hatillo en su mano. —Aunque me parece que me voy a entristecer. Ven, siéntate. —Se acercó a ella sentándose en la cama a su lado y miró a su pequeña que estaba dormidita. —Así que te has decidido.

—Estoy muerta de miedo —dijo con los ojos como platos haciéndola reír. June alargó una mano y le acarició la mejilla—. En estos momentos me gustaría tener tu carácter.

—Tienes mi carácter. No eres la Corianne de hace un año. Ahora eres más fuerte y tienes un pronto... —Intentó disimular la risa. —Que se lo digan a los del circo. Les llevas tiesos como velas.

—Seguro que hacen fiesta cuando me vaya.

—No lo harán porque me quieren y saben que te quiero.

Emocionada sintió que sus ojos castaños se llenaban de lágrimas. —

¿De verdad me quieres?

—Eres mi hermana. La única familia que tengo. —La miró con cariño.

—Te quiero muchísimo. Tanto que le he puesto tu nombre a mi hija.

Se le cortó el aliento. —Mi nombre. Creía que la llamarías como la Reina.

—Esa idea es de Russell —dijo mencionando a su marido—. Pero ganaré yo como siempre. De hecho, ya la llamo Corianne y ya no protesta. —

Le guiñó un ojo haciéndole reír. Russell no podía negarle nada a su esposa. —
La

amaba con locura. Eso le hizo recordar hacia donde se dirigía y perdió la sonrisa poco a poco. —¿Qué te preocupa? —preguntó su hermana.

—No sé. Igual que el marido que me ha endilgado la Reina para evitar que mi padre me casara, después de nuestra boda me ha dejado aquí y no se acuerda de que está casado.

—Para eso estás tú. Para recordárselo. Y ponte firme. Nada de dejarte intimidar, ¿me oyes? Eres la condesa de Wodsworth y debe darte tu sitio.

¿Recuerdas mis palabras?

—Tengo que demostrarle que le quiero y sacarle de sus casillas.

Provocarle. Cuando tú provocabas a Russell, más te deseaba.

—Exacto. Hazlo así y te irá bien. No te vuelvas una de esas esposas aburridas que se conforman solo con tener vestidos, como esas ricas gordas que comen pastas todo el día cotilleando. Tú eres Corianne Laughton la esposa

del hombre más libertino y disoluto de Inglaterra. Tienes que estar a la altura.

—Corianne asintió moviendo sus rizos rubios y June cogió su mano. —Te enviaré una carta todas las semanas durante la gira. Ya me la escribirá alguien.

Si me necesitas, sabrás donde encontrarme. No perderemos el contacto.

—No te veré en un año —susurró apenada.

Apretó su mano llamando su atención para que la mirara. —Levanta esa barbilla. El espectáculo debe continuar como la vida. No se detendrá ante nada

y tú no puedes seguir dejando que te ignore. Demuestra quién eres y de qué pasta estás hecha.

—¿Y si no se enamora de mí? —preguntó asustada.

June sonrió. —No puedes hablar en serio. ¿No te he enseñado nada en estos meses? Nunca te des por vencida.

Corianne tomó aire y se levantó para besarla en la mejilla, pero antes de separarse susurró —Gracias por rescatarme de las manos de padre.

—Olvídate de él. Vas a empezar una nueva vida. Eso ya es agua pasada y está muerto y enterrado.

La puerta se abrió y Russell entró quitándose el sombrero que llevaba sobre su cabello negro revuelto. —Estaremos listos para partir esta noche, preciosa. —Miró a Corianne. —¿Estás segura de lo que haces?

—Sí —respondió intentando hacerse la fuerte—. Ya va siendo hora de que me enfrente a él. —Sonrió a su cuñado, que parecía preocupado. —No pasará nada. Os iré contando las novedades por carta.

—Si tienes algún problema, envíanos aviso.

Corianne asintió respondiendo a su sonrisa, pues aunque discutían mucho, sabía que se tenían cariño. —Cuidarás de mi hermana, ¿verdad?

June intentó reprimir las lágrimas y su marido dijo —Por supuesto. No debes preocuparte por ella.

—Sé que la cuidarás. —Miró a June y a la niña. —Os veré en un año.

—Aquí estaremos.

—Y yo estaré en primera fila para ver el mejor circo del mundo. —

Emocionada fue hasta la puerta y al salir todo el circo estaba allí con una sonrisa en la cara. No se lo esperaba y con lágrimas en los ojos vio como uno

por uno se fueron acercando para despedirse de ella. Michael, el sobrino de Russell de quince años, le acercó la única posesión que había logrado sacar de

la casa de su padre en su huida. Su caballo.

—Gracias —susurró cogiendo las riendas mirando sus ojos negros—.

Por todo.

—Hemos estado encantados de verte intentar sobrevivir en el circo y casi lo estabas consiguiendo.

Corianne se echó a reír. —Hora de volver a la civilización.

—Ánimo, condesa. Ahora conoces lo mejor de los dos mundos. Nunca olvides lo que hay al otro lado de la aristocracia y aquí seguiremos por si quieres regresar.

—Lo sé.

Se subió al caballo con su ayuda y su amigo colgó su hatillo en la silla de montar. —Suerte, Cori. ¡Te vemos en un año! —Mientras se alejaba, se despidió con la mano sintiendo un nudo en la garganta, pero a pesar de ser una

vida nómada y dormir en una carreta, era el único sitio donde se había sentido segura en toda su vida.

Miró al frente y azuzó a su caballo recorriendo a galope los terrenos

de Hyde Park, donde estaba asentado el circo. Cuando llegó al límite del parque fue hasta Westminster, donde había descubierto que su marido tenía su

casa.

Conocía Londres de su breve primer matrimonio, pues para no estar en casa con el viejo marido que le había buscado su padre, se pasaba todo el día paseando por la ciudad con su doncella. Suerte había tenido de que el viejo hubiera muerto apenas seis meses después de su matrimonio. Al no haber tenido descendencia, porque se había negado a que aquel viejo la tocara, amenazándole con ridiculizarle ante todo Londres en la única muestra de valor

que había tenido en su vida, tuvo que volver a casa de su padre después de su fallecimiento. Pero el tiempo que había estado en la ciudad lo había aprovechado y conocía cada callejón de la parte alta de la ciudad.

Al llegar al número veinticinco miró la fachada desde su montura. Era una casa de tres pisos donde obviamente vivía un soltero de clase alta. Todavía

recordaba las palabras de su marido apenas unos minutos después de decir sí quiero y apretó los labios porque era más que evidente que no había comprado

la casa que ella se merecía según sus palabras. Bien que la había dejado durmiendo en una maldita carreta, el muy sinvergüenza.

Se bajó del caballo y vio a un pillo al otro lado de la calle. Le hizo un gesto con la mano y el pillo cruzó la calle corriendo casi haciendo que le

atropellara un cabriolet que pasaba en ese momento. Sonrió porque no debía tener más de siete u ocho años.

—¿Sí, señorita? —Se quitó la gorra impaciente mostrando sus sucios caracolillos castaños y la evaluó con la mirada. Sus preciosos ojos color miel indicaban que estaba hambriento.

—¿Me cuidarás el caballo?

—¿Por cuánto?

Corianne sonrió. —¿Cuánto quieres?

—Diez libras.

Se echó a reír. La culpa era suya por preguntar. —Te doy algo de comer y vas listo.

—¿De verdad? No me separaré de él.

—¿Cómo te llamas?

—Chico.

—Ya veo que eres un chico, ¿pero cómo te llamas?

—Me llamo así, señorita. Chico.

—Chico... —Hizo una mueca y alargó la mano. —Soy Lady Corianne Laughton y es un placer conocerte.

Chico se empezó a reír llevándose la mano al vientre como si hubiera dicho algo muy gracioso. —Eh, ¿de qué te ríes? —preguntó algo ofendida.

—Perdone,

señorita.

Ha

tenido

gracia.

—Siguió

riendo

sorprendiéndola aún más.

—¡Te he dicho que soy Lady!

Él miró su simple vestido rosa y sus botines prestados intentando ponerse serio. —¿Sí? ¿Y se ha casado con un probe?

—Querrás decir pobre.

—Eso.

—Pues no. Estoy casada con un rico. —Señaló la casa. —¡Y vive ahí!

El niño se volvió a reír a carcajadas. —Déjelo ya. Que no puedo más.

Corianne puso los brazos en jarras. —¿De qué rayos te ríes, Chico?

—Ahí vive Lord libertino.

—¿Lord libertino?

—Así le llaman. —Se acercó como si compartiera un secreto y ella se agachó para que le dijera al oído —He oído que duerme con una distinta cada noche.

—¿Y qué sabes tú de eso? ¡Eres un chiquillo! —Roja de vergüenza

miró a su alrededor antes de agacharse de nuevo. —¿Así que duerme con una distinta cada noche?

—Prefiere las casadas y las viudas. No hay mujer donde ponga la mirada, que no caiga rendida a sus pies.

—Estás exagerando.

—¡Que no! ¡Se lo disputan!

—¿Cómo sabes tanto de Lord Laughton?

—Porque vivo en su establo.

Ella frunció el ceño. —Así que vives en su establo. ¿Lo sabe él?

—No. Pero no se lo dirá, ¿verdad señorita?

—No. No se lo diré. —Se incorporó tomando aire antes de mirar la casa y le dijo —Lleva Ulises al establo de Lord Laughton y después entra a la cocina a comer algo.

La miró impresionado. —No me dejarán pasar.

—Si te dejarán pasar porque lo digo yo. —Fue hasta los cinco escalones y los subió lentamente. Se volvió nerviosa para ver a Chico que no se había movido del sitio y le hizo un gesto con la mano. —Vamos.

—Estoy esperando a que el mayordomo la eche. Necesitará el caballo.

—¡No me va a echar!

—Por si acaso. Yo espero. No tengo prisa.

Exasperada se volvió y golpeó tres veces el tirador de la puerta en forma de león. Cinco minutos después, aún estaba esperando a que abrieran la puerta y empezando a enfadarse volvió a golpear con fuerza una y otra vez.

—¡Ya va! —dijo alguien al otro lado que por el tono de su voz parecía agotado.

Se abrió la puerta lentamente y un hombre de unos treinta años, a medio vestir y con el cabello rubio revuelto, se pasó la mano por los ojos como si se acabara de levantar. —¿Sí?

¡Aquello era el colmo! —¿Cómo que sí? ¡Retírate para que pueda entrar en mi casa! —Le empujó por el hombro y el tipo la miró asombrado.

—¿Su casa? ¿Está loca, mujer? ¡Salga de inmediato!

—¡Nombre!

—¡Eso quiero saber yo! ¿Cuál es su nombre?

—¡No! ¡Que me diga su nombre para que pueda despedirle como Dios manda, buen hombre!

—¿Despedirme usted? ¡Era lo que me faltaba por oír! Largo de aquí, chiflada.

Jadeó indignada. —¿Cómo se atreve? ¡Soy la Condesa de Wodsworth!

—¡Ja! —La cogió por el brazo y tiró de ella hacia la puerta. —Ese puesto está ocupado, bonita.

—¡Ya lo sé! ¡Por mí! ¡Soy Corianne Laughton y me casé con su señor por

orden de la Reina Victoria de Inglaterra!

El tipo le cerró la puerta en las narices y Chico hizo una mueca. Parecía algo decepcionado. Seguramente porque había tenido la esperanza de llenar la

barriga. Furiosa se volvió cogiéndose las faldas. —¡Chico, la puerta de atrás!

—Por aquí. —Tiró de Ulises metiéndose por un callejón que rodeaba la casa y le señaló la puerta mientras el lacayo del establo la miraba rascándose la cabeza.

Subió los escalones y giró el pomo de la puerta tirando de él varias veces. Gruñó porque estaba cerrada y miró a su alrededor viendo una ventana abierta en el segundo piso. Podía hacerlo. Había visto miles de veces a su hermana hacer cosas mucho más peligrosas. Vio el árbol que había enfrente.

La rama que llegaba a la ventana no es que fuera muy gruesa, pero ella no estaba gorda, así que por intentarlo...

Decidida fue hasta el árbol e intentó trepar por él. —Chico, ayúdame.

—¿Yo? Me aplastará, señorita.

Le fulminó con la mirada. —¿Qué has dicho?

—¿La ayudo yo? —preguntó el lacayo.

—¿A qué espera? Cuando pille a ese sinvergüenza... —Levantó el pie y el lacayo con descaro la cogió por el trasero elevándola. Abrió los ojos como platos por su descaro, pero se aferró al tronco.

El lacayo sonrió mostrando sus dientes podridos soltando las manos.

—Buen trasero.

—¡Despedido!

Miró al chico. —¿Me ha despedido?

El niño se acercó moviendo un dedo en círculos sobre su sien. —Dice que es la condesa del libertino. La parienta. ¿Entiendes?

—Ah... —Miró hacia arriba donde ambos le veían la ropa interior al intentar caminar sobre la rama, pero los botines se lo ponían algo difícil pues el tacón no se estaba quieto. —Se va a matar.

—¡Señorita, es mejor que se siente!

Corianne se desestabilizó para la derecha, pero levantando la pierna contraria consiguió enderezarse mientras rezaba todo lo que sabía. Iba a matar

a ese tipo y a su marido de paso. ¿Sería posible el recibimiento que le había dado ese vago?

A un metro de la ventana la rama empezó a doblarse y se detuvo

manteniendo el equilibrio con los brazos en cruz. Madre mía, ¿y ahora qué hacía? Solo tenía la opción de saltar, pero como fallara se iba a estrellar contra la pared. No sabía cómo June podía hacer esas cosas sin sufrir daño.

El lacayo miró al niño. —¿Se va a tirar?

—¡No! ¿Cómo va a hacer algo así? Está algo loca, pero...

Corianne se tiró a la ventana gritando de dolor al estrellarse con las

rodillas en el canto de la ventana antes de caer al interior rompiendo la ventana superior cuando sus piernas entraron en la habitación detrás de su cuerpo.

Rodó sobre el suelo de madera y mirando el techo gimió de dolor antes de levantar las piernas en V para verse las rodillas. —No ha sido nada. — Respiró

hondo. —Madre mía. Qué porrazo.

La puerta se abrió y el supuesto mayordomo ante ella la vio con las piernas abiertas mostrando la ropa interior. Corianne gritó sentándose de golpe y cubriendo las piernas con el vestido.

—¡Ahora sí que estás despedido! —Su cabello, que se había

desprendido del recogido con la caída, cayó por su espalda y el hombre la miró de otra manera.

—Bueno, si quieres conocer al conde podemos negociarlo, bonita. —

Se tiró de la cinturilla del pantalón hacia arriba sonriendo con suficiencia.

Estaba claro que tendría que librarse de ese estúpido si quería llegar

hasta su marido. Se levantó tocándose la cadera haciendo una mueca de dolor y

él sonrió encantado, acercándose con chulería sonriendo de medio lado. —

Pasaré por alto que has roto la ventana. Ya verás, bonita. Lo pasaremos bien.

Corianne sonrió dando un paso atrás. —Estoy segura de ello. Eres gallardo y atractivo.

—Eso dicen y en la cama soy una fiera.

—¿No me digas? ¿Y me presentarás después al Conde?

—Cuando se le pase la mona. Ha sido una noche intensa.

—Me lo imagino. —Batió las pestañas con coquetería. —¿Y está solo?

—¿El conde? Nunca duerme solo, bonita. Pero la dama ya se ha

marchado porque su marido la echaría de menos. —La miró de arriba abajo con deseo. —Ven aquí, que te voy a dar placer.

—No, deja que el placer te lo de yo. —Se volvió cogiendo un jarrón de la repisa de la chimenea y se lo estrelló en la cabeza.

Asustada pensó que no había funcionado porque se la quedó mirando con los ojos como platos durante varios segundos. Corianne al ver que no se movía, estiró el dedo índice dándole en el hombro antes de que cayera hacia atrás tan largo como era. Hizo una mueca de dolor cuando vio cómo su cabeza

revotaba en el suelo. Cuando se levantara, se iba a acordar de toda su estirpe.

Se encogió de hombros. —Céntrate, Cori. —Cogió sus faldas pasando sobre él

y salió de la habitación. Vio seis puertas y empezó por la más cercana. Cerró de golpe cuando vio a una mujer sentada sobre un hombre moviéndose como si estuviera cabalgando enloquecida, pero como era calvo se dio cuenta de que

no era su marido. Pegó la oreja a la siguiente puerta y no escuchó nada. Abrió una rendija y gruñó porque estaba vacía. La siguiente puerta quedaba ante la escalera y la abrió lentamente para ver una pierna colgando de la cama.

Entrecerró los ojos al ver ese gemelo tan masculino, que indicaba que el hombre que dormía allí estaba desnudo. Metió la cabeza y vio que la sábana solo cubría sus partes nobles. Su duro pecho cubierto de vello negro, hizo que mordiera su labio inferior poniéndose nerviosa. Estiró el cuello para intentar ver la cara, pero solo veía su mandíbula. Un fuerte ronquido la sobresaltó y se dijo que tenía que decidirse a comprobar si era su marido o no. O podía estar allí todo el día.

Entró en la habitación con paso firme y se puso a los pies de la cama.

Impresionada se lo comió con los ojos, pues el hombre más atractivo que había visto jamás desnudo, estaba ante ella y era su marido. Tenía un brazo sobre los ojos, pero era obvio por su cabello negro y lo que veía de su cara que era su Conde. Incomprensiblemente pasó sus ojos por todo su cuerpo sin darse cuenta y cuando vio el dedo gordo de su pie sonrió como una tonta por lo bonitos que eran. Suspiró volviendo a mirar su cara. —Mi marido. Qué buen gusto tiene la Reina.

Él ni se movió y la tentación la recorrió de arriba abajo. Como si nada miró a su alrededor y rodeó la cama sigilosa. Lentamente cogió la sábana que cubría sus caderas y volvió a mirar hacia la puerta antes de levantarla suavemente. Su corazón golpeaba su pecho con fuerza intentando contener una risita nerviosa cuando vio su sexo relajado. Frunció el ceño. Pues tampoco era

para tanto. —Es algo pequeño —dijo para sí moviendo la cabeza hacia la izquierda para verlo mejor rodeado de aquel vello negro. Algo decepcionada

dejó caer la sábana mirando a su marido. —Espero que al menos te sirva para dejarme en estado.

Él volvió a roncar y decidiendo que ya había dormido bastante fue hasta la jarra de porcelana y volvió a la cama para tirársela por encima. Su conde se sentó de golpe parpadeando al mirarse el pecho mojado. Sus ojos estaban inyectados en sangre destacando su color verde y parecía que aún estaba borracho, porque le costó darse cuenta de que ella estaba allí hasta que tiró la jarra al suelo poniendo las manos en sus caderas.

Lord Henry Vincent Laughton tardó un rato en reconocerla, pero cuando lo hizo, ella se dio cuenta de inmediato, porque puso cara de horror.

—

Hola, maridito.

—Oh, Dios. —Se dejó caer en la cama y le dio la espalda mostrándole el trasero. Solo por ver eso se tiraba a treinta ventanas.

—¡Henry! ¡Me has dejado meses con mi hermana!

—Vuelve con ella. ¡Aún no he encontrado la casa!

—Porque estás demasiado ocupado saliendo de juerga con tus amigos.

—Exacto.

—¡Ni me has pasado una asignación! —Indignada se subió a la cama pasando sobre él para sentarse con las piernas cruzadas y mirarle la cara. — Yo

tampoco quería esto, ¿sabes? La Reina me sorprendió tanto como a ti.

—No creo.

—Lo que no entiendo muy bien es por qué te eligió a ti. ¿Está enfadada contigo?

—Algo así. —Se volvió dándole la espalda. —Preciosa, vuelve con la princesa del circo y déjame en paz.

—Ah, no. No puedo.

La miró sobre su hombro. —¿Cómo que no puedes? ¿Te han echado?

—¡Se han ido de gira un año! ¡No podía irme con ellos! ¡No me encontrarías! —dijo haciéndose la tonta cuando sabía de sobra que no quería verla ni en pintura. Sonrió encantada—. Pero después de vivir en una carreta durante meses esta casa me encantará. No debes preocuparte por la nueva. Soy

perfectamente capaz de vivir aquí.

Mirándola como si fuera una serpiente se sentó de nuevo. —Vivir aquí.

Conmigo.

—Es lo que hacen las parejas casadas. Viven juntas. —Sonrió de oreja a oreja. —¿No te alegras de tenerme a tu lado?

Se levantó de un salto mostrando toda su desnudez y ella suspiró encantada. Aunque al ver su miembro entrecerró los ojos. —¿Eso no es algo pequeño?

—¡No! —Se tapó con las manos antes de ir hacia una butaca y coger una bata de seda. Se la puso de malos modos. —¡Tienes que irte, Corianne!

—¿Cómo voy a irme? No puedo. Tú eres mi marido y tú tienes que mantenerme. Las cosas funcionan así.

—¡Te voy a decir cómo funcionan las cosas! ¡No te vas a quedar a vivir aquí!

—¿Por qué?

—¡Porque lo digo yo!

—Por cierto, he despedido a tu mayordomo. —Le miró con los ojos como platos. —Intentó propasarse.

—¿Qué has dicho?

—¡Y no quería dejarme entrar en mi casa! ¿Cómo se atreve? —Suspiró como toda una dama. —He tenido que defenderme.

Su marido dio un paso hacia ella con una mirada que la estremeció. —

¿Que ha intentado qué?

—¡Le dije quién era y me echó de la casa! ¡Tuve que entrar por la ventana! Me dijo que si quería algo contigo... pues ya sabes.

Vio que salía furioso de la habitación. —¡Bruce! ¿Dónde estás?

Corianne corrió tras él hasta el pasillo y señaló la puerta. Su marido furioso fue hasta allí para ver a su mayordomo tirado en el suelo. —¡Inútil levántate! —Le golpeó con el pie, pero no se movió. Se agachó para darle un

par de golpes en la mejilla y Corianne se apretó las manos. —¡Bruce!

—¿Le he matado?

—No, respira. ¡Le mataré yo cuando se despierte! —Se incorporó y la miró fastidiado.

—Ten cuidado, hay cristales y estás descalzo.

—Ya sé lo que vamos a hacer. —Se acercó a ella y la cogió del brazo como todo un caballero. —Irás a casa de mis padres en el campo. Allí estarás muy bien, ya verás.

Lo dijo tan suavemente y con una sonrisa en los labios como todo un seductor. Corianne sonrió acariciando su brazo. —Ni hablar, querido. Me quedo.

—¡Corianne! ¡Harás lo que yo te diga!

—Sí, por supuesto. Soy tu esposa. Pero no me voy. —Y añadió maliciosa —Además yo también tengo derecho a disfrutar de Londres.

—¡A disfrutar de Londres! —le gritó a la cara—. ¿Y eso qué quiere decir?

—Quiero ir a bailes y a cenas... Quiero disfrutar del teatro y de todo a lo que no pude asistir cuando me casaron la otra vez.

—No me lo recuerdes...

—¿Te molesta que haya estado casada? —Preocupada le miró a los ojos. —No...

Una risa femenina la interrumpió y volvieron la cara hasta la puerta del

otro lado del pasillo que se abrió de golpe y una mujer rubia totalmente desnuda salió prácticamente corriendo mientras miraba hacia atrás. —Voy a buscar algo de champaña.

Atónita por su descaro, dejó caer la mandíbula y Henry le tapó los ojos.

Apartó sus manos para ver que la mujer se daba cuenta de su presencia soltando otra risita antes de seguir su camino y su marido gritó —¡Cúbrete, mujer!

—Pero si ya lo has visto todo, cariño.

Corianne jadeó fulminando con la mirada a su marido. —¿Cariño?

—¡No soy un santo! —La cogió por la muñeca tirando de ella hacia su habitación y cerrando de un portazo. —Tienes que irte a casa de mis padres.

—¡Ni hablar! Y ahora todavía menos. —Soltó su muñeca furiosa. —¡Sé de sobra que eres un libertino! ¡Lo sabe todo Londres! Pero esto es... esto es...

—Henry se cruzó de brazos como si le diera igual su opinión. Le señaló con el

dedo. —Esto es asqueroso y se ha acabado.

—¿No me digas? —Se volvió hacia la cama y se tumbó suspirando de alivio como si le doliera la cabeza.

Preocupada por él se acercó a la cama. —¿Te duele?

—¡Me va a estallar y ahora no podré dormirte por tu culpa!

—¿Quieres que te masajee las sienes? —La miró como si fuera el diablo. —¡Vale, pues no te las masajeo!

Se volvió paseando de un lado a otro de la habitación porque no podía dejar que la echara. Era su marido y le debía obediencia, pero no pensaba dejar

que la encerrara en el campo con unos desconocidos. Antes se volvía al Circo.

Al menos vería mundo.

Su hermana le había dicho que le demostrara su cariño y que no se diera por vencida. Eso pensaba hacer. Se volvió hacia la cama, donde él la observaba atentamente, y fue hasta allí subiéndose a ella de rodillas. —¿Qué haces?

—Ya verás, cierra los ojos.

—¡No necesito sexo!

Se puso como un tomate. —¿Qué?

—¡Estoy servido, gracias!

Intrigada entrecerró los ojos. —Lo dices como si yo pudiera... —La miró sin comprender. —Ya sabes. Hacer algo.

—¿De qué diablos hablas?

—Eres tú quien tiene que hacer algo para tener relaciones. No yo.

Ahora sí que la miró como si fuera el ser más extraño de la tierra. —

¿Ese viejo no te enseñó nada?

Desvió la mirada avergonzada. —No. No me enseñó nada.

Henry se sentó de golpe. —¿Cómo que no te enseñó nada?

—No podía y un día que sí podía le amenacé con contar por Londres que era impotente. Así que no lo hizo. —Le miró tímidamente a los ojos. — Por eso sé que tienes que ser tú el que hagas... eso. Como también sé que tu sexo no es muy... viril. El suyo era más grande.

—¡Es viril de sobra! —le gritó a la cara. Le cogió la mano y se la puso entre las piernas para cortarle el aliento cuando sintió que su miembro era mucho más grande. Mucho más.

Se le agitó la respiración mirando sus ojos y Henry movió la mano de Corianne sobre su miembro de arriba abajo, cuando se abrió la puerta de golpe chocando contra la pared y el mayordomo gritó con una mano en la cabeza —¡Estás aquí!

Henry se levantó de la cama de un salto y apretó los puños interponiéndose entre él y su mujer. —Bruce... —siseó acercándose.

—¡Jefe, es una aprovechada! ¡Ha entrado por la ventana y me ha estrellado un jarrón en la cabeza!

—¿Será que no la has dejado pasar?

—Por supuesto. Mi misión es librarle de esas lagartas.

—¿Acostándote con ellas?

—Bueno, si algo cae...

—¡Fuera de mi vista!

—Estás despedido —dijo ella como toda una dama sin moverse de su

sitio.

—Corianne, tenemos que hablar de eso.

—¡Jefe! ¿De qué habla esta loca?

—¡Es mi esposa, imbécil!

El hombre palideció dejando caer la mano. —¿La condesa?

—¡Sí! ¡Ahora desaparece de mi vista antes de que te muela a palos!

—¡Henry! ¡No puedo vivir con ese hombre! —protestó poniéndose de pie sobre la cama—. Me ha visto la ropa interior.

Él cogió al mayordomo por el cuello. —¿Qué acaba de decir?

—Fue un accidente. Estaba en el suelo —dijo Bruce asustado—. ¡Tenía las piernas levantadas, pero no la he tocado, lo juro!

—No, claro que no. —Orgullosa levantó la barbilla. —Sino tendrías que matarle.

—¡Jefe! ¡No le he puesto la mano encima!

—Bueno, eso no es del todo cierto. Me echó de nuestra casa y me agarró por el brazo con fuerza. —Henry gruñó levantando a Bruce hasta ponerlo a su altura. —Y me llamó chiflada. —Pensó en ello. —¿O fue loca? No lo recuerdo. Lo que sí recuerdo es que me llamó bonita varias veces. — Sonrió de oreja a oreja. —¿Crees que tiene razón?

Su marido tiró a su mayordomo fuera de la habitación antes de cerrar

de un portazo. —Te vas a casa de mis padres. No hay más que hablar.

—Pero... —La miró como si quisiera que desapareciera de la faz de la tierra y ella se arrastró fuera de la cama. —Estás cansado. ¿Qué tal si te acuestas? Necesitas unas horas de sueño. —Fue hasta la puerta y sacó la cabeza

al pasillo para comprobar que no hubiera invitados indeseados. —Yo me entretendré mientras tanto.

—Haz lo que quieras.

Salió y sonrió de oreja a oreja. —¿Haz lo que quieras? Sus deseos son órdenes, Conde.

Capítulo 2

Cerró la puerta suavemente y se volvió con los brazos en jarras para mirar fijamente al mayordomo tirado en el suelo. Bueno, no tenía nada mejor con lo que trabajar y por el estado de la casa, estaba claro que había mucho que hacer. —Levanta el trasero del suelo, que ya va siendo hora de que trabajes.

Bruce se levantó casi de un salto. —Por supuesto, milady.

Le echó un vistazo de arriba abajo antes de mirarle con asco. —

Arréglate. Te quiero impecable en dos minutos o te echo a patadas de mi casa.

El mayordomo salió corriendo hacia la escalera para subir al piso superior, donde se imaginó que estaban las habitaciones de la servidumbre.

Decidida bajó al piso inferior sujetándose las faldas y desde el hall estiró el cuello para ver que el salón parecía arrasado por un vendaval. Había botellas y

vasos por todos lados, eso por no hablar de la fruta y los restos de comida. Sin

poder evitarlo puso cara de asco al ver un ratón dándose un festín cerca de la chimenea. Antes de vivir con June se hubiera escandalizado, pero en la actualidad ya no la escandalizaba nada después de tener que hacer de vientre entre los matorrales tras una carreta a diario.

Respiró hondo y fue a la puerta de al lado para ver que era un despacho

que tenía exactamente el mismo aspecto. Debía haber sido una fiesta que había

durado días, porque era increíble la cantidad de alcohol que allí se había consumido. Rodeó la escalera por detrás y vio una puerta que daba al jardín trasero de la casa y que estaba totalmente pisoteado. También había una pequeña biblioteca con una mesa camilla y varias sillas. Allí habían jugado a

las cartas. Siguió la ruta y vio la puerta de servicio. Entró preguntándose dónde estarían sus sirvientes para tener la casa en ese estado y caminó por el

oscuro pasillo hasta llegar a la cocina. Jadeó llevándose la mano al pecho porque allí estaba concentrada toda la suciedad del mundo. No debía quedar un

cacharro limpio en las alacenas y al ver dos ratones sobre la mesa de amasar

casi le da algo. La puerta se abrió de golpe y Bruce casi se choca con ella.

Carraspeó dando un paso atrás estirándose la chaqueta negra. —Milady...

—Explícame esto. —Le fulminó con sus preciosos ojos castaños.

—No tenemos servicio, Condesa. Se fueron hace mucho. Hago lo que

puedo, pero es una fiesta cada noche y ya es imposible.

—¡Y te has unido a la fiesta!

Bruce se sonrojó. —Le he dicho al Conde miles de veces que no podemos seguir así, pero no me hace caso. Ya no sé qué hacer. No se considera una casa decente y nadie con experiencia quiere trabajar para nosotros.

Contraté a gente sin experiencia y nos robaron. Me encargo del vestuario del Conde para que esté decente y de hacerle las comidas, pero ...

—¿No es una casa decente? —le interrumpió a gritos—. Pues no te preocupes, que lo va a ser. —Fue hasta la puerta de atrás y la abrió. Allí estaban Chico y el lacayo del establo, que sonrieron al verla. —Pasar.

—¿Ahí? —Chico parecía algo intimidado. —¿Seguro?

—Sí, te vas a llevar la sorpresa de tu vida.

Entraron en la cocina y con los ojos como platos miraron a su alrededor. —Milady, si esto se sabe... —dijo Bruce preocupado—. La reputación del Conde...

—¡La reputación del Conde no puede ser peor! —Miró al muchacho. —¿Tienes amigos? —El niño asintió. —¿Amigos de fiar que quieran ganarse algo de dinero?

—Sí, señorita.

—Milady... —Le corrigió el mayordomo estirando la espalda.

—Sí, milady —dijo el niño rápidamente.

—Tráelos. Hay mucho que hacer y me niego a pasar la noche aquí con la casa en este estado. ¡Y no pienso irme!

Chico asintió mientras ella miraba al lacayo. —Busque algo para ir tirando la basura.

El lacayo parecía preocupado y muy impresionado mirando a su alrededor. —Milady, vamos a necesitar un carro.

—Pues tráelo. ¿Cómo te llamas?

—Luke, milady.

El mayordomo carraspeó y los tres le miraron. —Milady, esta noche volverá a hacerlo.

—¡Por encima de mi cadáver! ¡Y por el suyo si hace falta! —Fue hasta la puerta que suponía que iba al comedor. —¡A trabajar!

Bruce la siguió y cuando entraron en el comedor para cuarenta

comensales, ella vio resignada un espejo roto en la pared, aparte de todo lo demás. —Que lo reparen como la ventana. Encárgate de eso. —Se dio cuenta

de que el tapizado de las sillas estaba sucio, pero el diseño era tan feo que simplemente dijo —Y llama a un tapicero—. Antes de salir de allí se encontró

otra puerta y se acercó con paso ligero para ver la sala del desayuno. —Envía recado a Madame Blanchard diciéndole que quiero verla discretamente.

—¿A la modista, milady?

—Exacto. —Al llegar al hall puso las manos en las caderas y miró hacia arriba. Al escuchar la risa de una mujer rechinó los dientes. —Hora de limpiar la casa. —Fue hasta el despacho con paso firme. —¿Dónde está la pistola?

—¿La qué? —chilló horrorizado—. No puede matarle, milady. ¡El conde no es mal hombre! Solo le gusta la vida licenciosa.

—¡Pues va a dejar de gustarle! —Abrió un cajón del escritorio y lo cerró porque allí no se encontraría nada ni aunque lo intentara con fuerza. —
¿Dónde están?

Bruce miró de reojo una caja de caoba que había sobre una mesa y ella sin perder el tiempo fue hasta allí abriéndola a toda prisa. Dos pistolas de duelo estaban en su estuche y cogió una por la empuñadura. Bruce gritó cuando le apuntó sin darse cuenta.

—No estará cargada, estúpido.

—Nunca se sabe, milady. Apunte a otro lado.

Exasperada salió del despacho empezando a subir las escaleras sujetándose la falda con una mano. —Abre la puerta principal.

—No han llamado, milady.

Ese hombre no tenía una pizca de cerebro. Cuando llegó arriba le gritó desde la barandilla —¡Abre la puerta! ¡Hay que airear la casa!

—Ah...

Fue hasta la primera habitación a la izquierda y abrió la puerta de golpe. Era una de las que estaban vacías. Fue hasta la siguiente, que era la del calvo, y abrió de golpe para ver a ambos desnudos sobre la cama adormilados.

—¡Hora de irse! —gritó a los cuatro vientos.

La chica se apoyó en el codo mostrando sus pechos mientras el calvo se sobresaltaba. —Todavía es temprano —dijo la mujer antes de tumbarse de nuevo.

—¡Fuera de mi casa, zorra!

La mujer asombrada vio como la apuntaba con la pistola y gritó saliendo de la cama a toda prisa, cogiendo un vestido carísimo que había en el suelo y cubriéndose con él. —¿Pero quién es esta mujer? —preguntó el calvo asustado.

Corianne puso cara de asco al ver su enorme barrigón. —¡Cúbrase, hombre! ¿No tiene vergüenza? Ahora voy a contar hasta diez porque sino me voy a poner a pegar tiros. Uno. —Al ver que no se movía siseó —Dos... — Los

dos se miraron el uno al otro y de los nervios Corianne apretó el gatillo.

Sorprendida miró a la pistola que disparó un tiro al cabecero de la cama. Ellos

gritaron saliendo de allí casi arrollándola en el camino y asombrada vio como

el calvo bajaba en cueros por las escaleras con una agilidad pasmosa.

Bruce gimió cubriéndose la cara con las manos cuando salieron

corriendo hacia la puerta haciendo que dos damas que paseaban por la calle gritaran para echarse a correr despavoridas. —Se va a enterar todo Londres, milady. Ese era el consejero de la Reina.

Chasqueó la lengua. —La Reina no se va a escandalizar.

La puerta de la habitación de su marido se abrió de golpe y Henry salió

parpadeando mirando a un lado y otro del pasillo. —¿Qué ocurre? ¿Se quema la casa?

No le extrañaría con toda la porquería que había en ella. Corianne

sonrió de oreja a oreja. —No, querido. No ocurre nada —dijo ocultando el arma tras la falda—. Vuelve a la cama. Pareces cansado.

Él gruñó de mala manera mirándola de arriba abajo antes de entrar en

su habitación de nuevo dando un portazo. Maliciosa miró a Bruce. —A por los

siguientes.

Abrió la siguiente puerta y estaba vacía, así que solo le quedaba la rubia

y el tipo con el que estuviera. Decidida fue hasta allí y abrió la puerta de golpe sobresaltándoles mientras se estaban vistiendo. Seguramente lo habían

escuchado todo. Cuando el hombre se volvió abrochándose los pantalones,

Corianne palideció al reconocerle. —Sheldon.

—¡Corianne! —Cogió la camisa de inmediato cubriéndose el pecho. —

¿Qué haces aquí?

Al ver al hombre con el que siempre había soñado casarse, antes de conocer a su conde, en esa situación, no supo lo que se le pasó por la cabeza.

Había esperado desde los quince años a que pidiera su mano, pero era obvio que él había estado ocupado en otras cosas y cuando su padre la comprometió con el viejo, Sheldon simplemente le había dicho que debían resignarse. No había vuelto a verle desde entonces, pero todo el rencor que sintió en aquel momento, salió a la luz de nuevo porque nunca la había querido.

Levantó la pistola apuntándole. —¿Qué haces, Corianne? ¿Estás loca?

—gritó histérico saltando la cama para cubrirse al otro lado—. ¡Puedo explicarlo!

—¿Puedes explicarlo? ¡Sátiro! ¡Y yo en la finca esperando a que fueras a buscarme cuando me quedé viuda!

—¡Pensaba hacerlo, cielito! ¡Te juro que sí! ¡Pero me enviaron a Francia! ¡Cuando regresé a Pemberton House, ya te habías ido!

—Bueno, yo mejor me voy. —La rubia chilló cuando la apuntó con la pistola y se tiró en plancha tras la cama como su amante.

—¡Tus cartas, tus promesas! ¡Todo era mentira! —gritó furiosa.

—Tienes que entenderlo, cielito. Tenía que casarme con una mujer rica.

—¿Te has casado? —Atónita y con ganas de matarle, apuntó a su cabeza. —¡Maldito hipócrita!

—¡No dispaes, amor!

—¿Qué acabas de decirle a mi esposa? —La voz lacerante de su marido

tras ella, hizo que Corianne se quedara helada con el arma en alto. Le sentía tras ella y gimió interiormente preguntándose qué pensaría. Que estaba algo loca seguramente.

Se volvió lentamente forzando una sonrisa. —¿Te hemos despertado, querido?

Sheldon se levantó de golpe. —¿Qué acabas de decir? ¿Cómo que querido? ¿Te has casado con Henry? ¡Qué poca vergüenza!

Su marido sin mirarla siquiera, la cogió por los hombros apartándola de la puerta sin quitarle la vista de encima a Sheldon. —Vas a explicarme por qué has llamado a mi esposa cielito y amor.

Su antiguo prometido se puso a sudar e incómodo dio un paso atrás. —

No es lo que piensas.

—¿Ah, no? Me ha dado la sensación de que había algo entre vosotros.

—Hace mucho tiempo. La conocí con doce años.

—¿No me digas? —La voz del Conde le indicaba que estaba a punto de matar a alguien y Corianne le observó impresionada, sintiendo algo en su interior que crecía y crecía hasta que la hizo suspirar. —Con doce años, ¿eh?

—Dio otro paso hacia él rodeando la cama y la rubia chilló saliendo de la habitación como una exhalación. —¿Y esa es la razón de que la llames cielito?

—Nos queríamos. —Nervioso la miró. —De verdad que te quería, pero necesitaba otra cosa, Corianne. Tienes que entenderlo.

—¿Le acabas de decir a mi mujer que la querías?

Corianne temió por Sheldon y no porque le tuviera mucho aprecio, sino porque su marido parecía a punto de matarle. Negó con la cabeza vehemente y cuando Henry la miró sonrió con inocencia.

—¡Contesta a la pregunta!

—Oh... pues... —La miró de reojo y volvió a negar. —No. No la quería nada. Lo intenté con ella, pero no conseguí nada. Nada en absoluto.

Corianne es una mujer decente.

Ella gimió por dentro y vio que su marido hacía precisamente lo que se esperaba. Le pegó un puñetazo a Sheldon que le estrelló contra la pared destrozando la mesilla de noche. —¡Acércate otra vez a mi esposa y te despedazo!

Sheldon tirado en el suelo al otro lado de la cama gimió asintiendo. —

De acuerdo.

Henry fue hasta Corianne, que sonreía como una boba, y la cogió del brazo tirando de ella hasta su habitación. La metió dentro cerrando de un portazo y ella soltó una risita, pero la reprimió al ver que la fulminaba con la mirada. —Como te acerques a él o... —Pareció pensar en ello. —¡Alguno de mis amigos, te voy a dar una tunda que no te vas a levantar en una semana!

—¿De veras? —preguntó encantada.

—¡De veras! —le gritó a la cara.

Corianne sintió que el deseo la recorría y suspiró en su cara deseando que la besara. Henry frunció el ceño antes de mirar sus labios, provocándole un vuelco en el corazón. Como no se decidía, ella estiró los labios poniendo morritos y estiró el cuello hacia él.

—¿Qué haces? Pareces una trucha.

Sonrojada quitó los morritos. —¿No se hace así?

—¿El qué?

Decepcionada dejó caer los hombros. —Nada.

Escucharon que se cerraba la puerta de abajo y Bruce gritó —Casa aireada, condesa.

Corianne sonrió. —Estupendo. —Fue hasta la puerta, pero Henry la cogió por la cintura girándola para pegar su espalda a la pared. Su marido se pegó a ella cortándole el aliento. —Preciosa, vas a prometerme algo.

Jadeó cuando sintió su pierna haciéndose hueco entre las suyas y al sentir sus labios tan cerca de los suyos, todo su cuerpo se puso a su disposición derritiéndose entre sus brazos como si fuera gelatina. —¿Sí?

—No hagas ruido —susurró con voz ronca—. Tengo que dormir.

Corianne gimió cuando él acercó sus labios y le lamió su labio inferior

haciéndola estremecerse. Cuando se apartó de ella, se le doblaron las rodillas y

dejó caer la pistola que se disparó con el golpe. Corianne gritó dando un salto

al igual que él que cayó hacia atrás sobre su trasero. Asombrada vio cómo se cogía un pie. —¿Querido? —preguntó insegura.

—¡Me has disparado!

—¡No! Ha sido un accidente. —Nerviosa por si le provocaba la muerte se arrodilló a su lado. —Déjame ver.

—¡Bruce!

La puerta se abrió de golpe y el mayordomo la fulminó con la mirada.

—¡Lo sabía! ¡Ha intentado matar a su marido!

—¡No digas estupideces! ¡Llama a un médico! —gritó muy nerviosa.

—¡No vendrá!

Asombrada miró al mayordomo. —¿Cómo no va a venir? ¡Necesita un médico!

—¡No vendrá, milady! —Se acercó a su señor arrodillando una pierna a su lado. —Déjeme ver.

Henry apartó la mano que estaba llena de sangre y vieron como el tiro

había traspasado la planta de su pie de un lado a otro y el bultito de la bala estaba casi fuera solo sujeta por un poco de piel.

Ella alargó la mano tirando de la bala que cayó al suelo y su marido gritó de dolor. —Lo siento, querido. —Preocupada miró a Bruce. —¿Se

pondrá bien? ¿No me quedaré viuda?

Bruce suspiró de alivio. —No, milady. No se quedará viuda.

Del alivio ella se dejó caer en el suelo. —Menos mal. Pensarían que estoy gafada.

—¡Gracias por tu preocupación!

—Cielito, no te enfades conmigo. Fue un accidente.

—¡No me llames cielito!

—Déjeme que le ayude a llegar a la cama, milord. Hay que limpiar esa herida. Suerte ha tenido de que no le haya dejado cojo.

—Desde que oí su nombre por primera vez, supe que me traería problemas.

Jadeó ofendida levantándose de golpe. —¡Retrátate!

—¡Largo de mi habitación!

—¡Es nuestra habitación!

—¿Estás loca? —La miró como si tuviera dos cabezas. —¡Ni hablar!

—Pero... —Decepcionada se apretó las manos. Tenía que compartir la habitación con él. ¡Así le controlaba! Además, su hermana dormía con su esposo todas las noches. Vale que vivían en una carreta y no podían hacer otra

cosa, pero ella quería lo mismo.

Al ver como su mayordomo le sujetaba por las axilas para levantarle quiso acercarse, pero él la miró como si la odiara. —¡Me pones de los nervios!

A Corianne se le cortó el aliento mirando sus ojos verdes y sonrió

radiante. —¿De verdad? —Ambos parpadearon pues era obvio que no se esperaban su respuesta. —No podías hacerme más feliz. —Emocionada se volvió. —Voy a por algo de agua para limpiar la herida.

Salió corriendo de la habitación y escuchó decir a Bruce —Jefe, ¿está seguro que milady está bien de la cabeza?

—Cierra la boca y ayúdame a tumbarme.

Corrió hacia el piso de abajo y cogió el recipiente más limpio que encontró. Una sopera de porcelana que había en el aparador del comedor allí sola. Se notaba que no tomaban mucha sopa. Fue hasta la bomba de agua de la

cocina y tiró de la palanca hasta llenar la sopera. De la que pasaba por el hall, decidió entrar en el salón y cogió una botella que estaba a la mitad oliéndola.

Era coñac. Se mordió el labio inferior porque ella había visto como se limpiaban las heridas con whisky y al ver un líquido ambarino en una botella fue hasta allí quitándole el corcho y aspirando su aroma. Qué mal olía el whisky. Le daba un asco...

Con la botella en una mano y la sopera en la otra llegó al piso de arriba. Bruce dijo —Estupendo. Buena idea, Condesa—. Cogió la botella de su

mano y le pegó un trago.

Le arrebató la botella. —¡No es para ti!

—Trae la botella, preciosa.

Encantada fue hasta él y al verle beber hizo una mueca, cogiéndosela antes de que bebiera de nuevo. —Es para la herida.

—¿Estás loca?

—No vendrá el médico. ¿Quieres morir de fiebres? —preguntó cogiendo la toalla que estaba al lado del aguamanil.

—Joder, cómo duele. —Su marido cerró los ojos apoyando la cabeza sobre las almohadas.

—Es una zona delicada, milord —dijo el mayordomo preocupado—.

Pero como le eche eso por la herida...

—¡Bruce, largo! —gritó ella sentándose a los pies de la cama apoyando la espalda en el poste del dosel—. ¡Vete a buscar una venda!

—Pues como no use unas sábanas... —Se rascó la cabeza.

—¡Usa lo que quieras, pero que esté limpio!

La mirada de la condesa indicaba que no estaba para bromas y Bruce salió de allí a toda prisa.

Metió la toalla en el agua y miró insegura a su marido. No soportaba demasiado la sangre y su estómago, que ya estaba delicado después de ver la bala en su herida, al pasar el paño sobre la sangre que salía, ya no pudo más y la hizo vomitar sobre su pierna. Pálida y con los ojos llorosos levantó la cara mirando a su marido que parecía a punto de matarla. Corianne miró hacia abajo y al ver la sangre de nuevo salir por el agujerito, puso los ojos en

blanco resbalándose del poste del dosel y cayendo de espaldas a los pies de la cama con las piernas apoyadas en el colchón.

Unas palmaditas en la mejilla la hicieron abrir los ojos molesta y al ver a su marido sonrió como una tonta. —Hola.

Él gruñó incorporándose y poniendo los brazos en jarras. —Esposa, se te ve la ropa interior. No me extraña nada que Bruce te la haya visto, si vas mostrándola a todo el mundo.

Corianne levantó la cabeza para verse espatarrada con las piernas hacia arriba. No se sentía capaz de moverse y avergonzada preguntó —¿Me he desmayado?

—¡Y me has vomitado encima!

Su marido cogió la toalla y la mojó en agua escurriéndola antes de levantar la pierna apoyando el pie en el colchón y limpiársela con cara de asco. Cuando bajó el pie, ella vio la mancha de sangre que había dejado en el canto del colchón y no pudo evitarlo. Se volvió a desmayar.

—Te digo que no está muerta.

—Hay mucha sangre —dijo una voz infantil trayéndola al presente—.

Vamos antes de que llegue la policía y nos detengan a todos.

Corianne abrió los ojos para ver a cuatro niños mirándola desde arriba con cara de susto. Sonrió a Chico que pareció aliviado. —Estás aquí.

—¿Se encuentra bien, milady? ¿Está herida?

—Ayúdame a levantarme.

Los niños la cogieron por los brazos y ella bajó las piernas al suelo para sentarse. Respiró hondo mirando a su alrededor. Frunció el ceño al no ver a su marido. —¿Dónde está mi esposo?

—Le he visto entrar en la habitación de al lado y cerrar la puerta —dijo su nuevo amigo con los ojos como platos—. Pensaba que la había matado.

—No. —Decepcionada, porque no la había ni tumbado en la cama o se había asegurado de que estaba bien, quiso levantarse. Los niños la ayudaron en lo que pudieron y respiró hondo sin mirar la sangre que sabía que había en la cama. Los cuatro niños sonrieron de oreja a oreja. —Así que has traído a tus amigos.

—Sí. —Dándose importancia se puso a su lado. —Ella es Lady

Laughton, la condesa. —Señaló a un niño de unos siete años rubito y muy mono. —Él es Rick. —Señaló a la siguiente que era una niña que no llevaba ni

zapatos. —Ella es Judy. —Señaló al siguiente que era un niño que miraba todo

con desconfianza. Era moreno como la niña y tenía una cicatriz en la mejilla.

Supo al instante que ese niño era el que peor lo había pasado en la vida. —Él es

Tom.

—¿Sois todos de la misma edad?

—Yo no sé cuántos años tengo, milady —dijo la niña haciendo una reverencia con su harapiento vestido.

—Muy bien. ¿Queréis estar a mi servicio?

Los niños se miraron. —¿Nosotros? No sabemos qué hacer —dijo

Tom preocupado y cogió a Judy de la mano como si quisiera protegerla.

—Haréis lo que se hace en una casa hasta que tenga servicio. Que espero que no tarde mucho.

—¿Y después qué haremos? Vámonos, Judy. No me fío de estos ricachones.

Judy tiró de su mano suplicándole con la mirada. —¿Es la única oportunidad que tendremos y tengo hambre!

Uy, la comida. Tenía que solucionar ese tema. —Venir conmigo. — Salió de la habitación y gritó —¿Bruce!

—No grite, milady —dijo saliendo de la habitación de al lado—. El Conde se acaba de dormir.

Iba a pasar por alto que la habían dejado tirada en el suelo de la habitación y preocupada se acercó para susurrar —¿Se encuentra bien?

—Le he vendado la herida y ya está mejor. Se ha cambiado de habitación para estar más cómodo.

—Bien. Empecemos. ¿Luke ha traído el carro?

—Está en la parte de atrás, milady —respondió Chico a toda prisa—.

Esperando para cargar.

—Muy bien. Pues manos a la obra. Niños, empezar a sacar del piso de abajo todo lo que sea basura.

—¿Podemos comernos los restos? —La carita de Rick le dijo que lo hacían a menudo.

—No. No podéis. No quiero que os pongáis enfermos. —Miró a Bruce.

—Vete al mercado y compra lo necesario para todos. —Los niños abrieron los

ojos como platos. —Chico, acompañañale. Y comprar caramelos para los niños.

—Sí, milady —dijo el niño sonriendo de oreja a oreja mientras le daba un codazo a Tom como diciéndole que él tenía razón.

—Muy bien, condesa. ¿Me hace una lista o compro lo que vea?

—Carne para todos y patatas. Guisantes. Leche para los niños... —Fue hasta las escaleras pensando en ello. —Haré inventario y mañana ya haremos una buena compra. Además, a los niños hay que comprarles ropa decente. ¿Has

hecho lo que te he encargado?

—Milady, no he tenido tiempo.

—Pues hazlo ahora. Para que vayáis más rápido coger mi caballo.

Bruce sonrió. —¿Su caballo?

—Y tener cuidado. Ulises tiene mucho temperamento. ¿Sabrás

dominarlo?

—Yo sí —dijo el niño haciendo reír a los demás.

—¡Silencio! —Los niños se callaron de inmediato y miró a Chico. —

Tú te quedarás con el caballo mientras él compra. ¿De acuerdo?

—Sí, milady.

—Bien. ¿Pues a qué esperáis? Rápido, hay mucho que hacer.

Todos corrieron hacia un lado de la casa y sonrió al ver que Tom no perdía a Judy de vista.

Ella fue hasta la cocina y puso las manos en jarras mirando las ollas. —

Bueno, alguien tiene que hacerlo.

Cogió el jabón y la arena. Empezó a fregar las ollas de cobre. Tenían tanta porquería incrustada que le costaría dejarlas impecables, pero tenían que cocinar en algo y se negaba a hacerlo en una olla sucia. Estaba frotando una de

las ollas con fuerza cuando vio como los niños habían metido varias botellas vacías en una caja de madera y la cargaban entre Tom y Rick. —Niños, no carguéis pesos.

—No pesa nada —dijo Tom haciéndose el duro saliendo por la puerta.

Sonrió siguiendo con su trabajo y frotó con la arena la siguiente olla.

Tuvo que rascar varias con un cuchillo y apenas iba por la tercera cuando Luke entró en la cocina escandalizado al verla fregar. —Milady, no puede hacer eso.

—No soy como otras condesas —dijo sin dejar su trabajo—. ¿Ocurre algo?

—Los niños han tirado esto. —Levantó una botella de cristal tallado y ella hizo una mueca.

—¿Puedes revisar lo que tiren?

—Por supuesto, milady —dijo hinchando el pecho antes de volver a salir.

Vio como los niños daban varios viajes y en cada viaje Luke le llevaba algo. Cuando vio una cuchara de plata les detuvo de la que salían de nuevo.

—Niños, cuidado con la plata. —Levantó la cucharilla y Rick abrió los ojos como platos. —Esto ha acabado en la basura y son muy caras.

—Sí —dijeron todos a la vez.

Sonrió encantada. —Sé que no se volverá a repetir. Continuar.

Los niños más relajados sonrieron y volvieron a su trabajo.

Le quedaban la mitad de los platos y las ollas cuando Bruce regresó. Él sí que puso el grito en el cielo cuando la vio fregar. —¡No puede hacer eso!

—¡Cierra la boca! ¡Vas a despertar a mi marido! —Miró hacia la puerta escuchando y cuando pasaron varios segundos respiró del alivio. —¿Has traído lo que te he pedido?

—Sí, milady.

—Pues haz la comida.

Michael cogió una de las ollas nuevas y Chico entrecerró los ojos al ver como la llenaba de agua y tiraba las patatas dentro sin pelar. —¿Milady?

Ella que estaba a su trabajo miró sobre su hombro. —¿Sí, Chico?

—No sabe cocinar.

—¡Sí que sé!

—¡No has pelado las patatas!

Hasta ella sabía eso. Se volvió con las manos llenas de jabón para ver lo que había hecho. —¡Si ni siquiera has encendido la cocina!

Bruce se sonrojó. —Voy a por el carbón.

Chico se volvió y gritó —¡Judy!

La niña se acercó corriendo y sonriendo radiante. —¿Sí, milady?

—¡Te he llamado yo!

La niña le ignoró acercándose a ella. —¿Sí, milady?

—Ella sabe cocinar, milady.

—Sí. —La niña asintió varias veces. —Sí sé.

—¿Sabes hacer patatas? ¿Y carne?

La niña sin decirle nada cogió un cuchillo limpio y se acercó a la olla de las patatas para empezar a pelarlas. Impresionada miró a Chico y susurró

—

Hay muchas. ¿Las pelo todas?

—Sí. Va a ser una cena de reyes.

—Chico, ¿has comprado los caramelos?

El niño se acercó corriendo. —Sí, milady. Un caramelo para cada uno.

—Bien. Después de la cena los repartirás.

Judy sonrió al niño sentándose en el banco de madera y siguieron con su trabajo mientras el niño la miraba impaciente. —¿Y yo qué hago?

—Sube al piso de arriba y quita las sábanas de todas las camas excepto las de la habitación donde está durmiendo mi marido. Y tráelas aquí. Hay que lavarlas. Después subirás al tercer piso y prepararás las habitaciones para los cuatro. Seguro que estarán llenas de polvo. Hay que limpiarlas.

Chico dio un paso atrás. —¿Vamos a dormir aquí?

—Por supuesto.

Impresionado miró a Judy que también parecía asombrada, pero ella ni se dio cuenta. Chico le indicó con la cabeza que siguiera con su trabajo y la niña lo hizo reprimiendo la sonrisa.

Cuando Bruce encendió el fuego, Judy ya había terminado, así que cogió la pesada olla y la puso al fuego. La niña empezó a preparar la carne sazonándola y cogió la grasa de cerdo que ella ni había visto, untándola en la carne antes de ponerla al fuego.

La niña cogió una silla y un cucharón para llegar a la cocina. El olor era delicioso. Bruce puso los guisantes al fuego mientras la niña se encargaba

de la carne.

—Huele deliciosamente, Judy —dijo animando a la niña. Sonrió

tímidamente en respuesta antes de seguir con su trabajo—. Bruce. Vete a ver cómo van los salones y empieza a colocar las cosas en su sitio.

—Sí, milady.

La niña la miraba de vez en cuando tímidamente. —Puedes preguntar lo que quieras, Judy. —Dejó una olla sobre la encimera.

—¿Es cierto que está casada con Lord libertino?

—Sí, bonita. Nos obligó la Reina.

—Ah. Ya entiendo.

—¿Qué es lo que entiendes?

—Pensaba que era mentira lo que se comentaba en la calle.

—¿Y exactamente qué se comentaba?

—Que había enfurecido a la Reina porque se insinuó a su ahijada. Su esposo casi le mata a golpes. —Sorprendida se volvió hacia la niña que asintió.

—Estuvo una semana en cama. La Reina estaba furiosa y le ordenó que se casara, pero no lo hizo. Cuando los rumores dijeron que le había obligado a casarse, nos lo creímos, pero como no la veíamos por aquí y seguía llevando esa vida...

—Entiendo. —Preocupada miró al frente. ¿Qué clase de loco se hubiera

insinuado a la Marquesa de Brentwood? Sobre todo sabiendo que estaba

locamente enamorada de su esposo. Era un matrimonio por amor y la Reina les adoraba. La consentía en todo, aunque ella no abusaba de ese privilegio, pues tenía un corazón de oro. Lo sabía todo el mundo. Que su marido hubiera

hecho algo así, solo podía indicar que estaba loco o que quería matarse y ninguna de las dos opciones le gustaba un pelo.

—¿La he enfadado?

—No, nenita. —Empezó a lavar un plato. —Es que me ha sorprendido.

Eso es todo.

—Pero ahora está usted aquí y cambiará.

Lo que le había contado la niña, indicaba que tenía un problema mucho

más grave de lo que le parecía al principio y no sabía muy bien cómo iba a solucionarlo.

—Sí, ahora todo será distinto.

Bruce llevó una bandeja llena de copas de cristal tallado. —Milady, deje

que lo haga yo. Sus manos...

—No te preocupes por mis manos. ¿Hiciste mis recados?

—Madame Blanchard vendrá en cuanto oscurezca, milady. Y entrará

por detrás.

Le miró sorprendida. —¿Vendrá? No las tenía todas conmigo.

—Está deseando conocerla. Es por eso. Para alardear ante las clientas.

—Oh... —Sonrojada por no haberse dado cuenta asintió.

Bruce carraspeó. —Sobre el tapicero... Vendrá mañana.

—Bien.

—Y su hermano se encargará de las ventanas y del espejo. —Vio como frotaba el plato antes de aclararlo. Tenía las manos enrojecidas por el trabajo y

porque el agua debía estar helada.

La observó con admiración y Judy sonrió. —Señor, las patatas ya están.

Bruce se acercó y con cuidado de no quemarse, apartó la olla. Chico llegó corriendo y dejó las sábanas en un lado de la cocina antes de acercarse.

—Milady...

—¿Sí?

—He encontrado esto. —En la mano del niño tenía un reloj de oro con una larga cadena.

Bruce se acercó y negó con la cabeza. —No es del conde, milady.

—¿Estaba en la habitación del calvo? —El niño la miró sin comprender. —La habitación que tenía la ropa de hombre tirada en el suelo.

—No, milady. Estaba en una de las habitaciones con la cama sin deshacer. La de la ventana rota.

Entrecerró los ojos. —Qué extraño. Será de alguno de los amigos de Henry. ¿Tiene algo grabado en su interior?

Bruce lo cogió abriendo la tapa y le dio la vuelta para que lo viera. —A

mi amado George. Bueno, al menos sabemos que se llama George. Guárdalo en un sitio seguro, Bruce. Hasta que encontremos a su dueño.

—Sí, milady.

—La cena está.

—Chico llama a los demás. Vamos a tomarnos un descanso y a llenar la barriga.

El niño se echó a reír. —Las Condesas no hablan así. Son muy estiradas y nos miran por encima del hombro.

—Es que soy especial.

Capítulo 3

Minutos después estaban sentados a la mesa que entre todos habían ayudado a poner. Luke, que nunca había estado en esa mesa, miraba a la condesa sentada a la cabecera como si fuera una diosa. Los niños, sentados a ambos lados de Corianne, comían en silencio y parecía que nadie se atrevía a abrir la boca. Después de estar meses rodeada de los dicharacheros personajes

de un circo, aquello era muy deprimente y todo era por su título. Sonrió a Bruce al otro lado de la mesa. —Judy cocina estupendamente, ¿verdad?

—Cierto, milady. Mucho mejor que yo.

—Cuando consiga una cocinera puedes trabajar con ella si quieres.

La niña miró de reojo a Tom, que negó con la cabeza. —Si quiere

milady, estaré encantada —dijo pesarosa.

—¿Qué ocurre, Judy? ¿No quieres trabajar en la cocina?

—Es que ...

—Judy, no seas desagradecida.

—¿Sois hermanos?

—Tom es mi primo. —Parecía muy avergonzada. —Lo siento, milady.

—No seas vergonzosa. —Al ver que no contestaba, suspiró dejando el tenedor. —Muy bien. Ahora me vais a decir cuál es la tarea que os gustaría desempeñar en una gran casa. Tom...

—A mí me gustaría trabajar en un establo —dijo con los ojos brillantes de esperanza.

Corianne sonrió. —Luke, ya tienes un ayudante.

—Con mucho gusto le enseñaré todo lo que sé. —Le miró fijamente. — Pero tendrás que trabajar mucho.

—¿Judy?

—Yo quiero cuidar de mi señora y cuidar sus maravillosos vestidos... y aprender a hacer esos peinados y...

Todos se echaron a reír. —Entiendo, quieres ser primera doncella, ¿y tú, Chico?

—Yo quiero mandar. Quiero ser mayordomo.

Las carcajadas recorrieron la cocina y Bruce le revolvió sus rizos

castaños. —Estarás a mis órdenes.

—¿Y tú, Rick?

—Yo quiero ser pintor. —Le miraron sorprendidos antes de reírse de nuevo.

—Pero pintor de esos que hacen retratos a las damas.

—Veremos qué podemos hacer. —Levantó una ceja mirando a Bruce

que se encogió de hombros. Tendría que averiguar dónde aprendían los pintores su oficio.

—Muy bien hasta que encontremos a un pintor, serás lacayo y

trabajarás en la casa a las órdenes del mayordomo. Y Judy estará a cargo de mi

doncella en cuanto llegue. Josalyn te enseñará todo lo que necesitas para ser la

mejor doncella de la ciudad.

La niña siguió comiendo encantada y Corianne suspiró antes de coger

su tenedor, aunque en realidad no tenía demasiado apetito.

Al ver que empezaba a oscurecer, Bruce se levantó cogiendo dos

lámparas de aceite y en cuanto las encendió, puso una sobre la mesa. Estaba a

punto de levantarse a recoger cuando Bruce fue más rápido quitándole el plato

de las manos. —Descanse un poco, milady. Estará agotada.

—No. Todavía queda mucho por hacer y...

En ese momento escucharon cerrarse una puerta en el piso de arriba y

Corianne se levantó de inmediato con todos los demás detrás. Al llegar al hall vio a su marido bajando los escalones cojeando y poniéndose una capa.

—¿A dónde vas, Henry? No puedes caminar.

—Tengo un compromiso. —La miró con desprecio. —¿Qué creías?

¿Que habías llegado e iba a quedarme en casa con mi pequeña esposa?

—Milord, su pie sangrará si... —Bruce fue hasta la puerta. —Puede infectarse la herida.

—No has comido nada en todo el día —dijo nerviosa intentando retenerle—. Hay...

—Comeré algo en el club. —Caminó hasta la puerta y Bruce no tuvo más remedio que abrirla. Ella vio por la ventana un carruaje esperándole. O el que le esperaba en el interior tenía la cabeza más grande del mundo o llevaba un sombrero de mujer. Eso demostraba que no iba a ningún club de caballeros.

Tensa fue hasta él, que ya salía por la puerta. —Henry...

Se detuvo para mirarla por encima del hombro con aburrimiento. —

Tengo prisa.

Miró sus ojos verdes. —A mí no me vas a dejar en ridículo ante todo Londres.

—No tengo ni idea de qué estás hablando.

—¿Ah, no?

Le apartó empujándolo para quitarle de su camino y bajó los escalones

a toda prisa. Asombrado vio como abría la puerta del carruaje y su mujer agarraba a Lady Corliss del sombrero tirando de ella hacia el exterior. Los gritos de la mujer se escucharon en toda la calle, pero a Corianne le daba igual, porque lo único que quería era dejar claro que lo que era suyo no se

tocaba. Tiró de ella hasta sentarla en la acera arrastrando su precioso vestido rojo con encajes negros sobre el pavimento. —¡Zorra, acércate a mi marido y te despellejo viva!

—¡Corianne, suéltala! ¡Es la esposa de mi primo Albert!

Sorprendida soltó a la mujer de cabello castaño que ahora estaba toda despeinada. —¿Está loca? —Pálida se arrastró hacia atrás alejándose de ella.

Se echó a llorar y Henry se agachó a su lado. —¡Está loca!

—Sí, algo loca está. ¿Te encuentras bien?

—¡Me ha destrozado! ¡Y a traición! —Se miró el hombro de su precioso vestido que estaba desgarrado y se echó a llorar más fuerte.

Henry no sabía qué hacer con ella y eso era evidente, así que la cogió

en brazos metiéndola en el interior de la casa. Corianne hizo una mueca a Bruce que mirándola se golpeó la frente y resignada siguió a su marido. Al entrar en el salón vio que no había quedado nada mal mientras Henry tumbaba

en el sofá a la esposa de su primo.

—Perdona. No sabía que eras la mujer de su primo y...

La mujer se echó a llorar de nuevo, así que decidió callarse. Tenía

todos los rizos despeinados y el sombrero había desaparecido. ¿A quién se le ocurría ponerse un sombrero si iba a salir de noche? Entonces entrecerró los ojos pensando en ello y fue hasta Bruce que esperaba al lado de la puerta. —
¿Es la mujer de su primo?

Su mayordomo levantó una ceja y furiosa salió de la casa donde el cochero tenía el sombrero de su señora en la mano mirando preocupado hacia ella. Fuera de sí cogió su sombrero viendo el enorme velo negro, que seguramente había cubierto su cara hasta unos minutos antes. Volvió hacia la casa con él en la mano y cuando entró en el salón gritó furiosa sobresaltándolos. Henry al ver lo que llevaba en la mano, se enderezó y ella se

acercó lentamente tirándole el sombrero a la cara. —Tu prima, ¿eh? ¡No sé mucho de moda, pero ese sombrero no se pone por la noche a no ser que sea por algo! ¡Para ocultar el rostro, por ejemplo!

—Eres muy lista.

Pálida dio un paso atrás al ver su sonrisa irónica. —Me has mentido.

Henry apretó los labios al darse cuenta de que le había hecho daño. —

Te lo repito, Corianne. Vete a casa de mis padres.

—¡Ni lo sueñes! —Levantó la barbilla y le retó con la mirada. —

Veremos quien cede antes, Conde. Te aseguro que serás tú.

—Lo dudo. —Se agachó cogiendo del brazo a la mujer que estaba

asustada. —Ahora me voy y te aconsejo que no montes más escándalos.

—Bastantes organizas tú. —Miró con desprecio a la mujer. —No tiene vergüenza. Venir a buscar a su amante a casa de su esposa.

La mujer palideció. —¿Su esposa?

—No se me olvidará su cara —dijo amenazante.

—¡Corianne!

—Dígaselo a sus amigas. —Sonrió poniéndoles a todos los pelos de punta. —La mujer que toque a mi marido, tendrá que enfrentarse a mí.

—¡A tu habitación! —gritó furioso dejando a la mujer y cogiéndola a ella del brazo para tirar de Corianne fuera del salón.

—¡Os despedazaré! —gritó histérica—. ¡No sabréis cuando, pero encontraré a todas esas zorras y les daré su merecido!

La mujer salió corriendo mientras su marido intentaba subirla por la escalera, pero Corianne se agarró a la barandilla de las escaleras viéndola huir. —¡Por mucho que corras, me verás de nuevo, puta!

—¡Corianne, basta ya! —Bruce les observaba desde abajo y los niños desde la puerta del comedor medio abierta con Luke encima. —¿Estás loca, mujer? —Estaba tan sorprendido que ella soltó la barandilla para girarse. —

¡No puedes hacer esto!

—¡Claro que sí! ¡Estamos casados y eres mío!

—¡Decidido, estás chiflada!

—Pues es una pena... para ti.

Él volvió a tirar de ella hacia el piso de arriba y Corianne gritó —

¡Niños, a la cama!

Asombrado vio como los cuatro niños salían corriendo y subieron las escaleras a toda prisa pasando a su lado. Cuando les vio desaparecer hacia el piso superior, la miró atónito. —¿Quiénes eran esos?

—Mis duendes.

Chico bajó corriendo y avergonzado preguntó —¿Milady...?

—Sí, reparte los caramelos. Se los pueden comer antes de dormir.

Sonrió antes de salir corriendo hacia arriba de nuevo. Su marido gritó

—¡Has llenado mi casa de pillos!

—¡Es mi casa también y necesitan un hogar! ¡Además, no tenemos servicio y serán unos aprendices de primera hasta que pueda solucionar el desastre que has organizado!

—¡Mi casa estaba perfectamente hasta que tú llegaste!

—¡Era una cochiguera! —le gritó a la cara—. ¡Ahora te vas a la cama de la que no tenías que haber salido!

Se retaron con la mirada y Henry apretó los labios. —Vete a casa de mis padres o vas a sufrir, Corianne. Nunca seré un marido para nadie.

—Ya eres mi marido. Ahora tienes que aprender a ser un buen marido.

—Molesto bajó los escalones y fue hasta la puerta. —¿A dónde vas?

—No te interesa.

Salió de casa dando un portazo y sintiéndose derrotada se sentó en los escalones mirando la puerta. Los niños bajaron sentándose a su lado mientras comían su caramelo y Bruce se acercó a ellos seguido de Luke. —No se preocupe, milady —dijo el lacayo—. Se emborrachará y volverá a casa. Es lo que se hace cuando se discute con la parienta.

—Habrá ido a ver a su amante —dijo Chico llevándose un codazo de Tom—. ¡Tiene que saberlo!

—¿Amante? —No se lo podía creer. —¿Te refieres a mantenida? ¿Ese tipo de amante?

—Vive a dos calles de aquí —dijo Judy antes de rechupetear su caramelo.

—¡Niños, no debéis contarle esas cosas a la Condesa!

—Pero... si tiene una amante a la que mantiene, es que le tiene cariño, ¿no? No es una mujer de una noche. —Los niños se callaron y Luke carraspeó

mientras Bruce no le mantenía la mirada. —Oh, Dios. —Se tapó la cara con las

manos. —Esto no está pasando.

—No la ama, milady. —Bruce intentaba consolarla sentándose ante ella.

—Es más especial que las demás porque le divierte.

—¿Le divierte?

—Es divertida, descarada y siempre tiene una sonrisa en los labios. No le regaña como todo el mundo y se ríe de sus travesuras. Es su cómplice, ¿entiende?

—Y es preciosa —dijo Chico—. Dile que es preciosa para que lo sepa.

—¿Es bonita?

Bruce apretó los labios asintiendo. —Sí que lo es. No puedo negarlo.

La señorita Linnet es muy bonita. Pero es una amante. Después del señor pasará al siguiente. Es así de simple y usted es su esposa.

—¿Le paga todos sus gastos?

—Tiene cuentas en todas las tiendas y no hay mes que no reciba un regalo del señor.

Tomó aire muy decepcionada, aunque no sabía de qué se extrañaba cuando era un libertino y todo el mundo lo sabía. Pero que tuviera una mujer fija con la que repartir los favores que solo le correspondían a ella, era algo que la revolvía por dentro. Tenía que enamorarle. Era su única oportunidad de ser feliz y debía poner todo de su parte para conseguirle.

—Bien. ¿Dónde vive esa mujer?

—Esto no es buena idea —dijo Chico a su lado escondido tras un matorral—. Nos van a pillar.

—Shusss. —Miró hacia la ventana que tenía la luz encendida en el piso

inferior. —Voy a acercarme a esa ventana. Vigila.

El niño miró a su alrededor mientras Corianne rodeaba agachada el matorral para correr los cuatro metros que llevaban a la ventana. Agachada debajo miró a su alrededor para ver la calle vacía y no le extrañaba porque empezaba a hacer frío. Se arrepentía de haber dejado el abrigo en el Circo para que lo utilizara una de las chicas pues ya estaban en primavera. Escuchó una risa que le hizo recordar la razón por la que se encontraba allí y se acercó lentamente a la ventana para suspirar al ver la decoración de aquel salón. Todo

lujo y confort, las sedas decoraban las paredes y había sofás de estilo francés tapizados con brocados que solo había visto una vez en casa de una Duquesa.

Estaba admirando el pianoforte que había en una esquina cuando la risa se volvió a escuchar y giró la cabeza hacia el fondo del salón donde le vio. Su marido estaba sentado en un diván con la pierna estirada y tenía una copa en la

mano mientras hablaba como si estuviera indignado con alguien que no

llegaba a ver. Entrecerró los ojos al verle beber la copa de golpe y entonces alguien se acercó a él. Se quedó sin aliento al ver a la mujer más hermosa que

había visto nunca. Su perfil era exquisito y su piel de porcelana. Llevaba un vestido en color verde oscuro que envidiarían hasta las damas de la corte y al

estar de perfil, fue totalmente consciente de como rebosaban sus pechos por encima del escote. Pero lo que le dolió más, fue ver en ese escote un increíble

collar de esmeraldas gordas como su pulgar cayendo en cascada hasta el valle

de sus pechos. Ella, que era su esposa, durmiendo en una carreta durante meses

y viviendo de la caridad de su hermana pues ni la ropa interior era suya, y esa mujer alardeando del dinero de su marido.

Clavó las uñas en el alféizar de la ventana al ver cómo su marido alargaba la mano y su amante riendo se sentaba en sus rodillas pasando su brazo sobre sus hombros antes de besarle suavemente en los labios y reír de nuevo.

—¿Qué va a hacer, milady?

Se sobresaltó y miró a Chico que estaba a su lado. —¡No estás vigilando! —susurró agachándose hasta ponerse a su altura.

—¿Le quemamos la casa?

—¿Estás loco? —Aunque no era mala idea, pero eso solo conseguiría que su marido le comprara otra a esa bruja. Hizo una mueca. —No. Tenemos que ser más listos. Volvamos a casa.

Chico la cogió por la muñeca. —¿Vamos a dejarle ahí?

—¿Y qué quieres? ¿Que tire la puerta abajo y le saque los ojos? —El niño asintió. —No me des ideas.

—Si le deja pasar la noche con ella, pensará que puede hacer lo que quiera con su esposa. Debe dejarle las cosas claras desde el principio.

Entrecerró los ojos. —¿De verdad tienes siete años?

Se subió los pantalones orgulloso. —Vivir en la calle me ha hecho madurar.

Sonrió sin poder evitarlo. —Vale, ¿y cuál es el plan? —Miró a su alrededor. —La puerta de atrás. Vamos a hacerle una visita a su habitación.

Él sonrió. —¿Puedo robar lo que quiera?

—Mientras te lo puedas llevar. —Maliciosa le guiñó un ojo y Chico hizo lo mismo.

—¡Cuidado! —Se agacharon cuando vieron pasar a un hombre por la acera que observaba las casas. Ese tampoco buscaba nada bueno. Iba vestido como un caballero de clase media, pero su actitud le indicaba que era un ladrón en toda regla. Se detuvo ante la casa de la amante de su marido y miró las ventanas del piso superior como si las estuviera evaluando, pero ver las luces del piso inferior seguramente le echo atrás porque siguió caminando.

Suspiraron de alivio y Chico susurró —Vamos o nos van a pillar.

—Sí, vamos.

Agachados rodearon la casa hasta la puerta de atrás y muy silenciosamente ella giró el pomo de la puerta que sorprendentemente estaba abierta. Entraron en un pasillo oscuro y caminaron casi a tientas hasta lo que parecía una cocina. La luz que entraba por la ventana dejaba ver las formas de los muebles y sigilosamente buscaron la escalera de servicio. La risa de esa bruja la detuvo en seco y más al escuchar la voz grave de su marido. Con el ceño fruncido olvidó la escalera acercándose al sonido y sus voces se aclararon sin darse cuenta de que había llegado a la puerta que comunicaba con el salón. Chico le hizo un gesto, pero ella ni le vio acercando la oreja a la puerta.

—¿Te lo puedes creer? —preguntó su marido irónico.

—¿Quién se cree que es esa mujer, para decirte cómo vivir tu vida, mi amor? Si ni siquiera la elegiste tú. Además, me han dicho que es fea con ganas.

Que la hermosa es su hermana. ¿Es cierto?

A Corianne se le cortó el aliento esperando su respuesta. —No es que sea fea, Linnet. Es simple. No tiene gracia, ni glamour. Tenías que ver el vestido que llevaba hoy. Parecía una sirvienta. —Los ojos de Cori se llenaron de lágrimas mientras la mujer se reía. —Por Dios. ¡Si se comportó como una tabernera, agarrando a Lady Corliss por los cabellos y sacándola del carruaje a la fuerza! Seremos la comidilla de todo Londres.

—Eso nunca te ha importado —dijo dulcemente mientras una lágrima caía por la mejilla de Corianne—. Parece que te ha molestado demasiado. Ven

que te relaje, amor.

Cerró los ojos intentando controlar el dolor. Que su marido se burlara

de ella de esa manera con su amante, era lo más humillante que le había ocurrido nunca. Un tirón en la falda la hizo volver a la realidad y miró a Chico

que la observaba con pena. Enderezando la espalda fue hasta la escalera de nuevo y subió lo más rápidamente que pudo sin hacer ruido. En el pasillo había una lámpara de aceite encendida y la cogió para seguir su búsqueda. No

les costó encontrar la habitación de aquella zorra. Parecía la habitación de una

Reina. Al ver una bata sobre la cama de la gasa más maravillosa que había

visto jamás, se acercó sin poder evitarlo y la rasgó de arriba abajo. Chico fue hasta el impresionante tocador de tres cuerpos y empezó a meter cosas en los bolsillos a toda prisa. Sin poder dejar de llorar fue hasta el armario pintado con delicadas florecillas y abrió la puerta con furia para ver las telas más caras del mercado. Fuera de sí sacó los vestidos tirándolos al suelo y Chico se acercó a toda prisa. —No haga tanto ruido, milady —susurró asustado.

Sin hacerle caso siguió sacando los vestidos hasta dejar el armario vacío y fue hasta el tocador donde abrió los cajones. Al ver las joyas entrecerró los ojos y fue hasta la cama sacando la funda de uno de los almohadones. —Sujeta.

—¡Hala! —dijo el niño impresionado viendo las alhajas—. Es una fortuna.

—Pues acaba de empobrecer. —No le dejó nada. Hasta el último anillo se llevaría y porque no podía arrebatarse el collar que llevaba al cuello. Cerró la improvisada bolsa y vio una cajita de plata con una esmeralda en la tapa. Era

la caja de las horquillas. La metió en la bolsa también. Miró a su alrededor y siseó —Vete a casa. Que no te vean.

El niño asintió cogiendo la bolsa y Corianne fue hasta su secreter.

Escribió en letra bien grande “Sal de Londres o atente a las consecuencias”.

Con el abrecartas fue hasta el cabecero de la cama y lo clavó en la madera con

fuerza. Al volverse vio al niño aun allí. —¿No te había dicho que te fueras?

—Sin usted no.

Cogió la lámpara de aceite y susurró —¡Corre!

Tiró la lámpara sobre el armario haciendo que el aceite se derramara sobre los vestidos y el fuego no tardó en extenderse sobre ellos. Sonrió irónica antes de salir corriendo escaleras abajo tras el niño. Escucharon gritos,

pero no se detuvieron hasta llegar al exterior. Era sorprendente lo que corría aquel niño y sin mirar atrás llegaron hasta su casa antes de darse cuenta.

Entraron por la puerta de atrás y se echaron a reír abrazándose.

Un carraspeo les sobresaltó y Bruce levantó una ceja mirando la bolsa

que estaba en el suelo y donde se veía una pulsera de diamantes. —¿Ha ido de

compras, milady?

—Pues sí.

—¿Todavía está viva?

—Oh, sí. Prometo que no le he tocado un pelo.

Los gritos en la calle hicieron que el mayordomo saliera corriendo

hacia el hall y cuando abrió la puerta vio la estela del humo. Cerró la puerta lentamente. —Milady, tiene una visita.

Parpadeó sorprendida. —¿Sí? ¿Y quién es?

—Soy yo, milady —dijo una voz femenina con acento francés que

parecía algo molesta. Se volvió hacia la puerta del salón y vio a Madame Blanchard fulminándola con sus ojos castaños y los brazos en jarras—. ¿Se acuerda de que me mandó llamar?

—Oh, disculpe Madame... —dijo sinceramente arrepentida—. Encima que ha tenido la amabilidad de venir hasta aquí y de noche nada menos.

La modista confundida miró al mayordomo. Estaba acostumbrada a aristócratas con mucho más carácter a las que no le molestaba poner en su sitio, pero era obvio que la condesa estaba muy avergonzada por su falta.

Sonrió sin darle importancia y cogió sus manos. —No se preocupe, querida.

Su mayordomo me ha atendido maravillosamente a mí y a mi asistente.

—Gracias, Bruce. Ha sido una falta imperdonable. Tuve un problema que no pude eludir. —Sonrió sinceramente apretando sus manos. —Por favor,

pase al salón.

—Al parecer tiene más de un problema, milady... —dijo mirando abiertamente sus manos sonrojadas y el vestido que llevaba.

Su asistente se levantó en el acto mientras Bruce corría las cortinas antes de salir cerrando las puertas dobles. Corianne apretó los labios y Madame suspiró sentándose en el sofá. —Cuénteme por qué una Condesa va así vestida, milady. ¿Qué ocurre?

—Necesito su ayuda. —Apretó sus manos nerviosa y avergonzada, porque no sabía si su marido iba a pagar su vestuario.

—No sea tímida. Si supiera todo lo que llega a mis oídos y que no ha salido de mi boca... —Sonrió alargando su mano. —Siéntese a mi lado. He

escuchado que su hermana es la princesa del Circo.

Los ojos de Corianne brillaron de alegría. —¿La conoce?

—No he podido asistir a su espectáculo, pero me han dicho que es hermosa y toda una artista. La Reina la adora.

—Sí. Es la mejor trapecista que existe —dijo orgullosa. Se notaba que la Condesa adoraba a su hermana y que la quería con locura. No sentía ni una pizca de envidia hablando de su hermana y eso a Madame le gustó. Le gustó mucho.

—Así que la Reina la casó con el Conde. Un libertino de mala reputación. Yo sabía que era cierto, pero me preguntaba qué había hecho con usted para que no apareciera por mi tienda.

—Es que...

Desvió la mirada y Madame la cogió por la barbilla para que la mirara a los ojos. —Dígame sin miedo. La dejó con su hermana, ¿verdad? Por eso ese

vestido de trabajo.

—Sí. —Entonces sin poder evitarlo se echó a llorar por lo que había visto esa noche. —Lo siento.

—No se disculpe, Condesa —dijo algo molesta pues sabía la razón de esas lágrimas.

—Cuando la Reina me ordenó casarme con él, me indigné. ¡Su fama le

precedía!

—Es lógico que no quisiera compartir su vida con un hombre con esa reputación.

Sonrojada la miró de reojo. —Pero le conocí en el Circo el día de nuestra boda y no sé cómo pasó... fue ver sus ojos verdes y cuando tocó mi mano...

—Sintió algo.

—¡Intenté entablar conversación con él, pero me dijo que le ponía de los nervios con mi parloteo! ¡Y en cuanto se fue la Reina, dijo que me quedara

allí porque no tenía la casa apropiada para la condesa de Wodsworth! ¡Qué él vivía en una casa de soltero y no era de buen gusto que yo me alojara aquí!

¡Me dejó en el circo y tuve que vivir de la caridad de los que me rodeaban!
Ni

se molestó en darme una asignación para mis gastos y hoy me entero de que...

—Se detuvo en seco al darse cuenta de lo que iba a decir y Madame sonrió.

—Querida, es un disoluto. Todo lo que se pueda imaginar, él lo ha hecho.

—Oh, Dios. ¡Este mediodía saqué a punta de pistola a varias zorras de la casa!

Madame Blanchard se echó a reír. —Ya me he enterado. Hasta el asesor

de la Reina. ¡Bravo!

La miró sorprendida. —¿He hecho bien? Ya dudo de todo.

—Creo que su instinto la hace ir en la dirección correcta. Y puesto que me ha llamado, ese instinto le dice que quiere estar más hermosa para él.

—Quiero el mejor vestuario de Londres. Quiero lo más caro y lo más impresionante que haya diseñado nunca. Va a pagar haberme abandonado en una carreta.

Madame se echó a reír a carcajadas y asintió haciéndole un gesto a su ayudante. —Eso no es problema, querida. Veo que va aprendiendo. Mis mejores clientas castigan así a sus maridos. Aunque discretamente, por supuesto. No debe ser demasiado obvio. Desnúdese, milady. Quiero ver sus atributos para saber qué debo explotar. Clare, ayuda a milady.

La chica le desabrochó el vestido con manos ágiles y Madame apretó los labios al ver la simple ropa interior que llevaba. Pero tenía buenas caderas y una cintura estrecha incluso sin el corsé que debería llevar. —Quítese la camisola.

Se sonrojó, pero no quiso llevarle la contraria, así que se la quitó rápidamente sabiendo que solo la verían ellas. Madame parpadeó. —Buenos pechos, milady.

—¿Usted cree?

—Grandes, pero firmes. Más de una mataría por algo así. —Se levantó

girando a su alrededor mientras ella se sonrojaba por el escrutinio. —Tiene buena piel, aunque algo oscurecida. Y esas pecas del pecho y la nariz...

Seguramente le han salido por pasar tanto tiempo al aire libre sin sombrero o sombrilla.

—No tenía.

—Debe bañarse dos veces al día con agua bien caliente y untarse la piel con crema de almendras, milady. Dos veces al día.

—Bien.

—Su cabello no está a la moda. No es ni rubia ni castaña. Tiene un color intermedio que debe aclarar con camomila y vinagre. Debe dejársela veinte minutos para que su cabello brille.

—Lo haré.

Madame se puso ante ella y miró sus pechos de nuevo inclinando la cabeza a un lado. —Impresionantes. Póngase la camisola.

En ese momento escucharon gritos en el hall y se sobresaltó llevando

la camisola a sus pechos cuando se abrió la puerta de golpe. Su marido furioso

se detuvo en seco al verla pues la luz de la chimenea reflejaba su espalda desnuda. Bruce que intentaba detenerle, dejó caer la mandíbula antes de que la

ayudante de Madame chillara —¡Salgan de aquí! ¡La Condesa está desnuda!

Eso hizo reaccionar a Henry que cerró la puerta tras él de un portazo

antes de señalarla con el dedo. —Has sido tú, ¿verdad? —gritó recuperando

su

enfado.

Levantó la barbilla. —No sé de qué me hablas.

—¡Le has quemado la casa a Linnet!

—¿A quién? —preguntó dulcemente retándole con la mirada.

—¡Corianne! ¡Le has robado sus joyas! ¡Una fortuna, por cierto!

Madame levantó una ceja al ver que la condesa intentaba no sonreír. —

¡Milord, salga de aquí de inmediato! —dijo poniendo su peor cara—. ¡La condesa no está visible!

—¡Yo la veo perfectamente, bruja! No se meta en esto.

Corianne jadeó ofendida porque la insultara. —¿Cómo te atreves?

¡Discúlpate ahora mismo!

—¡Dame las joyas!

—¡No sé de qué me hablas!

Madame sonrió al ver como se miraban. Aquello no iba nada mal y la

mirada del Conde a su esposa cuando había entrado era muy prometedora. —

¡Milord! ¡Me parece que se ha confundido!

—¡Cierre la boca! ¡Sé que ha sido ella!

—¿Cómo se atreve a hablarle a su esposa de su amante? —Aparentó

estar escandalizada. —Esto es una vergüenza.

—¿Su amante? —La aparente sorpresa de su esposa hizo que Henry dudara. —¿Cómo que su amante?

—Corianne...

—¿Tienes una amante, amante?

El conde parpadeó antes de pasarse la mano por su espeso cabello negro. —¿No lo sabías?

—¡Claro que no! —le mintió a la cara—. Pero ahora ya lo sé.

La amenaza les quedó patente a todos y la modista reprimió una risita dándose cuenta de que su condesa era mucho más lista de lo que parecía al principio.

Su marido frunció el ceño antes de volverse. —Por cierto, querido...

—Henry se detuvo volviéndose a regañadientes. —Me das permiso para comprar un vestuario nuevo, ¿verdad? —Él se acercó de nuevo y Corianne sonrió de oreja a oreja. —Quiero estar muy hermosa para que te sientas orgulloso de mí.

—Entonces quédate con lo que tenías, porque eso no pasará jamás.

Fue como si un rayo le traspasara el pecho y no pudo evitar que el dolor se reflejara en sus preciosos ojos castaños. Él apretó los labios antes de salir del salón dando un portazo y Madame chasqueó la lengua. —No se apene,

Condesa. Va por buen camino.

—¿Usted cree?

—Muy buen camino.

Esa noche su marido no durmió en casa y Corianne no pegó ojo

tumbada en la enorme cama pensando que había dormido con Linnet o alguna

otra. Pero bueno, acababa de llegar y él no iba a cambiar de la noche al día.

Cuando bajó las escaleras, Chico estaba esperándola en el hall con un trapo en la mano limpiando la barandilla. —Te has levantado temprano —dijo

ella sonriendo.

—Bruce me ha dicho que debemos ser los primeros en levantarnos y

los últimos en acostarnos. No podemos hacerlo hasta que nuestros señores se hayan ido a la cama y por la mañana debemos estar listos para el desayuno.

—Muy bien. Voy a escribir unas cartas después del desayuno. ¿Sabes escribir?

El niño negó con la cabeza de la que iban hacia la cocina, donde todos ya estaban desayunando. —Buenos días.

Se levantaron en cuanto se dieron cuenta de su presencia. —Buenos días, milady —dijeron todos a la vez.

—Veo que las instrucciones de Bruce os han llegado hondo. —Le guiñó un ojo al mayordomo, que se sonrojó seguramente porque la noche anterior había visto demasiado. Volvería a pasarlo por alto pues había sido

culpa de su marido. —Sentaos.

Chico se sentó a su derecha mientras ella lo hacía a la cabecera y

sonrió al ver el enorme desayuno que había preparado. —¿De dónde ha salido

el jamón?

—Lo he comprado esta mañana, milady.

—¿Dónde has dejado la bolsa?

—En un lugar seguro.

Asintió sin darle demasiada importancia y empezó a comer con ganas.

Le daba la sensación de que debía tener todas las fuerzas posibles para ser Condesa de Wodsworth.

Miró a su alrededor y vio que las ollas sucias habían desaparecido de la pila y estaban colgadas del techo. —Habéis trabajado mucho. —Los niños sonrieron. —Eso merece un premio. Nos vamos de compras después de que escriba unas cartas.

—¿Milady? ¿Me necesita? —preguntó Bruce.

—Por supuesto. Necesitamos de todo.

—Me he tomado la libertad de hacer una lista.

En ese momento llamaron a la puerta y su mayordomo se levantó de inmediato al igual que Chico que corrió tras él. Divertida miró a Luke. —

¿Tenemos carruaje?

—Está preparado, milady.

—Una buena noticia al fin.

—Lo llevaré yo mismo.

—Estupendo.

Bruce entró en la cocina diciéndole a Chico. —Endereza la espalda. —

El niño lo hizo en el acto mientras su hombre decía —Varias cajas han llegado, milady. De Madame Blanchard.

—Al parecer se ha dado prisa. Después las miraremos. ¿Judy?

—Estoy impaciente, milady.

Estuvieron hablando de todo lo que tenían que hacer, que era mucho, cuando volvieron a llamar a la puerta. Como habían terminado, dejó que ellos recogieran mientras iba hasta el hall con Judy detrás y Bruce ante ella iba a abrir la puerta sin que Chico le perdiera ojo. Judy abrió los ojos como platos al ver al menos veinte cajas sobre la mesa central del hall.

—Vaya. —Sonrió a la niña. —Son muchos.

—Sí, milady.

—Subámoslos a la habitación.

Bruce abrió la puerta sonriendo para ver al otro lado a su marido totalmente borracho, sujeto por dos amigotes que tampoco tenían buen aspecto. Su mayordomo se hizo a un lado para que le entraran en la casa y ella

se tensó. —Cierra la puerta, Bruce. Hace corriente.

Ellos se adelantaron un paso, pero su mayordomo de inmediato cerró la puerta de golpe. Escucharon un quejido al otro lado, pero ella no sintió ningún arrepentimiento. Sonrió de nuevo a la niña cogiendo varias cajas. —Vamos, tenemos mucho que hacer.

Entre los cuatro subieron los paquetes y Judy subida a una silla apartó varias prendas del Conde antes de coger unas cuantas camisas de un estante y pasarlas al de abajo haciéndole espacio en el armario. Le daba la sensación de que no sería suficiente. —No, espera. Necesito otro armario.

—¿Puedo sugerirle que use la habitación de al lado, Condesa? Sería mucho más cómodo para usted. Es más pequeña, pero tiene un armario más grande.

—Sí, será lo mejor. —Resignada porque no podía tener sus cosas allí, fueron a la habitación de al lado, donde la cama estaba sin hacer. Compraría varias cosas para ponerla a su gusto como una colcha bonita.

Judy, apretando las manos, esperaba impaciente a que abriera las cajas y cuando abrió la primera vieron un precioso vestido de paseo en gasa blanca con flores bordadas en verde. La niña suspiró viendo como lo levantaba. —Es

hermoso, milady. ¿Tiene chaquetilla a juego?

—No sé. ¿Por qué no abres las otras y me ayudas?

La niña se pasó las manos por el vestido como si tuviera miedo de

mancharlos antes de abrir la caja que tenía adelante. Un sombrero de paja en blanco con el ala ancha y bonitas flores verdes era el complemento perfecto para el vestido.

Bruce sonrió. —Estará maravillosa, milady. La dejamos para que se cambie. Ya que lo tiene aquí, debe vestir de manera apropiada.

—Sí, por supuesto. —Se llevó la mano al cabello, que no debía tener muy buen aspecto.

Cuando se quedaron solas, Judy fue abriendo paquetes mientras se desvestía y le acercó una preciosa ropa interior con sus iniciales bordadas en los volantes. Sonrió porque nunca había tenido una ropa interior con una tela tan suave y delicada. Casi chilló de la impresión al ver el corsé en seda beige con bordados blancos. —Dios mío —susurró acariciándolo—. Nunca había visto nada igual.

—Ni yo —dijo la niña impresionada—. Tiene las ballenas más largas en la espalda, milady.

Impaciente se lo colocó y Judy subida a la silla cruzó las cintas

pasándola por los agujeros. Se sujetó al poste de la cama y Judy tiró con fuerza bajando al suelo. —Llama a los niños —dijo porque no pensaba llamar a Bruce.

La niña salió corriendo y mientras tanto se puso las medias con

florejillas bordadas en la parte superior. Se estaba ajustando la segunda media

debajo de las pantaletas cuando entraron los cuatro en tromba. La miraron asombrados. —Vais a demostrar vuestra fuerza.

—Venir, tenéis que tirar de aquí —dijo Judy muy seria.

Dos en cada tira la miraron como si fuera todo un desafío. —

¿Preparados? Ya.

Los cuatro tiraron a la vez y casi le cortan la respiración. —Ya está ajustado —dijo la niña.

Antes de darse cuenta habían hecho una lazada que seguramente no se podría quitar fácilmente. —Retiraros —ordenó Judy mientras ella se tocaba el vientre y la cintura mirándose al espejo.

Los niños la miraron sonriendo antes de salir. —¿Es cómodo, milady?

—El más cómodo que he llevado nunca. —Se volvió de perfil y se dio cuenta que elevaba sus pechos. —Mucho.

—Milady... —Se volvió para ver a Judy con los faldones preparados a su lado y metió las piernas en ellos rápidamente. Judy ajustó la cinta alrededor

de su cintura volviendo a la cama para coger el vestido. Se subió a la silla y se

lo pasó por la cabeza como si fuera doncella de toda la vida. Le ató los botones de la espalda después de que se ajustara el pecho. —Es hermoso. El vestido más bonito que haya visto nunca.

—Estoy impaciente por ver los demás —dijo emocionada pues ni de casada en su primer matrimonio había tenido algo tan bonito.

La niña terminó de abotonar y saltó de la silla para seguir abriendo cajas mostrando una sombrilla blanca y unos botines del mismo color. — Blancos. —Cogió uno deseando que fuera de su talla.

—Y aquí... —Judy abrió otra caja. —¡Un abrigo!

Chilló al ver un abrigo de entretiempo en blanco con las mismas flores del vestido mucho más grandes en los bordes inferiores. Judy se echó a reír mostrándoselo.

Cuando estuvo vestida, no se podía decir que no era una gran dama.

Para disimular el estado de su cabello Judy le había sugerido un moño en la nuca y para su sorpresa el resultado final fue perfecto.

—Vamos de compras, ya escribiré esas cartas después. —Coqueta

cogió la sombrilla y salió de la habitación para detenerse en seco al ver a su marido subir las escaleras en un estado lamentable. Al parecer el golpe que tenía en la nariz y que le había manchado la camisa de sangre, le había espabilado porque la miró como si la odiara antes de darse cuenta de su aspecto.

—Condesa, aunque la mona se vista de seda...

Le robó toda la alegría de golpe perdiendo la sonrisa. Su marido llegó

hasta ella y susurró —Vuelve hacer algo como lo que acaba de pasar y te vas a

acordar de mí. Esto se ha acabado.

—Lo mismo digo, esposo. Esto se ha acabado. O aceptas mis reglas o

te juro por lo más sagrado que vas a pasar mucha vergüenza —siseó furiosa

antes de empezar a bajar las escaleras. Cuando estaba a la mitad se volvió—.

Por cierto, Conde. Dile a esa rubia que se pone la ropa que me corresponde a mí y las joyas que a mí no me regalas, que como vuelva a tocarte le rajo la cara. A ver si se ríe de mí después.

Atónito la vio salir por la puerta con todos los habitantes de la casa.

Cuando Bruce sonriendo cerró la puerta, Henry gritó —¡Lo sabía! ¡Sabía que habías sido tú!

La risa de su mujer llegó hasta él poniéndole aún más de los nervios. Si la condesa lo supiera, seguramente estaría encantada.

Capítulo 4

Fue una mañana muy productiva. Lo primero que hizo, fue llevar a los niños a comprar ropa. Les compró a todos unos trajecitos negros con camisas blancas y a Judy un vestido blanco que ella se negaba a llevar porque se ensuciaría mucho.

—Serás la única doncella de Londres vestida de blanco.

La niña al saber que sería única ya no le pareció tan mal. Les compró ropa de paseo y ropa interior. Se echaron a reír cuando les compró los zapatos, porque a Judy que no los había llevado nunca, tuvo una pataleta típica

de su edad que hizo época, demostrando un carácter que hasta ese momento había reprimido. A Bruce le compró un traje de mayordomo de casa grande pues el que llevaba con chaqueta larga no le gustaba para recibir. Y como no podía ser menos, a Luke le compró ropa de trabajo pues sus pantalones tenían

un roto en la rodilla. Cuando protestó le dijo que no podía llevarla por la ciudad así vestido. Por supuesto lo cargó todo a las cuentas de su marido, que estaría encantado de cubrir sus caprichos.

Bruce la escoltó por el mercado susurrándole lo que era demasiado caro de lo que no. Compró una vajilla nueva en Bond Street y al pasar ante una mercería vio una colcha de seda beige que le gustó mucho. Quedaría preciosa en su habitación.

Al entrar seguida de los suyos el dependiente le sonrió. —Señorita, ¿vienen con usted?

—Pues sí. Son mi escolta.

—Ah. —Asombrado miró a los niños, que muy quietecitos estaban tras ella.

—Y soy Condesa. La Condesa de Wodsworth.

—Disculpe, milady... ¿Qué ha dicho?

—Lo que ha oído y quiero ver esa colcha que tiene en el escaparate. —

Vio una mantelería y le hizo un gesto a Bruce, que se acercó de inmediato. —

¿Qué opinas?

—Necesitaremos dos.

—Por supuesto, tengo unas con unos bordados...

Treinta minutos después habían comprado mil cosas para la casa, desde

sábanas nuevas hasta alfombras. Al salir de allí el tendero la adoraba y hasta le

hacía reverencias diciéndole que volviera cuando quisiera mientras los chicos subían al portaequipajes todos los paquetes. Al pasar por la tienda de al lado, vio una tetera de plata que era un primor y Bruce le dijo —La que tenemos está abollada por una de las fiestas... —Carraspeó. —Ya me entiende.

—Entremos. Si alguien se atreve a visitarme, no puedo servirles el té en eso.

—Por supuesto. Y ya que lo menciona...

—Un juego de té. —Exasperada entró en la tienda. —Vaya, se me han olvidado las servilletas. —Chico...

El niño corrió al exterior para volver a la tienda de la que habían venido y ella se acercó al dependiente, que muy estirado la miró de arriba abajo. Era lógico porque no la conocía y allí tenía piezas muy valiosas. —

Buenos días —dijo el hombre mirando a los demás con la nariz arrugada.

—Buenos días. Quiero un juego de té de plata. He visto uno en el escaparate...

—Si han venido a robar, les advierto que hay un policía en la puerta.

Asombrada se volvió para ver efectivamente a un policía en la puerta con la porra en la mano. Jadeó indignada. —¡Disculpe, soy la condesa de Wodsworth!

—¿La condesa de Wodsworth ha dicho? —El hombre sonrió divertido.

—No me haga reír. Le aconsejo que se vaya, milady.

La manera en la que la llamó milady la ofendió tanto que no supo qué decir. Chico entró corriendo en la tienda chocándose con el policía que levantó

la porra. Corianne gritó asustada poniéndose en medio y el porrazo que recibió en la frente la dejó algo confundida. Tambaleante llevó la mano al pecho del policía, que volvió a golpearla mientras los niños gritaban asustados. Bruce la cogió en brazos casi sin sentido.

—¡Condesa! ¡Condesa!

El policía se asustó mientras los niños lloraban y salió corriendo. El tendero, pálido al darse cuenta de que habían cometido un error, salió de detrás del mostrador, pero los niños se tiraron a él para darle patadas y proteger a su ama.

Bruce la cogió en brazos. —Vámonos, niños. Esto no se va a quedar así. Cuando se entere el Conde, le cerrará esta tienducha.

Chico le escupió en el traje antes de salir corriendo siguiéndoles. Tom cogió de la mano a Judy, que lloraba a lágrima viva, mientras Rick recogía del suelo la sombrilla de su señora.

Luke asustado al ver que la sacaban en brazos, se bajó del pescante

ayudándola a subir al coche.

Llegaron a la casa sin que ella se diera mucha cuenta de lo que ocurría a su alrededor y perdiendo el sombrero en el camino. Judy se lo recogió sin dejar de llorar mientras entraban en la casa.

—¡Conde! ¡Conde! ¡Venga! —Bruce la tumbó sobre el sofá con delicadeza y todos vieron que los golpes empezaban a hincharse. —¡Un paño húmedo, deprisa!

Se señor apareció en la puerta atándose la bata y al verla en el sofá se acercó rápidamente. —¿Qué ha ocurrido?

—¡Le han golpeado, milord! —dijo Bruce preocupado.

—¿Cómo que le han golpeado?

—¡Un policía la ha golpeado con su porra! —gritó Chico—. ¡Dos veces!

—Se burlaron de ella cuando dijo su nombre. —Su mayordomo estaba al borde de las lágrimas. —¡Y nos acusaron de querer robar!

Henry apretó los labios viendo que parpadeaba ligeramente como si quisiera despertarse, pero le costara. —Ve a buscar al médico y tráele. Dile que

tiene que atender a la condesa.

—Sí, milord.

La cogió de la mejilla. —¿Corianne? Despierta, preciosa.

Rick le entregó un paño húmedo y él se lo colocó en la frente con cuidado. —Contarme lo que ha ocurrido.

Cuando Corianne abrió los ojos estaba tumbada en una cama y Judy sentada su lado ponía un paño con delicadeza sobre su frente. Tenía los ojos rojos como si hubiera llorado mucho. —¿Qué ocurre, pequeña?

—¿Está mejor?

—¿Estás disgustada?

—Le han pegado.

—¿A quién?

—A usted, milady. El médico llegará enseguida. No debe preocuparse.

—No me preocupo. Ya lo haces tú por las dos.

Su marido entró en la habitación vestido impecablemente con una

chaqueta de diario en color marrón con las solapas en negro, sobre una camisa

blanca con el pañuelo anudado al cuello, sus pantalones negros y sus botas negras. Estaba tan atractivo que le alteró el corazón. Pareció aliviado y se sentó a su lado. —Estás despierta.

—Y tú también.

Él apartó el paño de su frente para apretar las mandíbulas. —¿Cómo te encuentras?

—Bien. ¿Y tú?

Henry sonrió. —Muy bien, gracias.

—Me alegro.

Rick entró en la habitación. —El doctor.

Su marido se levantó de inmediato cuando entró un anciano de barba

blanca que le entregó el sombrero a Rick antes de acercarse a él. —Doctor Simmons, me alegro de que haya venido.

—No lo he hecho por usted. Puede estar seguro de eso.

—Me lo imagino.

Se apartó y el doctor sonrió a Corianne. —Bueno, bueno. Me alegro muchísimo de conocerla Condesa.

Ella correspondió a su sonrisa. —¿De veras?

—Una dama encantadora. Sí, señor. Vamos a ver. —Levantó el paño y suspiró al ver el golpe. Se lo palpó con cuidado y ella sonrió. —¿Ha perdido el conocimiento?

—Sí —contestaron todos desde el pasillo.

El doctor sonrió. —Al parecer su salud preocupa a mucha gente.

—Son de la familia.

—¿Le duele la cabeza?

—Solo ahí donde ha tocado. ¿Eso es malo?

—No, es muy bueno. Pero si le duele la cabeza, debe llamarme de

inmediato.

—Nunca me ha dolido. ¿Puede mirarle el pie a mi marido? Ayer le pegué un tiro en el pie y no sé si está curando bien.

Henry carraspeó. —Se te cayó la pistola. No es lo mismo.

—Revisaré esa herida si promete que me avisará si le duele la cabeza o se marea.

—A no ser que vea sangre...

—Se desmaya si ve sangre.

—Es aprensiva. No se preocupe. —Miró a Judy, que se apretaba las manos preocupada. —¿Eres su doncella?

—Sí, señor.

—Que se alimente ligeramente y que no se levante de la cama en tres días.

—Sí, señor.

El doctor miró al Conde. —Dejemos ponerse cómoda a su esposa — dijo obviando que no había sábanas en la cama—. Veamos ese tiro. No habrá perdido algún dedo, ¿verdad, Conde? —preguntó con ironía.

—Pues no. He tenido mucha suerte.

—Ya me he dado cuenta al conocer a su encantadora esposa. —Salieron de la habitación y ella se sentó de inmediato en la cama.

—No debe levantarse, milady.

—Tengo mucho que hacer. Ayúdame a cambiarme. Tres días. No sabe de lo que habla.

Diez minutos después salía de la habitación con su vestido rosa y miró hacia la habitación de su marido. La puerta estaba cerrada, así que le daba tiempo a llegar a la cocina sin que la vieran. Estaba llegando abajo cuando el médico y Henry salieron del despacho.

—Sí, por supues... —La mirada de su marido al verla en el hall con cara de culpabilidad fue suficiente para decirle que le había enfadado. —¡A tu habitación!

—Es que...

—Milady, ¿qué hace levantada? —El doctor no salía de su asombro.

—Muy bien... —Puso los brazos en jarras. —Podría echarle cuento al asunto y pasarme tres días en la cama. ¡Pero doctor, tengo mil cosas que hacer!

—Y dejándolos con la palabra en la boca fue hasta la cocina. Tenían que empezar a lavar las sábanas. Eso le recordó que tenía que escribir las cartas y volvió a salir de la cocina. El doctor y Henry parecían estar discutiendo y cuando la vieron se la quedaron mirando mientras atravesaba el hall para entrar en el despacho cerrando la puerta.

Como Bruce lo había colocado todo, encontró el papel enseguida.

Estaba cogiendo la pluma cuando se abrió la puerta entrando su marido en tromba. —¿Se puede saber qué estás haciendo?

—Escribir o al menos es lo que iba a hacer. —Metió la pluma en el tintero y empezó la carta a Josalyn, su doncella. La había abandonado hacía meses en Pemberton House y esperaba que aun estuviera allí.

Su marido entrecerró los ojos. —¡No puedes hacer esto! Debes descansar.

—Estoy sentada —contestó distraída sin dejar de escribir.

Él cogió la carta que acababa de escribir, pero ella se la arrebató. —

¿Qué haces?

—¿A quién le escribes que yo no lo pueda leer?

—¿Me lo cuentas tú todo? No, ¿verdad? ¡Pues no tienes derecho a leerla!

—¡Soy tu marido!

—¡Para lo que te conviene! ¡O lo eres para todo o no lo eres!

Sorprendiéndola la cogió por la nuca acercándola a él. —¡Eres mi esposa!

—Como te vea con otra... —La interrumpió besando sus labios y sorprendida dejó caer la pluma sobre el papel en blanco. Abrió los ojos como platos cuando su lengua entró en su interior, pero las mariposas que sintió en el estómago cuando la saboreó, hicieron que gimiera abrazando su cuello. Él retiró sus brazos y apartándose sin llegar a soltarla siseó —A la cama.

—¿A la cama? —Se sonrojó intensamente. —Bueno, si te empeñas.

—Me empeño. —Tiró de su brazo haciéndola rodear el escritorio y antes de darse cuenta la cogió en brazos.

Sintiéndose más mujer que en toda su vida, rodeó su cuello con sus manos y sonrió adorándole con la mirada. —Estás muy guapo vestido así. Aunque estás guapo de cualquier manera.

—¿No me digas? —La miró con desconfianza subiendo las escaleras.

—¿Seguro que estás bien?

Ella suspiró acariciando el lóbulo de su oreja. —Sí. —Soltó una risita.

—Aunque estoy algo nerviosa.

—No tienes por qué. —La tumbó en su cama donde Judy acababa de poner las sábanas nuevas, aunque todavía no había puesto el edredón. —Que no se mueva de aquí —dijo antes de salir.

No se podía creer que la abandonara sin hacerla una mujer de verdad después del beso que le había dado. Saltó de la cama y Judy abrió la boca para

protestar, pero después se encogió de hombros regresando a sus tareas.

Corianne llegó a la barandilla para ver a su marido atravesando el hall hacia la puerta. —¡Esto me lo vas a pagar! —gritó ella desde arriba furiosa. Su

marido se echó a reír abriendo la puerta.

—Vuelve a la cama y sigue las instrucciones del médico, querida.

Volveré en una hora. Como no estés en la cama, no volveré a besarte.

Jadeó indignada y él se echó a reír saliendo a la calle. Sin darse cuenta sonrió. La había besado y cómo. Aquello iba muy bien.

Por supuesto cuando llegó ella no estaba en la cama, sino en el salón subida a una escalera limpiando el cuadro de encima de la chimenea. Él apretó

los puños de espaldas a su mujer, que distraída se apoyó solo en un pie para llegar al extremo superior del marco. Esa mujer era imposible. Llegó a ella en tres zancadas y la cogió de la cintura haciéndola gritar del susto. —Ah, eres tú.

—Sonrió encantada de verle. —Me has asustado.

—¿No hablamos el mismo idioma? Yo pensaba que sí, pero resulta que yo te digo que hagas algo y tú haces lo contrario.

—¿Hago eso?

—¡Sí y es muy irritante!

Corianne sonrió encantada mientras la dejaba en el suelo. —¿De verdad te irrito? Qué bonito, cariño.

Parpadeó asombrado. Esa mujer no estaba bien de la cabeza. Ahora lo veía claro.

—Preciosa, creo que es mejor que te acuestes. No te veo bien del todo.

—¿Dónde has estado? —Volvió hacia las escaleras, pero él la cogió de la muñeca tirando de ella hacia el hall de nuevo.

—De compras.

—Ah, ¿y qué has comprado?

—Una tienda.

—¿Una tienda? —Él la metió en la habitación y le quitó el trapo de la mano tirándolo al suelo antes de volverla y empezar a desabrocharle el vestido. —¿Una tienda de qué?

—Una platería. He comprado una platería. Me apetecía.

Le miró sobre su hombro. —¿Y qué vas a hacer con ella?

—Arruinar a la platería que hay en frente. —A Corianne se le cortó el aliento. —No te imagines cosas. Nadie daña algo que es mío. Y sobre ese policía, no debes preocuparte porque pegue a alguien más, porque ha sido despedido.

—¿Le han despedido?

Él le bajó el vestido gruñendo al ver su ropa interior sin el corsé que se había quitado para trabajar. Sus pezones se transparentaban a través del fino tejido de su camisola. —Sí. Después de lo que hizo, se lo merecía, ¿no crees?

—Sí, por supuesto. —La cogió en brazos y la tumbó en la cama.

Asombrada vio que empezaba a desatar sus botines con soltura. Algo avergonzada porque nunca había estado en esa posición con un hombre preguntó —Henry, ¿qué haces?

—Asegurarme de que duermes un rato.

—¿Sí? —Le quitó el otro botín y ella casi se mareó cuando llevó sus manos por encima de sus rodillas y empezó a bajarle las medias. Corianne se

apoyó en sus codos para mirarle y vio que miraba distraído el vello que tenía entre las piernas a través de las pantaletas. Fue como si el fuego la recorriera en ese momento y sus pezones se endurecieron en el acto elevando sus pechos.

Su marido sacó la media de su pie y tomándose su tiempo llevó sus manos a la

otra media, bajándosela lentamente. —¿Vas a hacerme el amor?

Él la miró a los ojos. —Si ahora eres muy pesada, no quiero imaginarte después.

Corianne se echó a reír porque su razonamiento no tenía sentido. —

¿Tú crees?

Henry se levantó quitándose la chaqueta y Corianne perdió la risa poco a poco sin perder detalle, aunque ya conocía ese cuerpo. Esa imagen no se le había borrado de su mente. Pero cuando se quitó el pañuelo que rodeaba su cuello ella lo vio en sus ojos. Era una trampa. Sus ojos verdes no indicaban ninguna ternura ni deseo. Eran fríos, aunque su rostro parecía relajado. Ella no

haría el amor con un hombre que no la deseara por encima de todo como Russell deseaba a June. Sin aliento esperó su siguiente movimiento y fue una sonrisa en su rostro. —Preciosa, ¿por qué no te desnudas para mí?

—¿Me darás un hijo? —A su marido se le cortó el aliento. —Quiero un hijo tuyo.

—¿Un heredero que te garantice que si me pasa algo no tengas que volver a

esa carreta? —Se le retorció el corazón al escuchar su ironía y supo por qué no la apreciaba como esposa. No creía que pudiera sentir algo por él que no fuera codicia. —Eres muy lista, condesa. La Reina ha escogido bien. Se quitó la camisa, aunque ella sabía que en ese momento hervía de furia, pero tenía que descubrir la razón por la que quería mantenerla contenta haciéndole el amor y sonrió girándose en la cama. —¿Así que crees que ha escogido bien? Yo creo lo mismo porque me acabo de dar cuenta de que eres el hombre de mi vida. —Con desconfianza dejó caer la camisa al suelo sin decir una palabra. —Seré una buena esposa, pero ambos tendremos que ceder para que este matrimonio sea feliz y próspero. ¿No crees, querido?

—Por supuesto, querida. —Era obvio que se estaba burlando de ella y se preguntó hasta qué punto pensaba que era estúpida.

Llevó sus manos a cierre de su pantalón y ella se levantó a toda prisa poniéndose ante él. —Déjame a mí. —Su aliento rozó el pecho de Henry, que se tensó con evidencia. —Dime, esposo... ¿Qué puedo hacer por ti para que seas feliz? —Abrió el cierre y mirándole a los ojos metió la mano con atrevimiento y acarició su sexo. Se sorprendió un poco porque no llevaba ropa

interior,

pero

intentó

no

demostrarlo.

Su

sexo

endurecido

era

sorprendentemente suave y Henry cerró los ojos disfrutando de sus caricias.

—Dime, cielo. Pídeme lo que quieras. Solo deseo que seas feliz a mi lado.

Él la cogió por la nuca atrapando su boca y la besó como la necesitara.

No fue tierno, sino brusco y apasionado, logrando que Corianne se sintiera arrasada por el deseo. Se apartó de ella de golpe. —¿Quieres que sea feliz?

—Sí. —Sus ojos reflejaban que era cierto e intentó besarle de nuevo.

—¿Dónde están las joyas, preciosa? No puedo dejar que te detengan. —

Acarició su mejilla con ternura y besó suavemente su labio inferior. —Linnet

ha amenazado con denunciarte y no podré evitarlo. Esas joyas son su futuro.

Que se preocupara por el futuro de esa zorra antes que por el presente

de su esposa, fue algo que no pudo digerir y se soltó de él con fuerza, mirándole con odio mientras daba un paso atrás. —¿Te atreves a hablarme de

tu amante mientras haces el amor conmigo? —No pudo evitar que el dolor que

sentía en ese momento por su traición se reflejara en su voz.

—¡Corianne! ¡Es una fortuna en joyas y sé que has sido tú!

—¿Denunciarías a tu esposa? ¡Porque solo lo sabes tú! —Le miró incrédula. —¿Le has dicho que he sido yo?

—¡No es tonta! ¡Nunca ha tenido problemas hasta que apareciste! Y después del episodio con Lady Corliss...

—¡Episodio que le has contado tú! —Forzó una sonrisa mirándole con desprecio. —¿Apenas llevo aquí un día y ya me criticas desahogándote con tu amante? Qué típico.

Amenazante dio un paso hacia ella. —Dame las joyas. No te lo pido más.

Levantó la barbilla. —¿O sino qué vas a hacer Conde?

—Nunca he pegado a una mujer, pero me estás llevando al límite, Corianne. —Dio otro paso hacia ella. —Dame las joyas.

—¿Crees que me asusta una paliza? —Se echó a reír en su cara. —Mi padre me las daba a menudo cuando algo no le parecía bien. Incluso mi primer

marido lo intentó una vez, pero era demasiado viejo para atraparme.

—¡Dame las joyas!

—¡Antes muerta a que esa zorra se cubra con los diamantes que deberías haberme regalado a mí! —Sus ojos se llenaron de lágrimas levantando sus manos sonrojadas. —¡Mira cuantos anillos llevo en mis manos

mientras esa puta va cargada de ellos!

Sorprendiéndola cogió su mano izquierda con fuerza para atraerla y

los dos escucharon el chasquido antes de que ella hiciera un gesto de dolor sin

que se le escapara un solo sonido. Solo una lágrima rodó por su mejilla mientras su marido se apartaba sorprendido de ella como si no creyera lo que acababa de pasar. —Preciosa, yo...

Se llevó la mano al pecho y se volvió para que no la viera llorar. —

Corianne, no quería hacerte daño. Solo...

En ese momento no quería escucharle. Corrió hacia la puerta saliendo

de allí antes de que pudiera evitarlo y se metió en otra habitación cerrando la puerta con llave.

Cerró los ojos pegando la espalda a la puerta y llorando en silencio se

dejó caer hasta el suelo sin poder retener las lágrimas, preguntándose si alguna vez su marido se enamoraría de ella. Durante varios minutos pensó en

lo que haría June, pero no encontraba respuesta. Sabía que habían tenido dificultades al principio, pero Russell siempre la había deseado. Corianne no podía competir con las mujeres que trataban a su marido. Linnet era mucho más hermosa que ella y ya le tenía. Mientras que Corianne era una esposa que

le habían impuesto y que no deseaba. La veía como una arribista, pues el comentario que había hecho sobre el bebé demostraba de sobra lo que opinaba

de ella.

Se pasó allí sentada mucho tiempo y cuando tuvo valor se miró la

mano para ver que su dedo anular estaba doblado hacia el dorso de la mano anormalmente. Cerró los ojos mareándose y respiró hondo apoyando la cabeza en la puerta. Debía enderezarlo, pero temía hacerlo mal y que le quedara inútil de por vida. Era una ironía que fuera el dedo donde debería llevar su alianza.

Se limpió las lágrimas y se levantó abriendo la puerta para volver a su habitación. Se detuvo en la puerta al ver a su marido ya vestido de nuevo, sentado en la cama con los codos apoyados en las rodillas. Henry se enderezó al ver sus pies y se miraron a los ojos durante varios segundos. Avergonzada porque se daría cuenta de que había llorado desvió la mirada y él susurró alargando la mano —Déjame ver.

Insegura se acercó a él, pero no se decidía a enseñarle la mano por miedo a que intentara enderezárselo y le quedara mal. —Prometo que no te tocaré.

Tomando aire entrecortadamente separó la mano de su cuerpo y la extendió para que la viera. Su marido se levantó lentamente apretando los labios. —Llamaré a la niña para que te ayude a ponerte el camisón mientras aviso al doctor.

Se dio cuenta que no la miraba a los ojos y supo que en ese momento la grieta que había entre ellos se había hecho enorme. Agotada de tantas emociones, asintió antes de que él saliera de la habitación. Judy no tardó en llegar y se preocupó mucho al ver su mano. —¿Se ha caído, milady?

—Sí, me he caído.

—¿Se ha mareado? ¿Ha sido por eso?

La niña estaba muy afectada por todo lo que había pasado ese día y no quería preocuparla más. —Ha sido un pequeño accidente. Esto no es nada.

Tendrías que ver los golpes que algunos se dan en el circo ensayando sus números.

—¿De verdad, milady?

—Oh, sí. Mi hermana fue coceada por su caballo. Fue terrible lo que le pasó y hace un par de meses el elefante se desvió de su camino por un despiste

de su domador y su amiga Maggie recibió un golpe de su trompa que la tiró al suelo en medio de la pista. Los accidentes ocurren.

—¿Qué es un elefante? —Se acercó a ella con un camisón en la mano que ella no había visto.

—Es un animal enorme con una nariz que le llega al suelo.

La niña abrió los ojos como platos. —¿De verdad?

—Oh, sí. Cuando venga June a la ciudad, iremos a verles. Vais a ver el mejor espectáculo del mundo.

—¿Al circo? Tom me llevó a ver su carpa en el parque y robamos un caramelo.

Se echó a reír acariciando su negro cabello —No se lo diremos a Russell.

Cuando se puso el elegante camisón y la bata a juego con unos encajes

en los puños dignos de una reina, se tumbó en la cama sin dejar de hablar de su

vida en el circo. La niña divertida con sus historias se olvidó del dedo, pero se

dio cuenta de que faltaba el edredón. —Voy a por la colcha, milady. Debe estar

en el hall.

—¿Qué hacen los demás? —preguntó extrañada—. No les oigo por la casa.

—Están en la cocina colocando lo que acaba de llegar del mercado y...

—Escucharon que llamaban a la puerta. —Debe ser el doctor.

Salió corriendo provocando una sonrisa en Corianne. Suspiró reposando la cabeza sobre las almohadas y recordando los consejos de belleza

que le había dado Madame Blanchard. Al parecer el baño tendría que esperar

hasta el día siguiente. Ahora no iba a molestar a todo el mundo para bañarse

con agua caliente. Suspiró porque hacía mucho que no se daba un baño

caliente. Desde que había huido de Pemberton porque en el circo ese privilegio

solo lo tenía June, que era la única que tenía bañera. Y no es porque no se la

hubiera ofrecido mil veces, pero no quería crear envidias entre las mujeres del

circo, así que nunca había aceptado el ofrecimiento. Sonrió al recordar cómo

había llegado al campamento la primera vez. Sobre su caballo y en camisón,

no tenía nada que ofrecerles y se había pasado meses ayudando en lo que le dejaban porque no confiaban en sus habilidades. Y la verdad es que ella tampoco confiaba mucho en ellas, así que al principio parecía una inútil, hasta

que su hermana le dijo que era capaz de hacer cualquier cosa en la vida. Solo necesitaba tesón y esfuerzo. Esas palabras le recordaron a su marido e intentando ser positiva se dijo que solo llevaba un día allí y habían avanzado muchísimo.

Cuando se abrió la puerta sonrió a los recién llegados. Su marido acompañaba al doctor Simmons, que la miró preocupado. —Milady, ¿qué ha ocurrido?

—Me he caído. Qué torpe, ¿verdad?

El hombre se acercó sentándose a su lado y ella extendió la mano. —

No sé ni cómo ha pasado.

—Le dije que tuviera cuidado por si se mareaba. Ahora estará un mes con la mano vendada, milady.

Miró de reojo a su marido, que nervioso se pasó la mano por su cabello negro. —¿Se pondrá bien?

—Sí, Conde. No debe preocuparse. —El doctor miraba la lesión

atentamente y cogió su dedo con suavidad por la uña, tirando con fuerza y tomándola desprevenida. Cerró los ojos gimiendo de dolor arqueando su

cuello hacia atrás. —Ya está, milady. Muy bien. —Abrió su maletín. Sacó

unas

vendas y una pieza de madera. —Será incomodo, pero es necesario. —
Colocó

la pequeña pieza bajo sus dedos. —Sujete aquí, conde.

Su marido se acercó de inmediato sujetando la pieza de madera sobre
sus dedos antes de que el médico con eficiencia empezara a vendar sus dedos
con fuerza. Cuando terminó, ella suspiró de alivio y abrió los ojos para ver
los

de Henry, que preocupado preguntó —¿Te mareas?

—No.

El doctor sonrió levantándose y cogiendo su maletín. —¿Ahora me
hará caso, condesa? Nada de salir de la cama en tres días.

—Sí, doctor. Le haré caso. —De todas maneras ahora no podía hacer
nada. Mejor quedarse en la cama y dormir una semana entera. Sentía que lo
necesitaba.

—Le dejo esto para el dolor. Es láudano. Pero no me gusta que se tome en
exceso. Solo si le duele mucho, milady.

—De acuerdo. —Su marido aun sujetaba su mano y ella la apartó
colocándola sobre el vientre con cuidado.

—Aquí hace algo de frío, milord. Que enciendan el fuego y que le
pongan una manta a la condesa.

En ese momento llegó Judy con la enorme colcha de seda que había

comprado casi cubriéndola entera. Henry se la cogió de las manos y cubrió a su mujer de inmediato dejando a todos con la boca abierta al ver como pasaba las manos por su contorno para que no pasara frío. El doctor no salía de su asombro cuando fue hasta la chimenea y metió varios leños antes de encenderla con habilidad.

A ella le dio pena que hiciera eso porque se sintiera culpable de lo que había ocurrido en lugar de hacerlo por amor. —Gracias por venir, doctor — dijo ella forzando una sonrisa.

—Llámeme siempre que me necesite, milady —dijo dulcemente como si fuera su nieta—. Vendré a verla en un par de días para comprobar su estado

y si el dedo se amorata avísenme de inmediato.

Al escuchar eso su marido palideció.

Judy sonrió. —Le acompaño, doctor.

—Vas a ser una doncella buenísima —dijo ella desde la cama.

La niña hinchó el pecho orgullosa siguiendo al doctor al exterior.

Tomó aire dándose fuerzas para mirar a su marido. —¿Me haces un favor?

—Por supuesto, preciosa. ¿Qué necesitas?

—¿Puedes asegurarte de que los niños han comido algo? Solo tienes que preguntarle a Bruce o decirle que venga, que quiero hablar con él.

—Tú también deberías comer algo.

—No tengo apetito. ¿Puedes hacerlo? —Henry asintió apretando los labios. —Gracias. —Se tumbó poniéndose de costado y alargó la mano sana hacia la nuca porque aún tenía varias horquillas.

—Espera. —Su marido se acercó y robándole el aliento sintió como deshacía el recogido que estaba casi deshecho. Sintió como extendía su cabello

por su espalda y Corianne cerró los ojos por su delicadeza. —Preciosa, lo siento.

No se sentía capaz de hablar sin volver a llorar de nuevo, así que no dijo nada sintiendo como se alejaba de ella. Le escuchó salir de la habitación cerrando la puerta suavemente.

Capítulo 5

Se sorprendió al abrir los ojos porque no se había dado cuenta de que se quedaba dormida y al ver que era de noche se sentó en la cama de golpe. No

había ruidos ni en la casa ni en la calle y se preguntó qué hora sería. Salió de la cama y muerta de sed salió al pasillo donde una lámpara de aceite estaba encendida. Descalza caminó sobre la alfombra hasta las escaleras y cuando se

abrió la puerta de la habitación de su marido se sorprendió de verle allí. Estaba

vestido con los pantalones y la camisa que llevaba esa mañana lo que indicaba

que no había salido.

—¿Qué ocurre, Corianne? —preguntó acercándose y cogiéndola en

brazos—. No puedes ir descalza por la casa.

—Tengo sed.

Su marido la tumbó en la cama arropándola de nuevo y fue hasta una botella de agua que estaba en la otra mesilla de noche y que no había visto. Le

tendió un vaso de agua y bebió ansiosa. —¿Te duele? ¿Quieres tomar el láudano?

—No. —Le tendió el vaso y cuando sus dedos se rozaron sintió que un estremecimiento la recorría de arriba abajo. Avergonzada se cubrió con el edredón mientras su marido apretaba los labios.

—Corianne cuando te dije que te fueras a casa de mis padres o ibas a sufrir, no me refería a esto.

—Hay cosas que duelen más que los golpes. Además, sé que no lo hiciste a propósito. Fue un accidente.

Parecía incómodo. —¿Tienes hambre? Judy ha dejado... —Negó con la cabeza. —Preciosa, tienes que comer.

—¿Por qué me llamas preciosa si no lo piensas sinceramente? — preguntó con suavidad—. ¿Lo haces para burlarte de mí?

Él se pasó la mano por su cabello negro desviando la mirada. —No. No lo hago para burlarme de ti. Es así como llamo a...

Corianne agachó la mirada hacia sus manos. —Entiendo. Nos llamas

así a todas.

Henry enderezó la espalda. —Como decía, eres muy lista.

—¡Pues a mí no me llames así más! —Sintió que la furia la recorría y se retaron con la mirada. —¿Me oyes? ¡A mí no me llames preciosa nunca más!

Su marido se acercó en dos zancadas y la cogió por los brazos. —¡Te llamaré como me venga en gana!

—¡Vuelve a llamarme preciosa y te despellejo vivo! —le gritó a la cara.

Para su sorpresa Henry se echó a reír antes de besarla en los labios con pasión. Atontada vio cómo se apartaba e iba hacia la puerta. —Que descanses...preciosa.

—Serás... —Cogió una figurilla de porcelana que había en la mesilla y la tiró contra la puerta haciéndole reír de nuevo.

Furiosa se apoyó en el cabecero de la cama y como había dormido demasiadas horas, solo podía pensar. Después de una hora estaba harta, así que

se levantó y sigilosa abrió la puerta. Se imaginó que su marido estaba dormido

porque no la pilló en las escaleras. Fue hasta el despacho y vio la carta que había escrito a Josalyn esa tarde. Menos mal que se había roto la mano izquierda, así al menos podía escribir. Y lo hizo. Vaya si lo hizo. Se pasó horas

escribiendo cartas. La más larga a su hermana, pero todavía no sabía a dónde enviársela. De todas maneras, la escribió expresando todo lo que sentía. Sobre

todo sus dudas sobre si sería capaz de enamorarle. También escribió a su madre a la casa de la viuda Pemberton, comunicándole su traslado de dirección. Se enviaban una carta una vez al mes. Se mordió el labio inferior dudando si invitarla a Londres, pero se imaginó que su marido se horrorizaría al tener a la suegra en casa y ya bastante se horrorizaba con ella sola. Junto con la carta a Josalyn, escribió otra al mayordomo de Pemberton solicitando servicio pues los necesitaba en Londres. Sobre todo, una buena cocinera.

También necesitaba tres doncellas y dos lacayos con dos ayudantes de cocina.

Recordó en el último momento un valet para su marido que se encargara de sus ropas y de tener su habitación impecable. Esperaba que con esas personas fuera suficiente. Sabía que Thomas encontraría lo que necesitaban.

Estaba distraída firmando la carta a Thomas cuando se abrió la puerta y se sobresaltó con la pluma en alto. Suspiró de alivio al ver a Chico asomando la cabeza. —Pequeño, ¿qué haces levantado?

—Debo ser el primero en levantarme y el último en...

—¡No digas tonterías! —Miró el reloj de la chimenea. —Son las cuatro de la mañana. Vuelve a la cama.

—He dormido mucho. —Se cruzó de brazos. —¿Qué hace, milady?

—Escribir unas cartas. —El niño se acercó a su lado y ella con el brazo

sano le cogió por la cintura sentándole sobre sus rodillas. —¿Quieres aprender a escribir? Debes saber para ser un buen mayordomo.

—Sí.

—Bien, coge la pluma. Empezaremos con la letra A.

Era todavía de noche cuando Bruce sonriendo se apoyó en el marco de la puerta totalmente preparado para empezar a trabajar. —Milady, de eso puedo encargarme yo.

—Me gusta. —Señaló la letra O. —Perfecta. Eres un niño muy listo. —

Le besó en la sien bajándole al suelo. —Ahora voy a vestirme.

—Judy está dormida. Voy a despertarla —dijo Chico a punto de salir.

—No. Déjala dormir.

En ese momento llegó Judy corriendo con su nuevo vestido blanco y

bufó haciendo reír a los chicos. —Bueno, empecemos el día. Bruce, ¿puedes encargarte de enviar estas cartas? —Apartó la de su hermana metiéndola en un

libro que había sobre la mesa y le entregó las hojas dobladas y lacradas al mayordomo. —Que salgan lo antes posible. Necesitamos el servicio.

—Dios la oiga, milady.

Se echó a reír porque lo entendía. Estaba realizando funciones que no

le correspondían desde hacía mucho. —Explicame algo, Bruce. ¿Por qué no te

fuiste?

—Yo no soy una rata que huye cuando el barco se hunde, milady. Y antes no era así, ¿sabe usted?

—¿No? ¿Y cómo era?

—Oh, siempre fue algo libertino, pero fue la muerte de su hermano lo que le volvió loco.

Se llevó la mano al pecho. —¿Su hermano?

—Le mataron en un duelo con diecinueve años y milord sufrió mucho.

—¿Qué ocurrió para que se retara a duelo?

Miró sobre su hombro como si temiera que le escucharan mientras los niños muy serios les observaban. —Se enamoró de una mujer que se burló de él, milady. Fue muy cruel en un baile, riéndose de su aspecto y diciéndole que

una mujer como ella jamás se casaría con alguien como él, que ni tenía título ni dinero. El joven Albert, que había bebido de más, la llamó zorra ante varios

invitados y su hermano le retó a duelo en el mismo baile. Apenas había amanecido cuando murió por un tiro entre los ojos. El Marqués fue a matar, milady. No a herir.

—¿Qué hizo mi esposo?

—El Conde cuando se enteró de la muerte de su hermano estaba de caza. Y cuando llegó a Londres el Marqués había desaparecido, seguramente porque sabía que en cuanto llegara, su vida llegaría su fin. Le buscó por Europa durante un año, pero no dio con él. Se esconde como una rata. Pero

algún día llegará a saber dónde se encuentra y ese día será el último para él.

—¿Y ella? ¿Qué fue de ella?

Sonrió maléfico. —Lady Lucinda fue apartada de la sociedad, porque el joven Albert puede que no fuera rico ni tuviera título, pero era apreciado por todos. Sobre todo por el Duque de Stradford, pues eran buenos amigos.

—Entiendo. —El Duque era muy poderoso en Londres. Cualquiera temería su lengua, pues todos buscaban su amistad. —Así que la enviaron al campo.

—De esto ya hace diez años, milady. No hemos tenido noticias sobre que se haya casado, aunque puede que así sea.

Lo dudaba. Después de lo ocurrido, algo así trascendería a no ser que se hubiera casado con alguien sin rango. —Así que después vinieron las fiestas y las mujeres.

—Era como un animal acorralado. Necesitaba liberarse y así encontraba consuelo. Después de unos criados llegaron otros, pero hubo un momento en que no apareció nadie. Yo llegué hace cinco años a esta casa, desde casa de otro amigo suyo y ya era un caos. Por eso le conocía. Los criados que quedaban en la casa, no hacían prácticamente nada y tuve que echarles porque los había que incluso robaban.

Corianne sonrió y cogió su mano. —Gracias por cuidar de mi marido.

Te lo agradezco de verdad.

—Gracias a usted, milady. Si no hubiera llegado, sabe Dios qué hubiera sido de mí, porque ya me había dado por vencido.

—Pero está aquí y se quedará —dijo Chico convencido antes de mirarla a los ojos—. ¿Verdad, milady? Nosotros le enderezaremos.

—Eso espero. Solo tengo que hacer que se divierta conmigo en lugar que con otras mujeres u otras personas.

Bruce asintió alejándose y ella sonrió a Judy. —¿Vas a ponerme guapa?

—Todo lo que pueda, milady.

Después de asearse y de vestirse con el que único vestido decente que tenía, se dejó el cabello suelto después de que Judy se lo cepillara hasta dejarlo brillante. Se puso unas horquillas a ambos lados de la cabeza y fue suficiente.

Sonrió porque al terminar se sentía estupendamente y le dijo a Judy que se fuera a desayunar. Entró en la habitación de su marido para verle dormido a pierna suelta con la boca abierta. Sonrió al ver su desnudez y con cuidado se

acercó a su cama para sentarse a su lado. Llevó el índice de su mano sana hasta

su labio inferior y lo tocó con suavidad. Henry se pasó la lengua por él haciéndola sonreír antes de tocárselo de nuevo. Su marido atrapó su muñeca abriendo los ojos de golpe y gruñó al verla. —Buenos días, esposo. —Sonrió

de oreja a oreja. —Hace un día estupendo. ¿Me llevas de paseo?

—¿Estás loca, mujer? ¡Estaba dormido!

—Ya, y es hora de levantarse. Tengo que hacer unas compras. ¿Me

acompañas para que se crean que sí estoy casada contigo? —Puso morritos, pero parecía que no hacían efecto.

—Deberías estar en la cama.

—Por favor.

—¡A la cama!

Ella le besó en los labios sorprendiéndole y corrió hacia la puerta. —

Te espero abajo. Tengo hambre y voy a desayunar.

—¡A la cama! —Sin hacerle caso rió yendo hacia la escalera. —

¡Corianne, hablo en serio! ¡Cómo se entere el doctor, se va a enfadar!

Bruce riendo por lo bajo, abrió la puerta para dejar pasar un montón de cajas y ella chilló de alegría corriendo hacia allí para quitarle una caja de las manos al chico e ir hacia la mesa del hall. Le quitó la tapa para ver el sombrero más hermoso que había visto en su vida con distintos lazos de colores en rojo y azul oscuro. Al mirar hacia arriba vio a su esposo apoyado en la barandilla. Afortunadamente se había puesto la bata. —¿Has visto que sombrero más bonito, querido?

—Madame Blanchard se está vengando por haberla llamado bruja, ¿verdad? —Se rió asintiendo mientras su marido se volvía.

—Cielo, date prisa. Tenemos mucho que hacer.

—Esta mujer me va a volver loco —le oyó farfullar—. Dichosa Reina.

Soltó una risita guiñándole un ojo a Bruce, que empezaba a subir sus cosas por las escaleras, muy contenta porque no había dicho que no.

Estaban desayunando en la cocina cuando llegó vestido con un traje negro de día. Estaba muy guapo y cuando todos se levantaron, le hizo un gesto

con la mano para que se acercara.

—Siéntate, querido. Hasta que no tengamos servicio adecuado, comeremos todos a la vez para no entorpecer el funcionamiento de la casa.

Vio en su cara que le daba igual y se sentó en la cabecera donde le había dejado su asiento. Su mayordomo le sirvió el desayuno rápidamente. —
¿Té, milord?

Hizo un gesto con la mano asintiendo mientras observaba a los niños.

—¿Les conoces a todos? —Los presentó rápidamente empezando por Chico, que sería el mayordomo, hasta terminar por Rick—. Nuestro Rick ayuda en todo lo que puede, pero quiere ser pintor de retratos. Querido, ¿conoces algún pintor?

—Pues sí. —Se metió algo de jamón en la boca comiendo con ganas.

—Conozco un montón de todo.

—Pero tiene que ser alguien brillante para que le enseñe a nuestro Rick sus habilidades.

El niño le miraba impaciente y Henry entrecerró los ojos. —¿Esto es algún tipo de trampa que no llego a comprender? —Fulminó a su esposa con la mirada. —¿Intentas motivarme o algo?

Confusa miró a su alrededor con el tenedor en la mano. —No sé de qué me hablas.

Todos parecían confusos y Rick se levantó saliendo corriendo de la cocina. Corianne se levantó de inmediato. —¡No estaría de más que fueras un poco más agradable la próxima vez! —Atónito vio como salía de la cocina tras el niño, antes de mirar a los demás que siguieron comiendo como si les fueran a quitar el plato en cualquier momento.

Corianne preocupada buscó al niño y al final le encontró detrás del sofá debajo de una mesa. Se agachó para verle abrazando sus piernas mientras lloraba. Sintió muchísima pena porque sabía que Rick era el único que se sentía algo desplazado en la casa. Todos seguían sus sueños, que eran más simples que los suyos, y estaba frustrado. La verdad es que tenía poca paciencia y eso era bueno para un artista. Sonriendo con ternura se sentó ante él con las piernas cruzadas y le apartó las manos de las piernas. —Cielo, no llores.

—Lo siento.

—¿Qué sientes? Llorar no es malo, pero no me gusta que lo hagas porque me entristezco. Quiero que seas feliz en nuestra casa. —El niño intentó

dejar de llorar hipando y ella le acarició la mejilla con su mano sana. —Te prometí un pintor y lo encontraré. ¿Dudas de mí? —Rick negó con la cabeza sorbiendo por la nariz. —El mejor pintor de Londres para que te lo enseñe todo. Te lo prometí y es lo que tendrás. Debes darme tiempo para que encuentre al mejor.

—Pero el Conde...

Sorprendiéndoles su marido se apareció a su lado. —No pienso

agacharme y la condesa no debería estar sentada en el suelo. Rick, sal de inmediato.

Ella le fulminó con la mirada y su marido puso las manos a la espalda como si le diera igual. —Arriba, ahora.

Exasperada se levantó para dejar pasar a Rick que ya se había incorporado. El Conde les vio de pie uno al lado del otro. Primero miró a su mujer para después mirar al niño. —Así que quieres pintar.

Corianne iba a decir algo, pero la mirada de su marido le advirtió que no abriera la boca.

—Sí —susurró Rick tímidamente.

—¿Lo has hecho alguna vez?

—Henry, ¿a qué viene esto?

—Cori, estoy hablando con él. —Jadeó indignada y su marido sonrió mirando al niño. —Contesta a la pregunta.

—Con carbón en el suelo. Lo hago cuando puedo, pero aquí no. Todo está muy limpio. —Abrió los ojos como platos. —Y no lo haría, milord. Aquí no.

—Con carbón en el suelo —dijo pensativo—. Eres muy pequeño.

¿Cuántos años tienes?

—Ocho años, milord.

Se volvió hacia ella. —Es muy pequeño. Tendrá que esperar.

—¡No! —protestaron los dos a la vez—. ¡Cuanto antes empiece, mejor!

—exclamó ella furiosa.

—Es un crío. En unos años tendrá otros intereses.

—¡Es un niño que ha vivido en la calle y tiene un sueño! ¡Es lo único que tiene en su vida y pienso darle ese capricho! ¡Me da igual lo que digas! ¡Lo

pagaré de mi asignación y sé que Rick no me va a defraudar!

El niño asintió con la cabeza. —Trabajaré mucho. Lo prometo.

—¿Prometes que te entregarás a ello? ¿Lo prometes?

—Sí, milord —dijo esperanzado.

—Bien, pues empezará hoy mismo. —Y sin más salió del salón dejándolos allí de pie.

—¿Qué ha querido decir? —El niño se encogió de hombros en su trajecito negro. —Vamos a desayunar. —Cogió su mano y salieron del salón.

Al llegar a la cocina su marido estaba sentado en la cabecera de nuevo comiendo con ganas. —¿Qué has querido decir? ¿Vas a llamar a uno de esos pintores que conoces?

—Para enseñarle lo básico puedo hacerlo yo hasta dentro de unos años.

Siguió comiendo como si nada y Corianne miró a los demás sin saber

qué decir. Mejor decía lo que pensaba con tacto. —Querido, necesita alguien

que sepa lo que hace.

Su marido sonrió. —¿Dudas de mí?

—¡No! —Negó con la cabeza demostrando que sí dudaba. —¿Has pintado alguna vez?

—¿Y tú?

—Pues algo a acuarela, pero no se me da muy bien.

—A mí se me daba bien.

—Pero hay que explicar técnicas y esas cosas...

—Veremos cómo le va. —Miró a Rick. —Aparte de trabajar hay que tener talento e inspiración.

—Sí, milord. Tengo de todo. —Se echaron a reír al verle tan convencido y él sonrió a sus amigos.

—Ya has oído al chico. Tiene de todo. —Corianne se acercó bajando la voz —¿Y tú? No me vayas a dejar mal con el niño.

—Haré lo que pueda, preciosa.

—Te he dicho que no me llames así —siseó antes de sonreír a los niños.

Escucharon un golpe en el piso de arriba y todos miraron hacia allí. Al estar todos en la cocina, Bruce se levantó de inmediato corriendo hacia el hall al igual que su marido, que cogió un cuchillo al salir. —¡No os mováis de aquí! —dijo subiendo por la escalera de servicio que daba a la cocina.

Preocupada se levantó cogiendo otro cuchillo mirando hacia la escalera de servicio. —Luke, vigila la otra puerta.

El lacayo se puso ante la puerta que daba al pasillo. Si alguien entraba desde el hall, el niño le vería con la suficiente antelación como para que ella se acercara.

Los niños se pusieron a sus espaldas como si quisieran protegerla y escucharon pasos apresurados en el piso de arriba. Al ver bajar a su marido por la escalera corriendo, se asustó porque iba hacia la salida de servicio dejando la puerta abierta. Bruce le siguió unos segundos después. Corianne sonrió a los niños. —Se han ido.

Dejó el cuchillo sobre la mesa preocupada y se sentó mirando hacia la puerta mientras los niños se sentaban a su lado en el banco. Después de varios minutos, empezó a pensar que el ladrón tenía un arma y que había disparado a su marido, dejándola viuda y virgen de nuevo. Oh Dios, eso no podía pasar. Casi se desmaya del alivio al ver que entraba por la puerta hablando con Bruce. —Que arreglen esa ventana de inmediato.

—Vendrán hoy, milord. La condesa ya había enviado el aviso.

—¿Qué ha ocurrido? —Asustada se acercó. —¿Estáis bien?

—Un ratero. No debes preocuparte. Seguro que nos vio desayunando y aprovechó para entrar por la ventana rota. —Le acarició la mejilla. —No ha ocurrido nada.

—¿Ha robado algo?

—No nos ha dado tiempo a mirar. —Henry le hizo un gesto a Bruce, que subió de inmediato al piso de arriba, antes de sonreír a su esposa cogiéndola por la cintura. —Desayuna. Ayer no comiste nada.

—Pero estáis bien, ¿verdad? ¿Tu pie está bien?

—Estoy perfectamente. Me preocupas más tú.

Su corazón saltó al escucharle que estaba preocupado por ella y se sentó ya sin ningún apetito. Él siguió desayunando como si no hubiera pasado nada observándola antes de decirle a Rick —Compraremos hoy mismo todo lo

necesario para tu trabajo.

Los ojos del niño brillaron. —Gracias, milord.

La condesa sonrió y los niños también, contentos por su amigo, demostrando que no eran nada egoístas. Eran unos niños maravillosos y habían tenido mucha suerte. Emocionada miró a su marido. —Gracias.

—Come.

Soltó una risita antes de seguir comiendo. Bruce bajó minutos después.

—Todo en orden, milord. No falta nada. Sus joyas están intactas. —Miró a Corianne antes de decir —Y las posesiones de la condesa siguen en su sitio.

Ambos sabían que refería a su botín, del que se había olvidado por completo. Preocupada pensó en ello. ¿Sería por eso por lo que habían entrado en la casa? Nadie sabía que había sido ella y la amante de su marido no había

abierto la boca, porque la policía se hubiera presentado en su casa. No.
Seguro

que era lo que había dicho su marido. Habían intentado robar aprovechando la

ventana rota.

—¿Puedo levantarme, milord? Si van a salir, tengo que preparar el carruaje
—dijo Luke que hasta ese momento no había abierto la boca.

—Sí, atiende tus obligaciones.

Tom se levantó de inmediato y al ver que seguía a Luke, Corianne

jadeó negando con la cabeza. —Tom ni se te ocurra ensuciarte antes de salir.

—El niño hizo una mueca mirando su traje negro y ella sonrió. —Estáis tan guapos.

Judy reprimió una sonrisa y también se levantó recogiendo sus platos.

—Bruce, hay que lavar esas sábanas. Mejor llévalas a la lavandera que hacerlo

nosotros. No tenemos donde tender tanta ropa.

—Sí, milady.

—Si viene el tapicero dile que quiero damasco azul pavo real en las

sillas y unas cortinas nuevas para el comedor a juego. Oh, se me olvidaban las

alfombras nuevas. Cuando lleguen ya decidiré donde va cada una y quiero rosas en la mesa del hall. Las traeremos nosotros. ¿Hay un jarrón decente en

esta casa o también tengo que comprar uno? —Por la mirada del mayordomo

se dio cuenta que no había. Miró a su marido. —¿Has terminado? ¡Tenemos mucho que hacer!

—De eso ya me he dado cuenta, preciosa. —Se levantó cogiendo su brazo con delicadeza para levantarla. —Estoy a tu disposición. Rick...

El niño les siguió hasta la salida mientras ella seguía dando

instrucciones a Bruce. En la salida estaba Judy con su abrigo, que le puso su marido, y su sombrero. Bruce entregó el abrigo a su señor. —Que pasen un buen día.

—Estoy seguro de que al menos será entretenido.

Ella se ató la lazada bajo la barbilla mirándose al espejo de la entrada y él se puso a sus espaldas. Corianne sonrió antes de volverse y coger su brazo.

—Vamos a divertirnos.

—Tu concepto de la diversión difiere bastante del mío, condesa —dijo su marido aburrido mirando tetetas de plata en su propia tienda—. Elige una, por el amor de Dios. Llevas mirándola veinte minutos.

—Serás exagerado. —Levantó una con unas rosas grabadas. —¿Te gusta esta?

—¡Si son todas iguales!

—¡No es cierto! Esta tiene rosas y esa...

—Mujer, me pones de los nervios.

Sonrió encantada antes de lanzarle un beso. El conde la miró como si le

hubieran salido dos cabezas mientras Rick no disimulaba la risa.

—Está bien. —Le hizo un gesto al dependiente. —La de las rosas.

—Condesa, tiene un gusto exquisito. ¿Le sugiero un juego de tocador, milady?

—Como se nota que no vas a pagarlo —gruñó su marido.

—Y tú tampoco, cielo. —Siguiendo al dependiente, pasó ante un enorme espejo con el marco de plata. —Este también.

—Preciosa...

—Vamos, quedará perfecto en mi habitación... Por cierto, no tengo un tocador como se debe.

—¿Puedo sugerirle la tienda de mi yerno, milady? Es un artista de la madera. La duquesa de Stradford le ha encargado una cama que es la envidia de la Reina.

—Denos la dirección, Smithson. Acabemos con esto antes de que mi esposa siga saqueando nuestra tienda. —Su marido estaba perdiendo la paciencia y era obvio que no se divertía yendo de compras. Preocupada asintió

al hombre, que de inmediato fue tras el mostrador.

Le miró de reojo y forzó una sonrisa. —Podemos irnos. Ya miraré estas cosas en otro momento.

Henry apretó los labios cogiendo la hoja que le tendía el señor

Smithson. —No, elige lo que gustes. No tengo prisa.

—No quiero que...

—¡Corianne!

—¡Está bien! ¡Pero deja de protestar!

Él gruñó por lo bajo mientras Smithson les indicaba el mostrador de al lado. —Son unas piezas exquisitas. Mire qué cepillo, milady...

Corianne se llevó una mano al pecho al ver que en el dorso del cepillo había grabada una imagen de una dama de espaldas cepillándose el cabello.

Era una obra de arte y sería demasiado cara. Tampoco quería abusar. Vio otros

más sencillos destinados a grabar las iniciales, pero su marido asintió. —

¿Tiene el espejo a juego?

—Por supuesto, Conde. Tiene hasta el cepillo de la ropa y caja para las horquillas.

—Envíelo con lo demás.

—Pero ...

La cogió de la mano. —¿Has terminado?

—Aquí sí.

—Rick, nos vamos.

El niño fue hasta la puerta y la abrió a toda prisa para que pasaran. —

Buenos días —dijo ella aún abrumada.

—Buenos días, condesa. Vuelva cuando quiera.

Su marido sonrió irónico mientras Luke abría la puerta de su carruaje.

Subió con ayuda de su marido que se sentó a su lado. —Henry, es muy caro.

Otro me valdría igual.

—Era el que te gustaba. No te hagas la tonta porque es el que querías.

Así he ahorrado tiempo.

Avergonzada porque no podía negar que era el que le gustaba, miró

por la ventanilla y parpadeó al ver que la platería de enfrente tenía los escaparates panelados con maderas. —¿Qué le ha pasado a esa tienda?

Su marido miró al otro lado. —Que se equivocaron de enemigo.

—¿Qué has hecho, Henry?

—Tengo amigos. —La miró a los ojos. —Buenos amigos, aunque creas lo contrario.

Rick se había acercado a la ventana pegando su naricilla en ella. —¿No

le ha quedado un cristal sano! ¡Bien hecho, Conde! ¡La trató muy mal!

Su marido levantó una ceja. —¿Algo que decir, esposa? —Miró su

frente que se había amoratado y apretó los labios. —¿A dónde quieres ir ahora?

—¿Qué te parece si vamos a ver a ese carpintero?

—Si no hay más remedio... —Vio cómo su marido miraba por su

ventanilla totalmente aburrido. Estaba claro que así no llegarían a ningún

sitio.

Miró a Rick sentado frente a ellos. —Mejor vamos a comprar lo que necesitas para tus clases.

Su marido bajó la ventanilla. —¡Luke, detente al final de la calle!

—¡Sí, milord!

—Querido, deberíamos contratar a un cochero. Luke tiene mucho trabajo en el establo.

—Le preguntaré lo que prefiere antes de decidir nada.

—Me parece bien.

—Me tiene que parecer bien a mí, querida.

—Pues eso.

Por supuesto no tardaron en llegar y el niño casi saltó del carruaje

haciendo sonreír a su marido. Al parecer lo pasaba mejor con el niño que con

ella. Aquello mejoraba por momentos. Henry salió del coche y fue evidente para Corianne que se habían olvidado de ella, porque se acercaron a la tienda

de artes sin mirarla ni una sola vez. Exasperada salió del coche sin ayuda y cerró la puerta de un portazo viéndolos entrar.

—Se les ve entusiasmados, milady —dijo Luke divertido.

—Sí —gruñó yendo hacia la puerta.

Iba a empujar la puerta de cristal cuando vio la sorpresa en la cara del dependiente acercándose a su marido y dándole un abrazo. Sin querer

interrumpir con la campanilla vio como Henry sonreía sinceramente dándole una palmada en la espalda. Se notaba que se apreciaban mucho para que un Conde le saludara así. Cuando se pusieron a hablar, ella entró tímidamente sin

querer molestar y fue hasta Rick que miraba todo con la boca abierta. Había caballetes de varios tipos y se acercó a uno, tocándolo con su índice como si fuera algo sagrado. Lo entendía perfectamente, pues no había tenido ni papel para pintar.

—Corianne, ven que te presente.

Se acercó con una sonrisa y el hombre se tensó en el acto como si no le gustara su presencia.

—No pongas esa cara, Mathew. Es mi esposa.

La sorpresa en la cara del hombre fue evidente para todos. —¡Tu esposa! —Sonrió de oreja a oreja. —¡Qué maravillosa noticia! —Se acercó a Corianne cogiéndola de los brazos y besándola en ambas mejillas con efusividad. —¡Felicidades! —Sin soltar sus brazos la miró a los ojos. — ¡Estoy

tan contento que te besaría, pero sé que mi amigo me retaría a duelo y no sé disparar!

Corianne se echó a reír y su marido la cogió de la mano tirando de ella para que se apartara haciendo reír a Mathew más aún. —¿Y a qué debo esa maravillosa sorpresa?

—Mi esposa ha acogido a un niño que quiere aprender a pintar. —Se

volvió hacia Rick, que con la boca abierta miraba un cuadro que había colgado

en la pared. Era una mujer sobre una barca que de espaldas a ellos leía medio recostada con los pies cruzados sobre la borda. Tenía unos colores tan brillantes, que era una alegría para la vista.

—¿Le gusta, milady?

—Es maravilloso. —Miró la firma, pero desde allí no era reconocible.

—No sé mucho de arte. ¿Es un pintor famoso?

Mathew se echó a reír. —Seguro que le conoce. Muy seguro que le conoce. Lo pintó su esposo hace ya veinte años.

Sorprendida miró a Henry. —¿Lo has pintado tú?

—Hace mucho de ello. Lo hacía para entretenerme. Ahora hago otras cosas. —Miró a Mathew que parecía decepcionado. —¿Qué ocurre? ¿No tienes

más artistas que colgar en las paredes?

—Es para recordarme lo que es desaprovechar el verdadero talento. —

Corianne jadeó al ver que su marido se tensaba, pero Mathew hizo un gesto sin

darle importancia. —Da igual lo que le diga. No va a hacerme caso. Bien, vamos a ver qué necesita este jovencito.

Rick le miró ilusionado, pero no dijo ni pío. Henry que había perdido

la sonrisa dijo —Haz un lote completo. Desde carbonillos hasta óleos y

acuarelas.

—¿Lienzos?

—Sí, todo lo necesario. —Se volvió hacia los caballetes y se detuvo en seco al ver un caballete enorme. —¿Dónde lo has conseguido?

—Me lo han traído de Italia. —Mathew sonrió. —¿Recuerdas cuando me pediste uno así? El cuadro que quería pintar no le cabía en el caballete que tenía —le explicó a Corianne. Se echó a reír—. Me volvió loco durante meses

hasta que... —Perdió la sonrisa mientras su marido se tensaba y Corianne entendió que fue cuando murió su hermano.

—Envíamelo a mi casa.

—¿Tú no necesitas nada?

Henry apretó las mandíbulas como si estuviera a punto de perder la paciencia. Entonces a ella se le pasó una idea por la cabeza y sonrió como una

niña. —¿Me darás clases a mí también?

—¡No! —Fue tan contundente que se sonrojó de la vergüenza. Pero Corianne puso los brazos en jarras. —¿A él sí y a mí no? ¿Por qué?

—Él quiere ser pintor, no entretenerse cotorreando todo el día.

Mathew se echó a reír asintiendo. —He dado clases a las damas y se preocupan más por su sombrero que por el cuadro. Es desesperante.

—Hombres. —Levantó la barbilla. —Está bien. Pues haré otra cosa.

—Será lo mejor. Borda o toca el piano.

—No tenemos piano y no se me da bien. —Se cruzó de brazos. —Me entretendré torturando a mi esposo. O yendo de compras. O...

—Unas acuarelas para mi esposa —dijo exasperado haciendo reír a Mathew.

—Cielo, ¿sigo poniéndote de los nervios?

—Continuamente.

Coqueta le guiñó un ojo. —Cada día me haces más feliz.

—¿De veras? —Parecía de lo más sorprendido. —Pues no lo hago a propósito.

—Ya me he dado cuenta.

Capítulo 6

Al final su marido empezó a encargarse de cosas y estuvieron allí tres horas.

Desesperada Corianne se tuvo que sentar sobre una caja de madera para descansar, porque podían hacer una discusión de media hora sobre la utilidad de un pincel. Luego decían que las mujeres eran pesadas. Casi grita de la alegría cuando vio que su marido se despedía de su amigo. Rick tumbado en el

suelo boca abajo estaba probando un carboncillo sobre un papel que su nuevo mejor amigo le había regalado y ni se dio cuenta de que se iban. Corianne

sonrió al ver que ambos hombres se acercaban para ver lo que estaba haciendo

y la miraron atónitos. Con curiosidad se levantó para acercarse a toda prisa y ver lo mismo que ellos. Había dibujado su rostro. Era algo tosco, pero se distinguía perfectamente que era ella. Emocionada se arrodilló ante el niño que

sonrió mirándola. —¿Le gusta, milady? Lo he hecho para usted.

—Me encanta. Lo guardaré siempre.

Rick se levantó de un salto y la abrazó con fuerza. —Gracias, milady.

—Si me haces retratos tan bonitos como este, me recompensarás con creces, cielo. —Se apartó y le acarició la mejilla. —Ahora tendrás que trabajar mucho.

—¿Has visto esto? —Mathew se había agachado para coger su dibujo por una esquina para verlo a la luz de la lámpara. —Es extraordinario.

—Sí que lo es. ¿Has visto qué trazos?

—Eso sólo se consigue con práctica.

—Utilizaba el carbón para dibujar.

—Entiendo. Será más difícil con los pinceles. Debes potenciarlo, Henry.

Su marido asintió y sonrió a Rick. —Lávate las manos que nos vamos.

Ella jadeó al ver sus dedos negros y se incorporó buscando un espejo.

—¡Mi vestido nuevo!

Su marido puso los ojos en blanco. —No te ha manchado.

Suspiró del alivio, pero aun así no se fío mientras Mathew cogía al niño de la mano y le llevaba detrás del mostrador para entrar en la trastienda.

—No me mientas, me ha manchado, ¿verdad?

—Es sólo un vestido —dijo con desprecio.

—Si hubieras vivido meses gracias a la caridad de tu hermana, no

dirías eso —replicó molesta porque la hubiera llamado superficial

veladamente. Levantó la barbilla y fue hasta el mostrador para mirar el dibujo de nuevo deseando que Rick saliera ya.

Sintió su presencia tras ella, pero no le dijo nada, lo que demostraba que sus sentimientos no le importaban en absoluto. Eso le dolió, pero cuando

salió el niño llevaba en la mano un lápiz que levantó encantado. —Me lo ha regalado.

—¡Vaya! Qué afortunado eres. ¿Me lo dejas ver? Nunca había visto ninguno.

El niño se acercó corriendo para mostrárselo. Había oído hablar de

ellos, pero era cierto que nunca había visto ninguno porque eran caros y su institutriz decía que eran una estupidez. —Es muy bonito. —Le acarició sus rizos rubios. —¡Cuántos regalos! ¿Dónde está tu carboncillo? —Se agachó para recogerlo del suelo como si hubiera cometido un error imperdonable.

Mathew salió de la trastienda y ella alargó la mano. —Me ha alegrado mucho conocerle. Gracias por todo.

—Gracias a usted. Ha sido un placer conocerla, milady. —Le besó la

mano. —Espero que su mano se recupere pronto.

—Es muy amable. —Se volvió hacia su marido, pero no le miró a los ojos. —¿Nos vamos?

—Enseguida voy.

Ella cogió el dibujo de Rick, que llevaba sus trofeos en la otra mano, y salió de la tienda empujando la puerta con cuidado de no estropearlo. Luke la ayudó a subir en el carruaje y estuvo hablando con el niño que estaba muy emocionado. —El Conde pinta muy bien. ¿Cree que aprenderé a hacerlo así?

—No tengo ninguna duda.

Su marido se subió a su lado y cerró la puerta antes de golpear el techo para que Luke iniciara la marcha. —¿A dónde vamos ahora? ¿Quieres ir al ebanista?

—Estoy cansada —respondió mirando por la ventanilla.

Henry le dijo a Luke a donde iban y cerró la ventanilla. —Además estarás hambrienta.

Corianne no le escuchó porque estaba sumida en sus pensamientos. No sabía por qué el reproche del vestido la había disgustado tanto, cuando le había

dicho cosas mucho más hirientes. Eso demostraba que estaba cansada.

Pensando en ello la asaltó una duda. ¿Estaba haciendo mal? Era obvio que su marido no sentía ningún aprecio por ella. La toleraba porque estaban casados, pero no era divertida, ni atractiva como Linnet. No le hacía disfrutar de la

vida

y estaba claro que si hubiera sido por él, nunca hubiera ido a buscarla. Se mordió el labio inferior porque le dolía la mano y sin darse cuenta miró su mano sobre su regazo. Eso le hizo recordar que quería las joyas de su amante.

Igual intentaba otra táctica para que se lo dijera. Que hubiera accedido a acompañarla a las compras para intentar suavizar lo ocurrido el día anterior.

Pero su marido no era capaz de disimular mucho tiempo y al final su carácter había salido a la luz. Su hermana decía que no podía dejar de demostrarle que

le quería y que de vez en cuando le pusiera de los nervios. Le daba la sensación

que le ponía demasiado de los nervios y a una persona así no se le podía demostrar que se le quería, porque no creería una palabra. Se pasó la mano sana por la frente abrumada por sus pensamientos.

—¿Te duele la cabeza?

Le miró sorprendida. —No. Solo estoy cansada.

—Estamos llegando. Comerás algo y dormirás un rato. Nos hemos excedido cuando el doctor fue muy claro.

No quería discutir. En realidad, sólo quería estar sola un rato. En esa ocasión su marido esperó para ayudarla a salir y ella se dejó ayudar sin mirarle entrando en la casa a toda prisa porque Chico ya había abierto la puerta.

—¿Cómo va todo?

—Muy bien, milady. Judy ha colocado sus cosas y está como loca deseando mostrárselas.

Bruce llegó en ese momento. —Debes esperar a que llegue yo, Chico.

—Sí, señor.

Judy apareció en las escaleras y bajó corriendo. —Milady...

—No corras, Judy —dijo quitándose el sombrero y tendiéndoselo—.

Las doncellas no corren por la casa.

—Sí, milady. Ha llegado un traje de noche. ¡Es rojo!

—Vaya, siento que se haya dado tanta prisa cuando no voy a usarlo. —

Bruce le ayudó a quitarse el abrigo mientras su marido se quitaba el suyo sin apartar la vista de ella.

—¿Está la comida preparada? La condesa está cansada.

—Por supuesto, Conde.

Judy salió corriendo de nuevo sin hacerle caso, pero debió darse cuenta de que no debía correr porque se detuvo en la escalera yendo más despacio.

Sonrió volviéndose, pero perdió la sonrisa al ver que su marido la observaba.

Se volvió de nuevo hacia el mayordomo. —¿Ha venido el tapicero?

—Sí, milady. Le he dado sus especificaciones y la ventana la están

reparando en este momento. El espejo se ha trasladado porque tienen que cortarlo a medida.

—Bien.

—Cuando descanse, colocaremos las alfombras como usted prefiera.

—Miró de reojo al Conde dándose cuenta de que algo no iba bien.

—Necesito un té. —Ella fue hacia la cocina dispuesta a preparárselo y

al ver la tetera sobre el fuego, la levantó para comprobar que tuviera agua.

—Milady, yo se lo preparo.

—Tú tienes mucho que hacer —dijo distraída.

—¿Desea un baño, milady? —preguntó su mayordomo con

preocupación—. Le vendrá bien y así descansará mucho mejor. Puedo llevarle

la comida a su habitación.

Que su mayordomo fuera tan amable con ella, le llenó los ojos de lágrimas y salió de la cocina corriendo, dejando el silencio tras ella.

Cuando llegó a su habitación, Judy con la boca abierta mientras subida a una silla colgaba su abrigo en el armario, vio cómo su señora se tiraba sobre la cama llorando. Necesitaba tanto hablar con su hermana para que le diera las

fuerzas que a ella le carecían.

—Judy, déjanos solos.

La orden de su marido la tensó y avergonzada se limpió las lágrimas mientras él se acercaba a la cama. Sus botas resonaron en la madera del suelo hasta que llegó a su lado.

—Preciosa, ¿qué te ocurre? —Se sentó a su lado y puso su mano en su espalda cortándole el aliento. —¿Es por lo que dije del vestido? Pareces molesta desde entonces. A veces soy algo brusco y no mido mis palabras.

—No te voy a dar las joyas —dijo rencorosa sin poder evitarlo.

—¿Te las he pedido? —Parecía asombrado.

—¡Pero me las vas a pedir! Si eres amable conmigo es por eso,

¿verdad? Para dárselas a esa zorra, pero no te las voy a dar. Que se acueste con

otro para conseguir más.

Su marido se levantó y ella volvió la cara para mirarle. Estaba furioso.

—No sé por qué la criticas tanto cuando tú te acostarías conmigo por mi título

y posición. Eso sin olvidar mi dinero. —Corianne palideció escuchándole y su

marido sonrió irónico. —Dime preciosa, ¿qué diferencia hay entre vosotras?

—La diferencia es que conmigo no quieres estar y con ella sí —dijo

con pena como si le hubiera acabado de romper el corazón—. Siento que la Reina te haya obligado a casarte conmigo cuando es evidente que no me

quieres a tu lado. No soy tan divertida como tu Linnet, ni tan hermosa. Es lógico que la prefieras a ella, que consiente todos tus caprichos con una sonrisa en la cara. No te preocupes, lo he entendido. Ya no te molestaré más.

—¡Perfecto! ¡Sólo llevas aquí dos días y has puesto mi casa patas

arriba! ¡Además, tienes una habilidad que no soporto! ¡Eres capaz de hacerme

sentir culpable con solo una maldita mirada, cuando yo no te quería aquí! —

Fue hasta la puerta y cuando se volvió la miró a los ojos. Una lágrima corría

por la mejilla de Corianne sin darse cuenta. —¿Ves? —gritó él fuera de sí antes de salir dando un portazo.

Él se sentía culpable a su lado y ella se había dado por vencida antes de empezar. Estaba claro que no tenía los arrestos necesarios para luchar por su marido.

Su marido no apareció por casa en una semana y Rick estaba

obviamente decepcionado porque no había empezado sus clases. Ya no sabía qué decirle, así que dejó que sacara sus propias conclusiones. La casa estaba totalmente distinta y ya era la casa elegante que debían tener, aunque era obvio

que era demasiado pequeña para ellos porque cuando llegara el servicio no sabía cómo se arreglarían para ubicarlos a todos en el piso superior. Se aburría muchísimo porque nadie la invitaba, pues nadie de su clase la conocía.

Ni siquiera se había molestado en llevarla a un baile y se pasaba todo el día sola con los niños y Bruce. Estaba tan triste que Luke y su mayordomo intentaban que saliera de paseo, pero no le apetecía. Lo único que había mejorado en su persona era su aspecto pues como no tenía nada que hacer en

todo el día, había seguido las instrucciones de Madame Blanchard y tomaba sus baños dos veces al día untándose con la crema que le había aconsejado. Su

piel brillaba y sus rizos rubios estaban perfectos incluso sin las tenacillas, pero a ella le daba lo mismo.

Estaba en el salón con un libro en las manos vestida con un precioso

vestido azul cuando escuchó que se cerraba la puerta del hall. Escuchó los pasos sobre el suelo de mármol y distraída miró hacia allí pensando que era Bruce, cuando vio a su marido con un aspecto desastroso caminando hacia las

escaleras. La rabia la recorrió de arriba abajo y cerró el libro de golpe levantándose de inmediato. Caminó hacia el hall y le vio subir las escaleras como si le costara caminar. —¡Henry!

Su marido se detuvo volviéndose lentamente. —¿Sí, querida?

—¿Dónde has estado? ¿Te parece lógico desaparecer una semana?

—Me parece lo más lógico dadas las circunstancias.

Se volvió sin hacerle caso y furiosa cogió sus faldas para empezar a subir las escaleras corriendo. Entró en la habitación antes de que cerrara la puerta. —¡A mí no me des la espalda! —gritó cogiéndole del brazo, pero él se

apartó con un movimiento brusco antes de empezar a quitarse la chaqueta.

Tomó aire intentando calmarse—. Rick está muy decepcionado. Esperaba empezar las clases y no has aparecido.

—A parecer decepciono a todo el mundo. —Se sentó en una butaca para quitarse las botas y cuando se levantó, se sacó la camisa por la cabeza como si

le importara muy poco que ella estuviera en la habitación. —Estoy cansado y no quiero escucharte, esposa.

—Se lo prometiste —susurró sin poder creerlo—. Es un niño, Henry.

—Así aprenderá que en la vida no se consigue todo lo que quiere.

—¿Cómo te atreves? —gritó fuera de sí dando un paso hacia él—. ¡Si alguien sabe lo que no es tener nada y frustrarse continuamente es él, al

contrario que tú que has nacido con una cuchara de plata en la boca! ¡Yo sólo

quería que se diera cuenta que a veces los sueños se cumplen, pero es obvio que a ti sólo te importan tus malditos sentimientos! ¿Ha muerto tu hermano?

¡Él no tiene a nadie, Henry! ¡Quizás si dejaras de mirarte tu maldito ombligo, te darías cuenta de que a tu alrededor hay gente que te necesita!

—¿Cómo tú? —preguntó con burla.

—¡Sí! ¡Yo también te necesito! ¡Eres mi marido!

—Muy bien, súbete a la cama y ábrete de piernas. Voy a darte ese bebé

que querías por si algún día acabo en una cuneta. No vaya a ser que tengas que

volver a la carreta con tu hermana.

Corianne palideció dando un paso atrás como si la hubiera golpeado.

—No puedo creer que hayas dicho eso. —Intentó reprimir las ganas de llorar

al ver el desprecio en sus ojos verdes. —Sé que crees que estoy encantada de

estar casada contigo por tu dinero y posición, pero te aseguro que en esa carreta fui mil veces más feliz que contigo —dijo angustiada—. Al menos allí

tenía a alguien que me quería.

—¡Pues vete con ella! —gritó fuera de sí emanando una violencia que

la asustó—. ¡Vete de mi casa de una vez! ¡Estoy harto de ti! —Dio un paso hacia ella y Corianne caminó hacia atrás mientras le seguía gritando que solo

quería perderla de vista. —¿Por qué crees que no fui a buscarte? —le gritó acercándose—. ¡No te quería en mi vida, condesa! ¡Eres insípida, no tienes estilo, ni la gracia que yo hubiera elegido por esposa! ¡Eres simple! ¡No te pareces a tu hermana en absoluto! ¡Al menos ella es especial! —Los ojos de

Corianne se llenaron de lágrimas dando un paso atrás. —¡Pero tú! —Se echó a

reír con desprecio. —¡Tú no eres nada! ¡Eres una sombra a su lado! ¿Creías que iba a cambiar mi vida por ti? ¿Porque lo hubiera dicho la Reina? —Dio

otro paso hacia ella y le gritó a la cara —¿Sabes lo que pensé cuando me dijeron que tenía que casarme? ¡Que esperaba que me dieras un hijo y

murieras en el parto para librarme de ti y no tener que casarme más!

Corianne sintió que la acaba de traspasar con un cuchillo y tambaleante

llevó la mano herida a la pared sin darse cuenta de que ya estaban en el pasillo

y que todos les observaban desde el hall horrorizados. Sin ver lo que hacía, caminó hacia la escalera y bajó los escalones lentamente. —¡Sí! ¡Vete de una maldita vez! —gritó su marido desde arriba—. ¡No tendré esa suerte!

Bruce intentó acercarse, pero Corianne levantó una mano negando con

la cabeza sin ser consciente de ello. Salió de la casa y cerró la puerta lentamente para escuchar gritar a su marido —¡Corianne, deja ya ese teatro!

¡Me tienes harto!

Luke volvía en ese momento de sacar a Atila y asustado se bajó

rápidamente. —Milady, ¿está bien?

—Necesito dar un paseo —susurró mirando su caballo. Se acercó a él

acariciando su cuello y se subió a horcajadas mientras Luke se acercaba a ella

cogiendo sus riendas. —Milady, no creo que esté en condiciones de salir a cabalgar. Ni siquiera lleva abrigo.

—Estoy bien. —Sonrió ligeramente. —Adiós, Luke.

Volvió las riendas sorprendiéndole y salió a galope calle abajo. Luke corrió tras ella llamándola a gritos y asustado volvió para coger otro caballo.

Pero lo pensó mejor y entró en la casa con la respiración agitada mientras los niños lloraban. —¡Bruce, ayúdeme! ¡Milady se va a matar! —El conde abrió la

puerta de su habitación con la camisa puesta y Luke miró hacia allí. —
Milord,

la condesa se ha ido con su caballo. Estaba muy alterada, milord. Temo por ella.

—Le da igual que se mate o no, Luke —dijo Bruce con desprecio mientras Henry palidecía—. Vamos a buscarla. Habrá ido hacia el parque.

—¡No! ¡Ha ido calle abajo! ¡Se chocará con algún carruaje a la velocidad que iba!

Bruce salió corriendo seguido de Luke. Chico sin dejar de llorar miró al Conde y se acercó a los pies de la escalera. —Si es bueno con ella no comeré su comida, lo prometo. Trabajaré gratis. —Sorbió por la nariz limpiándose las lágrimas. —Por favor, conde. Haremos lo que quiera, ¿verdad? —Sus amigos asintieron. —La queremos mucho y haremos lo que nos pida. ¿Quiere que trabajemos más? Le diré a la Condesa que no quiero aprender a leer y trabajaré ese tiempo. —Hipó intentando respirar. —Y no pediremos nada más. —Henry miró a Rick, que asintió sin dejar de llorar.

Nunca en su vida se había sentido más miserable que en ese momento.

—Voy a vestirme. Dejar de llorar.

Entró en su habitación y se llevó las manos a la cabeza sin creerse lo que había hecho y lo que le había dicho a su esposa. A toda prisa se puso las

botas y cogió la chaqueta. Se la puso bajando las escaleras y les dijo a los niños —Cuidar la casa. Volveremos enseguida.

—¿La encontrará? —preguntó Judy muerta de miedo.

—Por supuesto que la encontraré.

Sentado ante su escritorio, Henry tenía la mirada perdida sumido en sus pensamientos. Su esposa llevaba más de un mes desaparecida y no tenía ninguna

pista de dónde podía estar. La policía ya se había dado por vencida y él estaba

agotado de recorrer media Inglaterra buscándola. Primero había ido a visitar a su antigua familia política, pues estaban en la ciudad. Pero el nuevo Barón le había mirado con desprecio echándole en cara que hasta un viejo había podido

retenerla y que él no merecía el título que había heredado. A punto había estado

de machacar la nariz de ese imbécil, pero se había contenido porque sus hijos estaban delante. Después había ido a visitar Pemberton House, pero no había noticias suyas, excepto unas cartas que había enviado pidiendo servicio. De hecho, estaban a punto de salir hacia Londres y la doncella de su esposa, realmente asustada, le sugirió que buscara a su hermana después de visitar a su

madre, que tampoco tenía noticias de su hija. Aunque por la poca preocupación

que expresó, fue obvio que le daba absolutamente igual a dónde había ido a parar su hija.

Se pasó tres semanas buscando el circo por toda Inglaterra, pero no había encontrado más que un Circo llamado Tidwell. Uno de los hombres que trabajaban en él, le había comentado que había oído rumores sobre que habían

salido a una gira europea y que tardarían un año en volver. Eso le decidió a volver a casa por si su esposa había regresado, pero nada. Ni una sola pista.

Se torturaba continuamente con las barbaridades que le había dicho y

los ojos de su esposa cargados de dolor, no se le quitaban de la cabeza. Los niños vagaban por la casa como alma en pena y ya no sabía qué hacer. Una dama de su alcurnia y vestida como iba, era presa fácil en los caminos. Y

pensar que le había sucedido algo por su culpa, era una carga que no podría soportar.

Su mayordomo entró en el despacho con una doncella detrás, que fue

hasta la chimenea a empezar a limpiar las cenizas. Bruce se acercó al

escritorio con la correspondencia y él le miró esperanzado. —No hay nada de

la Condesa, milord —dijo dejando las cartas sobre la mesa—. Ha llegado la factura de la modista y es tremendamente escandalosa.

El conde cerró los ojos apoyando los codos sobre la mesa. —Págala.

—Milord, debería revisarla. Creo que ha cobrado cosas que no hemos recibido.

—Madame Blanchard no haría eso. Tiene una reputación. —Sonrió irónico.

—No se arriesgaría a perder a su clientela con un escándalo así.

—Pues en la factura hay siete vestidos de noche que la condesa no ha recibido porque solo recibió uno rojo. Yo mismo he revisado su armario.

Henry miró a su hombre extrañado. —¿Has revisado su armario? —

Alargó la mano y cogió la carta que estaba abierta. Al extenderla vio una lista larguísima de vestidos con sus correspondientes complementos. Al mirarla por encima no se lo podía creer. —¿Siete sombreros? ¿Cuatro sombrillas?

—Es lo que le acabo de decir, milord —dijo preocupado—. O se ha equivocado de factura o no puedo entenderlo. No hemos recibido esas cosas.

Henry salió del despacho con la lista en la mano y corrió escaleras arriba entrando en la habitación de su esposa. Se le retorció el corazón al ver el espejo con el marco de plata aun sin colgar y recordó que no tenía un tocador como cualquier mujer en su habitación. Apartando esos pensamientos,

fue hasta el armario y lo abrió. Apenas había cuatro vestidos y allí se facturaban veinte.

—¡Josalyne! —gritó abriendo la otra puerta—. ¡Judy!

La niña llegó corriendo. —¿Sí, milord?

—La condesa ha recibido... —Miró la lista. —¿Un abrigo con los puños de zorro?

Judy le miró asombrada. —No. ¿Un abrigo? Solo ha recibido dos abrigos de entretiempo. —Se acercó al armario y sacó dos mangas. Uno era el blanco con flores verdes que hacía juego con el vestido que Rick casi le

había

ensuciado y el otro era azul.

—¿Cinco sombreros?

La niña negó con la cabeza y señaló las dos sombrereras. Henry entrecerró los ojos mirando la lista de nuevo y juró por lo bajo saliendo por la habitación. —¡Josalyn!

La doncella llegó corriendo al hall y él la señaló con el dedo. —Sube aquí.

La muchacha morena le miró asustada cogiendo la falda de su vestido negro y su delantal blanco para subir la escalera. —¿Si, milord?

—¿Dónde está?

—¿Habla de la Condesa?

—¡Exacto! —gritó furioso—. ¡Sabes donde está y quiero saberlo de inmediato o esta noche vas a dormir al raso!

La doncella se sonrojó mirando al suelo. —No sé de qué me habla, milord.

—Sí que lo sabes. ¡Ella confía en ti! ¡Y es obvio que ha recibido todas estas cosas para que Madame Blanchard me las cobre a mí! ¡Dime donde está de inmediato!

—No lo sé, pero sí que la he visto.

Bruce que estaba en el hall, abrió la boca asombrado. —¿Qué has dicho, mujer? ¿La has visto y no nos has dicho nada?

—Ella me dijo que no dijera nada. —Levantó la barbilla orgullosa. —

Me debo a mi señora. También me dijo que no podía ir con ella porque aún no

tenía una residencia permanente, pero que enviaría a por mí y a por los demás en cuanto consiguiera una casa.

—¿Y cómo piensa hacer eso? —gritó él furioso—. ¿Cómo va a conseguir una casa?

Josalyn sonrió. —Eso mismo le pregunté yo y mi señora me ha dicho que tenía sus recursos.

Henry palideció dando un paso atrás. —Mientes. Ella nunca ha dicho eso.

—También me ha dicho que puede que el conde no la encontrara atractiva, pero que seguro que algún hombre se disputaría tenerla de amante.

Al fin y al cabo, es la esposa de uno de los libertinos más grandes de Londres.

Sería una pieza digna de cazar. ¿Cuántos hombres en Inglaterra desearían colocarle la cornamenta, Conde? Apuesto que cientos.

Judy se acercó corriendo. —¿Enviaría por nosotros? —preguntó esperanzada.

—Por supuesto, mi señora siempre cumple sus promesas. Dijo que os

cuidaría y lo hará hasta la muerte.

La niña sonrió de oreja a oreja antes de volverse al Conde, que parecía a punto de matar a alguien.

—¿Dónde la viste?

—En el parque. Montaba su caballo con un precioso vestido de terciopelo azul. Sabía que siempre doy un paseo por la mañana después de mis

tareas y me estaba esperando. Estaba arrebatadora y la acompañaban dos caballeros montados a caballo.

El conde dio un paso hacia ella con ganas de estrangularla. —¿Dos caballeros?

—Oh, sí. —Le miró maliciosa. —Recuerdo a uno de ellos muy bien porque ya lo conocía milord... Pero ahora no recuerdo su nombre. Es una pena.

—Sheldon —siseó furioso dejando a la doncella con la boca abierta. El conde bajó corriendo las escaleras—. ¡Mi caballo!

—Sí, milord —dijo Bruce aun asombrado mientras su señor entraba en el despacho. Cuando le vio salir con la pistola en la mano se asustó—. ¡Milord!

¿Qué hace? Usted la echó de la casa.

—Pero ahora se arrepiente. ¿Verdad, milord? —preguntó Josalyn

divertida—. Al parecer teme más el ridículo de lo que yo pensaba.

—¡Cierra la boca si quieres quedarte en esta casa! ¡Se te ha soltado la

lengua para lo que no debes! —Joselyn se sonrojó por la regañina de Bruce

mientras el conde sin hacerles caso salía de la casa fuera de sí. Asustado por si cometía una locura, le siguió encontrándolo en el establo ensillando a su caballo. —¿A dónde va? No cometa una locura. ¡La echó de la casa!

—¡Y yo buscándola por toda Inglaterra cuando se acostaba con otro ante mis narices!

—¿Acaso no hizo usted lo mismo?

El Conde apretó la cincha alrededor del vientre del caballo. —¡Desde

que apareció en mi casa no! —Bruce le miró asombrado sin saber qué decir,

pero su señor estaba tan ensimismado en ensillar su caballo que ni se dio cuenta. —Sabía que solo me iba a crear problemas desde que la vi sentada en

aquella silla al borde de la pista del circo Campbell. ¡Sabía que me iba a crear

problemas desde que la Reina me comunicó que tenía que casarme con ella!

¡Cuando la vi por primera vez, tenía que haber salido corriendo, aunque la Reina me encerrara en la Torre de Londres! ¡Con esa sonrisilla parecía tímida,

ja! ¡Esos enormes ojos castaños solo podían traer problemas! ¡Traicionera, eso es lo que es! —Se subió a su caballo sujetando las riendas. —¡Aparta!

—¿Qué va a hacer? ¡No puede matarla!

—¿Matarla? —Le miró como si estuviera mal de la cabeza. —¡Voy a

traer a mi esposa a casa, que es donde debe estar!

Bruce se apartó casi por los pelos de que el Conde le arrollara con el caballo. Luke carraspeó rascándose la cabeza mientras Tom salía de detrás de él sonriendo.

—Al parecer ya sabe dónde está nuestra Condesita.

Bruce sonrió. —La traerá de nuevo. Es una buena noticia.

—Eso si quiere volver. No se lo crea del todo, porque nuestra chica tiene que estar muy dolida.

—Volverá —dijo convencido.

Henry subió los escalones del club corriendo dejando a varios

miembros con la boca abierta. Entró en la sala de esgrima mirando a su alrededor y vio a su objetivo practicando con el Duque de Stradford, que no le

daba tregua. Sheldon debió ver como se acercaba como un toro furioso,

porque dejó caer el florete y salió corriendo hacia la otra puerta. Henry corrió

tras él mientras los miembros del club se detenían y el Duque se quitaba la máscara atónito. —¡Henry! ¿Qué haces?

El conde se tiró sobre Sheldon cuando iba a llegar a la puerta y su

antiguo amigo gimió por su peso. —Ahora vas a explicarme eso de que sabes

dónde está mi esposa, cabrón. —Le cogió por la espalda tirándolo sobre el suelo de mármol hasta los pies del Duque, que arqueó una ceja.

—¡Yo no he hecho nada! —gritó Sheldon aterrorizado—. ¡Lo juro! ¡No

le he tocado un solo cabello! ¡Ni se me ocurriría!

—¿Dónde está? —gritó fuera de sí dándole una patada en el costado que le dobló.

Alexander Torrington levantó una ceja. —¿Buscas a tu esposa? Amigo, solo tienes que preguntar.

Miró sorprendido al Duque. —¿Cómo has dicho? ¡Llevo un mes buscándola por todo el país!

—Henry, está en palacio. —Si le hubiera dicho que estaba en la luna no le hubiera sorprendido más. —Mi esposa estuvo allí hace una semana, tomando el té con la ahijada de la Reina Victoria y varias amigas. Según recuerdo, Elizabeth me dijo que era dama de la Reina y que era encantadora.

Felicidades, amigo. No sabía que te habías casado. Creí que era un estúpido rumor y ...

—¿En Palacio? —siseó deteniendo su cháchara—. ¿Está en Palacio?

Alex frunció el ceño. —Así es. ¿Estás borracho y no me entiendes? Lo sabe medio Londres.

Él miró hacia abajo con ganas de matar a Sheldon y le cogió por las solapas elevándole. —¿La has llevado a Palacio?

—¡Estaba allí cuando me encontré con ella! ¡No lo sabía!

—Henry, ¿qué ocurre para que no lo supieras? —Su amigo se acercó preocupado. —¿Has perdido a tu esposa?

Las risas les rodearon, pero el Duque les hizo callar con una sola

mirada mientras Henry solo quería matar a alguien, porque sacar a su esposa de Palacio no iba a ser fácil.

Miró a Sheldon a los ojos sin soltarle y le dijo furioso —Te dije que no te acercaras más a ella. —Le pegó un puñetazo que le dejó sin sentido antes de

dejarle caer al suelo y que varios dieran un paso atrás al ver su rostro. —¡Y eso va para todos! ¡Cómo os acerquéis a ella, ya podéis rezar!

El Duque reprimió una sonrisa presenciando los celos en los ojos de su amigo y le pasó una mano por los hombros. —¿Y cuándo conoceré a tu esposa? Tenéis que venir a cenar a casa. Elizabeth estará encantada de volver a

verla.

Él gruñó apartándose de su amigo para salir sin decir palabra. Alex

hizo una mueca antes de gritar —¡La invitación sigue en pie para cuando se te

pase, amigo! ¡Suerte en Palacio! —Bajó la voz mirando a Sheldon inconsciente ante él. —La vas a necesitar.

Capítulo 7

Corianne, sentada a la mesa, reía de algo que le estaba susurrando cierto Marqués del que no recordaba ni el nombre. Con coquetería levantó el tenedor para probar su perdiz, cuando su marido entró en el enorme comedor como si fuera a la guerra. Hasta llevaba una pistola en la cinturilla del

pantalón. Asombrada vio como miraba a su alrededor y cuando sus ojos

llegaron a ella pasaron de largo durante un segundo, pero esos ojos verdes volvieron a ella de inmediato. Parecía asombrado por lo que veía y era lógico.

Su peinado era totalmente distinto con sus rizos ahuecados recogidos en lo alto de la cabeza y su vestido de noche mostraba sus encantos más de lo que él

estaba acostumbrado.

El Marqués, que no se había dado cuenta de que se avecinaban

problemas, le sonrió tontamente antes de acercarse de nuevo a su oído para susurrar que podían encontrarse después. Ese fue el pistoletazo de salida, porque Henry caminó hasta allí con cara de querer matar al Marqués y

asombrada vio que se acercaba a él y le cogía de las solapas para apartarlo de ella tirándolo al suelo. Atónita y con el tenedor aun en la mano, no pudo impedir que su marido la cogiera de la muñeca tirando de ella para levantarla

mientras en el comedor no se oía una mosca.

Un carraspeo les hizo mirar hacia la Reina, que parecía divertida. —

Conde, ¿no tiene modales?

—Disculpe Majestad, pero me he distraído —siseó tirando de su mujer

hacia la puerta.

—Conde... —La advertencia de la Reina le hizo detenerse para mirar a

su señora, que le hizo un gesto con la mano para que se acercara a la cabecera

de la mesa en forma de U. Henry miró a Corianne como si todo fuera culpa suya antes de acercarse sin soltarla. Al ver que sus pechos temblaban, Henry lo

vio todo rojo y la soltó para quitarse la chaqueta del traje de mala manera antes de cubrirla con ella. Varias risitas recorrieron la sala y la Reina sonrió.

—Conde, al parecer tiene problemas maritales.

—Estoy solucionándolos, Majestad. —Vio cómo su esposa se iba a quitar la chaqueta y se la volvió a colocar haciendo que varios se rieran abiertamente.

—Su esposa me pidió ayuda y cobijo. Ahora es una de mis damas y deberá aceptarlo, Conde. ¿O prefiere el divorcio? —Todos les miraron asombrados, porque el divorcio era inconcebible entre personas de su clase.

—Al parecer no soporta estar casado.

—Me estoy acostumbrando.

—¿Acostumbrando? ¿Cuánto llevan casados, Conde?

Él se sonrojó. —Meses. Casi ocho meses.

Corianne, que todavía no se había recuperado de que su marido estuviera allí y mucho menos que se comportara de esa manera, se sorprendió de que lo supiera.

—¿Y de esos meses cuántos días han dormido juntos en la misma casa?

—Uno o dos.

El asombro recorrió la sala y la Reina levantó una ceja mirando a su dama, que se había puesto como un tomate de la vergüenza. Sabía que quería humillarle a él, pero la que se sintió humillada fue ella, que intentó soltar su

muñeca pero él se lo impidió. —Al parecer le cuesta acostumbrarse, Conde.

—Él no quiere una esposa —replicó Corianne harta de sentirse humillada por la situación—. Yo sí quiero el divorcio.

La Reina suspiró mientras su marido siseaba —Eso lo hablaremos en casa.

—¡No tengo nada que hablar contigo! ¡Me quedó muy claro que no quieres una esposa! ¡Sólo quieres a tus zorras y tus borracheras! —Miró a la Reina. —Ni siquiera hemos consumado este matrimonio. ¡Quiero la anulación!

—Los rumores del salón se elevaron unidos a los jadeos de asombro. Él que era un auténtico libertino ni siquiera se había acostado con ella. —Me ha humillado de todas las maneras posibles y no lo soporto más. ¡Quiero perderle de vista!

—¿No tienes nada que decir, Henry?

—¡Me la llevo a casa! —Se volvió con intención de sacarla de allí a la fuerza, cuando dos guardas de la Reina se colocaron ante ellos impidiéndoles el paso.

—Eso no podrá ser, conde —dijo Victoria divertida—. Es demasiado tarde.

—¡Es mi esposa! ¡Usted me la dio!

—Pues ahora tendrás que ganártela. —Divertida se levantó haciendo que todos se levantaran. Exasperada hizo un gesto para que volvieran a sentarse. —Lady Corianne se quedará en Palacio hasta que decida qué hacer con los dos. De momento y para no enturbiar más esta relación tan extraña, le permitiré al Conde que la visite.

Corianne iba a protestar, pero la Reina levantó una mano. —Antes de tomar una decisión sobre este matrimonio que yo he forzado, me tomaré unos días para ver cómo se comportan. Puede que bajo mi supervisión sí sepan entenderse. Nunca se sabe. —Se encogió de hombros. —De todas maneras, no

pienso tomar esa decisión ahora. ¡Me fastidia no tener razón! —dijo algo molesta dejándolos a todos en silencio, porque cuando se enfadaba tenía un carácter explosivo—. Así que les aconsejo a los dos que intenten entenderse. ¿Me han comprendido?

Corianne entrecerró los ojos. —¡Ni hablar! —gritó sorprendiéndoles a todos—. ¡Es un libertino y no me soporta! ¡No pienso volver a su lado!

La Reina se echó a reír a carcajadas mientras Henry la miraba como si quisiera estrangularla. —Preciosa, cierra esa boquita.

—¡Tú no me mandas! —Con fuerza apartó la muñeca y muy tiesa hizo una reverencia antes de volver a su sitio en la cena como si no hubiera pasado nada, no sin antes de tirar su chaqueta al suelo como si fuera un trapo. Sonrió al Marqués. —Disculpe a mi esposo. No tiene modales como dice la Reina.

Henry dio un paso hacia ellos mientras la Corte les observaba con ganas de divertirse a su costa. —Conde... —La Reina reprimió la risa. —

¿Desea sentarse a cenar?

Él sonrió volviéndose a la reina y haciendo una reverencia. —Por supuesto, siempre acepto sus invitaciones.

—Perfecto. Hacer sitio para el Conde.

Para sorpresa de Corianne vio que el Marqués arrastraba su silla haciendo un hueco enorme. Una silla apareció a su lado mientras Henry cogía la chaqueta del suelo y se la ponía ante ella retándola con la mirada. —

Preciosa...

Sonrojada miró a su alrededor donde varias damas susurraban maliciosas. Sabía de sobra que varias habían compartido su cama y la rabia la recorrió de arriba abajo. —No me llames preciosa.

Él apretó los labios rodeando la mesa y sentándose a su lado. Cuando su pierna rozó la suya bajo la mesa, ella se apartó odiando que la tocara.

Después de todo lo que le había dicho, del daño que le había hecho, no entendía que hacía allí. Suponía que estaría encantado con perderla de vista, ¿y

ahora la reclamaba? No entendía nada y empezaba a pensar seriamente que estaba loco. La Reina les acababa de ofrecer la libertad y él la había rechazado.

Era humillante que todo el mundo supiera que ni siquiera la había tocado y notaba como las damas se lo pasaban estupendamente despellejándola.

—¿Vino, Conde? —preguntó uno de los lacayos. Él hizo un gesto sin darle importancia a lo que le sirviera mientras la observaba atentamente.

Ella forzó una sonrisa para mirar al otro lado, pero el caballero empezó una conversación con la persona que tenía al lado rápidamente.

Estupendo, ahora ya no tendría con quien hablar el resto de la velada. Su marido suspiró a su lado cogiendo la copa de vino y bebiendo, poniéndola más nerviosa a cada segundo que pasaba. Notaba todas las miradas sobre ellos,

pero su marido parecía de lo más relajado.

—Así que has estado aquí todo el tiempo —dijo intentando no mostrar su enfado—. Te he buscado por todo el país, preciosa.

—No quiero ni verte, ¿por qué piensas que quiero hablar contigo? —

Le miró de reojo dejando su tenedor sobre el plato y él miró su mano que ahora estaba sana de nuevo.

—Al parecer te has curado bien y yo pensando que estabas muerta en una cuneta.

—Siento haberte decepcionado. —Cogió la copa de vino y dio un sorbito como toda una condesa mientras él recibía el golpe.

—¿No preguntas por los niños?

Se volvió para mirarle a los ojos. —¿Están bien?

—Están perfectos —gruñó molesto.

—Ya he buscado un profesor para Rick. —Sonrió con ilusión. —Ha

hecho retratos de la mitad de la nobleza y se ha ofrecido a regalarme uno mío.

—Ese quiere mucho más que hacerte un retrato.

Soltó una risita. —Lo sé.

—Corianne... —dijo con ganas de sacarla de allí de inmediato.

—¿Qué? —Levantó la barbilla. —Ahora me toca divertirme a mí. Mi marido no sabe a hacerlo y me ha llegado el turno.

—¿Que no se divertirme? —gritó a los cuatro vientos haciendo reír a los que les rodeaban. Tenso bajó la voz—. Vámonos a casa antes de que haga algo irreparable.

—¿Cómo qué? —En ese momento se dio cuenta que tenía toda la suerte de su parte, porque sin el permiso de la Reina no podía llevársela y maliciosa sonrió dispuesta a dejarle en ridículo ante todo Londres.

—Lady Corianne...

Ambos miraron a la Reina, que sonreía de oreja a oreja. —¿Sí, Majestad?

—¿Nos deleita con un poema?

Su marido gimió como si eso fuera el colmo y ella se levantó enseguida. —Por supuesto, Majestad. Será un honor.

Rodeó la mesa hasta colocarse en el centro ante su Reina y sonrió alargando los brazos para que los rumores cesaran.

Era un libertino que saltaba de cama en cama,

que seguía a sus amigos sin ninguna gana.

Todos se echaron a reír mientras su marido tensaba la espalda y la Reina perdía la sonrisa. Ella miró a las amantes de su marido.

*Las mujeres le adoraban,
pero su mujer le amaba.*

¿Qué debía hacer el conde?

Abandonarla con su hermana.

¿Qué haces aquí, bicho inmundo? —dijo aparentando horror como si fuera él.

A tu lado no hay diversión en absoluto.

¡Eres fea, simple y soy un disoluto!

Llevó una mano a la frente con exageración.

*La condesa huye del conde,
y en Palacio se esconde.*

*Intenta olvidar a su esposo,
pero el disoluto es corto.*

Dejó una separación entre sus dedos haciendo reír a todos. Incluso la Reina se tapó la boca con la servilleta.

¿Ahora quiere a la condesa?

¡Por Dios, que me metan presa!

Las carcajadas recorrieron la sala mientras ella hacía una reverencia hasta el suelo antes de enderezarse y volver a su sitio con una sonrisa irónica en la cara, agradeciendo los aplausos. Se sentó a su lado y bebió de su vino.

—Tienes una lengua muy afilada, preciosa.

—¿Te ha gustado, querido?

Él la miró a los ojos como si no la conociera y sin querer sentirse culpable, porque aquello había sido una tontería comparado con lo que había hecho él, se volvió para hablar con su otro compañero de mesa, que parecía que ahora estaba dispuesto a conversar.

—Lady Corianne puede hacer una rima improvisada casi con cualquier cosa, Conde —dijo el Marqués sentado a su lado.

Él le miró como si quisiera cargárselo y observó cómo su esposa se relacionaba con los que tenía al otro lado, charlando y riendo abiertamente. Estaba claro que no quería ni verle y no le extrañaba, pero si creía que ahora iba a desaparecer, es que no le conocía en absoluto.

No volvió a hablar con su marido y fue un alivio cuando la Reina se levantó para poder escapar. Varios minutos después en camión, se miraba al espejo del tocador mientras se cepillaba el cabello después de despedir a la doncella que le habían asignado en la corte. Sumida en sus pensamientos, pasó

el cepillo por la nuca tirando hacia abajo, intentando entender la razón por la

que su marido había ido a buscarla, cuando le había dejado claro que no la quería a su lado. ¿Qué es lo que había cambiado para que estuviera allí? Él no

podía saber sus planes porque no se los había contado a nadie. Aparentaría que

tenía varias relaciones, de las que se suponía que tenía algún beneficio, vendería las joyas de Linnet y sería independiente. Debía decirle a Josalyn que

las buscara por la casa. Al menos algo se llevaría de ese matrimonio y si fastidiaba a la amante de Henry, mucho mejor.

Cuando se abrió la puerta, ella distraída miró a través del espejo, tensándose cuando su marido entró en la estancia tranquilamente como si estuviera en todo su derecho.

Furiosa tiró el cepillo sobre el tocador levantándose en el acto para enfrentarle. —¡Fuera de mi habitación!

—¿No lo sabías? —Sonrió divertido quitándose la chaqueta. —En Palacio los matrimonios comparten alcoba.

Jadeó indignada. —¿Estás loco? ¡No compartiría contigo ni un mendrugo de pan, mucho menos mi cama! ¡Vete a casa!

—Cuando vengas conmigo. Me he dado cuenta que he dejado algo pendiente y pienso arreglarlo de inmediato. —Se quitó el pañuelo de su cuello

y a Corianne se le cortó el aliento al ver en sus ojos sus intenciones. — Estabas

muy hermosa esta noche —siseó como si le molestara—. Muy expuesta, ¿no crees, preciosa?

—¡Cómo si voy desnuda por todo Londres! ¡A ti no te importa!

—¡Me importa que mi esposa vaya dando sus favores a todo el que quiera!

Entonces lo comprendió. No estaba allí por ella, sino porque no quería ser un cornudo ante todos. Seguro que había escuchado rumores y no podía soportarlo. Sonrió maliciosa. —¿Te molesta que sea tan disoluta como tú? —

Se echó a reír porque toda aquella ironía tenía mucha gracia.

Él se quitó la camisa por la cabeza y la tiró sobre una butaca como si no la hubiera escuchado y Corianne perdió la sonrisa poco a poco al darse cuenta de que no había cambiado de opinión. —Querido, tus cuernos ya no pasan por la puerta.

Él sonrió con maldad. —Perfecto. Así no me aburriré contigo en la cama. —Llevó las manos a su pantalón y lo abrió poniéndola muy nerviosa.

—No lo hagas. ¡Te lo advierto! —chilló medio histérica.

—Sube a la cama, Corianne —dijo con la voz más grave poniéndole los pelos de punta—. Te lo advierto.

Intentó pensar deprisa, pero al ver la excitación de su sexo, pensó que se mareaba y apoyó la mano sobre el tocador dando un paso atrás y cayendo sobre la butaca.

—Perfecto. Con lo que has aprendido, seguro que sabes qué hacer

desde esa altura. —Totalmente desnudo se acercó a ella. Con los ojos como platos vio cómo su sexo se acercaba y cuando se puso ante ella su estómago dio un vuelco. —Tócame, preciosa.

Con la respiración agitada levantó la vista hasta sus ojos y su mirada de

deseo hizo que sus pechos se endurecieran con fuerza de manera dolorosa mientras su vientre se estremecía. —Ya lo hiciste una vez, ¿recuerdas?

—Recuerdo que querías las joyas de Linnet. Por cierto, ¿cómo está tu amante?

—Si intentas provocarme, no vas a conseguirlo. Tócame.

—Antes de tocarte, me corto las manos —susurró, aunque su cuerpo lloraba de necesidad por él.

—No tienes que tocarme con las manos. —La ironía de su voz hizo que pensara en ello y al mirar de nuevo su miembro, abrió los ojos como platos al darse cuenta de lo que quería decir. Su marido reprimió una sonrisa y la cogió por la barbilla para decirle a la cara. —A ti no te ha tocado ningún hombre aparte de mí. Y así va a ser siempre, preciosa. —Besó sus labios suavemente acariciando su labio inferior, provocando que temblara de arriba abajo, y asustada porque su cuerpo gritaba por él, se apartó levantándose con intención

de alejarse lo máximo posible. Su marido la cogió por la cintura pegándola a su cuerpo y Corianne perdió el aliento al sentir su miembro contra su vientre.

Intentó besarla de nuevo, pero asustada por lo que sentía desvió la cara. —

¿Qué ocurre, preciosa? —susurró contra su oído antes de acariciar con la lengua el lóbulo de su oreja, mientras su mano bajaba por su cadera hasta llegar a su trasero. Corianne sobrepasada cerró los ojos por todas las cosas que le hacía sentir y su respiración se alteró temblando entre sus brazos. —
No

te pongas nerviosa. Estamos casados. —Besó su cuello suavemente
moviendo

la cadera contra ella a la vez que masajeara sus glúteos. Corianne sintió que
se

le detenía el corazón y gimió sin poder evitarlo. Su marido se apartó
cogiéndola en brazos y la llevó hasta la cama mirándola como si quisiera
devorarla.

—Henry...

Su marido la tumbó sin desviar su mirada y se agachó para besar su
pecho antes de bajar por encima de su bata hasta acariciar con la mejilla uno
de sus pechos. Se hizo un hueco entre sus piernas, que abrió sin darse cuenta,
y

acarició sus muslos subiendo su ligero camisón y su bata hasta sus caderas.

Corianne arqueó la espalda cuando acarició con la lengua su pezón por
encima

de la gasa antes de mordisquearlo suavemente. Cuando rasgó la bata y su
camisón ella ni se dio cuenta, porque el roce de su sexo la estaba volviendo
loca, gritando de la sorpresa cuando sus labios acariciaron su sensible piel.

Estaba ida de placer y cuando entró en ella lentamente, lloriqueó de
necesidad

antes de que entrara llenándola, rompiendo su virginidad, y Corianne se sujetó

en sus hombros sorprendida por el dolor. Se miraron a los ojos e incómoda por la invasión intentó moverse. —Preciosa, no te muevas —dijo como si sufriera.

—Muévete —gimió elevando las caderas—. Me haces daño. —

Decepcionada no pudo evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas de pura frustración.

—¿Tanto te duele? —Estuvo a punto de salir de ella, pero al ver la sorpresa en su cara entró de nuevo.

—¡Oh, Dios! —gritó aferrándose a sus hombros.

Henry la besó apasionadamente, empezando a moverse suavemente al principio, para aumentar el ímpetu de las embestidas de una manera que le robó el aliento. Todo su cuerpo le necesitaba y abrazó su cuello aferrándose a él mientras gritaba de placer en cada embestida, hasta que cada fibra de su ser se tensó y arqueó su cuello hacia atrás, gritando de éxtasis.

Su marido siguió moviéndose alargando su placer y besaba su cuello

susurrando que había estado fantástica. Pero atontada no se enteraba de nada, excepto del placer que le seguía proporcionando.

Cuando se dejó caer agotado y sudoroso a su lado en el colchón,

suspiró volviendo la cara hacia su esposa, que aun con los ojos cerrados tenía

la respiración agitada y una sonrisa en la cara que le dejó de lo más satisfecho.

Corianne inspiró profundamente llevando las manos a su vientre tocando la piel desnuda sin molestarse en cubrirse, porque en ese momento ya no sentía ningún pudor. Volvió la cara hacia su marido, que la observaba en silencio y sonrió. —No me extraña que tengas tantas amantes.

Henry se sonrojó con fuerza y ella se echó a reír mirándole con deseo antes de incorporarse quitándose los restos de su ropa de cama. La miró con temor al ver la decisión en su mirada. —Preciosa, ¿no querrás lo que estás pensando? Tengo que descansar.

—Ya descansarás mañana —dijo acercando sus labios y besándole mientras tocaba su pecho maravillada—. O pasado.

El Conde de Wodsworth no durmió mucho en tres días y en Palacio fueron la comidilla en todas las conversaciones, seguidas de risitas nerviosas. Los hombres satisfechos por el comportamiento del Conde, que había puesto las cosas en su sitio como debía ser, y las mujeres rabiosas porque la Condesa fuera el centro de atención de su favorito.

Mientras tanto los Condes sin salir de la habitación, no es que se comunicaran demasiado a no ser que fuera a través del tacto, porque se tocaban continuamente. Hasta dormían abrazados, pero en todo ese tiempo no hablaron de las cosas que realmente preocupaban de su matrimonio y en cualquier momento la bomba estallaría de nuevo. Y ocurrió cuando estaban comiendo sentados en la cama.

Corianne estaba comiendo un muslo de pollo cuando preguntó como si nada —¿Cómo está Chico?

Recostado sobre las almohadas miró sorprendido a su mujer. —

¿Chico? —Ella asintió masticando. —Pues si te digo la verdad no he estado mucho en casa estas semanas. ¡He estado buscándote por media Inglaterra!

Corianne se tensó tirando el muslo en la bandeja antes de levantarse de la cama y sorprendido se incorporó para ver cómo se ponía otra bata semitransparente sobre su precioso cuerpo antes de ir hacia el tocador. —

Preciosa, ¿qué haces?

—Arreglarme —respondió como si nada cuando lo que quería era gritarle que le había hecho daño.

—¿Nos vamos a casa? Menos mal, porque no quiero que estés aquí más tiempo del necesario. Hay mucho buitre en Palacio.

—¿No me digas? —Se cepilló el cabello e hizo una mueca porque su pelo no quedaría bien hasta que se lo lavara y los rizos volvieran a su forma.

—¿No venías mucho por aquí? Tengo entendido que sí.

—Sí, antes de casarme contigo.

—Claro. —Sonrió falsamente mirándole sobre su hombro. —No querías enfrentarte a la regañina de la Reina después de casado, ¿verdad?

—Pues no. —Se levantó y fue hasta sus pantalones poniéndoselos a toda prisa. —Estoy deseando llegar a casa. Los niños van a sorprenderse

muchísimo cuando te vean.

Corianne apretó la empuñadura de plata de su cepillo antes de volverse para mirarle muy seria. —No voy a volver a tu casa.

Su marido la miró sorprendido. —¿Qué has dicho?

—No voy a volver contigo. —Desvió la mirada para que no se diera cuenta de que esas palabras le arrancaban el corazón y siguió cepillándose el cabello.

Henry se acercó lentamente. —Cori, me parece que estás algo confusa por todo lo que ha ocurrido.

—No estoy confusa. —Le miró fríamente a los ojos a través del espejo.

—Soy una mujer con la que comerció mi padre casándome con un viejo y que

luego la Reina entregó a ti. —Su marido se tensó. —Nunca he podido decidir algo en esta vida, pero lo que sí voy a decidir es como quiero vivirla desde ahora y no es al lado de un hombre que me desprecia, al que no le parezco atractiva sino simple, que considera que me vendo por un título y por el dinero

que puedes gastar en mí. Nadie, ni mi padre, me ha hecho tanto daño como tú.

—Henry dio un paso atrás perdiendo el color de la cara al ver su resolución y ella sonrió satisfecha. —Veo que lo has entendido. Puede que me hayas descubierto lo que son las relaciones maritales y haya sido estupendo para mí,

pero supongo que ahora me echarás en cara que puede que tenga el bebé que me garantice que no vuelva a una carreta. —Se volvió para mirarle de frente.

—Y espero que sea así. Espero darte un heredero que me garantice el resto de mi vida. Rezaré para que ocurra y asegurar mi futuro.

—Sé que dije barbaridades, pero no eran ciertas.

—No me mientas, por favor —dijo con pena—. Al menos sé sincero conmigo como lo has sido casi todo el tiempo, excepto el día que discutimos por Linnet. Me has desflorado porque querías que volviera para evitarte humillaciones, porque tu mujer te ha abandonado ante todos. Solo por eso. No

porque desearas hacerlo, porque ahí fuera hay treinta mujeres mucho más

hermosas que yo que te esperan impacientes. —Tomó aire forzando una sonrisa intentando no llorar. —Pero no tienes que preocuparte más. Buscaré una casa y saldré de Palacio. Me llevaré a los niños y a mis sirvientes. Si tengo

la suerte de darte un hijo, ya hablaremos de su educación. Pero no voy a volver

contigo a una casa de soltero donde no quiere entrar ninguna dama, con un marido que no me quiere y que nunca me hubiera elegido. —Se volvió

lentamente. —Vuelve con Linnet y sigue tu vida.

—Corianne. —Se agachó a su lado preocupado. —Dije barbaridades

que no eran ciertas. Te lo juro. Te deseé desde el primer momento. No he tocado una mujer desde que entraste en mi casa.

—Oh, por Dios. Vete de una vez. —Cogió el cepillo y siguió

cepillándose el cabello ignorándole.

Vio sus intenciones mientras se incorporaba a su espalda y siseó —Ni

se te ocurra tocarme o me pongo a gritar.

—Gracias por el aviso. —La cogió por la cintura tapándole la boca y

ella gritó cuando la levantó de la butaca y la llevó hasta la cama, tumbándola

sin soltar su boca. Cogió el edredón y la cubrió con él pegándose a su cuerpo

después, cortándole el aliento por su peso. Henry cogió el cordón que sujetaba

la cortina del dosel de la cama y antes de pudiera evitarlo, la ató con fuerza rodeando la colcha de seda burdeos. Dejó que gritara un par de veces, pero

como lo había hecho mucho esos días, nadie se daría cuenta de que pedía ayuda. Cuando la amordazó con otro de los cordones, le miró con odio gritando lo que podía.

Él sonrió. —Preciosa, te pondrás muy contenta cuando volvamos a casa. Ahora tengo que pensar cómo te saco de aquí sin que montes escándalos.

A toda prisa se vistió y al ver una de las puertas del armario entreabierta fue hasta allí mientras ella se retorceda sobre la cama girándose de un lado a otro.

—¡Ya sé lo que voy a hacer! —exclamó muy contento volviéndose para ver a su esposa rodar sobre la cama con tanto ímpetu, que cayó al suelo de cara gimiendo de dolor. Henry hizo una mueca de dolor—. Preciosa, ¿estás bien? —Se acercó para darle la vuelta y ella le miró con odio. —Sí, estás lo suficientemente bien para acordarte de toda mi estirpe.

Su mujer asintió varias veces con vehemencia y le insultó más aun cuando su marido la empujo sin ningún pudor debajo de la cama. —Ahora estate calladita.

Atónita vio que cubría con las sábanas los costados de la cama para que no se la viera y gritó con todas sus fuerzas.

—Diré que tengo un gato —dijo convencido—. Suenas casi igual.

Jadeó indignada cuando escuchó que abría la puerta. —¡Eh, tú! Dos baúles para la Condesa, que no tiene. Se los devolveré a la Reina en cuanto

lleguemos a casa.

—Sí, milord. Enseguida se los traen.

Abrió los ojos como platos. ¡Iba a meterla en un baúl! Le iba a matar.

Intentó arrastrarse bajo la cama, pero el edredón le impedía moverse en un espacio tan estrecho.

—Preciosa, no te muevas tanto. Te vas a hacer daño.

Gritó todo lo que pudo y su marido se agachó a su lado levantando la sábana. Estaba empezando a sudar del calor que estaba pasando y el esfuerzo de intentar desatarse. Frunció el ceño al ver su frente perlada de sudor. —
¿Hace calor? —Asintió con ganas de salir de allí y matarle. —Pues más calor va a hacer dentro del baúl, así que relájate.

Le escuchó moverse por la habitación. —Preciosa, ¿estas cosas del tocador son tuyas?

Su cara apareció a su lado y ella asintió con fuerza, no fuera a ser que las dejara allí. En entrecerró los ojos. —¿Fuiste a la platería sin mí? —

Corianne hizo una mueca como pudo. —Voy a tener que controlarte. Ya
hablaremos de la factura de esa bruja cuando lleguemos a casa. —
Desapareció

de nuevo. —¡Y de esos escotes! ¡Y de como flirteabas con ese viejo! Vamos a

hablar largo y tendido de ese plan tuyo de ponerme los cuernos para recibir regalos y comprar una casa.

Los ojos de Corianne se abrieron como platos. ¿De dónde había sacado esa historia? ¡Joselyn! ¡La iba a matar! ¡Sería bocazas! ¡Por eso estaba allí secuestrándola!

Cuando llamaron a la puerta, gritó retorciéndose bajo la cama, pero se detuvo porque no escuchó voces. —¿Has terminado? —Parecía que se lo

estaba pasando estupendamente a su costa y volvió a gritar golpeando la parte

baja de la cama con las rodillas. Volvieron a llamar a la puerta y Corianne suspiró. Notaba como las gotas de sudor recorrían su espalda y su nuca estaba

empapada. Volvió la vista hacia la puerta y escuchó como su marido abría. —

Déjenlos ahí. Dígale a los asesores de la Reina que mi esposa ha tenido que abandonar palacio porque uno de sus niños acogidos la ha llamado.

Ella protestó desde debajo de la cama y los lacayos miraron hacia allí.

El conde sonrió. —No le digan que una de mis amantes se esconde bajo la cama. —Alargó la mano dándoles unas monedas y los lacayos sonrieron. —

Les llamaré enseguida, esperen fuera mientras recojo sus pertenencias.

—¿Necesita una doncella, milord?

Ella volvió a protestar bajo la cama sin poder creerse que esos idiotas

se creyeran sus mentiras.

—No, sólo son cuatro cosas. Será más rápido si lo hago yo. —Cerró la

puerta y se echó a reír. —Preciosa, unas monedas hacen milagros, ¿no lo sabías? Por mucho que protestes, ellos harán oídos sordos por una propina.

Gruñó dejando caer la cabeza sobre el suelo de madera. Le odiaba y

pensaba hacerle la vida imposible el resto de su existencia. Escuchó como

tiraba sus cosas en el baúl, sin querer ni imaginarse como estarían los sombreros cuando Josalyn y Judy los sacaran. Cuando vio su cara a su lado se sobresaltó porque no se lo esperaba. ¿Ya había hecho su equipaje? ¡Dios mío, aquello no estaba pasando!

—Hora de un viajecito. Te va a encantar.

Le fulminó con la mirada demostrando todas las ganas que tenía de que desapareciera de su vida y su marido chasqueó la lengua antes de cogerla por los cordones y tirar de ella arrastrándola por el suelo. Se la cargó al hombro mientras ella gritaba que la soltara y cuando vio el baúl gritó de pánico porque era muy pequeño para ella.

—Vamos a ver cómo te meto ahí... —Giró a un lado y a otro como si estuviera pensando cómo colocarla y Corianne cerró los ojos porque se mareó al estar boca abajo. Matarle era poco. La bajó poniendo sus pies en el suelo antes de cogerla en brazos de nuevo y meter la cabeza primero que el resto del cuerpo. Ella abrió los ojos gritando y negando con la cabeza y su marido la miró a los ojos. —¿Puedes doblar las piernas? No entran.

¿Quería que colaborara? ¡Estaba loco! Sorprendiéndola le dobló las rodillas plegando sus piernas como si fuera una muñeca y cerró la tapa empujando hacia abajo cuando las rodillas impidieron que cerrara el cerrojo.

—Sólo serán unos minutos y te sacaré ahí.

¡Se iba a ahogar! Las piernas presionaban su pecho a causa del edredón

que ocupaba demasiado y empezó a angustiarse porque le costaba respirar.
No

fue capaz de protestar cuando notó que la levantaban. Ni de quejarse cuando se desplazó dentro del baúl por un movimiento brusco en el exterior golpeándose

la cabeza y doblándole el cuello. Escuchó el ruido del carruaje y el movimiento le indicó que estaban en movimiento. Su respiración empezó a alterarse y sudaba a mares. El pánico empezó a invadirla e intentó gritar llamando a Henry antes de desmayarse.

Henry se apartó de la puerta principal de su casa para que los lacayos entraran los baúles.

—Arriba, a la habitación de la Condesa —dijo Bruce haciendo un gesto hacia las escaleras.

—Rápido, debe estar impaciente. —Henry sonrió divertido.

Su mayordomo le miró sorprendido. —¿Qué ha querido decir?

—Pues que la Condesa ha vuelto a casa, Bruce. Saquémosla antes de que la enfade más.

—¡Dios mío, Condesa! —gritó su mayordomo corriendo escaleras arriba.

Henry, al ver lo alarmado que estaba su mayordomo, le siguió a toda prisa. —¿Qué ocurre?

—¡No tendrá aire, Conde! —Entró en la habitación y fue a toda prisa

hacia uno de los baúles apartando a uno de los lacayos.

—¡No es ese! —Henry se arrodilló ante el otro baúl y abrió el cierre antes de levantar la tapa, dejándola caer al otro lado con un fuerte golpe. Solo se le veía la frente perlada de sudor y su cabello rubio oscurecido por estar empapado. El pánico le recorrió pues no se movía.

—Conde...

—¡Está viva! ¡Ni se te ocurra pensar que no es así! —gritó cogiéndola en brazos para incorporarla.

Josalyn entró corriendo en la habitación y jadeó llevándose la mano a la boca cuando vio a su señora en brazos de su marido que la llevaba hasta la cama. Cuando la tumbó sobre la cama su cara cayó a un lado. Se sentó a su lado y acercó su oído a su boca cerrando los ojos del alivio cuando sintió su respiración. —Está viva. Mi esposa está viva.

Capítulo 8

Lo primero que vio al abrir los ojos fue la oreja de su marido y sin pensar la mordió con saña deseando vengarse. Henry gritó intentando

apartarse hasta que se dio cuenta que no le soltaba. —¡Cori! ¡Diablos, me la vas

a arrancar!

Cuando sintió el sabor de la sangre, soltó a su marido que se levantó de golpe llevándose la mano a la oreja izquierda, mirándola como si estuviera loca. ¡Encima! Agotada le miró con odio con su sangre en los labios. —

¡Acércate de nuevo a mí y arrancaré cada miembro de tu cuerpo, cerdo descerebrado! ¡Casi me matas! ¡Tendría que cortarte eso que tienes entre las piernas para hacer de tu vida un infierno!

—¡Milady, por Dios!

Asombrada se giró y vio a su doncella, que sonrió radiante al verla. Se emocionó al encontrarla de nuevo y sus ojos se llenaron de lágrimas. — Josalyn, cómo me alegro de verte.

La doncella sonrió acercándose a la cama. —Lo mismo digo, Condesa.

Ahora ya no nos separaremos más. —Empezó a desenrollarla, pero al ver su bata casi transparente empapada de sudor jadeó gritando. —¡Todos fuera!

Henry se apartó la mano de la oreja sin hacerle caso y vio la sangre. —

¡Serás bruta! —Se acercó al espejo. —¡Me has marcado los dientes!

El mayordomo se acercó a su señor corriendo e hizo una mueca al ver los dientes de la condesa en forma de media luna desde el lóbulo de la oreja hasta la mitad.

—¡Fuera de la habitación de mi señora! ¡Se va a enfriar como no la cambie!

Corianne apartó la colcha que la cubría y Bruce se tapó los ojos al ver que estaba casi desnuda.

—¿Qué haces? ¿Estás loca? ¡Cúbrete! —Su marido se tiró sobre ella tapándola como podía y ella intentando vengarse de todo el dolor que le había

causado, le agarró de sus cabellos negros tirando con fuerza.

Bruce con los ojos como platos cogió a Josalyn del brazo antes de sacarla a tirones de la habitación para cerrar la puerta de un portazo.

Ella fuera de sí tiró con saña. —¡Mujer! ¡Estate quieta!

—¡Te odio! —Sin pensar le dio un cabezazo en la frente y su marido se tambaleó para atrás llevándose la mano a la frente algo confundido. Corianne se deshizo de la colcha poniéndose de pie sobre la cama y Henry movió la cabeza de un lado a otro intentando despejarse. Al levantar la vista vio a su mujer con cara de desquiciada, sangre en la boca y totalmente despeinada antes

de que gritara tirándosele encima. Cayeron al suelo pues intentó sujetarla y Corianne acabó de espaldas con Henry sobre ella y las manos sujetas sobre la cabeza. Respirando agitadamente se retaron con la mirada.

—¡Suéltame, estúpido!

—¡Cuando te calmes! ¡Debería darte una tunda por lo que acabas de hacer! ¡Casi me arrancas la oreja!

—¡Es una pena que no lo haya hecho!

Su marido miró hacia abajo y Corianne no se lo podía creer. ¡Estaban peleándose y la miraba como si la deseara! Sus pezones reaccionaron a su mirada y se endurecieron bajo la tela húmeda. Furiosa consigo misma, intentó zafarse provocando que él divertido le mirara a los ojos. —Preciosa, eres una caja de sorpresas. ¿Te estás excitando? —preguntó con voz ronca.

—¡Suéltame! —le gritó a la cara.

—Espera. Vamos a comprobarlo.

La sujetó con una sola mano. —Eres un perverso y un... —Jadeó cuando metió la mano entre sus piernas y acarició su sexo de arriba abajo.

Arqueó su cuello hacia atrás por el placer que la recorrió y su marido se acercó a su oído y mordió el lóbulo de su oreja ligeramente.

—¿Te gusta, preciosa? —Lamió el lóbulo bajando su lengua por su cuello hasta llegar a su pecho cuando la puerta se abrió de golpe y los cuatro niños entraron en tromba.

Se pusieron a chillar que le estaba haciendo daño y se tiraron sobre el Conde los cuatro a la vez. Chico sobre su espalda le agarró de las orejas, mientras los demás le cogían por donde podían, golpeando y mordiendo con ganas.

Asombrada vio cómo su marido se levantaba intentando apartarles sin hacerles daño y sonrió maliciosa sentándose en el suelo.

—¡Basta ya! —gritó Henry—. ¡Auchh! ¡Judy! Estás castigada. ¡Ahí no se toca! ¡Chico, baja de una vez!

Se giró y Tom casi sale despedido, así que Corianne se levantó y dijo

—No pasa nada, niños. Estoy bien.

Los niños la miraron y Judy fue la primera en reaccionar sonrojándose. —Está desnuda, milady.

Chilló yendo hasta la colcha y cubriéndose muy sonrojada. —No se preocupe, milady. A mi madre también la vi desnuda una vez —dijo Chico sin

darle importancia.

Eso la puso como un tomate y la miraron sin saber qué hacer, aunque no les costó decidirse antes de acercarse para abrazarla. Les dio a todos varios besos. —¿Os habéis portado bien?

Todos asintieron mientras Henry se cruzaba de brazos esperando impaciente. —Niños...

No le hicieron ni caso. Veinte minutos después seguían los cuatro sentados alrededor de su esposa en la cama, contándole todo lo que habían hecho desde que ella faltaba de la casa.

—Así que habéis aprendido mucho. —Acarició la mejilla de Chico antes de girarse a Rick. —¿Y tú has pintado mucho?

—¡Sí!

Salió corriendo y su marido parpadeó asombrado como si no lo supiera. Le miró como si quisiera cargárselo y tuvo la decencia de sonrojarse.

Los niños captaron su atención y cuando Rick volvió llevaba un lienzo tan grande como él que sujetaba con sus dos manitas. Lo apoyó en el suelo y ella vio que estaba algo avergonzado.

—Enséñamelo. Prometo que nadie se burlara de ti porque es lógico que

en tus primeras obras tengas dificultades. Sobre todo sin profesor. Todo lo que

hayas hecho estará bien.

Rick miró a Chico, que asintió sonriendo, e inseguro se apartó para darle la vuelta. A Corianne se le cortó el aliento al verse a sí misma. Tenía una

mano apoyada en la barandilla de la escalera y sonreía mirando hacia abajo.

Era tan perfecto que daba miedo y asombrada miró a su marido que se había quedado sin palabras.

—No está bien, ¿verdad? El color de los ojos...

El Conde levantó una mano acallándole y se acercó al cuadro para cogerlo de sus manos levantándolo para llevarlo hasta la ventana. Giró la cabeza hacia ella antes de volver a mirar la obra. —Impresionante —susurró

antes de mirarla de nuevo—. Realmente impresionante. —Se volvió hacia el niño. —¿Cuántos has pintado?

Levantó tres deditos y Corianne vio que sus amigos asentían. —Niños, traer los cuatros.

Los niños salieron corriendo y Rick se quedó allí de pie aún más inseguro. En su mirada vio que tenía miedo de haber hecho algo mal y

Corianne se levantó para agacharse a su lado. —Es magnífico. ¿Sabes lo que significa?

—¿Que es bueno?

—Es mejor que bueno, Rick —dijo su marido—. Tienes una habilidad excepcional.

Rick sonrió. —Eso es bueno, ¿verdad?

Ambos se echaron a reír asintiendo. —Muy bueno. Pintas muy bien.

Henry se acercó apoyando el cuadro sobre la pared y los tres lo miraron. —Lo enmarcaremos, ¿verdad esposo?

—No.

Lo miró sorprendida. —¿Cómo que no?

—Voy a ver los otros cuadros, pero si son igual de buenos, los enviaré a Italia.

—¿Para qué?

—En Milán hay una escuela de arte que sólo admite a los más excepcionales pintores de Europa. Si le admiten, empezará el año que viene.
—

Miró a Rick que estaba claramente asustado. —¿Quieres pintar? ¿Quieres ser de los mejores del mundo? —El niño asintió. —Pues te irás a Milán. Estoy seguro de que te admitirán.

—Pero... —Miró asustado a su señora. —¿Tengo que ir?

Corianne se mordió el labio inferior. Le entendía y además era tan pequeño... Miró a su marido. —¿No podemos esperar unos años?

—Cuanto antes mejor. —Se cruzó de brazos. —¿No prometiste que

cumpliría su sueño? Allí le darán una mejor formación de la que recibiría aquí. Trabajaré con los genios de la pintura y conoceré a mecenas que impulsarán su carrera.

Preocupada miró al niño, que claramente no quería irse de allí. Forzó una sonrisa y le acarició la mejilla. —Veremos qué dicen los profesores de Milán, ¿de acuerdo?

El niño obviamente no quería que le admitieran y cuando entrecerró los ojos le dio la sensación de que a partir de ahora ya no pintaría tan bien. Los niños entraron en la habitación y mostraron orgullosos los cuadros. Uno era de ellos tres y Corianne se echó a reír al ver que Chico, con las manos en la cintura, estaba adelantado como si fuera el jefe. La mano de Judy cogiendo la de su primo la emocionó y su marido estaba más que satisfecho. El otro cuadro era de Josalyn cosiendo en uno de los sillones del salón a la luz del fuego. Era realmente increíble cómo podía dominar el juego de sombras sin haber practicado antes con el óleo. Tenía un dominio de los colores excepcional y Corianne se dijo que no necesitaba a esos maestros de la pintura

en absoluto. En unos años él solito los desbancaría a todos. Se giró hacia Tom

que tenía el último cuadro en las manos. Era más pequeño, pero le robó el corazón. Era su perfil con su cabello suelto. Estaba llorando y supo cuando la había visto en esa situación. El día que se había ido de la casa.

Su marido se tensó al verlo, pero no hizo ningún comentario al

respecto. —Niños, decirle a Bruce que los envuelva con cuidado. Saldrán hacia

Milán de inmediato.

—¿Hacia Milán? ¿Dónde queda eso? —preguntó Chico asombrado.

—En Italia. —Corianne se sentó sobre la cama mientras Rick se apretaba sus manitas. —Van a una escuela muy prestigiosa. Si admiten a Rick,

irá allí a estudiar.

Los tres niños se tensaron y se miraron los unos a los otros. Corianne se volvió hacia su marido que seguía mirando pensativo el cuadro donde estaba llorando. —¿Verdad Henry que es una escuela muy prestigiosa?

Sorprendido la miró. —¿Qué?

—¿La escuela?

—Oh, sí. La mejor del mundo. Venga, llevaros los cuadros para que salgan cuanto antes. Y llamar a Josalyn para que atienda a la Condesa.

Judy salió de inmediato, pero Chico parecía que quería decir algo.

Corianne le miró a los ojos. —Ya hablaremos, ¿de acuerdo? Lo resolveré.

Chico sonrió y le hizo un gesto a Rick para salir de la habitación. Era increíble la confianza que tenían en ella. Su marido les siguió cerrando la puerta.

—Es demasiado pequeño para alejarse de lo que conoce.

—A su edad yo ya era interno en el colegio, Corianne. —Se pasó la mano por el cabello. —Has visto el talento que tiene. Sería un desperdicio

que

se quedara aquí.

—¡Puede ser un buen pintor sin irse de Londres! Estás siendo muy exigente. Este es el único hogar que ha conocido.

—Se irá a Milán. No hay más que hablar del asunto. No pienso dejar que pierda esta oportunidad porque te quieras comportar como una gallina clueca con ellos.

—Prometí cuidarlos y...

—¡Pues bien que los abandonaste aquí para ir a Palacio!

Palideció por su reproche. —Fuera de mi habitación.

—Cori, no quería...

—¡Tú siempre haces las cosas sin querer, pero hacen daño! —gritó

furiosa sin poder evitarlo—. ¡Sal de mi habitación!

Josalyn abrió la puerta sin llamar y pareció aliviada al ver que estaba bien. — Señora, ¿me ha llamado?

—Un baño. —Sin mirarla se levantó y fue hasta el armario para sacar un camisón limpio. No pensaba bajar a cenar. Judy llegó corriendo en ese momento y se agachó al lado del otro baúl. Cuando lo abrió gimió y Corianne miró hacia allí para ver toda su ropa metida de mala manera. Adiós a sus maravillosos sombreros nuevos.

Su marido carraspeó al ver una de sus delicadas sombrillas rota por la mitad. —Voy a tomar el aire.

Furiosa se volvió y cogió su frasco de perfume tirandoselo a la cabeza, pero apartó ligeramente la cabeza para evitarlo, estrellándose en la pared. El Conde hizo una mueca. —Sí, será mejor que me vaya.

—¡Largo y por mí como si no vuelves!

Su marido se tensó. —Te aseguro que en otros sitios me recibirían mucho mejor.

Cori sintió que el corazón se le subía a la boca al escuchar que la amenazaba con irse con sus amantes. Levantó la barbilla orgullosa. —Pues corre. Seguro que Linnet se alegrará de verte de nuevo.

—Por supuesto.

Salió dando un portazo y ella corrió hacia allí abriendo de golpe y gritando —¡Recuerda llevarle un collar para que te reciba con los brazos abiertos!

—Gracias por la sugerencia, querida. Le compraré el más ostentoso de la joyería. —Bajó los escalones de dos en dos.

—¡No sé para qué me has traído si ibas a hacer esto de nuevo! —gritó desgarrada sin darse cuenta antes de entrar en su habitación de nuevo intentando no llorar. Judy la miró de reojo sacando unos botines del baúl y lo dejó sobre el suelo.

Respirando hondo se acercó a la cama y dejó la colcha sobre ella intentando no llorar. Ya había llorado mucho por él durante todas esas

semanas, así que no iba a hacerlo más. —Tira todo lo que se haya roto, Judy.

—Sí, milady.

La puerta se abrió dando paso a Josalyn y Corianne se cubrió de nuevo cuando entraron dos doncellas con la bañera. —Enseguida estará el agua, milady —dijo su doncella preocupada.

Forzó una sonrisa. —Bien. Que preparen mi cena en una bandeja. No bajaré a cenar. Estoy agotada.

Y era cierto. Tantas emociones la habían agotado. Quería dormir una semana. Se sentó en la cama mientras el servicio salía y pensativa se miró la mano que le dolía, recordándole que su marido no merecía la pena.

Después de bañarse, estaba comiendo sin ganas mientras Josalyn sentada tras ella en la cama, le cepillaba el cabello para que se secara. Sumida en sus pensamientos, se imaginaba a su marido con aquella zorra tomando una

copa de coñac mientras se reía de ella y se le revolvía el estómago, así que dejó el tenedor sobre el plato de mala manera.

Josalyn apretó los labios al ver que casi no había cenado. —Debe comer, milady.

—No tengo apetito. Retíralo.

Su doncella se levantó de inmediato y apartó la bandeja para colocarla sobre la mesilla, mientras Corianne apoyaba la espalda en las almohadas con

la mirada perdida.

—Se ha dado por vencida, ¿verdad?

Sorprendida miró a su doncella. —¿Cómo dices?

—Antes de que yo llegara a esta casa, me escribió, ¿recuerda? Me dijo que lucharía por su marido, pero en cuanto la cosa se ha puesto fea...

—No ha sido así. No me quiere a su lado.

—Si no la quisiera a su lado, no hubiera ido a buscarla a palacio, ¿no cree?

—Eso lo hizo porque todo Londres se estaba riendo de él, pensando que le estaba siendo infiel. No porque me quisiera a su lado. Mira lo que ha tardado en irse con su fulana.

Josalyn apretó los labios y asintiendo llevó el cepillo hasta su cómoda.

Ni siquiera tenía un tocador. —Estos días parecía preocupado por usted. La buscó por toda Inglaterra.

—Se sentía culpable por sus palabras el día en que me fui. Eso es todo.

No quiero hablar más de él. Estoy harta. —Se miró las manos y sus ojos se llenaron de lágrimas al ver sus dedos sin anillos. —Nunca me ha querido a su lado y lo ha demostrado una y otra vez. Viviré mi vida como él vive la suya.

—¿Cómo va a hacerlo si no recibe invitaciones?

Levantó la barbilla. —Las conseguiré.

—Si su marido sigue con ese estilo de vida que llevaba antes, no la

admitirán en ninguna casa decente de Londres.

—Ya lo veremos.

Llamaron a la puerta y Corianne se cubrió con las sábanas mientras

Josalyn iba a toda prisa hacia allí para abrir. Al ver quien era, se apartó dejando ver a Bruce que no entró en la habitación. —Milady, ¿puedo hablar con usted? —Miró de reojo a Josalyn. —¿En privado?

—Sí, por supuesto. —Le hizo un gesto a Josalyn para que les dejara

solos y Bruce entró en la habitación cerrando la puerta. —¿Qué ocurre?

—Sé que es poco ortodoxo que la moleste en sus aposentos, pero ...

—Déjate de cháchara, Bruce. ¿Qué ocurre ahora para que hayas venido?

—Es sobre el reloj.

Confundida entrecerró los ojos. —¿El reloj?

—El que se encontró en la habitación del fondo. ¿Recuerda?

—Ah. El que guardaste. Se me había olvidado por completo. ¿Qué ocurre? ¿Sabes ya quién es su dueño?

Su mayordomo negó con la cabeza. —No, milady.

—¿Le has preguntado a mi esposo?

—Le pregunté si conocía a algún George que hubiera frecuentado la casa y él me respondió que conocía a un montón de todo.

Corianne chasqueó la lengua. —Típico de mi marido. ¿Entonces?

—Creo que debemos solucionar ese tema, milady. Me da la sensación de que ese reloj es muy valioso.

—Es un reloj de oro. Claro que es valioso.

El mayordomo miró hacia la puerta y metió la mano en el bolsillo de su chaleco acercándose —No, milady. Es más valioso aún. —Le mostró el reloj y al abrirlo vio que las agujas no se movían.

—¿Le has dado cuerda?

—Sí, milady. Pero no funciona. Por eso... —Vio como abría la esfera ante ella y en su interior había varias piedras preciosas. Asombrada levantó la mirada a su mayordomo. —¿Entiende, milady? Es mucho más valioso.

—No son piezas grandes.

—No, las he mirado y han sido desmontadas de algún collar. Un collar muy caro, diría yo.

—¿A dónde quieres ir a parar?

—Creo que alguien robó a una dama y desmontó las piezas para que no le cogieran con el collar, metiendo las piedras aquí. Pero por alguna razón perdieron el reloj. Y este es el reloj de un caballero, de eso no tengo duda.

—¿Estás insinuando que alguno de los amigos de mi esposo es un ladrón?

—Exacto, milady.

—¿Y el resto del collar? ¿Dónde está el oro?

—Eso es lo que no entiendo. Sacar esas piezas lleva su tiempo. No pudo hacerlo aquí.

—Estás especulando, Bruce. Esas piezas pueden ser tuyas. Debemos devolver el reloj y olvidarnos del asunto.

—Pero, ¿y si aprovechaba las fiestas del Conde para robar la pieza a una de sus amantes? ¿Y si cuando dormían esas mujeres, que suelen estar casadas, desmontaba las piedras, tirando el oro por la ventana, por ejemplo?

—¿Y por qué no tirar todo el collar? Sería más rápido.

Bruce frunció el ceño. —Esas mujeres no denunciarían el robo por las circunstancias donde perdieron sus joyas.

—Eso es cierto. Ninguna abriría la boca, aunque la que conocí el primer día, no parecía que le importara demasiado.

—Le aseguro que a esta casa han venido damas de todo tipo, milady. —

Al darse cuenta de lo que había dicho se sonrojó intensamente. —Lo siento.

—No debes sentirlo. —Se encogió de hombros como si le diera igual.

—Quizás debería mantener esta conversación con el Conde, milady.

—No, continúa.

—Si ese ladrón ha venido a esta casa a robar, pueden acusar al Conde de cómplice y eso es lo que realmente me preocupa.

Corianne palideció. —Con la fama que tiene, todo el mundo lo creería.

—Hace unos meses se rumoreó cómo era posible que llevara ese nivel

de vida con la asignación de sus padres. Yo sé que los Duques jamás se negarían a pagar sus deudas, pero eso no es de dominio público, pues son muy

discretos.

—Al contrario que su hijo. —La ironía de su voz fue evidente. —Si se supiera algo así, le apresarían.

—Eso pienso yo. Y tirarían la llave. Puede que a la Reina le hiciera gracia su comportamiento, pero lo que sucedió con su ahijada, la enfadó muchísimo.

—Pues ahora no estará nada contenta con él después de sacarme de Palacio sin su permiso. ¡Ni he podido darle las gracias por acogerme! Me moriré de vergüenza la próxima vez que me la encuentre.

—Milady, tenemos que hacer algo.

Intentó pensar rápidamente. —Es obvio que tenemos que descubrir de quién es ese reloj antes de que dejen en evidencia a mi esposo. Y descubrir por

qué esas piedras preciosas están ahí.

Bruce asintió. —Sobre las otras joyas...

Le miró a los ojos. —¿Qué me sugieres? Pensaba venderlas para comprar una casa decente.

—Una idea excelente, milady. —Malicioso sonrió. —Ha quedado una a su disposición ante el parque. Al lado de los duques de Stradford.

—¿No me digas? Es una noticia maravillosa. Arregla todo para que la visite mañana.

—Sus deseos son órdenes, milady. —Hizo una inclinación y fue hasta la puerta. —Buenas noches, Condesa.

—Bruce...

Se volvió ligeramente y con la mano en el pomo de la puerta. —

¿Milady?

—¿Dónde está mi esposo?

—Emborrachándose en el club, milady.

El corazón de Corianne saltó. —¿Emborrachándose?

—Así es. No se tomó demasiado bien sus reproches y ha ido a desahogarse. Espero que no termine en un duelo.

—¿Se ha retado mucho?

—He dejado de contar, mi señora. Tiene una lengua demasiado afilada cuando se siente inquieto.

—Estupendo, me quedaré viuda. ¡Otra vez! —Se tumbó dándole la espalda. —Este hombre es imposible.

—Usted lo ha dicho, Condesa.

Escuchó como cerraba la puerta y preocupada dio vueltas en la cama pensando en si su marido estaría bien.

Cuando amaneció salió de la cama frustrada y nerviosa caminó de un lado a otro mirando por la ventana de cuando en cuando. Vio llegar un coche de alquiler y detenerse ante la casa. Le chirriaron los dientes al ver a su marido bajar del carruaje y parecía estar bastante bien, aunque se inclinó ligeramente

hacia la derecha antes de caminar hacia la casa. ¡Aquello era el colmo!
Furiosa

fue hasta la puerta y la abrió con tal fuerza que golpeó contra la pared dándole

en el trasero de la que salía, pero Corianne ni se dio cuenta. Al ver como Chico abría la puerta dando paso a su marido, que le pasó la mano por sus rizos castaños sonriendo de manera estúpida, le dieron ganas de matarle por preocuparla tanto que no había pegado ojo. —¡Tú! —gritó desde la escalera.

Su marido levantó la vista y sonrió. —Pero si está aquí mi esposa...

¿Cómo te has levantado esta mañana, querida?

—¿Te estás pitorreando? —gritó desgañitada—. Espera y verás.

Henry asombrado vio como bajaba los escalones que le quedaban e iba hacia su despacho. Miró al niño. —¿Qué le ocurre?

—Está enfadada.

—Eso ya lo veo.

Corianne salió del despacho con su pistola en la mano y Henry levantó las manos —Preciosa, deja eso.

—¡Me tienes harta! ¡Te juro que como no cambies, te meto un tiro entre

ceja y ceja! —Dio una patada al suelo demostrando su frustración. —¿Me has entendido?

—¡Milady! —Bruce salía de la sala del desayuno. —¡Deje la pistola, que las carga el diablo!

—¡Diablo ese, que me está volviendo loca! —Miró a los ojos a su marido. —¡Júramelo!

—¿El qué?

—¡Qué te vas a reformar!

—Preciosa, ¿has dormido algo? —Preocupado dio un paso hacia ella y

Corianne disparó al suelo sobresaltando a los tres. —¡Corianne! ¡Dame la pistola!

—¡Si te pego un tiro, nadie podría acusarme de nada! —gritó histérica

—. ¡Hasta me darían una medalla!

—Bruce, llama al médico —dijo preocupado dando otro paso hacia

ella—. Cori dame la pistola, preciosa. Estás alterada y no sabes lo que haces.

—¡Sí sé lo que hago! —Empezó a mover la pistola de un lado a otro

señalándole y Chico se agachó detrás de una silla. —¡Te casas conmigo y me

dejas en esa carreta viviendo durante meses! ¡Vengo hasta aquí y tengo que vivir en esta casa de pecado mientras tú sigues con tu vida sin preocuparte por

nuestra reputación! ¡Soy el hazmerreír de Londres y me pasas a tu amante por

las narices! —Le apuntó con el arma. —¡Y encima me dejas en ridículo ante la

Reina!

—¿Yo?

Parecía de lo más sorprendido y Corianne perdió la paciencia. Sus ojos

castaños se entrecerraron y Bruce gritó mientras Henry corría hacia ella tirándose sobre su mujer para arrebatárle la pistola. La pistola se disparó hacia

el techo y su marido se la quitó de las manos antes de que se echara a llorar.

Henry preocupado tiró el arma y la cogió en brazos pegándola a su pecho. —

No llores más, preciosa —susurró contra su oído—. Estás agotada. Eso es todo.

—Sí —Lloriqueó sobre su pecho—. Por tu culpa.

—Lo sé. —La besó en la sien y la tumbó sobre la cama arrojándola

antes de sentarse a su lado. —Estoy aquí y ahora vas a dormir. No tenía que haberte dejado sola. Pero ahora estoy aquí.

Corianne sorbió por la nariz mirando sus ojos. —Solo te tengo a ti.

—Eso no es cierto. Tienes a tu hermana y a los niños. A Josalyn e

incluso a la Reina. Y a mis padres si es necesario. No estás sola. —Acarició su

cabello apartándolo de su frente.

—No conozco a tus padres —susurró avergonzada.

—Y es culpa mía. Lo solucionaré cuanto antes. —Se acercó y la besó

suavemente en los labios. —Ahora duerme.

—Si no quieres que esté contigo, déjame vivir mi vida. No me ates a ti arrastrándome contigo. En Palacio...

—Eso ya pasó. Vivirás conmigo y empezaremos de cero.

Corianne no quería hacerse esperanzas, pero aun así preguntó —¿De verdad?

—No te prometo ser un buen marido, porque seguramente seré un marido desastroso, pero al menos lo intentaré.

No pudo evitar sonreír por sus palabras. —Es lo único que quiero. Que lo intentes.

—Pues eso te lo prometo. Ahora duerme.

—¿No te irás?

—Me quedo aquí contigo. —Y para demostrarlo se tumbó a su lado.

Corianne se puso de costado y se miraron a los ojos sin hablar hasta que el cansancio pudo con ella y empezaron a cerrarse sus párpados. Henry se dio cuenta de que se resistía como si no quisiera dormirse antes que él y cerró los

ojos para tranquilizarla. Cuando los abrió de nuevo su esposa ya estaba dormida.

Lentamente se levantó de la cama al escuchar que varias personas

caminaban de un lado a otro por el pasillo como si tuvieran prisa. Salió al pasillo para ver a Bruce y a los demás sujetando a un hombre por las extremidades con sangre en el pecho. Todos se detuvieron en seco ante él, Josalyn incluida. Henry cerró la puerta de la habitación de su esposa

rápidamente y susurró —¿Quién es este?

Todos se encogieron de hombros negando con la cabeza después. —

¿No le conocéis? —Volvieron a negar. —¿Y qué hace aquí y muerto? —

Volvieron a encogerse de hombros.

Rick que sostenía un pie susurró —Creo que lo ha matado, milady.

Henry palideció. —El disparo. —Todos asintieron. —¿Y qué hacía este hombre en el segundo piso?

—Creo que nos intentaba robar, milord —respondió Chico señalando su cara—. Lo vimos cuando... —El niño abrió los ojos como platos al darse cuenta de lo que iba a decir.

—No te detengas ahora. —Henry dio un paso hacia él. —¿Lo visteis cuándo...?

—Cuando la señora le quemó la casa a esa puta, milord. Vigilaba las casas. Es un ladrón.

—No digas puta —le reprendió Bruce dejando caer al tipo sobre el suelo—. Es una meretriz.

—Eso es muy difícil. Es una puta.

—¡Chico!

—¡Shuss! ¡Vais a despertar a mi mujer! —Se pasó una mano por su pelo negro mirando al muerto. Se agachó a su lado y le abrió la chaqueta que

no era de mala calidad. —Al parecer le iba bien.

—Va mejor vestido que la otra vez —dijo el niño registrando los bolsillos—. Rick, los zapatos.

Llevaba algunos chelines en los bolsillos, tabaco, pero nada más. Henry frunció el ceño mirándolo de arriba abajo. Cogió su mano y no parecía la mano de un trabajador.

—Milord, deberíamos sacarlo de la casa y tirarlo fuera de Londres —susurró su Bruce.

—O al puerto —dijo Chico.

—Pensemos. No ha robado nada, pero estaba aquí. Mi esposa no tiene joyas y yo no hago ostentación de las mías. —Miró a Chico. —¿Os vio esa noche?

—No creo, milord.

—Pues yo creo que sí. Y creo que sabía que habíais cogido las joyas de Linnet.

—¿Buscaba las joyas de la zorra? —preguntó Tom rascándose la cabeza—. ¿Cómo sabía que las tenía la condesa?

Entrecerró los ojos mirando a Chico. —¿Dices que estaba ante la casa de Linnet esa noche?

—Sí, milord.

Miró la cara del hombre y era bastante atractivo. Apretó los labios

incorporándose. —Llevaros a esta escoria. Tirarle fuera de Londres.

—Sí, milord.

—Que no os vean.

—Tranquilo. Le sacaremos por el jardín de atrás. No nos verá nadie. —

Josalyn le cubrió con una sábana y le enrollaron en ella. Volvieron a cogerle entre todos y Bruce le miró a los ojos. Henry asintió antes de que se pusieran en marcha y vio cómo se alejaban hacia la escalera principal por donde solo subían los señores y los niños. Vio como Judy bajaba delante indicándoles que

salieran porque el camino estaba despejado. Preocupado miró hacia la puerta de la habitación de su esposa y volvió a entrar acostándose a su lado. Cuando posó la cabeza en la almohada suspiró y Corianne abrazó su pecho murmurando algo en sueños. Frunció el ceño mirando su cabeza y la escuchó decir —Si le pones de los nervios es que te desea.

Henry sonrió acariciando su espalda antes de cerrar los ojos.

Capítulo 9

Corianne se despertó al mediodía y su esposo ya no estaba en la cama.

Atontada se sentó pensando que lo había soñado. Tiró del cordón para llamar al servicio y Judy abrió sin llamar cuando estaba saliendo de detrás del biombo. —¿Le traigo la comida, milady? Es muy tarde para desayunar.

—Bajaré a comer. Prepara mi vestido rosa con la chaquetilla.

—Sí, milady. ¿Va a salir?

—Tengo que ver una casa. ¿Dónde está mi esposo?

—En su despacho, milady. Por cierto, ha llegado una carta para usted.

Llegó hace una semana, pero como estaba en palacio...

—¿Es de mi hermana?

Judy asintió y Corianne salió corriendo. Descalza bajó los escalones.

—¡Bruce! Bruce, ¿dónde está mi carta?

El mayordomo salió del comedor con una fuente en la mano. —La dejé en el despacho, milady.

Corrió hacia allí y abrió la puerta sin llamar mirando sobre la mesa, sin ver que su marido ocultaba algo en un libro. —¿Mi carta?

—¿Carta? ¿Qué carta?

—¡La de mi hermana! —Se acercó a toda prisa y empezó a rebuscarla pues no la veía a la vista. —¡Bruce! ¿Dónde está la carta?

El mayordomo entró sonriendo y cogió la carta de la bandejita de plata que había sobre el aparador al lado de la puerta. Sonrió encantada cogiéndola y al mirar a su marido vio el alivio en su cara. —Me ha escrito June.

Henry sonrió. —Ahora sabrás dónde está. Por cierto, ¿dónde está?

La abrió a toda prisa y se llevó la mano al pecho. —¡Está en Escocia!

—La madre que los parió. En Escocia y yo buscándolos por toda

Inglaterra —susurró su marido.

—¿Perdón?

—Nada, querida. ¿Y se encuentran bien?

Le extrañó tanto interés y dio un paso hacia el escritorio. —Henry, ¿estás bien? No estarás enfermo.

—Me encuentro perfectamente, gracias. —Enderezó la espalda. —¿Y tú?

Parpadeó sorprendida y después se sonrojó al recordar el episodio de la pistola. Levantó la barbilla. —Muy bien, gracias.

—Ya que todos estamos bien, ¿cómo se encuentra la Princesa del Circo?

Ansiosa leyó la carta y pasó la hoja riendo. Miró a su marido. —Cosas nuestras.

—Lo imagino. —Sonrió divertido por la ilusión que le hacía y apoyó la espalda en el respaldo de su sillón observándola. Emocionada pasaba la hoja

leyendo rápidamente y soltó una risita nerviosa mirándole de reojo antes de sonrojarse con fuerza, pero siguió leyendo disimulando su vergüenza. Cuando

acabó pareció decepcionada. —Todo bien, imagino.

—Está volviendo loco a Russell con sus números. Siempre ocurre lo

mismo. —Sonrió llevándose la carta al pecho antes de volver a mirarla.

—La echas de menos.

—Es increíble lo que la quiero cuando la conozco desde hace tan poco.

Lo sentí, ¿sabes? Cuando hablé por primera vez con ella, sentí que era mi hermana.

—¿Y qué sentiste cuando me viste a mí?

Se puso como un tomate y dio un paso atrás. —¿A ti?

—Sí, a mí. ¿Qué sentiste? ¿Qué sentiste el día que nos vimos por primera vez en aquella carpa donde te uniste a mí para siempre?

Avergonzada desvió la mirada. —No te vi ese día por primera vez.

Henry se levantó. —¿Ah, no?

Negó con la cabeza. —Tengo que cambiarme. —Dio un paso atrás, pero él le cortó el paso. —Henry, tengo que cambiarme.

Él entrecerró los ojos. —¿Así que nos vimos antes? ¿Dónde?

—Fue hace mucho.

—Hace mucho. No lo creo. —La cogió por la cintura pegándola a él.

—Refréscame la memoria, cielo. ¿Dónde fue?

—Yo estaba casada.

Su marido se tensó. —Continúa.

—Nunca iba a ningún sitio. Paseaba todos los días con Josalyn y...

—Sigue contando. Tienes toda mi atención.

—Pasaste en tu carruaje a mi lado y lo detuviste para bajarte con una dama de mala reputación.

—¿Cómo sabes que era de mala reputación? —Levantó ambas cejas y él carraspeó. —Muy bien. Era de mala reputación, ¿y?

—Como yo no estaba acostumbrada a ver eso y más en pleno día, me detuve para observar. Tú me miraste y soltaste el brazo de la mujer para acercarte a mí.

—Tengo buen gusto. —Sonrió pegándola más a su cuerpo. Ella abrió los ojos como platos al notar su sexo endurecido. —Sigue con la historia, esposa.

Con la respiración alterada le miró a los ojos. —Dijiste... —Las manos de su marido bajaron hasta su trasero y lo amasaron con ganas. —Oh, Dios —

susurró por el placer que la recorrió.

—Dije... —La besó en el cuello.

—Dijiste que si esperaba una hora, me llegaría el turno. Después miraste mi mano y sonreíste antes de decir, “Casada, como a mí me gustan” Henry carraspeó tensándose. —Preciosa, eso sería mejor que lo olvidaras.

—Me has preguntado que ...

—Y no me has contestado. —Se miraron a los ojos con deseo. —Ya

entiendo. Así que sentiste eso. —Acarició su trasero. —¿Te hubiera gustado mandarlo todo al diablo y estar conmigo, preciosa?

—Sí.

—¿Por encima de todo?

—Sí.

La abrazó con posesividad antes de atrapar su boca. Su cuerpo tembló entre sus brazos y gimió en su boca cuando la sujetó por el trasero para sentarla sobre el escritorio. Se apartó de ella abriéndole las piernas con firmeza antes de pegarse a ella de nuevo besándola como si quisiera devorarla.

El corazón de Corianne galopó ansioso y se abrazó a su cuello pegándose a él deseando sentirle. Llamaron a la puerta y su marido apartó sus labios para gritar —¡Ahora no!

Corianne volvió a besarle ansiosa y él tiró de su camisón hacia arriba.

—Milord, está aquí la señorita Linnet.

Asombrado se apartó de su mujer que seguía abrazada a él y por su cara no se había enterado de nada. Corianne protestó queriendo besarle de nuevo. —Preciosa, tenemos que dejarlo. ¿Por qué no me esperas arriba? Subo en cinco minutos.

—¿Qué? —Salió de su ensoñación. Gimió porque se apartaba. —

Henry, ¿qué haces? No, no. —Se pegó a él. —¡Ahora no!

—Preciosa, te aseguro que nada me apartaría de ti en este momento. —

La besó suavemente. —Pero tengo que atender un asunto urgente. —La

volvió

a besar. Llamaron a la puerta y gritó —¡Ya voy! —Se apartó de ella. —Sube por la escalera de atrás. No querrás que mi visita te vea en bata. —Abrió la puerta. —Por cierto, debemos hablar sobre esa costumbre que estás cogiendo de ir en ropa de cama por la casa. —Cerró la puerta haciéndola gemir.

Se entretuvo cogiendo la carta de su hermana y recordó la que le había

escrito cuando llegó a la casa. Debía añadir mil cosas, así que fue hasta el libro donde la había guardado. Lo hojeó rápidamente y allí no estaba. Asustada por

si Henry la había encontrado, abrió otro libro que había al lado y gimió al ver

que las hojas estaban abiertas y la que debía ser la primera hoja, estaba en

tercer lugar. ¡Había leído su carta! Se sonrojó intensamente porque allí decía que no sabía cómo enamorarle como ella lo estaba de él. Entonces se

enfureció porque hubiera descubierto su secreto. ¡No tenía derecho a robarle sus pensamientos! Furiosa salió del despacho y fue hasta el salón donde Bruce

tenía la oreja pegada a la puerta, por eso no la vio y no le impidió entrar. Se

quedó de piedra cuando vio allí a Linnet con un pañuelo en la mano y vestida

como una Duquesa, limpiando unas lágrimas inexistentes. Cuando la vio abrió

los ojos como platos levantándose y Henry se giró de golpe.

—Cori, no es lo que piensas.

Lo vio todo rojo y gritando como una loca, corrió hasta la mujer

tirándosele encima. Henry hizo una mueca cuando cayeron al otro lado del

sofá. —Preciosa, ¿estás bien? —Un chillido de Linnet le hizo rodear el sofá corriendo para ver a su mujer agarrando a su amante de los pelos mientras le daba cabezazos sobre el suelo. —¿Podemos hablarlo? —Corianne le dio un tortazo a Linnet y Henry miró a Bruce que estaba tras ellas. —¿Debería intervenir?

—Sí, milord. La va a desfigurar.

Los niños la rodearon y Corianne se dio cuenta cuando Chico siseó —

Arréele, milady.

—Una dama no se comporta así —dijo Judy haciéndola reaccionar.

Miró a la niña sorprendida sabiendo que tenía razón y la niña sonrió. Linnet se

sentó de golpe cogiéndola por el cabello para tumbarla de espaldas y todos hicieron una mueca de dolor.

—¡Ya está bien! —Henry intentó separarlas, pero gritaban de dolor

cuando lo hacía, porque no se soltaban los pelos.

Al ver que Linnet no la soltaba, los niños se miraron antes de tirarse sobre ella y estos no se cortaban. La muy zorra chilló cuando Judy clavó sus

dientes en su hombro descubierto. Bruce sonrió satisfecho. Henry decidió

intervenir cuando Linnet le dio un empujón a Chico. —¡Ya está bien! ¡Niños!

Los niños se separaron de golpe y Linnet sentada en el suelo vio como

todos la rodeaban. Su aspecto ya no era tan glamuroso y gritó —¡Qué no se me acerquen!

Henry la cogió por el brazo para levantarla, pero cuando vio que su

esposa estaba a punto de atacar de nuevo, la soltó de golpe dejándola caer al suelo de nuevo haciendo reír a los niños.

—¿La ayudamos? —preguntó Judy maliciosa—. ¿O puede levantarse sola?

Linnet chilló levantándose a toda prisa. Se acercó a Henry. —¿Está loca!

¡No sabe mantener la compostura!

—Sí, es un pequeño defecto que pasaré por alto.

Corianne miró a su marido sorprendida. —¿De verdad?

—¡No puedes hacerme esto! —gritó Linnet—. ¡No puedes dejarme ahora! ¡Me lo ha quitado todo!

—He decidido darle una oportunidad a mi matrimonio.

—¿De verdad? —Corianne sonrió encantada.

Furiosa la amante de su marido la señaló. —¿Por esa? Me dejas por esa... —Todos dieron un paso hacia ella y Linnet gritó —¡Te vas a arrepentir de esto! ¡Te juro que te vas a arrepentir de humillarme de esta manera!

—Encontrarás otro que te cuide, Linnet. Hubo otro antes que yo y habrá otros después. Lo sabías y lo nuestro ha durado demasiado.

—¡Qué me devuelva mis joyas! ¡Son mi futuro!

—Por encima de mi cadáver —dijo Corianne.

Linnet la miró con odio. —Será un placer, Condesa.

Henry se tensó y la cogió por el brazo con fuerza girándola. —

Acércate a mi mujer y lo pagarás muy caro. Déjalo estar.

Soltó su brazo con fuerza y sonrió falsamente. —¿Que lo deje estar?

Por supuesto. ¿Tengo que empezar de cero? Lo que el conde ordene. —Pasó ante ellos con descaro. —Buenas tardes, querido.

Corianne se iba a tirar sobre ella de nuevo, pero Henry muy tenso la

cogió por el brazo deteniéndola. Apretó los puños viendo cómo se contoneaba

hasta la puerta a donde la acompañó Bruce algo despeinada pero aun así hermosa. Se volvió hacia su marido y soltó su brazo de mala manera. —¿Vas a

explicarme qué hacía esa mujer aquí?

—¿Tú qué crees?

Los niños no se perdían palabra. —Quería las joyas —dijo Chico

entrando en la conversación y ganándose un codazo de Bruce, que le advirtió con la mirada.

—¿Quería las joyas? —Corianne no salía de su asombro. —¿Y se

atreve a entrar en mi casa para exigir las alhajas que le has regalado? ¡Qué poca vergüenza! —Le señaló con el dedo. —¡Esta zorra no sabe con quién se

la está jugando! ¡Acércate otra vez a ella y os rebano el cuello a los dos! ¡A mí

no me dejas más en ridículo!

—Preciosa, ¿te estás poniendo histérica de nuevo? —Parecía divertido.

—Pareces celosa.

—Muérete. —Se volvió para salir del salón cuando vio las hojas de la carta sobre el suelo. Gruñó agachándose para recogerlas. —¡Y no tenías derecho a leer mi carta!

—Ha sido muy instructiva. —Estaba a punto de reírse y rabiosa arrugó la carta entre sus manos. —Así que estás loquita por mí...

Todos la miraron sonriendo y gruñó de nuevo para salir del salón sin dar explicaciones. Estaba subiendo por la escalera cuando se detuvo porque vio una mancha oscura sobre la madera del último escalón. Frunció el ceño y agachándose pasó el dedo sobre la superficie. Al ver que era sangre se asustó por si alguien estaba herido y por la mancha había sangrado bastante. —

¡Bruce!

Su mayordomo salió del salón al igual que los demás y ella levantó el dedo. —¿Quién se ha hecho daño?

—¿Milady? —Miró de reojo a su marido, que empezó a subir las escaleras muy serio.

—¿Esto no es sangre?

—No es sangre —dijo Henry cogiéndola del codo—. Ten cuidado no resbales. Es salsa de frambuesa. A una de las doncellas se le cayó la salsa cuando bajaba mi bandeja de comida. Por cierto, ¿no tienes hambre, cielo?
No

has desayunado.

Confundida se dejó llevar hacia la habitación. —¿Y por qué no lo ha limpiado?

—Se le habrá olvidado.

—¡Bruce eso es inconcebible!

—Me ocuparé de inmediato, Condesa —respondió con alivio desde el hall.

—¿Así que ya has comido? —Entró en la habitación acompañada de su esposo que la llevó hacia el aguamanil y lo llenó de agua. —¿Qué haces?

—¿No vas a asearte?

—Sí, pero no pensarás quedarte.

—Ya lo he visto todo.

Se sonrojó intensamente. —Pero ...

Él desató el cordón que tenía al cuello y que cerraba su bata. —¿Qué te parece si esta tarde vamos a ver esa casa que quieres comprar?

Los ojos castaños de Corianne brillaron mientras le quitaba la bata. —

¿Lo sabes?

—Ha llegado un lacayo del Barón, para enviar el recado de que podemos visitar la casa cuando queramos, porque aunque tienen pensado irse al campo, todavía estarán aquí una semana.

—¿Conoces la casa? —Distraída levantó los brazos para que le quitara

el camisón.

—Pues sí. Igual es demasiado grande para nosotros —dijo con voz ronca mirando sus pechos—. Preciosa, vas a tener que darme muchos hijos para que sea rentable comprarla.

Corianne se puso como un tomate cuando alargó la mano y acarició uno de sus pechos. —Esposo, ¿qué haces?

Él agachó la cabeza mirándola a los ojos y acarició con la lengua su pezón cortándole el aliento. Casi se mareó cuando pasó su mejilla por su suave

piel. —Es una pena que tengamos que irnos porque sino... —Se separó de golpe. —Cielo, lávate. Te espero abajo.

—Pero... —Desilusionada le vio ir hacia la puerta. —¿De verdad te vas a ir?

—Te espero abajo. Date prisa, tenemos mucho que hacer —respondió divertido.

Miró el agua y levantó el brazo para olerse el sobaco, jadeando para coger el jabón a toda prisa.

Con ayuda de Josalyn se vistió con el vestido rosa y cuando bajó era una alegría para la vista. Fue hasta el salón y metió la cabeza, pero su marido no estaba allí, así que fue hasta el comedor donde le vio sentado en la cabecera

con una taza de té delante. —¿No habías comido ya?

—Me apetecía un té, así te acompaño mientras comes.

Sonrojada de gusto se sentó a su derecha y Bruce le hizo un gesto al lacayo que empezó a servirle.

—No tengo mucho apetito.

—Hasta que no comas no nos moveremos de aquí, así que tú verás lo que haces.

Cogió el tenedor impaciente y empezó a comer el delicioso pescado. —

¿Y los niños?

—Rick está pintando en el jardín de atrás a Tom. Y Chico está cepillando a tu caballo. Judy no sé dónde está.

—Cosiendo un vestido de la Condesa, milord —apostilló Bruce sonriendo.

—Trabajan mucho —dijo ella.

—Deben ir a la escuela.

Miró sorprendida a su marido. —¿A la escuela?

—Sé que hay muchos aristócratas que instruyen al servicio desde que son muy pequeños, pero no estoy de acuerdo. Los niños deben aprender otras cosas antes de trabajar.

—Les estoy enseñando a leer y a contar.

—Irán a la escuela.

—Milord, los niños no estarán de acuerdo. —Bruce apretó los labios.

—Pienso que creen que trabajando, demuestran su agradecimiento a que se les

haya acogido. Antes no tenían ni donde dormir y ahora sirven en una casa.

Para ellos es un gran cambio.

—Irán a la escuela. Preciosa, come.

Ella volvió a meter el tenedor en la boca preocupada. No sabía cómo

iban a reaccionar si les decían que tenían que estudiar. Rick no quería ir a Milán y estaba segura de que haría algo para impedirlo. Le había prometido a

Chico que lo arreglaría. Miró de reojo a su marido. —¿Si van a la escuela, Rick se queda?

—No voy a negociar, querida. Rick se va a Milán. —Bebió de su taza.

—Pero...

El Conde suspiró. —¿Sabes la cantidad de personas que trabajan durante años para conseguir pintar de ese modo? Y él lo hace por instinto.

Cuando aprenda las técnicas, sabe Dios hasta dónde puede llegar. No voy a consentir que sea un pintor del montón cuando puede convertirse en un genio.

Allí le enseñarán a dejarse llevar y le convertirán en un artista reputado. No vas a convencerme de que se quede.

Ella levantó ambas cejas. —No me retes, Conde. Me saldré con la mía.

—No dudo que lo intentarás. Entiendo que no quieran separarse, pero

estamos hablando de su futuro y ambos sabemos que adora pintar. Será un cambio, pero saldrá adelante. —Hizo un gesto al lacayo para que le sirviera otra taza de té.

—No quiero que sufra.

—Te aseguro que no va a sufrir y más sabiendo la vida que ha debido

llevar en la calle. Con la suerte que ha tenido en encontrarte y en cumplir su sueño, no debería protestar.

Vio por el rabillo del ojo que Rick estaba al lado de la puerta y que se escondía. Al mirar a su esposo se dio cuenta que él también lo había visto.

Henry tomó aire. —Rick ven aquí. —Tímidamente el niño entró con la cabeza agachada y a ella le dio una pena enorme. El niño se acercó a su marido

sin levantar la mirada y él le cogió por la barbilla para que lo mirara. —Te prometo que si en seis meses no estás a gusto allí, podrás volver a casa.

Los ojos del niño brillaron. —¿De verdad?

—Pero tendrás que estudiar mucho. Si recibo informes de tus

profesores de que no te esfuerzas por aprender, te quedarás. Si en seis meses y

habiendo trabajado mucho, no estás cómodo allí, podrás volver a casa.

Rick chilló de la alegría y le abrazó. Emocionada vio cómo su marido algo incómodo se dejaba abrazar. Era obvio que no estaba acostumbrado a los niños. Rick se apartó sonriendo radiante de alegría y la besó en la mejilla. —

Podré volver.

—Ya has oído al conde. Ahora enséñame lo que has pintado.

El niño se sonrojó intensamente y se echó a reír porque seguro que era

horrible.

Henry sonrió. —Mejor lo olvidamos.

Bruce le sirvió el postre y el niño vio la tarta de chocolate. Ella le cogió por la cintura subiéndolo a su regazo y Bruce puso otro tenedor. Se la comieron juntos mientras su marido y Bruce les miraban divertidos.

—Bruce, ¿hay tarta para los demás?

—Por supuesto, milady. La merendarán.

—¿Puedo repetir? —preguntó Rick con chocolate por toda la boca.

—Claro que sí. —Le besó en la sien antes de dejarle en el suelo. —

Venga, vete a buscar a tus amigos, que Bruce os va a dar la clase de lectura mientras nosotros salimos.

Su marido se puso a su lado ayudándola a levantarse y miró sus labios.

—Te has dejado... —La cogió por la cintura y la besó saboreando sus labios.

Cuando se apartó estaba medio atontada. —Bruce, espero que haya tarta de chocolate para la cena.

El mayordomo reprimió la risa. —Se lo diré a la cocinera, milord. —

Les acompañó hasta la puerta donde estaba Josalyn con su sombrero. Se lo puso ante el espejo y se ató el lazo rosa.

—Lewis ya está esperando.

—¿Al final prefiere ser cochero?

—Es un ascenso, querida. Sabía que no lo iba a rechazar. —La cogió del brazo.

—¿Y quién enseña a Tom?

—Lewis tampoco tiene tanto trabajo como cochero. Sigue bajo su mando.

Le miró de reojo mientras salían de la casa. —Para haber estado tan ocupado buscándome, has estado muy pendiente de los niños.

—Es que es difícil ignorarlos. —Le guiñó un ojo ayudándola a subir al coche donde Lewis ya tenía la puerta abierta.

—Me alegra verla de nuevo, milady.

—Lo mismo digo, Lewis. ¿Te gusta tu nuevo trabajo?

—Mucho, milady. Desde que ha llegado usted todo es muy distinto.

—Eso espero. —Su marido gruñó sentándose ante ella y Corianne le miró con ironía. —¿Verdad, querido?

—Sí, preciosa. Desde que llegaste todo es muy distinto.

Sonrió radiante mientras Lewis reía por lo bajo cerrando la puerta.

La casa era maravillosa. Una casa de tres pisos con veinte habitaciones en la zona familiar y de invitados, aparte de las de servicio. Las alcobas eran amplias y las habitaciones que ellos ocuparían, estaban tan bien decoradas que

apenas había que hacer nada. Su marido al ver su entusiasmo mientras hablaba

con la anciana Baronesa, se acercó al Barón para hablar con él en voz baja.

Sorprendentemente la Baronesa les recibió muy bien, lo que indicaba que la mujer no cotilleaba demasiado porque la vida de su marido era de dominio público. El Barón estaba algo más tenso, pero en cuanto hablaron cinco

minutos Corianne supo ganárselo. Le dolían las mejillas de tanto sonreír.

¡Necesitaba esa casa! Necesitaba ser la vecina de la Duquesa de Stradford y tramar amistad con ella para que la recibieran en todo Londres. Ya sabía que su

marido era amigo del Duque y eso era un punto a su favor, pero la proximidad

de la vivienda la ayudaría aún más y necesitaba que su marido comprara esa casa. Observaba de reojo como hablaban los dos al lado de la chimenea y

cuando Henry la miró de reojo se dio cuenta de que algo no iba bien.

—¿Le gusta el circo, Baronesa? —preguntó en voz alta interrumpiendo la conversación de los hombres.

—No he ido nunca. ¿Y a usted le gusta?

—A mí me encanta. —Se echó a reír. —Aunque es lógico porque mi hermana es la Princesa del Circo.

El Barón se volvió en el acto. —¿No me diga que esa maravillosa criatura es su hermana? —preguntó asombrado—. Al parecer goza del cariño de la Reina.

—La condecoró con la cruz de la Victoria. Y es el único circo que

puede llevar el escudo real en sus carteles —dijo orgullosa. Todos se dieron cuenta que no sentía la más mínima envidia de la suerte de su hermana—.

Cuando viene a Londres, su Majestad siempre asiste a sus espectáculos.

Precisamente hablando con la Reina la semana pasada, me preguntó cuándo volvía. Desgraciadamente ahora mi hermana está en Escocia de gira, pero volverá el año que viene. ¿Verdad, querido?

Su marido sonrió. —June es fantástica en su trabajo. Todo el mundo la admira. —Sonrió encantada.

—Es una pena que en su última actuación aquí no la hubiéramos ido a ver. —La Baronesa reprochó con la mirada a su esposo. —Pero iremos la próxima vez.

—Espero tener una casa así para cuando vuelva a Londres y que se quede con nosotros. Estoy segura que la Reina vendrá a visitarla. —Abrió los ojos como platos mirando a su esposo. —¿Crees que esta casa es lo bastante grande?

—Es más que suficiente, querida. —Miró al Barón. —¿No es la más grande de la calle?

—La del Duque de Stradford es algo mayor. Sobre todo el salón de baile.

—Pero nosotros tenemos más jardín —apostilló la Baronesa—. A la reina le gustan las meriendas al aire libre.

—¿De verdad? Meriendas al aire libre. Lo tendré presente.

—No te ilusiones, cielo. Puede que no lleguemos a un acuerdo.

Decepcionada miró al Barón. —¿De verdad? Cuanto lo siento. Ya me estaba haciendo a la idea.

La Baronesa le cogió la mano. —No te preocupes, querida. Tu esposo hará lo que pueda para conseguirte la casa de tus sueños. —Suspiró mirando a

su alrededor. —Es una pena que tengamos que irnos. He sido muy feliz aquí. —¿Por qué se van si no es indiscreción?

—Mi hijo se ha casado con una muchacha que ya tiene una casa en Londres. Así que nos mudaremos con ellos cuando vengamos a la temporada. Es un desperdicio mantener una casa tan grande para nosotros solos.

—Entiendo. —Miró al Barón tímidamente y él chasqueó la lengua antes de beber de su taza de té.

—Conde, vayamos a mi despacho.

—Por supuesto. —Sonriendo como si no se lo creyera le siguió mientras Corianne le guiñaba un ojo.

Impaciente charló con la Baronesa de lo que ocurría en Palacio. Sobre todo de la familia de la Reina y de sus damas. Miraba la puerta que daba al hall

cada dos minutos, pero nada. Una hora después casi se subía por las paredes y

cuando escuchó los pasos sobre el suelo de mármol, se levantó dejando a la mujer con la palabra en la boca para mirar la puerta. El Barón entró

reprimiendo una sonrisa cuando la vio apretándose las manos y su marido entró detrás.

La sonrisa de Henry le cortó el aliento. —Bienvenida a casa, preciosa.

Chilló de la alegría y corrió hasta él para abrazarle por el cuello.

Henry la sujetó por la cintura y la besó suavemente en los labios.

La Baronesa sonrió cogiendo la mano de su esposo. —Mira amor, como se quieren. Me recuerdan a nosotros cuando nos casamos y nos vinimos a vivir aquí.

Sonrojada se apartó de su marido, que la abrazó por la cintura, y el

Barón se echó a reír. —Conde, me alegro de que se haya casado con esta mujer tan encantadora y espero que sean muy felices.

—Lo seremos. Gracias por todo. —La besó en la sien y la miró a los ojos susurrando —¿Contenta?

—Mucho. —Se apretó a él. —Gracias.

—De nada, preciosa.

Estaban sentados en el salón después de la cena. Ella tomaba el té

mientras Henry se fumaba un cigarro y se tomaba una copa de coñac.

Normalmente él no fumaría en su presencia, pero le había dicho que no le molestaba. Su marido pasó el brazo por el respaldo del sofá y pensativo acarició uno de sus rizos.

—Cariño, si necesitas las joyas para comprar la casa....

—Tenemos que devolvérselas, cielo. No son nuestras.

Se tensó con fuerza. —Se las has regalado tú.

—No todas. —La miró pensativo. —¿Entiendes?

—No soy tonta.

—Además, no quiero a Linnet de enemiga. Puede ser peligrosa.

—No me da miedo. Debería ser ella la que tenga miedo de mí.

Henry sonrió y le acarició la mejilla. —Eres muy inocente.

—¿Yo?

Su marido se echó a reír porque estaba ofendida y se levantó para servirse otro coñac. —¿Sabes cómo Linnet ha llegado a ser una de las amantes

mejor mantenidas de Londres?

—¡Realmente vas a estropearme la noche hablando de esa mujer!

—Solo quiero que te quede claro que debes tener cuidado. Puede ser peligrosa.

Parecía que hablaba en serio. —Henry, ¿qué ocurre? ¿Tiene algo contra ti?

—¿Algo oscuro quieres decir? —Asintió sin perder de vista a su marido. —No, que yo sepa.

—¿Cómo llegó hasta esa posición?

—Siendo la amante de cierta persona con mucho poder en Palacio. —

La miró a los ojos fijamente. —Mucho. No te voy a decir quién.

—¿Tú sabes quién es?

—Sí.

—¿No será el príncipe Alberto?

Henry negó con la cabeza. —¿Crees que si fuera él, la Reina sentiría aprecio hacia mí al tener una relación con Linnet? ¿Con lo que ama a su esposo? Linnet tendría que haberse ido del país.

Cierto. Era por todos sabido que la Reina adoraba a su esposo. —Así que alguien importante la llevó a esa posición y llegaste tú.

—Sabe muchas cosas de mucha gente. Gente con poder. Es lista y no cuenta lo que sabe, pero si quisiera hacer daño...

—Tu reputación es pésima. ¿En qué puede hacerme daño a mí? Yo soy una dama y ella es una zorra. Repito, ¿en qué puede hacerme daño a mí? —Él apretó los labios y se tensó levantándose del sofá. —¿Henry?

—Cuando me comunicaron en Palacio que debía casarme contigo, me relacioné con cierta dama que tenía la lengua muy suelta. Me habló de ti y de tu padre.

Palideció llevándose la mano al pecho. —¿Qué te contó?

Se pasó la mano por la nuca como si estuviera eligiendo sus palabras.

—Me contó todo lo que ocurrió con la madre de tu hermana. Como tu padre la

violó y se casó con el que June creía su padre para tener un apellido.

Sintiéndose traicionada le miró a los ojos. —No fue exactamente así, pero supongo que le contaste eso a tu amante con pelos y señales, ¿verdad?

—¡No te conocía!

Se sentó en el sofá. —¡Con eso le haría daño a mi hermana! ¿Quiere ponerse en contra a la Reina? ¡Qué se atreva a abrir la boca y la molere a golpes! —Intentaba disimular el dolor de su traición, pero no fue capaz. —
No

le voy a dar las joyas.

Henry apretó las mandíbulas antes de beber su copa de golpe para dejarla sobre la repisa de la chimenea. —Será mejor que nos acostemos.

—Una mujer como ella también tendrá cosas que ocultar. —Se levantó muy disgustada. —Espero que cuando llegue el momento, te pongas del lado correcto, esposo.

—Eso ha sonado a amenaza.

—Como me falles en esto, no me hables más.

Salió del salón dejándole solo y cuando llegó a las escaleras, cogió su falda con una mano y subió los escalones corriendo. No se podía creer que hubiera hablado con su amante sobre cómo había sido concebida su hermana, aunque no sabía de qué se extrañaba después de escuchar la conversación en casa de su amante. En ese momento la odiaba. Solo le creaba problemas y le encantaría que desapareciera de la faz de la tierra.

Entró en su habitación y Josalyn, que la estaba esperando, vio su cara desencajada. Dejó su bata sobre la cama y se acercó a ella para empezar a

desabrocharle el vestido. —No llore, milady. No sé lo que ha ocurrido, pero

...

—Le ha dicho a su amante que June fue concebida en una violación.

A Josalyn se le cortó el aliento y durante unos segundos dejó de

desabrochar los botones de su espalda. —Todos saben que es su hermana,

milady. De hecho, presumen de ser hermanas ante todos.

—Pero solo los de la aldea conocen lo que ocurrió. Aquí nadie sabe

nada de eso. Le harán daño a June —dijo con rabia mientras sacaba las piernas del vestido—. Solo quiere olvidar esa parte de su vida y ahora la expondrán ante todos. No voy a consentirlo.

—¿Qué va hacer, milady?

—Dame un vestido oscuro y quítame el corsé.

Josalyn la miró sorprendida. —Ni hablar. No puede salir de la casa.

—Shusss. Haz lo que te digo.

En ese momento se abrió la puerta y su marido la observó apoyando el

hombro en el marco de la puerta y cruzándose de brazos. —¿No te quitas los

faldones, preciosa? No vas a estar cómoda con ellos en la cama.

—¿No puedes dejar que me desvista?

—Es que se me ha pasado por la cabeza que puede que a mi mujercita

se le ocurra realizar una visita nocturna y he decidido asegurarme de que te vas a la cama. —Le hizo un gesto a Josalyn para que saliera de la habitación y

Corianne apretó los puños con rabia. Su marido entró en la habitación cerrando la puerta y se acercó a ella. —Preciosa, vamos a dejar los incendios y las amenazas para mañana. —La cogió de los hombros girándola y le desató los faldones. Cayeron alrededor de sus piernas y con manos diestras le desató el corsé demostrando que tenía práctica. Cuando cayó al suelo, la cogió por la cintura pegándola a él y le susurró al oído —Ahora a la cama. Han sido muchas emociones en poco tiempo.

—No puedo dejar que le haga daño a June. —Impotente se volvió entre sus brazos. —Ayúdame.

Él acarició su mejilla. —No quiero que te preocupes más por Linnet.

Ahora a la cama.

—¿Lo arreglarás?

—Lo arreglaré. Pediré un favor a un buen amigo y me ayudará a controlarla.

Suspiró de alivio y apoyó la frente en su pecho. —Gracias.

Él acarició su espalda. —Ahora a dormir.

—No tengo sueño. —Subió las manos hasta su pañuelo y le miró a los ojos desatándolo de su cuello dejándolo caer al suelo. —¿Recuerdas que tenemos que llenar esa casa de niños?

Él sonrió besando sus labios suavemente. —¿Tanto lo deseas?

Los ojos de Corianne brillaron. —Sí. He visto como el vientre de mi hermana crecía hasta traer al mundo a una niña preciosa. Quiero lo mismo, ¿es

egoísta?

—No, preciosa. —Acarició su cuello. —Eres la persona menos egoísta que conozco.

Se sonrojó de gusto y sonrió. —¿Eso crees?

Besó suavemente su labio inferior. —Nena, ¿quieres hablar o...?

Corianne se echó a reír cuando la cogió por la cintura llevándola hasta la cama. —¡Los botines!

La tumbó atravesada en la cama y cogió sus tobillos mirándola malicioso. —Preciosa esta postura te va a encantar.

Se retorció deseosa. —¿Qué postura?

Su marido sin dejar de mirarla tiró de sus tobillos hacia arriba,

haciéndola reír hasta colocarlos sobre sus hombros. —Cielo, no te has quitado

la chaqueta.

—Ahora estoy ocupado —respondió con voz ronca abriéndose los pantalones. Deseosa se apoyó en sus hombros levantando la cadera. Sonriendo

su marido miró hacia abajo pasando su mano entre sus piernas por encima de sus pantaletas. Corianne gritó cuando rozó su clítoris y deseosa apretó la

colcha entre sus manos. Henry llevó sus manos a su cintura y tiró de sus pantalones interiores hacia abajo con fuerza rasgando la delicada tela. Gritó arqueando la espalda cuando su miembro entró en su interior de un solo empujón y se retorció sobre la cama pues su marido salió lentamente

torturándola. Deseando sentirle de nuevo, alargó las manos y su marido las cogió moviendo las caderas una y otra vez. Fue el paraíso y cerró los ojos disfrutando de lo que le hacía sentir. Henry se detuvo y ansiosa abrió los ojos.

—Mírame, Cori. Quiero ver cómo disfrutas. Quiero ver que estás a punto.

Gimió de deseo y su marido entró en ella con fuerza. Se miraron a los

ojos hasta que ninguno de los dos fue capaz de controlar el placer. Corianne sentía que cada fibra de su ser temblaba de necesidad y gritó deseosa de liberarse hasta que su marido con un último contundente movimiento de

caderas la catapultó al éxtasis.

Aún estaba ida de placer cuando su marido se tumbó a su lado

totalmente desnudo y fue cuando empezó a besar sus pechos cuando fue

consciente de que la había desnudado también. —Preciosa, si quieres ese hijo

tenemos mucho trabajo —susurró contra su pezón excitándola de nuevo.

Capítulo 10

Seis meses después

El dolor en la parte baja de la espalda la despertó en mitad de la noche

y se mordió el labio inferior girándose boca arriba. Henry estaba tumbado a su

lado con un brazo tras la cabeza durmiendo tranquilamente sin saber lo que estaba ocurriendo. Apartó las sábanas para levantarse y sin hacer ruido pasó a

la habitación de la Condesa para coger el paño del aguamanil y mojarlo con agua. Al pasarlo entre las piernas y ver la sangre reprimió las lágrimas. Otra vez le había bajado el periodo. Sorbió por la nariz yendo hasta su bata y poniéndosela ante el fuego a toda prisa.

—Preciosa, no pasa nada.

Se volvió sorprendida porque su marido la hubiera visto y se sonrojó al verle desnudo ante ella.

—Sí que pasa. Ya han pasado meses. Todas mis amigas se quedaron en estado casi enseguida, excepto Johanna. Y eso fue porque su escocés no le tocaba un pelo. En cuanto se lo tocó, la dejó en estado.

—Nuestro caso es algo distinto. —Se acercó y la abrazó pegándola a su pecho. —Y si no tenemos hijos no pasa nada. Tengo un primo por algún sitio. Sonrió sobre su pecho. —Menuda esposa te han buscado. Te reforma para nada.

—¿Y si la culpa es mía? —Lo miró sorprendida.

—Sí, igual es que has repartido tu simiente alegremente y ahora no es fructífera.

Su marido parpadeó. —Pues ya no hay remedio.

—Sí que lo hay.

—No sé qué se te está ocurriendo, pero no me gusta. Tienes cara de sádica.

—Un mes sin ...

—¡Ni hablar!

—¡Sólo será un mes! ¡Por probar no perdemos nada!

—¡Sí que perdemos! ¡Perdemos mucho!

—Cariño, es para tener un heredero.

La cogió por los hombros muy serio. —No puedo estar un mes sin sexo. ¿Entiendes?

—¡Es que lo haces mucho! ¡A veces tres veces al día! ¡Eso no puede ser sano!

—¡La madre que me parió! ¡Cori, estamos casi recién casados! ¡Es lo normal!

—¿De veras? Se lo preguntaré a Elizabeth.

—Como se lo preguntes a la Duquesa, te pego una tunda. ¡Haz caso a tu marido!

—¿Y si se lo pregunto a tu madre? —Su marido se sonrojó intensamente. —Vale, no se lo pregunto.

—¡Vaya, gracias!

—Necesitamos ayuda. Hay algo que no debemos hacer bien.

—¡Preciosa, te aseguro que sé cómo se hacen los niños!

Jadeó con los ojos como platos. —¿No tendrás hijos por ahí?

—Que yo sepa no.

—¡Cariño!

—En todo caso sería una buena noticia, porque así sabríamos que sé hacer los bebés, ¿no?

—Muy gracioso.

Decepcionada se volvió hacia el fuego. —Voy a hablar con el médico.

—Muy bien. Mañana hablaremos con el doctor para que te quedes tranquila. Ahora a la cama.

—Puede vestirse, milady.

Nerviosa miró a su marido, que de pie al lado de la cama observaba todo lo que le hacía el doctor. —¿Ocurre algo?

—Es pronto para saberlo. ¿Cuánto llevan casados?

—Llevamos juntos seis meses. Mi esposa está preocupada por no quedarse en estado y...

—No creo que sea problema de su esposa, Conde —dijo algo nervioso porque no sabía cómo se lo iba a tomar.

Henry palideció. —¿Perdón?

—Usted ha tenido muchas relaciones y no se le conoce ningún hijo fuera del matrimonio. —Rojo como un tomate miró a la Condesa.

—Porque no... —Su marido carraspeó. —Culminaba dentro.

—Ah. Pero con su esposa sí, ¿verdad?

—¡Por supuesto! —Se pasó una mano por su cabello poniéndose nervioso. —Mi esposa dice que debería reservarme un tiempo.

—No creo que sea mala idea. —Se pasó la mano por la barbilla entrecerrando los ojos. —Deberían probarlo.

—¿Hay alguna opinión médica al respecto? —preguntó ella viendo que Henry empezaba a ponerse nervioso.

—No que yo sepa. Pero si funciona, empezaré a recomendarlo. —

Sonrió dejándolos de piedra y cuando se fue ella alargó la mano.

Henry se la cogió sentándose a su lado. —Preciosa, no seré capaz.

Forzó una sonrisa muerta de miedo, porque si no tenía relaciones con ella puede que las tuviera con otra. —No te preocupes. Cuando tenga que ser, será.

—¿De verdad? —Se agachó y la besó suavemente en los labios. —

Tendremos hijos. No te preocupes.

—Claro que sí. Todo irá bien.

—Milady, ¿está lista? —preguntó Judy entrando en la habitación para verla sentada ante su hermoso tocador de tres cuerpos mirando al infinito—.

¿Milady? —Se volvió sorprendida. —El Conde la espera en el hall. Deben partir para la cena.

—Sí, por supuesto. —Se levantó mostrando su precioso vestido de noche rojo con encajes negros. —¿Cómo estoy?

—Bellísima.

—Acuéstate. Que no me entere de que te quedas despierta, ¿me oyes?

Mañana tienes escuela. —Cogió el abanico y su bolsito antes de salir de la habitación.

—Sí, milady. —Hizo una reverencia y salió tras ella. Estaba bajando las escaleras cuando llamaron a la puerta y Bruce fue a abrir estirándose el chaleco.

Un hombre de unos cincuenta años, realmente atractivo vestido con traje de noche, capa y sombrero de copa, entró en la casa. Le entregó el sombrero a Bruce que la miró de reojo y el hombre sonrió. —Usted debe ser Lady Laughton.

—Así es. —Alargó la mano al llegar al hall. —¿Y usted es?

—Soy Lord Cassidi. El Marqués de Cortford. —Cogió su mano besándola sin dejar de mirarla con sus ojitos castaños.

—Mucho gusto.

—George, quítale las manos de encima a mi mujer —dijo su marido divertido acercándose.

—¡Amigo, cómo me alegro de verte! —Se acercó para abrazarse a su marido como si fueran muy buenos amigos. —Creo que llego inoportunamente.

—Tenemos una cena en casa de los Stradford.

—Maldita sea. Y yo que venía a invitarte a una partida de twist.

—Esos tiempos han pasado. —Miró a su esposa con una sonrisa. —Mi mujer me pegaría un tiro. Y no bromeo.

La cara de decepción de su amigo fue evidente. —¿Ahora te vas a quedar en casa sin divertirme? ¡Solo es una partida de twist! Estaremos los amigos, lo prometo.

Su mayordomo carraspeó antes de acercarse. —Milady, hay un problema en la cocina. ¿Podemos hablar un segundo?

—Sí, por supuesto. Si me disculpan.

—Ven que te invite a una copa de ese whisky que te gusta tanto.

—Menos mal. Pensaba que te habías hecho abstemio también.

Henry se echó a reír dándole una palmada en la espalda de la que iban hacia el salón.

Preocupada fue hasta el comedor y Bruce se detuvo antes de entrar por la puerta de servicio. —Milady, se llama George.

Confundida le miró. —¿Perdón?

—Lord Cortford. Es George. ¡Sabía su apellido, pero no su nombre!

¡Puede ser él el dueño del reloj!

Tensó la espalda mirando a su mayordomo. —¿Visitaba la antigua casa con frecuencia?

—Sí, milady. Sobre todo antes de que usted llegara. Recuerdo que se iba a

Francia una temporada. —Se acercó para susurrar —Se rumoreaba que tenía deudas y que había pedido dinero al señor, pero él no se lo dio porque la mitad de sus amigos estaban en la ruina y si cubría sus deudas se arruinaría él.

Así que nunca presta dinero.

—Menos mal. —Se volvió mirando hacia la puerta. —Tráeme el reloj.

—Milady, es la única prueba que tenemos.

—Saca las piedras y tráemelo.

Su mayordomo asintió entrando por la puerta de servicio. Poniendo su mejor sonrisa atravesó el hall para ir hacia el salón, donde su invitado estaba sentado en una de las nuevas butacas forradas en seda azul que se había empeñado en tapizar. —Querido, debemos irnos.

—Preciosa, ¿por qué no vas tú? Sabrán disculparme. No veo a George desde hace meses.

—George, George. —Se llevó la mano a la barbilla. —¿De qué me suena ese nombre?

Su invitado se echó a reír. —No debe haber nombre más simple que el mío.

—¡Ya lo sé! —Se volvió hacia él sonriendo de oreja a oreja. —¿Usted está casado?

George palideció mirando a Henry que carraspeó incómodo. —

Preciosa, mi amigo es viudo.

—Su esposa debía amarle mucho para hacerle ese regalo.

—¿Perdón?

—El reloj de oro. —George palideció. —Lo encontramos en la habitación de invitados. Así que esté tranquilo que no se ha perdido.

—George, ¿habías perdido el reloj que te regaló Clarissa? —Parecía sorprendido. —Debiste disgustarte mucho.

—Mucho —susurró mirando a los ojos a Corianne, que se cruzó de brazos—. Es una noticia maravillosa que milady lo haya encontrado.

—¿Verdad que sí?

Su mayordomo apareció con él en la mano y se lo entregó a ella que abrió la tapa —Creo que está estropeado porque las agujas no se mueven. ¿Se habrá caído?

—Déjame abrir la esfera. A veces es una tontería —dijo su marido acercándose.

—¡No! —George se acercó a toda prisa casi arrebatándole el reloj de las manos. Henry frunció el ceño por sus maneras, pero ella no le dio importancia cogiendo a su marido del brazo. —Gracias, por devolvérmelo.

—Por supuesto ha sido un placer. Y George... —Le miró a los ojos. —

Mi marido ahora solo juega al twist conmigo. Buenas noches.

Henry vio cómo su amigo salía de allí a toda prisa sin recoger siquiera su

sombrero. —¿Me vas a explicar lo que acaba de ocurrir? —Molesto se soltó de su abrazo. —¡Es uno de mis mejores amigos!

—Ese hombre te utilizaba, cariño.

—¿Me utilizaba?

—Para conseguir mujeres ricas y robarles.

Bruce abrió la mano y vio las piedras en la palma de su mano. —

Escondía las piezas en el reloj y las mujeres no denunciaban por no tener que explicar una situación comprometida. Si alguien le registraba, no encontraría las gemas porque estaban dentro de su reloj.

Henry parecía atónito. —No me lo puedo creer.

—Lo que no sabemos es lo que hacía con el oro —dijo confusa por ese tema.

—Yo creo que tenía un cómplice que recogía el oro debajo de la ventana y lo escondía. Esa era su parte y Lord Cortford se quedaba con las gemas. Esa persona guardaba el oro y volvía a buscarlo en otro momento.

Alguien que entrara a menudo a la casa.

—Preciosa, vamos a la cena. Ya hablaremos de esto.

Asintió cogiendo su brazo y se dio cuenta de que estaba realmente preocupado. Al pasar al lado de Bruce abrió la mano y el mayordomo dejó caer sobre su palma las gemas.

—¿Para qué las quieres?

—Si tienes razón, puede que George me las pida. —Las metió en el bolsillo de su chaleco y fueron hasta la puerta. —Será interesante enterarnos de la excusa que da para recuperarlas.

—¿Crees que lo hará?

—Es sabido por todos que necesita dinero. Buscará una excusa. —

Caminaron por la acera hasta la casa de los Stradford. Subieron los escalones en silencio. —Quiero que te alejes de él si lo ves. ¿Me oyes?

Le miró sorprendida. —¿Crees que es peligroso?

—Estas gemas cuestan mucho dinero y alguien acorralado, puede ser peligroso. Hazme caso.

—Muy bien. De todas maneras nunca salgo sola, querido. —Sonrió sin darle importancia disimulando que estaba preocupada por él.

Cuando el mayordomo de su amiga abrió la puerta intentó relajarse y saludó a sus anfitriones que estaban en el salón rodeados de sus amigos. Entre

ellos la mejor amiga de Elizabeth, Lady Johanna y su marido James que acababan de llegar de Boston para que su familia americana conociera a las niñas. Saludaron a sus conocidos y después de las frases de rigor, tomaron un jerez charlando de todo un poco.

Johanna se sentó a su lado en el sofá y Corianne alabó su precioso

cabello negro recogido en un primoroso moño a un lado de la cabeza con los

rizos sobre el hombro.

—Mi doncella cada día se supera. —Le guiñó un ojo a su marido que sonrió divertido. —Por cierto... —susurró mirándola a los ojos—, me han dicho que os vais al campo.

Miró sorprendida a su amiga. —¿Qué?

—Tu esposo se lo acaba de decir al mío. Me ha parecido extraño porque antes de irme de viaje me habías dicho que pasarías el invierno en Londres. ¿Habéis cambiado de opinión?

—Me acabas de dejar de piedra, te lo juro. No sabía nada. —Miró a su marido sorprendida. —Mis suegros se acaban de ir al campo y no esperaba tener que irme.

Johanna entrecerró sus ojos ambarinos. —Habré escuchado mal.

—No has escuchado mal. Tienes un oído muy fino —dijo Elizabeth divertida sentándose al otro lado del sofá con un maravilloso vestido verde.

En ese momento llamaron a la puerta y todos miraron hacia el hall.

Elizabeth se levantó de inmediato y se acercó al igual que su marido para recibir a un caballero muy bien vestido. —¿Quién es?

—¿No le conoces? —Johanna parecía sorprendida. —Es Jack Sterling.

Es buen amigo de la familia.

—¿De qué me sueña ese nombre?

—Es el rey de los bajos fondos, Condesa —respondió divertida

levantándose para saludarle mostrando que todos eran buenos amigos. Sorprendida porque ese hombre estuviera allí, se levantó y su marido sonriendo se puso a su lado. —Me alegra verte, Jack. Hacía meses que no nos coincidíamos.

—Ahora estoy retirado, Henry —dijo sonriente dándole la mano—.

Entre mi hija y mi esposa no hay quien trabaje.

Todos se echaron a reír y Sterling la miró fijamente. —Supongo que será la Condesa de Wodsworth.

—Al parecer les tutea a todos —dijo con una amable sonrisa—. Por favor, llámeme Corianne.

—Un nombre precioso para una hermosa mujer. —Le cogió la mano besándola galantemente.

Se sonrojó de gusto y su marido se echó a reír. —Serás pillastre.

Apártate de mi esposa.

Jack se echó a reír y Elizabeth se acercó. —¿Pasamos al comedor? La cena está preparada.

Fue una cena de lo más interesante porque Jack Sterling fue el centro de atención y no se detuvo al contar historias de su vida como Rey de los bajos fondos, entreteniendo la velada. Elizabeth estaba encantada y todos fascinados

escucharon cómo dominaba a toda su organización.

—Creía que estabas retirado —dijo James divertido.

—Desgraciadamente no puede alejarme del todo. Órdenes de su Majestad.

—¿La Reina le ha dicho que no lo deje? —preguntó asombrada.

—Querida, si lo hiciera, se organizaría el caos. Jack domina esa parte de la ciudad donde te matan por una moneda —respondió su marido haciendo que Corianne le mirara con admiración.

—Es usted muy valiente.

Jack se sonrojó intensamente mientras todos se reían. —Amiga, lo hace por dinero —dijo Johanna irónica—. Aunque también es un amigo cuando es necesario, ¿verdad Jack?

—Me sonroja, Condesa.

Johanna le guiñó un ojo haciendo reír a su marido.

Una doncella entró a toda prisa y se acercó a Elizabeth susurrándole algo al oído. Se levantó de inmediato. —¿Me disculpan? Al parecer los niños están algo revoltosos. De hecho, me están arrancando el empapelado.

Alexander Torrington, Duque de Stradford, puso los ojos en blanco antes de levantarse y salir corriendo con su esposa detrás haciendo reír a sus invitados.

—Es lo que tiene tener tres hijos tan seguidos, que se vuelven cómplices. —Johanna miró a su marido con adoración. —¿Verdad, querido?

—Menos mal que nosotros tenemos niñas. El siguiente tiene que ser niño para compensar.

—Solo tienes que esperar seis meses para saberlo. El Conde

Fishburgne se tensó volviendo la cara hacia su mujer y Johanna sonrió de oreja a oreja. —Sorpresa.

—¡Por Dios, mujer! ¡Y me lo dices ante veinte invitados! —gritó el

Conde sorprendiéndola antes de cogerla en brazos para besarla ante todo el mundo.

Varios aplaudieron y Corianne perdió la sonrisa. Al darse cuenta de que

Jack Sterling la miraba forzó una sonrisa. —Es una noticia maravillosa, ¿verdad?

Su marido sentado a su lado se levantó para felicitarles y ella hizo lo mismo dándole a Johanna un beso en la mejilla disimulando como podía.

Cuando volvió a sentarse se sintió muy mal. Se alegraba por ellos, pero algo le impedía disfrutarlo. No sabía lo que le pasaba. Su marido le cogió la mano bajo la mesa como si supiera lo que le pasaba por la cabeza y le miró con cariño.

—Lady Johanna siempre nos sorprende —dijo Jack divertido.

—No me lo ha dicho antes porque si no yo hubiera retrasado el viaje de regreso a Londres.

—Cariño, qué listo eres.

—¿Y cómo está su familia en Boston?

—Oh, mi primo se encarga de todo con mano de hierro. Papá está muy contento con su labor. Ahora solo tiene que viajar a Boston dos veces al año.

Disfruta mucho de las niñas y no quiere separarse de ellas.

—Deben estar preciosas.

—Ya van a cumplir cuatro años —Johanna sonrió acariciándose el vientre. —Por eso este hijo es tan deseado. Ha pasado mucho tiempo.

—Los hijos son un regalo divino —dijo otra de las invitadas—. Mi más sincera enhorabuena.

—Muchas gracias.

Elizabeth llegó agitada. —¿Qué nos hemos perdido? —Todos miraron a Johanna que hizo un gesto sin darle importancia. —¡Johanna! ¡No se lo habrás dicho sin mí!

—¡Tardabas mucho! ¡Además tú ya lo sabías!

James se echó a reír al ver su indignación. —¿Repito mi reacción?

Alexander entró en el comedor con el cabello algo revuelto. —¿Qué me he perdido?

—Elizabeth está embarazada —dijo Johanna como si nada.

Todo el comedor se quedó en silencio y la aludida se sonrojó intensamente mientras el Duque la miraba atónito. —¿Otra vez?

James se echó a reír a carcajadas al ver que se sonrojaba más y

Elizabeth le fulminó con la mirada. —¡Es culpa tuya!

—Aquí tenemos dos caras de la misma moneda —susurró Henry a su esposa intentando animarla, porque su moral se había hundido del todo.

Elizabeth miró a Johanna como si quisiera matarla. —¿Cómo se te ocurre soltarlo así?

—Porque tú no te atrevías. Así no puede gritarte en público.

Todos se echaron a reír al ver que el Duque se sonrojaba. Todos sabían que adoraban a sus hijos, pero eran tres diablillos que les volvían locos. Alex se acercó a su esposa y la cogió por la cintura pegándola a él. —No pasa nada.

Contrataremos otra niñera. Dos niñeras que les controlen.

—¿De verdad? —Le dio un beso en los labios. —Gracias, mi amor.

Se miraron con tanto amor que Corianne entrecerró los ojos. Volvió la vista hacia Johanna y vio que su amiga sonreía por lo que su marido le susurraba al oído. Era obvio que estaban muy enamorados. Entonces una idea se le pasó por la cabeza y soltó la mano de su marido molesta cogiendo la copa de vino para bebérsela de golpe. Henry la miró extrañado, pero no dijo nada mientras todos hablaban de lo que había centrado la conversación.

Afortunadamente la cena terminó y esperó a que se cambiara de tema mientras las damas tomaban el té en el salón. Los hombres habían ido a beber un coñac y a fumarse un cigarro al despacho y Corianne al darse cuenta de que

el tema de los niños continuaba se excusó para ir al tocador.

Iba a subir por la escalera cuando escuchó la voz de su marido y frunció el ceño al darse cuenta de que su tono era muy serio. —¿Me aseguras

que a mi esposa no le pasará nada?

—Amigo, no puedo asegurarte algo así. —Corianne se acercó hasta la puerta del jardín que estaba abierta y por el reflejo del cristal vio a Jack Sterling con una copa en la mano hablando con su marido. —He conseguido

alejar a esa furcia de vosotros con un par de amenazas de mis hombres. No hablará por la cuenta que le trae. Pero esto de lo que me hablas... No puedo amenazar a un Lord sin pruebas y esas gemas no prueban nada. Pueden ser suyas. Por cierto, el hombre que liquidó tu esposa no era un don nadie.

Corianne asombrada dio un paso hacia la terraza, pero se detuvo en seco al darse cuenta de que se iba a descubrir.

—¿Quién era?

—Era un ladrón de primera. Le llamaban el suave. Estaba especializado en joyas y envié a uno de los míos a hablar con varios de sus socios. Personas que compraban lo que robaba.

—Quería robarnos las joyas de Linnet.

—Por eso creo que estaban compinchados.

—Mi esposa lo vio delante de su casa el día que se llevó las joyas de su casa.

¿Cómo sabía eso? ¿Y cuándo había matado a ese hombre? ¿Su marido le estaba tendiendo una trampa contándole eso a Sterling? El miedo traspasó su estómago.

—Creo que le contrató para recuperarlas —dijo Sterling—. Eso si no estaban relacionados de otra manera.

Su marido se tensó. —Yo también lo he pensado. Es mucha casualidad que estuviera esa noche ante su casa. Linnet debía haber concertado una cita con él porque no sabía que yo iba a aparecer. Se sorprendió al verme.

—Si eran amantes, esa Linnet debe estar que trina.

—Un ladrón de joyas, una amante mía relacionada con él y ahora George con el tema del reloj. Esas gemas son de cierta Condesa. Regalo de su esposo al volver de las Indias y pensaba montarlas en un impresionante collar del que me enseñó el diseño. Como se entere de que su esposa las ha perdido, la matará de una paliza.

—¿Te suena a complot? Amigo, te estaban utilizando para robar a sus anchas a tus queridas. Linnet siendo tu amante, tenía acceso a tu casa al igual que tu amigo. Cuando no estaba el uno, estaba el otro. El muerto podía vender

las joyas sin ser relacionado con ellos. Era un plan perfecto.

—Que estropeó mi esposa al aparecer. ¿Qué tengo que hacer para protegerla aparte de sacarla de Londres?

Sterling sonrió antes de beber de su copa pensando en ello. —Tiene arrestos tu esposa. —Se echó a reír. —Mira que robarle las joyas a tu amante.

—Y casi quemarle la casa —dijo orgulloso haciéndola sonreír—.

Tiene un carácter cuando se enfada... Una vez casi me pega un tiro.

—¿Todavía las tiene?

—¿Las joyas? Sí. No sé dónde, porque no quiere que se las devuelva a Linnet, pero supongo que aun las tiene.

—Que me las entregue a mí. Le haré saber a Linnet que ahora las tengo yo. Conmigo no se atreverán.

—Ni hablar —dijo ella entrando en la terraza. Su marido se tensó—.

No me mires así porque no pienso entregárselas a esa zorra y ahora aún menos.

—Condesa, creo que no se ha dado cuenta de las repercusiones que pueden sufrir si esa mujer habla con la persona adecuada. Pueden acusar al Conde de cómplice y acabar con sus huesos en la cárcel. Sobre todo si descubren las joyas en su casa. Además, está el asesinato de ese hombre que sigue sin resolverse. Le aconsejo que me las entregue a mí para evitar problemas futuros. De esa manera, será la palabra de una meretriz contra la de

un Conde, que por cierto ha reformado su vida a la vista de todos en cuanto se

ha casado. Nadie le haría caso. —Jack Sterling se acercó a ella. —Pero como encuentren esas joyas en su casa, les hundirán porque todo el mundo espera lo

peor de su marido.

Asustada miró a Henry que estaba muy tenso. —¿Cuándo he matado yo a ese hombre?

—El día que disparaste al aire. Aquella mañana, ¿recuerdas? No quisimos decirte nada, porque estabas algo alterada.

Corianne se sonrojó con fuerza recordando ese día y su marido se acercó abrazándola. —¿Tú qué dices, esposo?

—Jack sabe comportarse con ese tipo de gente. Si él recomienda eso, estoy de acuerdo.

—Disculpe señor Sterling, pero no le conozco de nada. —Jack se echó a reír. —Y esas joyas o parte de ellas las ha pagado mi esposo. Quiero mi dinero.

—Es más lista de lo que parece. Le daré su dinero en cuanto las venda.

Palabra de Sterling.

Le daba la sensación de que su palabra era ley y Corianne alargó la mano para cerrar el trato. Sterling se la estrechó con una sonrisa en los labios y miró a su amigo. —Tú sí que te has llevado una joya.

Henry sonrió. —Lo sé.

Esa noche en la cama estaban abrazados y sabía de sobra que su marido estaba muy tenso porque deseaba hacerle el amor. Corianne levantó la barbilla

para mirarle. —¿Tú me amas?

Pareció sorprendido con la pregunta —¿A qué viene eso?

Decepcionada porque no le contestaba, volvió a apoyar la mejilla en su

pecho desnudo. —Ellos se aman, ¿verdad?

—¿Quiénes?

—Se miran como Russell mira a June.

—¿Hablas de los Stradford? Eso es evidente, cielo.

—Y Johanna y James.

—Sí, los Fishburgne también se aman.

—Y ellas tienen niños.

—Si estás insinuando que para tener niños hay que amarse, siento

defraudarte. Y todos los bastardos que conozco son prueba de ello. —La ironía

de su voz la tensó entre sus brazos. —Creo que te estás obsesionando con el tema.

Preocupada no respondió. Estaba claro que no la amaba, porque si no

se lo habría dicho. Era evidente que había conseguido adaptarse a la vida de casado, pero de ahí a amarla había un mundo. Cerró los ojos y su marido levantó la cabeza acariciando sus rizos rubios. —Preciosa, ¿te has dormido?

No contestó y después de varios minutos para su sorpresa su marido la cogió con cuidado tumbándola en la cama para salir del lecho dejándola sola.

Al escuchar el click de la puerta abrió los ojos sentándose en la cama. ¡Se había ido a su habitación! Sus ojos se llenaron de lágrimas porque estaba claro

que no quería compartir su lecho si no iban a tener relaciones.

Entonces ocurrió. Algo en Henry cambió y empezó a faltar en casa. Al

día siguiente le entregó las joyas y se las llevó a Sterling para liquidar ese asunto, pero a partir de ese día empezó a faltar unas horas por la tarde diciendo que se iba al club y a veces no llegaba ni para la cena. Todo el mundo

en la casa se dio cuenta de que estaba preocupada y él no volvió a decir nada sobre irse al campo con sus padres. Así que estaba claro que ya no tenían que irse de Londres. Al menos de momento.

Una invitación de palacio era lo que le faltaba y la recibió diez días después de que el comportamiento de su marido cambiara. Se mordió el labio

inferior al leer que la invitación era exclusivamente para ella. No le dijo nada a su marido cuando bajó a desayunar. La noche anterior no le había visto y era

evidente que se había levantado a regañadientes y que estaba enfadado.

—Buenos días —dijo molesta—. ¿Tienes resaca?

—Por favor, condesa. Ahórrate las ironías.

Le miró con pena. —¿Por qué haces esto? ¿He hecho algo mal?

Bruce carraspeó haciéndole un gesto al lacayo para que saliera de la sala del desayuno y él mismo sirvió al Conde que no parecía haberla escuchado.

—Henry. —Intentó cogerle la mano, pero él la apartó rompiéndole el corazón. —Al parecer sí he hecho algo mal —susurró apenada.

—¿Tú nunca haces nada mal! Soy yo el que es un desastre, ¿recuerdas?

—La Reina me ha pedido que vaya a Palacio.

—¡Estupendo! ¡Así podréis ponerme verde a gusto! —Se levantó tirando su silla y salió del comedor dejándola con la boca abierta. El portazo en la salida le hizo levantarse, apartando las cortinas para ver que salía de la casa con paso ligero. Estaba furioso.

Sin entender nada se volvió y Bruce hizo un gesto con la mano. —No se preocupe, milady. Tiene un mal día. Le puede pasar a cualquiera.

—Que preparen el carruaje. Tengo que ir a Palacio.

—Enseguida, milady.

Capítulo 11

Entrar en la sala del trono la puso muy nerviosa. La última vez que había estado allí había sido seis meses antes como dama de la reina y se temía su reacción por haberse ido sin despedirse. Sonrojada y muy nerviosa fue hasta ella que sentada en su trono la miraba sin mover un gesto, lo que no indicaba su estado de humor. Hizo una reverencia rodeándose de la seda de su

vestido azul y no se levantó mirando el suelo. —Majestad.

—Levántese, querida —dijo en tono suave lo que la alivió bastante. La

Reina enfadada ponía los pelos de punta. —Se incorporó y tímidamente siguió

mirando al suelo. —¿Qué ocurre, Lady Corianne?

—No sé a lo que se refiere, Majestad. Todo va bien.

—¡Dejarnos solas! —ordenó sobresaltándola. La miró y vio que a su

alrededor todos salían espantados. Gimió interiormente apretándose las manos

demostrando su nerviosismo.

—Cuando te ordené que te casaras con el Conde, sospechaba que era el impulso que él necesitaba para volver al redil. Le costó habituarse, pero lo conseguiste. Desafortunadamente me acabo de enterar de que ha vuelto a las andadas. Ayer mismo provocó un altercado en el Whist. Eso por no hablar de las alarmantes sospechas que me ha comunicado uno de mis asesores.

Miró a la Reina a los ojos. —¿Qué alarmantes sospechas?

—Me han dicho que está relacionado con los robos de ciertas joyas a ciertas damas. Por desgracia me acabo de enterar de que es cierto, que en su compañía en su antigua propiedad, varias de mis damas perdieron piezas muy importantes. Incluso en palacio se las han robado. Eso no lo puedo consentir.

—Mi esposo no tiene nada que ver en ese asunto, Majestad.

Los ojos de la reina brillaron. —Veo que sabes de que hablo.

Se mordió el labio inferior y sorprendiendo a la reina se arrodilló ante

ella cogiendo su mano. —Le juro por lo más sagrado que Henry no tiene nada

que ver. Le engañaron y se aprovecharon de su amistad, Majestad.

La Reina sonrió acariciando sus rizos con la otra mano. —Cuéntamelo todo, querida.

Decidió contarle hasta que ella había matado a aquel ladrón para que no quedara ninguna duda de que su marido no tenía nada que ver. Si tenía que ir a

la cárcel lo haría, pero Henry no había hecho nada y no merecía que dudaran de él cuando solo había querido protegerla.

Cuando terminó estaba llorando y su Majestad levantó su barbilla. —¿Y por qué ha vuelto a las andadas, querida?

Se sonrojó intensamente. —No puedo darle hijos.

—¿Quién ha dicho eso? ¿Te ha reconocido un doctor?

—Dice que es pronto, pero le ha aconsejado que no me toque en unos días y... —Se echó a llorar de nuevo. —En realidad no sé si es por eso. Pero desde que ha ocurrido la cena en casa de los Stradford...

—Entiendo. —La miró fijamente. —Tu marido es muy fogoso, pero esta es una prueba que tenéis que pasar. No siempre serás hermosa, joven y deseable. Tienes que conseguir que te ame por encima de todo.

—Ya no sé qué hacer. No me ama. Si lo hiciera, no se comportaría así.

—Recuerdo cuando perdió a su hermano. Estaba realmente perdido.

Ahí se dio cuenta de todo lo que le quería.

Miró sorprendida a la Reina y ella sonrió. —Hasta que creyó que

podías estar en peligro no se apartó de ti. Ahora que el peligro ha pasado, porque se encarga mi amigo Sterling, ha vuelto a las andadas y más aún porque no comparte tu lecho. Quizás si recibe un susto...

—Majestad, ¿usted cree que...? No tengo las habilidades de mi hermana. Puedo matarme de verdad.

—Seguro que algo has aprendido en ese circo que le ponga nervioso, ¿no crees? —Asintió pensando en ello. —No te preocupes por mi asesor.

Acaba de ser destituido. Está claro que se deja dominar por gente que no me conviene y su asesoramiento no será necesario en el futuro. Ahora vete y recupera a tu marido.

Sonrió radiante. —Gracias, Majestad.

—Por cierto, querida. Esta noche mi palco para la Ópera estará libre si queréis ocuparlo. —Era una invitación que no se podía rechazar. —Tengo entendido que eres amiga de Lady Johanna Fishburgne.

—Así es Majestad.

—La condesa sí que tiene muchas habilidades. Entre ellas una puntería excelente.

A Corianne se le cortó el aliento. —Entiendo, Majestad.

La Reina sonrió. —Suerte, querida.

—Muchas gracias. —Hizo una reverencia antes de salir casi corriendo de la estancia haciendo reír a la Reina.

Se apresuró a ir a casa de Johanna que estaba en su misma calle.

Cuando su mayordomo le abrió la puerta, le informó de que estaba en Bond Street en la modista. Le pidió al cochero que fuera hasta el taller de Madame

Blanchard y entró en la tienda ignorando a todas las mujeres que esperan a ser

atendidas, pues sabía que la Madame no haría esperar a Johanna, así que entró

en el pasillo donde estaban las salas de pruebas.

Detuvo a una chica y le preguntó —¿Dónde está la Condesa

Fishburgne?

La chica la llevó hasta la segunda sala y entró sin llamar.

Johanna en ropa interior con los brazos levantados para que le pusieran un vestido de noche, la miró sorprendida. —Cori, ¿qué haces aquí? ¿Vienes a probar?

—Non —dijo Madame Blanchard sentada en una silla.

—Tengo que hablar contigo —dijo apretando su bolsito—. Es urgente.

—Habla. —Le pasaron el vestido por el cuerpo hasta probárselo y

Corianne frunció el ceño al ver lo ajustado que era.

—Johanna, ¿te estás haciendo un vestido nuevo?

—Es para la fiesta de Lissi de la semana que viene. —Sonrió radiante.

—Quiero estar perfecta antes de que se me note. Madame ya tiene pensado el vestuario para el embarazo.

—Será maravilloso como todo lo que hago —dijo sin darle importancia—. Condesa, lleva el sombrero torcido. El efecto no es igual. ¿Lo sabía?

—Lo siento, Madame. Pero he salido de Palacio a toda prisa.

—¿Has visto a su Majestad? —preguntó su amiga con las manos en la cintura.

—Por eso he venido. Te necesito.

—Al parecer la Condesa no quiere hablar ante nosotras —dijo la modista levantándose y acercándose a Johanna—. Mary sal de la habitación.

Johanna divertida se volvió hacia la modista. —¿Y tú no te vas?

—¿Y no enterarme? Además, ¿qué puede haber que no sepa?

—Cierto. —Miró a Corianne. —Madame se entera de todo.

—Esto tiene que ser secreto. —Le hizo un gesto a la modista, que siguió abrochando el vestido sin darse por aludida. —Oh, por Dios. Está bien, pero no puede salir de aquí.

—Soy una tumba.

Miró a Johanna a los ojos. —Necesito que me pegues un tiro.

Nada les hubiera sorprendido más. —Perdona, creo que no te oído bien.

—¡Tengo que saber si mi Henry me ama! Si me ve herida, lo sabré.

—Condesa, ¿se lo ha preguntado? Es menos doloroso.

—¡Muy graciosa! ¡Ha vuelto a las andadas!

—No del todo, milady. —La modista reprimió la risa. —No ha tocado a otra mujer desde que hizo acto de presencia como su esposa.

Se le cortó el aliento caminando hacia ella. —¿De verdad?

—¿Cree que no me llegaría un rumor así? Sería la primera en enterarme. Va al club, practica esgrima y se emborracha, pero nada más. Me han dicho que está algo alterado, pero de ahí a tener otra amante... No. No ha

tocado a otra.

Corianne sonrió radiante, pero luego pensó que aun así se estaba

alejando de ella. Necesitaba ponerle al límite para saber si la amaba. Miró a Johanna. —¿Me dispararás?

—¡Me estás poniendo de los nervios! No. ¡No te dispararé! ¿Y si fallo?

—¡Tienes una puntería excelente!

—Una vez fallé, ¿sabes? ¡Dejé cojo al valet de mi esposo y desde

entonces no me habla! —La miraron con la boca abierta. —Es una larga

historia.

—No nos desviemos del tema —dijo Madame—. ¿Por qué piensa que

sufriendo una herida va a decirle que le ama? Qué más darán esas palabras.

Lo

importante es que se lo demuestre.

—Quiero que sienta que puede perderme.

—Es un arma de doble filo. Y si continua con sus salidas, usted estará herida en una cama y destrozada por su comportamiento. ¿Está segura de que quiere pasar por eso?

Nerviosa paseó por la habitación pensando en ello. Mientras pensaba que Linnet podría hacerle algo, no se había separado de ella, lo que demostraba que se preocupaba. Además, no quería decirle que había matado a un hombre, lo que también demostraba que le preocupaba su bienestar. Estaba

poniendo un muro entre ellos y no podía tolerarlo.

—Estoy segura. —Johanna suspiró girándose. —Estás preciosa — susurró con admiración.

—Gracias —dijo Madame sonriendo como si todo el mérito fuera suyo.

—¿Y por qué nadie iba a pegarte un tiro a ti? ¿Has pensado en eso?

—Tengo enemigos. Eso no será problema.

Johanna apretó los labios antes de mirar a Madame, que asintió demostrando que sabía de lo que hablaba. No sabía cómo esa mujer podía enterarse de todo. Debería trabajar para la Reina. Frunció el ceño mirando a la

modista preguntándose si lo haría.

—Así que tienes enemigos —dijo Johanna—. Si me voy a meter en esto, quiero detalles.

Madame abrió la boca y la cerró como si se diera cuenta que no debía decir nada, así que Corianne soltó rápidamente. —La antigua amante de Henry.

—Uy, uy, uy... Me da que de paso quieres deshacerte definitivamente de ella.

Se sentía incómoda por no decirle toda la verdad, pero tampoco quería contar lo de las joyas. Cuanta menos gente lo supiera mejor. —Algo así.

Los ojos de Johanna brillaron. —¿Y dónde lo quieres, querida?

—¿Puedo elegir? En el brazo.

—¡Ni hablar! ¡No podrá ponerse vestidos sin mangas! Ya bastante tengo con Lady Elizabeth para cubrir la cicatriz del hombro.

—¿A Elizabeth le pegaron un tiro?

—Unos asaltantes de caminos. Fue hace años —dijo Johanna sin darle importancia.

—Vaya.

—Que sea en la pierna. Ahí no se verá —dijo Madame mirándola de arriba abajo.

—¡Las piernas no se las veo y si el tiro traspasa sus faldas, puedo herir a otra persona!

—Además tiene que ser esta noche en el palco de la Reina.

—¿Eso dará dramatismo a la historia?

—Sugerencia de su Majestad.

—Vaya con la Reina. —Johanna se echó a reír.

—Ella me sugirió tu nombre.

—¡No fastidies!

—Eso es porque tiene fama de estar algo loca —dijo la Modista empezando a quitarle el vestido.

—¡Desde que he tenido a las niñas, he sido buena!

—¡Ja!

Johanna se sonrojó. —Vayamos al grano. ¿Dónde lo quieres?

Miró a la modista que puso los ojos en blanco. —En el hombro. Ya veré como lo cubro. ¡Espero que al sacar la bala no hagan un estropicio!

—¿Crees que serás capaz de dispararme al hombro sin matarme?

—Por supuesto. Pero tendré que ir a la Ópera y no sé cómo convencer a James.

—Dile que la reina nos ha invitado a los dos. Así estarás en el palco. —

Al quitarle el vestido vio que llevaba un cuchillo atado a la pantorrilla. —

¿Siempre llevas eso?

—Es por seguridad. Nunca se sabe. Tendré que salir del palco sola y

será complicado porque James está muy atento a mi embarazo. Ya veré como

me deshago de él. En el primer acto saldré y tú te quedarás quietecita de pie mirando a la platea, ¿me entiendes? No te muevas porque tengo que regresar

enseguida. Se desatará el caos y tengo que volver de inmediato, no puedo perder el tiempo buscando un buen ángulo.

—¿No temes que te apresen?

Madame y Johanna la miraron divertidas. —¿Con tanta gente? Es

imposible que piensen que he sido yo. Vete a casa y ponte guapa. Tranquila, esta noche tendrás un agujero en el hombro y tendrás a tu esposo

preocupadísimo por ti.

Asintió yendo hacia la puerta y Madame gritó —¡Ni se le ocurra

ponerse el vestido verde! ¡Ni el rojo!

Exasperada se volvió mientras Johanna se reía. —¿Y qué me pongo?

¿Un saco?

La modista gruñó. —El blanco con encajes. Póngase el blanco. De

todas maneras, con ese escote bajo luego no se lo podría poner.

Sonrió radiante. —Perfecto.

En cuanto salió por la puerta ambas se miraron. —Las tonterías que se

hacen por amor —dijo Madame.

Johanna se sonrojó recordando cómo había apuñalado a su marido en

la pierna y carraspeó. —Tienes toda la razón.

Muy nerviosa se bajó del carruaje sujetando la mano enguantada de su

esposo que había ido al teatro a regañadientes. Casi tuvo que hacer guardia en

el hall para pillarlo de vuelta después de su espantada del desayuno. Apenas

una hora antes de salir para el teatro, llegó su marido con cara de pocos amigos. Cuando le explicó que la Reina les había invitado al palco y que no podían rechazar ese honor, Henry tuvo que aceptarlo. Era prácticamente una orden real y no podían rechazarla. Cuando le dijo que James y Johanna

asistirían también, pareció aliviado, lo que a Corianne le sentó como una patada en el vientre. Era obvio que evitaba pasar el mayor tiempo posible con ella.

Vestida de blanco le sonrió cogiéndole del brazo y susurró al ver su gesto huraño —¿Te encuentras bien?

—Acabemos con esto.

—Conde, podrías disimular un poco que odias mi compañía —dijo sin poder evitarlo sorprendiéndole.

—Preciosa, qué disparates...

Los Condes de Fishburgne estaban en el hall del teatro y se acercaron en cuanto les vieron, con una sonrisa en la cara. —Amigo, menuda tortura —dijo James divertido.

—Y que lo digas.

Corianne miró a Johanna, que sonrió asintiendo. Respiró del alivio y forzó una sonrisa haciendo que escuchaba la conversación cuando vio al fondo del hall al Marqués de Cortford hablando con una hermosa mujer. Al ver a George allí se tensó y cuando sus ojos se encontraron él entrecerró los suyos. Desvió la mirada de inmediato porque cuanto menos contacto tuviera con ese hombre mucho mejor. Cogió a su marido del brazo y sonrió. —

¿Subimos? Me duele algo el tobillo.

Su marido la miró preocupado. —No me has dicho nada.

—Me tropecé al vestirme y me lo torcí, pero no es nada. Ni se ha hinchado.

—Será mejor que te sientes. —Johanna sonrió cogiendo a su marido del brazo. —Es mejor no forzarlo.

Subieron las escaleras saludando a sus conocidos y cuando llegaron al palco de la Reina ellas se acomodaron en los asientos delanteros. Los asistentes a la Ópera ya se estaban sentando y Johanna se acercó a su oído cubriendo su boca con su abanico negro. —Recuerda no moverte.

Asintió sin mirarla. Ante ella se estaba sentando el Marqués con aquella mujer que reía de algo que él le estaba contando. Le dijo algo al oído de manera impropia para una pareja no casada y supo que era su amante. El collar

que rodeaba su cuello, demostraba que se gastaba mucho dinero en ella y se preguntó si era la causa de sus deudas. Henry acarició su cuello y sorprendida volvió la cabeza cuando él se agachó a su lado. —Preciosa, Linnet está aquí.

Sorprendida se volvió para ver como entraba en el palco de George pavoneándose un maravilloso vestido dorado con encajes del mismo color. El escote era tan pronunciado que casi se le veían los pezones.

—Hasta Madame Blanchard diría que eso es indecente —dijo Johanna divertida—. Al parecer busca protector desesperadamente.

—Esa zorra —siseó viendo como la miraba y cuchicheaba con sus

acompañantes obviamente riéndose de ella.

—¿Quieres que te pase la pistola?

La miró sorprendida. —¿Lo sabes?

—¿Que fue la amante de tu marido? Cielo, lo sabe todo el mundo.

Eso era cierto.

—No debes preocuparte. Todos los maridos tienen un pasado. Si yo te contara.

Se apagaron las lámparas y empezó la función. Esa noche les deleitarían con Norma de Bellini. Nunca la había visto, pero de todas maneras no la vería terminar. Esa historia le parecía de lo más apropiada porque se basaba en la infidelidad y el amor traicionado. Cuando terminó el primer acto,

Norma advertía a la amante del hombre del que estaba enamorada, que tuviera

cuidado pues haría lo mismo con ella. Abandonarla a ella y a sus hijos. Norma

estaba furiosa y prometía venganza. Pensando en ello ni se dio cuenta que se encendían las luces y que muchos se levantaban.

—¿Corianne?

La voz de su marido la sacó de su ensoñación y se dio cuenta que

Johanna ya no estaba a su lado. Volvió la cabeza hacia él y sonrió. —No quiero

nada.

—¿Seguro que no quieres un refrigerio?

Él se agachó a su lado. Preocupado cogió uno de sus rizos rubios entre sus dedos. —¿Te encuentras bien?

Se miraron a los ojos durante varios segundos y entonces ella lo entendió. — La protegías a ella, ¿verdad?

—¿De qué hablas?

—Cuando viste a ese hombre en casa, supiste que era su amante y por eso no insististe más en devolverle sus joyas. Te sentías traicionado.

—Corianne, ¿de qué hablas?

—La amabas. Era cierto todo lo que me dijiste antes de que me fuera de la casa. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Fuiste a buscarme porque te estaba dejando en ridículo ante todo Londres y cuando te enteraste de su traición, decidiste hundirla.

Él palideció. —No sé de qué me hablas. ¿Te encuentras bien?

—Linnet fue a suplicarte que la perdonaras, ¿verdad? El día que la encontré en el salón quería reconciliarse contigo pensando que yo aún seguía en Palacio, pero decidiste que yo era una opción mejor. Ella estaba dolida y por eso me amenazó. No tenías derecho a protestar de su infidelidad cuando tú

estabas casado conmigo. Hablaste con Sterling para que no tuviera ni el derecho al pataleo.

Henry se tensó. —No sé de qué me estás hablando. Preciosa, nunca he estado enamorado de ella. Solo quería protegerte a ti y a June, ¿recuerdas?

Sus ojos le dijeron que mentía y decepcionada miró al frente para ver el cañón de una pistola a través de las cortinas de terciopelo en el palco de enfrente, ahora vacío. Pero no la apuntaba a ella y sin pensar se giró cubriendo a su marido aun agachado a su lado, que sorprendido la cogió por la cintura.

Corianne jadeó al sentir el impacto en la espalda y Henry la sujetó con fuerza llamándola a gritos. Pasó la mano por su espalda para incorporarla abrazándola a él y cuando sintió la humedad en su espalda gritó al ver su mano empapada de sangre antes de mirar la cara de su esposa, que sonrió sintiendo que las fuerzas la abandonaban.

—¡Rápido, Henry! —gritó James—Necesita un médico.

Se desató el caos y la cogió en brazos mientras la gente salía corriendo.

La apretó a su pecho y susurró —Estás equivocada, preciosa. Decidí que serías

mi esposa antes de encontrar a ese hombre muerto en casa. ¿Recuerdas que te dije que seguramente sería un marido desastroso? Fue antes de encontrar su cadáver. —La miró a los ojos y los ojos de su esposa se llenaron de lágrimas.

—No te miento, te lo juro.

—¿De verdad?

—Nunca la he amado. Corianne, tienes que creerme.

Parecía desesperado y ella le acarició la mejilla. —Me enamoré de ti

aquel día en la calle y nunca has salido de mis pensamientos.

Henry la abrazó a él con fuerza emocionado. —Te vas a poner bien.

—Dile a June que la quiero. Que es la mejor hermana que se puede tener.

Al sentir que su cabeza caía hacia atrás Henry la llamó a gritos desesperado. Johanna pálida entró corriendo en el palco, tapándose la boca al

ver a su amiga que yacía entre los brazos de su marido. —¡Dios mío!

Boca abajo en la cama Corianne gimió sintiendo que el dolor

traspasaba su espalda. Abrió los ojos que le pesaban muchísimo para ver a un hombre de pie a su lado.

Solo veía su pantalón negro, pero no tenía fuerzas para ver quién era.

Confundida susurró —¿Padre? Seré buena, padre. No me pegue.

—Está delirando —dijo el hombre—. Hay que bajarle la fiebre.

Alguien le cogió la mano sobre el colchón. —Preciosa, te vas a poner bien.

Abrió los ojos de nuevo. —¿Henry? No te veo. ¿Estoy soñando? —La cara de su marido apareció ante ella y sonrió. —Estás aquí.

—Claro que sí, preciosa. —Acarició su mejilla y ella suspiró porque tenía las manos frías. —Te pondrás bien. Tienes que ponerte bien.

Entonces recordó que le habían disparado. —Johanna...

—Ya hablaremos. Ahora solo tienes que pensar en ponerte bien.

—Conde, necesito espacio para trabajar.

Ella intentó moverse, pero Henry se lo impidió sujetándola del hombro. —No te muevas. Te está limpiando la herida.

—Duele.

—El doctor te dará algo para el dolor, preciosa.

—Querían matarte.

—No te preocupes por eso.

Corianne gritó al sentir un pellizco en la herida y su marido asustado le acarició el cuello. —¿Qué me ocurre?

—Tu herida no está bien. Tiene que curarte para que te repongas.

—Ha tenido mucha suerte, milady —dijo el doctor—. Unos milímetros más en cualquier dirección y estaría muerta. Ha tenido mucha suerte. Ahora quietecita y déjeme trabajar.

Suspiró mirando a su marido y sonrió. —Al parecer no vas a librarte de mí.

—Más te vale. Casi me habías reformado. —Acarició su sien y sus ojos se cerraron.

—Casi... me queda poco.

—Sí, preciosa.

Se quedó dormida y Henry se levantó para ver la cicatriz que tenía encima de su omoplato izquierdo. Los bordes de la cicatriz estaban amarillos

y

la herida supuraba.

—Dígame que se va a poner bien, doctor.

—Se pondrá bien. Ya le está bajando la fiebre. Sujétela. En cuanto la toque, se va a despertar.

Henry se sentó a su lado y su esposa solo gimió cuando el doctor le apretó la herida para que el líquido amarillo saliera despedido. Eso preocupó al Conde porque tenía que dolerle muchísimo. Después que el doctor le diera un tónico y que le diera a Josalyn instrucciones precisas para su cuidado, se fue dejándoles solos.

Ella suspiró y Henry se sentó a su lado acariciando su cabello rubio.

Había pasado ya una semana desde la noche en el teatro, pero ella no era consciente de ello. Las palabras de su esposa antes de desmayarse en el palco pasaban por su mente una y otra vez torturándole. No había hecho más que comportarse como un estúpido con ella y no le extrañaba nada que se sintiera insegura, sobre todo después de su ridículo comportamiento los últimos días que habían pasado juntos. Le daba la sensación de que siempre la decepcionaba

y que no se hubiera quedado en estado, cuando había sido lo único que le había

pedido, le reconcomía por dentro. Él regalándole joyas y manteniendo una amante con todo el lujo cuando su esposa vivía de prestado en una carreta. No

le extrañaba que no confiara en él y más aún después de las dolorosas palabras

que le había dicho antes de su huida. Quizás no debería haberla buscado.

Seguramente sería mucho más feliz sin él. Miró su perfil iluminado por la luz del fuego y sintió que su corazón se retorció al escuchar de nuevo sus palabras

“Me enamoré de ti aquel día en la calle y nunca has salido de mis pensamientos”

La puerta se abrió lentamente y las tres cabecitas de los niños se asomaron. Habían estado alejados de la habitación durante esos días, pero ya no aguantaban más.

Él les hizo un gesto y se acercaron temerosos. —¿Sigue malita? — preguntó Chico acercándose y cogiendo su mano.

—Se repondrá. Es muy fuerte —susurró el conde observando a su mujer.

—Está sudando —dijo Judy asustada acercándose a Tom—. Como mamá cuando...

—La condesa se pondrá bien —dijo su primo cogiendo su mano—. Ha dicho que nos cuidará y siempre cumple sus promesas. Lo dijo Josalyn. Henry sonrió. —Claro que sí.

—¿Sabe lo que le alegraría mucho, Conde?

—No, ¿qué?

—Que Rick volviera a casa. Ya vio lo triste que se puso cuando se despidió de él.

El Conde reprimió una sonrisa. Ese pillastre se las sabía todas. —Sí, estoy seguro de que se alegraría mucho de tenerle en casa de nuevo. ¿Y sus estudios?

—Puede estudiar aquí —dijo Tom apoyando a su amigo—. Rick es muy listo. Aprendería en cualquier sitio. Iría con nosotros a la escuela.

—Lo que le enseñan allí, no lo aprendería aquí. —Los niños le miraron decepcionados. —¿Le echáis de menos? —Asintieron todos a la vez y él pensó

en las cartas que se enviaba con sus profesores. El niño se sentía desplazado, pero aun así trabajaba muchísimo y tenía un talento indescriptible. Igual debería volver a casa. Estaba claro que si trabajaba tanto era para volver. —

Enviaré la carta de inmediato.

Los niños gritaron de alegría y Henry miró a su esposa que sonrió sin despertarse. —Ahora dejar descansar a la Condesa.

—Sí, milord. —Chico les hizo un gesto y salieron rápidamente, pero se encontraron en la puerta con Bruce, que cruzado de brazos les miraba como si

fueran a recibir un castigo. Los niños salieron corriendo antes de que pudiera decir ni pío y el mayordomo exasperado cerró la puerta.

—¿Sabes, cielo? Si no tenemos hijos da igual. Tenemos a nuestros niños y hay muchos más que necesitan tu cariño. Te juro que no faltarán niños en nuestra casa.

Una semana después Corianne estaba tumbada de costado mirando el fuego y la puerta se abrió. Johanna y Elizabeth entraron lentamente para no hacer ruido y suspiraron de alivio al verla sonreír.

—¡Vaya la que habéis organizado! —protestó Elizabeth acercándose a la cama y poniendo los brazos en jarras. Llevaba un vestido de mañana en blanco con flores en verde que le hizo fruncir el ceño—. Sí, no pongas esa cara. ¿Cómo se te ocurre pedirle a Johanna que te dispare? ¿Estás loca?

—¡Ese vestido es mío!

—¿Qué?

Se sentó en la cama parpadeando al ver su diseño. —¡Será bruja! ¡Me ha timado!

—¿De qué hablas? El disparo te ha quitado memoria. ¡Este vestido es mío, hermosa!

Johanna entrecerró los ojos mirando el vestido de Elizabeth y fue al armario de su amiga y lo abrió para ver el mismo allí colgado. Jadeó llevándose la mano a la boca mostrando el vestido a la duquesa.

—¡La voy a matar! —gritó Elizabeth roja de furia.

—Se habrá confundido. Como hace tantos —explicó Johanna.

—¡Eso no es excusa! ¡Con lo que cuestan deberían ser exclusivos!

Espera que la pille. —Se volvió hacia Corianne moviendo sus rizos caobas.

—¿Y vas a explicar eso del disparo?

—Johanna tiene una puntería pésima.

Su amiga jadeó ofendida. —Perdona, pero mi puntería es excelente.

—¿No te lo ha dicho tu esposo? Maté al Marqués cuando huía del palco con la pistola humeante. Cuando escuché la detonación yo estaba en el pasillo

buscando un palco vacío y me tropecé con él. Vi la pistola y al mirar hacia tu palco te vi en brazos de tu esposo con la espalda ensangrentada. Ni no pensé.

Saqué la pistola y le disparé por la espalda. —Hizo una mueca. —No fue mi mejor tiro. Le dio tiempo a confesar antes de morir.

—¿Y qué confesó? —Asombrada miró a sus amigas. —¿Que había intentado matarme?

—Quería matar a tu esposo, querida. —Elizabeth se sentó a su lado. —

Se sentía traicionado por él porque Sterling sabía todo lo que había ocurrido y se sentía amenazado. Lo iba a perder todo. Pero eso no es todo, su cómplice era Linnet. Ella sabía cuándo Henry no iba a quedar con ella, lo que significaba

que se citaba con otras damas. Como casi siempre las llevaba a su casa de soltero, George se hacía el encontradizo con tu esposo para ser otro de sus invitados. Drogaba a la dama que le tocaba y la robaba. Tiraba las piezas por la

ventana, pero se volvió avaro e intentó quedarse con las gemas que

encontrasteis en el reloj. Se asustó cuando perdió el reloj pensando que Linnet

lo había encontrado y por eso huyó de la ciudad temiendo que su amante tomara represalias. Pero Linnet se puso en contacto con él cuando tú apareciste, diciéndole que le habías robado las joyas. Le necesitaba para entrar

en la casa y buscarlas. Lo que no se esperaban es que tú hubieras encontrado el reloj. Todo les explotó en la cara.

Asombrada miró a Johanna. —¿Y tú le has matado?

—Hubiera muerto en prisión. —Chasqueó la lengua cruzándose de brazos. —Le he hecho un favor.

—¿Y Linnet?

—En prisión. La Reina misma la ha sentenciado a veinte años de cárcel.

No saldrá viva de allí.

—¿Por qué Henry no me ha dicho nada?

—¿Por qué no me dijiste que querías que Johanna te pegara un tiro?

—¡Era para comprobar si me quería!

—Bueno, eso ya ha quedado claro. Estaba de los nervios el pobre — dijo Johanna sonriendo de oreja a oreja.

—¡No tiene gracia, Jo! —la reprendió Elizabeth—. De verdad que se os ocurren unas cosas... Ya verás cómo se enteren vuestros maridos.

—¡Tenía que saber qué sentía por mí! ¿No lo entiendes? —Nerviosa

miró a Johanna. —No dirás nada, ¿verdad?

—Creo que mi marido ha visto un poco raro que estuviera en la otra parte del teatro justo cuando te dispararon y precisamente llevara un arma en la mano. Tiene la mosca tras la oreja. Ha intentado sonsacarme con todos los métodos inimaginables. Y os aseguro que mi esposo tiene mucha imaginación.

—Sonrió de oreja a oreja.

Corianne gimió tapándose la cara.

—Decidido, estáis locas. —Elizabeth se levantó exasperada y paseó ante la chimenea. —Está claro que no puede enterarse de algo así. Pensará que

necesitas vigilancia porque se te ha ido la cabeza.

—¡Estoy perfectamente!

—¡Cori, déjame pensar!

Vieron como la Duquesa caminaba de un lado a otro y suspiró. —Bien, tenéis que confesar.

—¿Estás loca? ¡Mi James me encierra y tira la llave!

—Al final se va a saber, porque James no es tonto. Seguro que ya te ha insinuado algo, ¿verdad?

Johanna se sonrojó intensamente. —Se le ha pasado por la cabeza. Pero también mil ideas más. Como que Corianne me había dicho lo de las joyas y

que yo investigaba por mi cuenta. Está muy perdido con diversas teorías. Como que me quería cargar a la fulana y me equivoqué. Tiene mucha imaginación.

—Lo que sí es sospechoso es que mi marido no haya hablado contigo, ¿no crees? —preguntó Corianne mirando a Johanna—. Ni conmigo para aclararme lo que había pasado.

Las tres se miraron. —Ha estado muy ocupado cuidándote. —Johanna se acercó a la cama. —¿Crees que lo sabe?

Pensó en ello y negó con la cabeza. —No. Está muy cariñoso y atento.

Si supiera algo así, se enfadaría como mínimo. Así que la Reina la ha metido en la cárcel —dijo cambiando de tema—. ¿Y no te interrogaron? ¿Cómo le explicaste a la Reina que llevabas un arma?

Johanna frunció el ceño. —No se lo expliqué. Nadie me interrogó a mí.

Interrogaron al Marqués moribundo y ya no hizo falta dar más explicaciones.

—Aquí hay gato encerrado —dijo la Duquesa muy tensa—. Se os escapa algo. ¿Jo mata a un Marqués y nadie la interroga?

—Aún más cuando la Reina sugirió tu nombre —dijo Corianne

preocupada—. Ella me dijo que tenías muy buena puntería. Si su Majestad se entera de que me disparan, lo lógico es que hubieran pensado que habías sido tú.

Se miraron las unas a las otras. —¿Os han tendido una trampa y habéis

caído como estúpidas! —gritó la Duquesa.

Johanna hizo una mueca. —Pues sí.

—¡Está claro que la Reina sabía que el Marqués iría al teatro y esperaba que Johanna te disparara para acusar al Marqués! ¡Así se lo quitaba del medio!

¡Pero no contó con que el Marqués intentaría matar a Henry!

Johanna silbó sentándose en la cama de mala manera. —En menudo lío me has metido.

—¿Yo? ¡Ha sido la Reina!

En ese momento abrieron la puerta y su marido entró con los esposos de sus amigas. Alex entrecerró los ojos al mirar a su esposa. —Uy, uy, uy... cielo, ¿qué has hecho?

—Nada. —Enderezó la espalda sonrojándose intensamente.

—Serás blanda... —susurró Johanna mientras James se pasaba la mano por su cabello rubio—. Cariño, ¿qué haces aquí?

—Visitar a la Condesa y desearle una próxima recuperación. ¿Y tú qué tramas?

—Nada.

Corianne gimió al ver como levantaba la barbilla retándole. Henry se cruzó de brazos. —¿Qué ocurre aquí?

—Están tramando algo —dijo Alex divertido—. Conozco a mi mujer y

sé que me oculta algo. Algo que me va a enfadar muchísimo.

Henry se acercó a la cama deteniéndose a su lado. Corianne se mordió el labio inferior. —Hola, amor.

—Cielo, ¿de qué hablan?

Se encogió de hombros e hizo una mueca de dolor. —No te ablandes porque esté convaleciente, Henry. Está metida en esto —dijo el Duque cogiendo el brazo de Elizabeth.

—Dejarme a mí. Mi esposa me lo dirá. —Sus amigas gruñeron sonrojándola aún más. —Preciosa, ¿qué estáis tramando?

—Nada.

Sus amigas sonrieron orgullosas. —Ya sé lo que ocurre. —Se sentó a su lado. —Te has enterado de que tu amiga ha matado a George y estás preocupada.

—Sí —susurró mirando sus ojos—. ¿Por qué no me lo dijiste?

—No quería que te preocuparas, cielo. Solo me importa que te pongas bien. Todo se ha solucionado. —La besó en la punta de la nariz y Corianne le miró con amor cortándole el aliento.

—Ya se lo ha camelado —dijo Alex mirando a James.

—Es que es nuevo en esto. Conde, tienes que ser más duro o te comerá vivo.

Corianne se sonrojó mientras sus amigas jadeaban ofendidas. Henry se

apartó para mirarla con desconfianza. —Cori...

—No sabía que a Linnet la habían metido en prisión.

—Estaban compinchados.

—Para ser un Don Juan, no le veo muy espabilado en esto del matrimonio —dijo James reprimiendo la risa.

—Como si tú fueras un experto con lo que tardaste en aprender — replicó Johanna haciendo reír a Alex.

James la cogió por la cintura levantándola de la cama. —Es que tú eres especial, cielo. Y me costó acostumbrarme.

Johanna se sonrojó de gusto. —Vale, te perdono.

Henry no dejaba de observar a su esposa, que intentaba disimular. Su cara de culpabilidad era evidente para todos. Apartó uno de sus mechones rubios de su hombro y susurró —O me lo dices o no saldrás de esta habitación

hasta que lo hagas. Tú verás.

Asombrada le miró a los ojos. —¿Lo harías?

—Sabes que lo haría. Empieza a cantar.

—Canto muy mal.

Las chicas se echaron a reír a carcajadas y Corianne no pudo evitar

sonreír. Su marido sonrió antes de darle un suave beso en los labios que le supo a gloria. —No confías en mí, pero lo harás.

Se miraron a los ojos. —No es que no confíe en ti.

—¡No cedas! Nos castigarán a todas —dijo Johanna abriendo los ojos como platos por lo que acababa de decir.

—¡Guapa, que yo no sabía nada!

Alex sonrió. —Menos mal. La mía se libra.

James carraspeó mirando a su mujer que muy tiesa susurró —Soy una tumba.

—¿Cori? —Su marido acarició su mejilla. —No debe haber secretos entre nosotros.

—¡Ja! —Todos miraron a Johanna, que se avergonzó por la mirada de su marido. —Yo a ti no te oculto nada, cielo.

—¿Me podéis dejar hablar con mi esposa, por favor? —preguntó

Henry exasperado—. Venga, cielo. No me voy a enfadar.

—¿Seguro?

—Es mentira. Cuando dicen eso siempre se enfadan —susurró

Elizabeth chillando cuando su marido le pellizó el trasero.

Cori se miró las manos y Johanna gimió tapándose la cara cuando vio que iba a confesar. —No sabía lo que sentías por mí.

—¿Cuándo, cielo?

—Antes del disparo.

—Tuve unos días un poco extraños. Pero te juro que se me ha pasado.

—¿Qué te pasaba?

—Te lo contaré todo cuando me cuentes tú esto.

—¿No decías que no había secretos?

Henry sonrió. —Te lo contaré en privado.

—Ah... —Se mordió el interior de la mejilla pensando en cómo decírselo. — Me llamó la Reina, ¿recuerdas?

—Sí y te invitó al palco.

—Sí. —Johanna levantó las manos dándose por vencida. —Me insinuó que tú te diste cuenta de cuánto querías a tu hermano cuando le perdiste. —

Henry se tensó apartándose para verle bien la cara. Nerviosa miró a Elizabeth,

que asintió animándola. —Me preguntó si Johanna era amiga mía y después me dijo que tenía buena puntería.

—¡Sabía que estabas metida en esto para ir armada! —le gritó James a su esposa.

—¡Yo sólo quería ayudarla! Además, lo sugirió la Reina.

—Corianne, continúa —dijo su marido muy tenso.

—Entonces le pedí a Johanna que... —Se puso como un tomate. —Me hiriera ligeramente en el teatro.

Todos miraron a Johanna. —¡No fui yo! ¡Llegué tarde!

James la cogió por la muñeca. —¡Estás castigada hasta que des a luz! Y

después ...

—Mejor nos vamos —dijo Alex perdiendo la sonrisa—. Aquí va a haber un terremoto y necesitan intimidad. —Tiró de su mujer hasta la puerta y

susurró —¿Cómo se os ocurren estas cosas?

—No sé, mi amor. Te aseguro que no nos esforzamos.

Cuando se quedaron solos, Corianne levantó la vista para mirar hacia su esposo, que seguía sentado ante ella observándola. —¿Estás enfadado?

—Así que querías que tu amiga te disparara en el teatro.

—No lo has entendido. Era una trampa.

—¿Una trampa?

—La Reina debía saber que tu amigo estaría allí y me sugirió que

Johanna me disparara para acusarle a él. Uno de sus asesores le había contado

lo de las joyas acusándote y debió darse cuenta de que era una trampa para hundirte. La Reina quería quitarles del medio, ¿entiendes? Y utilizó lo que siento por ti y mis dudas para hacerlo.

—¡Casi te matan! —le gritó a la cara sobresaltándola.

—Es que creo que eso no se le pasó por la cabeza. ¿Quién se iba a imaginar que ese hombre intentaría matarte? Fue fortuito.

—¡Si no hubieras estado en el teatro, esto no hubiera pasado!

—Pues casi me alegro porque si lo hubiera intentado en otro sitio, el muerto serías tú. —Su marido parpadeó sin saber qué decir y ella sonrió

radiante. —¿No estás contento? Ya nos hemos librado de ellos.

La cogió por la nuca y la besó como si la quisiera devorarla. Cuando su lengua se entrelazó con la suya su corazón saltó dentro de su pecho y abrazó su cuello con fuerza necesítandole. Henry sujetándola por los brazos se

apartó con la respiración agitada y le gritó a la cara —¡No vuelvas a hacerlo!

¡Cómo se te ocurra hacer algo que te ponga en peligro de nuevo, te voy a dar una tunda que no te levantarás en un año de esta maldita cama!

Sin ser capaz de pensar le vio salir de la habitación dando un portazo.

—¿Henry? —preguntó tímidamente—. No te has ido, ¿verdad? ¿Henry?

Pensó en lo que había pasado y sonrió porque no se lo había tomado del todo mal. ¿Le había puesto de los nervios? Sí, llevaba tiempo sin hacerlo y

su hermana había sido muy clara. Debía provocarle a menudo. Igual por eso su

marido se había alejado de ella. No le había provocado lo suficiente.

Sonrió tumbándose en la cama. La deseaba. Ese beso se lo había dejado claro. Sí, tendría que provocarle más. Ya se inventaría algo.

Capítulo 12

Horas después estaba leyendo un libro cuando la puerta se abrió y entró su marido bastante enfadado. Sonrió dulcemente. —¿Dónde has estado?

—¡En Palacio!

Jadeó asustada. —¿Qué has hecho?

—¡Nada! ¡Porque la Reina no ha querido recibirme!

Suspiró del alivio hasta que las caras de las damas de la reina pasaron por su memoria. —¿Y por qué has tardado tanto?

—¡Quería enterarme de lo que había ocurrido!

—¿Sí? ¿Y quién te lo ha contado?

Su tono irónico hizo que mirara a su esposa con desconfianza. —¿A qué viene esa pregunta?

—Oh, a nada... —Pasó una hoja de su libro sin saber por dónde iba. —
Curiosidad.

—¿No decías que confiabas en mí?

—¡Es que has tardado mucho! —gritó sin poder evitarlo.

—¡No he tocado a otra maldita mujer desde que entraste en mi vida!

—¡Entré en tu vida hace mucho tiempo!

—¡Ya me entiendes!

—No me has explicado por qué te alejaste de mí. Sospechoso como poco.

—¿Estás loca? ¡Me alejé de ti porque me moría por hacerte el amor a todas horas y no podía tocarte para tener ese hijo que tanto deseas! Cuando me

dijiste que nuestros amigos se amaban y que por eso tenían hijos... Quería

demostrarte que... ¡Te advertí que necesito sexo!

Corianne se puso como un tomate antes de sonreír como una tonta. —

¿De verdad? ¿Era por eso?

Henry suspiró acercándose a ella y sentándose a su lado. —Sé que no te he dicho que te amo. Y no sé si seré capaz de decírtelo alguna vez.

—¡Ah, entonces no me quieres!

—¡No he dicho eso! —le gritó a la cara—. ¡Joder! ¡Me muero por tocarte!

Corianne alargó la mano tocándole el muslo hasta llegar a su sexo y

Henry se levantó de un salto atónito. —¿Qué haces? ¿Estás loca? ¡Tengo que reservarme!

—No hablas en serio.

—¡Fue idea tuya!

—Pues he cambiado de opinión. —Se arrodilló sobre la cama. —

Hazme el amor.

La miró como si fuera una cobra antes de salir prácticamente corriendo de la habitación. Corianne sonrió encantada. Esa noche le convencería.

Dos semanas después Corianne se subía por las paredes. Literalmente.

Ya no sabía qué hacer para que su esposo le hiciera el amor. Incluso se había paseado desnuda ante él, pero nada. Se negaba a tocarla y salía corriendo de la

estancia. La única buena noticia que había recibido, era que su hermana estaba

de regreso a Londres antes de tiempo y que Rick llegaría en cualquier

momento de Milán. Impaciente miró por la ventana como cada vez que pasaba

un carruaje ante su casa.

—Cielo, llegará por la tarde seguramente —dijo Henry leyendo el periódico.

—¡No me hables! ¡Contenta me tienes!

—Solo quedan unos días. He hablado con el doctor de nuevo y está de acuerdo. —Levantó la vista del periódico. —Prepárate cuando esta tortura termine, porque no tendré piedad.

Se sonrojó intensamente haciéndole reír. —¿Sabes? Para mí es un alivio saber que tú estás más o menos igual—dijo encantada.

—¡Serás bruja!

Corianne se echó a reír aliviando algo la tensión que sentía. —Si al menos me besaras...

—Si te beso, no podré parar —dijo como si fuera una pesada.

—Cualquier otro hombre estaría encantado de que su mujer quisiera hacerle el amor.

—Muy bien.

Sorprendida vio que cerraba el periódico y se levantaba. —Vamos. Si tener relaciones es más importante que tener un hijo, no te detendré.

Ella entrecerró los ojos. —¿Es una trampa? ¿Vas a salir corriendo en cuanto te toque?

—No.

Corianne corrió hacia él tirándosele encima y Henry rió cogiéndola por el trasero para elevarla. —¿Estás segura, Condesa?

Ella le besó el lóbulo de la oreja. —Te quiero, quiero que seas mío.

Necesito que me toques.

—Preciosa, lo estoy deseando. —Iba a besarla cuando los niños entraron corriendo en el salón, haciéndole gruñir antes de mirar a aquellos tres diablillos. —¿Qué queréis? La condesa y yo estamos ocupados.

—¿No se tiene en pie? —preguntó Chico intrigado.

—Está algo cansada. Va a dormir una siesta.

—Ah —dijeron los tres

—¿Y Rick? —preguntó Tom impaciente.

—Llegará de tarde seguramente. ¿No tendríais que estar en la escuela?

—Los tres negaron con la cabeza. —¿Y vuestras tareas?

—Terminadas.

Corianne le besó en el cuello y el Conde carraspeó. —Voy a acostar a mi esposa. Leer un rato. ¡Bruce! —gritó desesperado.

El mayordomo entró en el salón y carraspeó. —¿La condesa no se encuentra bien?

—¡Qué no nos moleste nadie! ¡Ni la Reina!

Su esposa soltó una risita mientras subía las escaleras. Estaban a punto de entrar en la habitación cuando llamaron a la puerta principal y Corianne que estaba comiéndose a besos a su marido, levantó la vista para ver entrar a uno de los mensajeros de la Reina. Gimió contra su cuello y su marido entró en la habitación dejándola sobre la cama.

—Vuelvo enseguida. Vete desvistiéndote.

Su marido salió de la habitación a toda prisa y cuando regresó ella seguía sentada en la cama como la había dejado. —¿Todavía estás así?

—Era por si no podíamos seguir. ¿Qué quiere la Reina?

—¡Y qué más dará! ¡Como si entramos en guerra!

Corianne se echó a reír mientras su marido se quitaba la chaqueta marrón que llevaba y coqueta levantó sus faldas mostrando sus piernas.

Acarició su pierna levantándola hasta llegar a su botín mientras su marido quitándose el pañuelo no le quitaba ojo. Con el dedo índice y el pulgar tiró del

cordón cuando escuchó a los niños gritando en el hall. —¡Ha llegado Rick!

Saltó de la cama como un rayo y su marido protestó —Preciosa, ahora no.

—¡Lo primero es lo primero!

—¿Y no era yo lo primero? —gritó viéndola salir como una exhalación.

—Claro que sí, amor... ¡Después!

Corianne corrió hacia la escalera loca de la alegría y vio a su Rick

rodeado de toda la familia sonriendo, vestido con un trajecito marrón como todo un caballero. Él levantó la vista y corrió hasta ella escaleras arriba, encontrándose a la mitad de la escalera para abrazarse. Sentada en el escalón le

besó por toda la cara haciéndole reír y cuando se miraron a los ojos él susurró

—Estoy aquí, milady.

—¿Estás contento?

—Mucho. He sido muy bueno.

—Eso ya lo sabía. Tienes mucho que contarme.

Un gruñido tras ellos hizo que miraran hacia arriba y Rick se enderezó sonriendo. —¡Estoy aquí, Conde!

Henry sonrió. —Bienvenido a casa. Ven a mi despacho, que tenemos mucho que hablar.

—¿Ahora? —Indignada se levantó. —Acaba de llegar a casa y estará cansado del viaje. —Perdió los nervios. —Como le envíes a otro sitio, me voy a enfadar.

Su marido rió por lo bajo. —No te preocupes. Se quedará.

Los niños estaban encantados viendo bajar al Conde, que al pasar al lado del niño le revolvió el cabello. Rick sorprendiéndoles a todos le abrazó por la cintura. —Gracias.

—Ven a mi despacho. Vamos a hablar de tu futuro.

Molesta porque eligiera precisamente ese momento, bajó las escaleras con intención de entrar en el despacho tras ellos, pero su marido le cerró la puerta en las narices.

—¡Henry! —gritó a la puerta—. ¡No es justo! —Una risa al otro lado la puso de los nervios. —¡Bruce, un té!

—Enseguida, milady. ¿Se lo llevo al salón? ¿O a la sala de costura?

—¡Me da igual! —Caminó como si fuera a la guerra hasta el salón y los niños la siguieron sentándose a su lado dispuestos a tomar el té con ella.

En ese momento llegaron sus amigas y no llegaban solas. Iban con todos sus hijos. Estaba claro que ese momento no era el mejor para regresar al lecho con su marido.

Cuando Henry regresó, los niños corrían por el salón persiguiéndose los unos a los otros mientras las tres hablaban en el sofá tomándose un té. El conde y Rick abrieron los ojos como platos cuando Alexander Torrington junior levantó una figura de porcelana que les habían regalado sus padres por

la inauguración de la casa y costaba una pequeña fortuna. Afortunadamente Chico, que era el más alto de todos, se la cogió de las manos para ponerla en su sitio. Bruce suspiró de alivio a su lado.

Las niñas de casi cuatro años tiraban de los flecos de los cojines destrozándolos, pero al parecer su esposa no se enteraba de nada cotilleando ensimismada con sus amigas.

—¡Qué ocurre aquí! —gritó sobresaltándolos a todos. Las niñas le miraron con temor y los únicos que estaban aliviados de verle eran sus niños.

—Estamos tomando el té —dijo Corianne como si nada.

—¿Dónde están las niñeras?

Las amigas de su mujer se sonrojaron. —Como vosotros también tenéis niños, pensamos que no os importaría —dijo Elizabeth mirando a Corianne.

—Y no nos importa. —Su mujer se encogió de hombros como si le diera igual.

Entonces se pusieron a hablar de nuevo como si él no existiera y Rick levantó la vista hacia él esperando su reacción. Al ver que los niños se ponían a correr de nuevo por el salón, apretó los puños. Le había prometido a su mujer que la casa estaría llena de niños, pero en ese momento estaba inconsciente. Volvió la vista hacia Bruce y siseó —Que vengan las doncellas y los lacayos. Quiero uno por niño para que no se muevan.

Diez minutos después cada niño estaba merendado con un sirviente a su lado, separado de su hermano o hermana. Estaban tan calladitos que daba gusto

y satisfecho se sentó en su sillón mientras las mujeres le miraban asombradas porque había conseguido algo imposible. Silencio.

Bruce le sirvió el té y sus niños se sentaron en el suelo ante la mesa calladitos merendando sin supervisión.

—¿Cómo lo ha hecho? —preguntó Elizabeth ansiosa—. Dime tu secreto.

—¿Tener servicio de sobra? —Corianne divertida bebió de su té.

—Sois demasiado permisivos con los niños. Mira Chico, será el mejor mayordomo de Londres. Va a la escuela y cuando llega hace sus tareas.

Practica lectura todos los días y supervisa continuamente la casa.

El niño enderezó la espalda orgulloso.

—Claro, pero ellos son mayores —dijo Johanna mirando a sus niñas.

—Tienen ocho años.

Miró sorprendida a su marido porque supiera eso. El Conde le guiñó

un ojo. —Deben saber lo que está bien y lo que no. Nuestros niños lo han aprendido de la peor manera. Vuestros hijos son unos privilegiados y no pasarán por eso. Nosotros tenemos ventaja en ese aspecto. Cuando tengamos nuestros propios niños, se lo enseñaré desde bien pequeños. El árbol debe ir derecho desde pequeño, que luego se tuerce y no tiene arreglo.

Sus amigas asintieron sin sentirse ofendidas en absoluto y Corianne se

echó a reír sin poder evitarlo. Todos la miraron asombrados y su marido entrecerró los ojos. —Querida, ¿de qué te ríes?

—Como has sido tú, que nos digas eso...

—Yo era muy disciplinado de pequeño.

—Entonces tu teoría hace aguas, porque eso demuestra que aunque de pequeño seas un niño modelo, puedes ser un desastre de adulto.

—Yo era muy revoltosa de pequeña y he salido bien. —Todos miraron a Johanna como si estuviera loca y se sonrojó ligeramente. —He salido bien.

—Claro, amiga. —Elizabeth le dio palmaditas en la pierna. —Yo era un torbellino, pero vivía en el campo y mi padre dejaba que hiciera lo que me diera la gana.

—Y has salido toda una dama. —Corianne cogió una pasta. —Los niños tienen que divertirse. Tienen que jugar y ser niños.

—Querida, ¿cómo fue tu infancia?

Corianne se sonrojó intensamente. —No podía hacer nada, ¿contento?

Por eso lo digo.

—Tiene que haber de todo —añadió Elizabeth—. Alex está desesperado buscando una institutriz que les trate con firmeza.

—A mi James les gustan así. Dice que son unas diablillas encantadoras.

—Pues tus diablillas han destrozado los cojines de mi abuela.

Johanna jadeó mirando los cojines y se sonrojó intensamente. —Se

pueden arreglar. Yo me encargo.

—¿Desde cuándo cosas? —Elisabeth la miró como si le hubieran salido dos cabezas.

—Intento ser una dama. Ya lo sabes.

Henry puso los ojos en blanco, pensando que las amigas de su esposa eran una mala influencia.

—Por cierto —dijo la duquesa—, pensaba que tu hermana llegaba en unos días.

—Y así es. —Corianne sonrió encantada. —Estoy deseando verla.

—Pues esta mañana hemos visto al circo montando su carpa en el lugar de siempre en Hyde Park. —Johanna la miró extrañada. —Estábamos en nuestra cabalgata matutina y lo hemos visto, ¿verdad Lissi?

Corianne perdió la sonrisa. —Eso no puede ser. En cuanto June ponga un pie en Londres, vendrá a casa. —Nadie supo qué contestar y Corianne dejó

el platillo sobre la mesa nerviosa. —¿Estáis seguras?

Ambas asintieron y se levantó de inmediato. —Cielo, ¿a dónde vas? —preguntó el Conde levantándose.

—Al parque. Voy a ver a mi hermana. Si no ha venido, es que le ha ocurrido algo.

Henry la siguió y Johanna gritó —¡No te preocupes, a lo mejor llegaba

después, y la carpa se ha adelantado!

Sonrió aliviada. —Sí, puede ser eso. ¿Os importa si...?

—Vete, tranquila. Somos de confianza —dijo Elizabeth viendo como los niños se levantaban en cuanto el Conde desapareció en el hall y empezaban

a corretear de nuevo sin que les hicieran ni caso a la servidumbre.

—A ver si el Conde va a tener razón. —Johanna hizo una mueca cuando una de sus hijas se tiró sobre la otra para coger una pasta que tenía en la mano.

—Sí, igual tiene razón.

Nerviosa sentada al lado de su marido, miró por la ventanilla de su carruaje. —Si no ha venido está herida.

—Preciosa, no te preocupes. Seguro que está bien.

—Su trabajo es muy peligroso.

—Lo sé. Pero si hubiera tenido un accidente seguro que ya nos habría llegado alguna noticia. Es muy famosa.

Se mordió el labio inferior mirando por la ventana de nuevo, cuando ante sus ojos vio las carretas del circo rodeando la carpa que los operarios estaban elevando en ese momento. Jadeó pegando la nariz al cristal. —¡Luke, detente!

Su marido se pegó a su lado. —¿Qué ocurre?

—¡Es el Tidwell! —gruñó viendo la punta de la carpa de color azul y blanco elevándose—. ¡Serán ladrones! ¡Ese es nuestro sitio!

—Es una buena noticia. Tu hermana está bien. —Miró su trasero y pasó la mano por él. —Preciosa, me acabo de acordar que nunca nos hemos amado en el carruaje...

Ella le dio un manotazo sin despegar la vista del circo. —Serán ratas.

Estos se han enterado de que el circo Real está de camino y quieren comerles la tostada.

—Les van a comer más que la tostada, porque si tardan una semana en llegar, se quedarán sin clientes. Y sin sitio.

Corianne les miró con odio. —¿Sabes los problemas que ese Tidwell provocó en el Circo Campbell? Les robaron con la carpa nueva y mi hermana tuvo que trabajar hasta la extenuación para pagar las deudas.

—Pero se convirtieron en el mejor circo del país. —Acarició su cintura. —Ven aquí, que ahora que estamos solos, vamos a aprovechar el tiempo.

Corianne jadeó apartándole para mirar de nuevo por la ventanilla y su marido puso los ojos en blanco sentándose en su asiento. Arrodillada en el suelo su esposa jadeaba cada cierto tiempo, hasta que le miró con los ojos como platos diez minutos después. —¡Le han robado la cara a mi hermana!

—¿Qué disparates dices? —Se acercó a la ventanilla y el Conde vio

cómo un cartel, con la cara de una mujer que se parecía muchísimo a la princesa del circo, era colocado en el lateral de una de las carretas. —La musa

del Circo. La trapecista más hermosa de todos los tiempos. —Silbó por lo que eso significaba.

—¡Serán cabrones!

Miró a su esposa sorprendido. —¿Dónde has aprendido esa palabra?

—¡He vivido en un circo! —Nerviosa se sentó ante él apretándose las manos. —¡Les van a robar la taquilla!

—Cielo, no puedes evitarlo. Es la competencia.

—¿Sabes lo que cuesta mantener un circo? Tienes que tener ideas continuamente. ¡Esos les han robado la imagen y apuesto que el espectáculo!

¡Aunque no será tan bueno, porque mi hermana es única!

Henry sonrió. —Pues si es única no tendrán nada que hacer, ¿no crees?

—Ese Tidwell... esto es una provocación.

—Uy, uy, uy... preciosa tú vas a volver a casa a dormir una siesta. Es lo que necesitas. —Corianne entrecerró los ojos antes de mirar por la ventanilla de nuevo. —¡Esposa, hablo en serio! ¿Crees que no hemos tenido bastantes líos

desde que nos casamos?

—Esos líos eran cosa tuya. ¡Este es cosa mía!

—¡Te recuerdo que el disparo te lo pegaron a ti!

—¡Tengo que hacer algo antes de que llegue el Circo Real! ¡Ese es su sitio! ¡Son unos ladrones que no hacen más que sangrar a mis amigos! ¡Se va a enterar de quienes somos!

—Preciosa, tú eres la Condesa de Wodsworth. No eres del circo. ¡Eres una dama que va a volver a casa de inmediato! ¡A casa, Luke! —gritó sin quitarle la vista de encima—. ¡Y escúchame bien! ¡No te acercarás a ese circo ni a cien metros! ¡Es una orden!

Corianne chasqueó la lengua cruzándose de brazos, pensando en que podía hacer para espantarles. Sus ojos brillaron cuando se le ocurrió una idea. Era la venganza perfecta por todo lo que Tidwell les había hecho.

—Esposa, esos ojitos maliciosos no me dan buena espina. ¡Te voy a encerrar en la habitación! ¡Así piensas mejor en atender a tu marido!

Jadeó ofendida. —¡Yo atiendo a mi marido! ¡Pero no te dejabas!

—¡No me lo recuerdes! —Se revolvió incómodo y ella sonrió

acercándose para sentarse sobre sus rodillas. Su marido estaba excitado y gimió cuando sintió su muslo sobre su sexo. —No te muevas que... —gruñó atrapando su boca. La cogió por la cintura pegándola a su cuerpo y acarició su

espalda llegando a su nuca, moviendo su cabeza para profundizar el beso deshaciéndole el recogido. Ansiosa se aferró a su cintura correspondiendo de tal manera que su marido gimió de deseo bajando sus manos hacia sus glúteos

y amasándolos con fuerza. Corianne apartó su boca cerrando los ojos y su marido juró por lo bajo besando su cuello. —Tienes mucha ropa.

El coche se detuvo, pero ellos no se dieron ni cuenta hasta que alguien

golpeó la portezuela. Henry levantó la vista hacia ella y siseó —Nada de charlas, ¿me oyes?

Asintió con la respiración agitada y se apartó a toda prisa. Su marido casi saltó del carruaje y la cogió de la mano tirando de ella. Tuvo que pegar un salto para no caer.

—¡Henry! —protestó sin que le soltara la muñeca.

—¡Ahora no!

Entraron en la casa ignorando a Bruce y a sus amigas, que aún estaban

en el salón. Ambas se levantaron al verles pasar y Corianne tiró de su mano para meter la cabeza en el salón toda despeinada y gritar —¡Os veo mañana!

Su marido tiró de ella hacia la escalera y subió los escalones como si

fuera a la guerra y Corianne gritó porque como no se daba la suficiente prisa,

se la cargó al hombro a mitad de las escaleras. Sus amigas desde el hall sonrieron maliciosas antes de gritar —¡Niños, nos vamos!

Corianne boca abajo soltó una risita antes de caer sobre la cama

rodeada de seda. Su marido arrodilló una pierna entre las suyas y desgarró el

escote de su vestido. —¡Henry! —exclamó asombrada antes de gritar al sentir

como acunaba sus pechos para besarlos apasionadamente. Corianne se mareó

de placer acariciando su cuello y cuando mordisqueó sus pezones, arqueó la

espalda como pidiendo más. Sumida en su placer ni se dio cuenta que se apartaba levantando sus faldas cubriendo su cara. Gritó cuando su mano acarició su sexo por encima de la ropa interior, retorciéndola de placer antes de que rasgara sus pantaletas y su lengua la volviera loca de necesidad. Cada fibra de su ser respondió a sus caricias y fue una auténtica tortura. Su miembro

entró en su interior de un solo empujón y gritó pensando que la mataría de placer. Sentía que su interior se tensaba con fuerza a su alrededor, pero la liberación no terminaba de llegar y gimió de frustración. Su marido entró en ella de nuevo y fue como si su cuerpo explotara en mil pedazos mientras Henry no dejaba de moverse alargando su placer.

Cuando volvió en sí con una mano y medio atontada, apartó las faldas de la cara para ver a Henry desvistiéndose sin dejar de mirarla como si quisiera devorarla. La excitación volvió de nuevo y más cuando vio su maravilloso torso desnudo. Se sentó sobre la cama y se lo acarició besándole entre los pectorales. —Te amo tanto —susurró contra su pezón estremeciendo a su hombre.

—Demuéstramelo, preciosa.

Horas después con la ropa destrozada a su alrededor y únicamente con los botines y el corsé puesto miraba al techo con la respiración agitada y con la piel perlada de sudor.

Su marido agotado se dejó caer a su lado. —Ha sido... Preciosa,

mueves ese trasero como nadie. —Se sonrojó intensamente y Henry se echó a reír al ver que estaba avergonzada. —Es bueno que hablemos de estas cosas. —¿De verdad? —Se puso de costado para abrazar su torso. —Pues a mí me encanta eso que haces con la lengua.

Él se echó a reír abrazándola y pegándola a su cuerpo. —Ya me he dado cuenta. —La besó suavemente en los labios.

—¿Sabes? No quiero renunciar a que me toques por tener un bebé. —

Los ojos de Henry brillaron y acarició su espalda hasta su trasero colocándola sobre él.

—¿De verdad?

—Ya llegarán cuando Dios quiera. Además tenemos niños, ¿verdad?

Él sonrió. —Nunca faltarán niños en esta casa. Te lo prometo.

—Te quiero. —Besó su pecho y susurró —Y estoy hambrienta.

Riendo su conde se levantó de la cama para ir hasta su bata y entonces

ella fue consciente de que estaban en su habitación. Se quitó los botines a toda

prisa y se dio la vuelta en la cama. —Cariño...

Él se acercó y le acarició el trasero antes de desatar el lazo de su corsé.

Apretó los labios al ver la cicatriz de su espalda al liberarla de su corsé. Le besó suavemente en la columna bajando hasta la curvatura de su trasero y Corianne suspiró sintiéndose amada. Puede que no se lo hubiera dicho nunca y

puede que nunca lo hiciera, pero ese hombre la quería. Él acarició con suavidad su cadera apartándose y susurró —Mejor voy a por algo de comer.

—Tarta. Quiero tarta.

Un marido levantó una ceja. —¿Es uno de esos caprichos de las mujeres en estado?

—Puede. Te lo diré en unas semanas. Sino es un capricho de tu esposa.

—Tus deseos son órdenes, preciosa.

Fue la noche más maravillosa de su vida y se amaron una y otra vez después de comer pollo frío con tarta de chocolate. Bebieron vino y charlaron tumbados ante el fuego mientras no podían dejar de acariciarse. Sentada sobre

él, le abrazó por el cuello susurrando en su oído —Eres lo mejor que he tenido nunca.

—Lo mismo digo.

—¿No te arrepientes de que te hayan obligado a casarte conmigo?

Se miraron a los ojos. —No voy a negar que al principio no estaba muy contento.

—¿Y ahora?

—Ahora no te cambiaría por nada.

Fue como si le regalara la luna y sus preciosos ojos castaños se llenaron de lágrimas. —Te querré siempre.

—Lo sé.

Capítulo 13

Esas dos palabras se le quedaron dentro y al día siguiente no dejaba de darle vueltas. Ella esperaba que después de decirle que no la cambiaría por nada le dijera que la amaba, pero en lugar de corresponder a su declaración de

amor, había dicho “Lo sé”. Era su esposa, había cambiado a su lado, pero en ese momento no pudo evitar sentirse más su amante que su esposa y eso la inquietó.

Iban de camino a Palacio porque la Reina les había invitado a tomar el té. Al parecer quería ver a Corianne después de todo lo sucedido.

Afortunadamente sus amigas estaban invitadas, así que no estarían solos con ella. Era obvio que sabían que ellas estarían al tanto de todo lo que había ocurrido, así que no tenían que disimular. Su marido estaba algo tenso porque

el plan de la Reina era una suposición, pero él se lo había tomado muy en serio. Que la hubiera puesto en riesgo, le ponía de los nervios.

Sonrió cogiendo su mano. —Cielo, relájate.

—¿Que me relaje? Esa bruja debería meterse en sus asuntos.

Se echó a reír. —Es la Reina, su obligación es meterse en los asuntos de todos.

—Ya se ha metido en nuestra vida bastante, ¿no crees?

—Lo dices como si hubiera cometido un error con nosotros y no lo ha hecho. ¿O sí?

—¿Buscas guerra, esposa?

—¿Yo? —Le miró sorprendida. —¿Por qué lo dices?

—Porque desde esta mañana te veo algo tensa.

—No es cierto. —Enderezó la espalda aún más. —Me has dejado de lo más relajada.

—¿Seguro? ¿Todo va bien?

—Por supuesto.

—Es por ir a Palacio. Pone de los nervios a cualquiera.

—A ti te relajaba mucho —dijo mirando por la ventanilla.

—¿Ves?

—¿Qué?

—¡Llevas con esas pullas toda la mañana!

—¿Qué pullas? Cariño, estás muy sensible. ¿Estás bien? —Henry la miró como si intentara descubrir si hablaba en serio o no. —Relájate, solo será una hora como mucho. —Le cogió la mano dándole ánimos y su marido se la apretó como si temiera perderla.

En cuanto entraron en el salón, se dieron cuenta que eran los primeros en llegar. —Estupendo.

—Vendrán enseguida —dijo siguiendo al lacayo que les mostró un sofá de seda dorada en donde se sentaron a esperar. Corianne dejó su bolsito a su lado y su marido se abrió la chaqueta del traje negro que llevaba. Ella

acarició

su muslo y sonrió dándole ánimos—. Estás muy guapo.

—Tú sí que estás hermosa. El rosa es tu color.

Se sonrojó de gusto. —Este no me lo destroces.

Su marido se echó a reír asintiendo cuando en ese momento se abrió la puerta dando paso a sus amigas que sin decir una palabra se acercaron a toda prisa. Corianne perdió la sonrisa. —¿Qué ocurre?

—No ha invitado a Marian —dijo Elizabeth refiriéndose a la ahijada de la Reina. Miró de reojo a su marido.

—Quizás es por mi culpa —dijo Henry divertido—. Aunque la última vez que nos vimos parecía que todo había pasado, igual su marido aún está algo molesto conmigo.

—No, no es eso. —Elizabeth se sentó a su lado. —Ambos se dieron cuenta que era una provocación que no iba a ningún sitio.

—Bueno, a ningún sitio... La Reina lo aprovechó para casarme.

—¿Te estás quejando? —preguntó poniéndose nerviosa.

—No, querida. ¿Cómo voy a quejarme con la suerte que he tenido?

—Shussss, os van a oír —susurró Johanna mirando al lacayo que se había quedado en la puerta—. Yo creo que nos ha llamado por lo de Linnet y las joyas.

—¿Tú crees? Pensaba que quería comprobar que yo estaba bien.

En ese momento se abrió otra puerta y la reina entró en el salón

provocando que todos se levantaran. La Reina les sonrió, lo que fue un verdadero alivio, y todos se inclinaron con respeto.

—Sentaros. Me alegra verla tan bien, Lady Corianne. Me alegra mucho.

—Me encuentro mucho mejor, Majestad. —Se sentó al lado de su marido. —Muchas gracias.

La Reina Victoria hizo un gesto de asentimiento y empezaron a

servirles deliciosos pasteles y pastas mientras una doncella les servía el té. La

Reina miró a sus amigas y sonrió a Johanna. —Me alegro de verlas. Y me alegro de su puntería, Lady Johanna, aunque no esperaba que tuviera que demostrarla matando a uno de mis Lores.

—Alguien tenía que hacerlo.

La Reina se echó a reír. —Muy bien dicho. —Hizo un gesto al servicio,

que dejando la tetera de plata sobre la mesa, salieron de inmediato dejándoles

absolutamente solos. Algo muy extraño porque normalmente siempre se

quedaba alguien con su Majestad para asesorarla o protegerla. Victoria miró a Henry con una sonrisa en los labios. —Al parecer está enfadado conmigo, Conde. Desahogase antes de que le salga una úlcera.

—Majestad, no estoy nada contento por cómo utilizó a mi esposa para solucionar este asunto.

—No esperaba que Lord Cortford le disparara. Eso se lo aseguro.

Debía acelerar su presidio cuanto antes.

—¿Y la razón?

La Reina sonrió. —¿No puede dejarlo así?

—No, Majestad. Quiero saber qué ocurre.

—Cierta asesor que usted y yo conocemos, me aconsejó apresarle a usted por los robos de las joyas. No me hubiera metido en esto, si cierto joyero no se hubiera puesto en contacto conmigo al comprar cierto collar de cierta dama, cuya reputación podría sufrir mucho si esto se supiera. Las otras no me importan, porque si han sido infieles a sus maridos es su problema. Pero esta dama no se toca y no se la tocará nunca. ¿Entiende?

—Si está insinuando que yo o alguno de mis amigos hemos tenido algo con su querida ahijada, está equivocada, Majestad. Esa dama nunca ha estado en mi casa.

—Lo sé. —Sonrió satisfecha. —Pero no es esa dama de la que hablo y no pienso decir su nombre. De todas maneras, debía resolver este tema antes de que el nombre de esa dama saliera a la luz.

—¿Y para protegerla a ella era imprescindible tirotear a mi esposa? —preguntó intentando controlarse.

—Debía sacar a la luz que era un ladrón y dejarle en evidencia para que su credibilidad fuera nula, Conde. Que disparara a su esposa, queriendo matarle a usted, ha limpiado su imagen ante las malas lenguas. Y así evitar que

podrían decir que usted estaba implicado en los robos. Mi plan ha salido incluso mejor, porque Lady Johanna no llegó a matarle en el acto.

Johanna sonrió encantada. —Un placer ayudar, Majestad. Cuando

quiera que pegue cuatro tiros, avíseme. Desde que me he casado, mi vida es algo monótona.

—Lo tendré en cuenta —dijo reprimiendo la risa. Miró a Elizabeth que

para todos era obvio que no tenía ni idea de por qué estaba allí—. Duquesa, resolveré sus dudas enseguida. —Cogió su taza de té y le dio un sorbito haciendo que los demás hicieran lo mismo. Corianne miró de reojo a su

esposo, que no es que estuviera precisamente contento. —Tengo entendido que

su esposo es muy amigo de Jack Sterling, Duquesa.

Eso sí que no se lo esperaban y Elizabeth se sonrojó. —Sí, milady. Ha demostrado ser un amigo en diversas ocasiones.

—Según me ha comentado el propio Sterling, el Duque fue decisivo para encontrar a su hija y se lo agradecerá siempre.

—Así es, Majestad.

—Que el señor Sterling quiera retirarse es un problema muy grave

para mí. Supongo que se hacen cargo. Los robos y los asesinatos se

multiplicarían en la ciudad sin su control. —Todos asintieron comprendiendo

lo que quería decir. —Me ha prometido que hasta que no encuentre un sucesor

con mano de hierro, no abandonará su puesto, pero dudo que haya otro como

él.

—Si Sterling ha dicho que le encontrará, no debe dudarle, Majestad —
dijo su marido muy serio—. Siempre cumple su palabra.

—Lo sé. Pero se hace mayor y temo que otro ocupe su sitio antes de
que encuentre sucesor. Si muriera de repente, Dios no lo quiera, sería un
desastre. Puede que quien ocupe su lugar no tenga su integridad.

—¿En qué puedo ser yo de utilidad, Majestad? —preguntó Elizabeth
algo inquieta.

—Quiero que hable con su esposo y piense en un sucesor para su
amigo en caso de que Sterling no encuentre lo que necesito.

—¿Entre nuestra sociedad? —preguntó asombrada.

—Exacto. Si se me hubiera ocurrido esta idea antes, el Conde hubiera
sido perfecto, pero ahora le he casado y debe cuidar a su familia.

Corianne suspiró del alivio antes de mirar a su esposo que se había
quedado de piedra. —Disculpe Majestad, pero creo que está equivocada. Esa
función debe cumplirla alguien que esté en la organización y la conozca bien.

Que se haya creado un nombre desde la infancia y que le teman como a la
peste. Un hombre de nuestra sociedad sería despreciado entre ellos. Le
matarían antes de seguir sus órdenes.

La reina entrecerró los ojos pensando en ello. —Quiero que su sucesor
tenga buenas relaciones con la alta sociedad y se sienta a gusto entre ellos.

—Quiere un espía.

La Reina sonrió. —Siempre ha sido muy listo, Conde. Por eso usted

hubiera sido perfecto. En los muelles se mueve mucha información y debo estar al tanto de todo. Jack Sterling es un caballero que ha empezado desde abajo, pero necesito alguien que sea un igual. Él no puede ser recibido en cualquier casa de Londres, por mucho que los Duques le inviten a sus cenas.

—Sin relacionarse con ellos, seguro que Sterling ya le proporciona bastante información.

—Es cierto que colaboramos. Ambos somos necesarios en nuestro puesto. Pero con Sterling ciertos caballeros no se abrirían como con un igual.

—Si saben que dirige la organización de Sterling, no dirán nada. Le temerán.

—A mí me temen y quieren mi favor —dijo la Reina sabiamente haciendo sonreír al Conde.

—Disculpe Majestad —dijo Elizabeth pensando en ello—. ¿Y su yerno?
El yerno de Sterling.

La reina sonrió. —Otro que era perfecto, pero su esposa tiene un carácter... Como se entere de que colabora en esto, es capaz de venir a Palacio para darme una paliza.

Todos se echaron a reír porque era cierto que la hija de Sterling era de armas tomar. —No hay prisa. Todavía. Sterling parece estar en perfecto

estado

de forma, pero quiero tener opciones en caso de que llegue el momento.

—Bien, Majestad. Hablaré con mi esposo para que piense en posibles candidatos.

La Reina bebió de su taza y miró a Corianne. —Me han dicho... —

Colocó la taza de porcelana sobre su platillo. —Que ha llegado un circo a la ciudad. —Se tensó con evidencia apretando los labios. —El Tidwell, ¿no es cierto?

—Desgraciadamente, Majestad. Mi hermana llegará en unos días y tendrá el sitio ocupado.

—Una desgracia. Me ha disgustado escuchar que intentan imitar al

Circo Real, que se ha ganado a pulso ser el mejor de Inglaterra. Además ha llegado a mis oídos cierto timo con la venta de una carpa por parte de Tidwell que casi arruina al Campbell.

—Cierto, Majestad.

—No la provoque que ayer vi en su mirada las ganas que tenía mi

esposa de quemar ese circo hasta los cimientos —dijo Henry divertido. Las cuatro le miraron muy serias y su marido perdió la sonrisa poco a poco. —

¡No hablareis en serio!

—¡Se lo merecen por ladrones! ¡Hasta le roban el sitio donde colocar

la carpa! —exclamó su esposa sin importarle estar ante la Reina. Todas

asintieron y Victoria sonrió antes de beber de su taza, lo que les decía claramente que estaba de acuerdo.

—¡Estáis locas! ¡De ese circo dependen familias! ¡No podéis arruinarles!

Las cuatro se sonrojaron incluida la Reina, que carraspeó. —Quizás un aviso no les arruinaría y así sabrían que no deben competir contraviniendo el parecer de la Reina. No me gustaría disgustarme cuando la Princesa del Circo no pueda actuar dentro de una semana. Mis disgustos son terribles, Conde. Ya

lo sabe.

Henry puso los ojos en blanco y la Reina se levantó dando por terminado el té. —Tendrán noticias mías.

Todos se levantaron para inclinarse ante ella. —Majestad, estamos a su servicio —dijo el Conde y era sincero.

La Reina se acercó a él sonriendo. —Me gusta su nueva personalidad Conde, pero no pierda su esencia. Esa rebeldía que mostraba hace un año era embriagadora.

Henry levantó una ceja. —Descuide, Majestad. Continúa ahí.

La Reina se echó a reír asintiendo y salió del salón dejándoles a todos asombrados. Corianne le fulminó con la mirada y él levantó las manos. —
¡No

he hecho nada!

—¿Estaba flirteando contigo? —siseó sin poder creérselo.

—¡Solo estaba alabando mi carácter!

—¡Ya te voy a dar yo alabanzas! —Caminó hacia la puerta mientras sus amigas reprimían la risa por sus celos.

—¿Nos reunimos en tu casa? —preguntó Elizabeth excitada.

—¿Para qué? —Henry la miró con desconfianza.

—Para hacer el trabajo que nos ha encargado la Reina —dijo Johanna como si fuera tonto.

—Condesa...

—Sí, nos vemos en mi casa.

—¿Ahora es tu casa?

—Cariño, no te pongas pesado. Sigo instrucciones reales. Es una misión. —Entrecerró los ojos pensando en ello. Por ella les quemaba el circo hasta los cimientos, pero su marido tenía razón. No podía dejar a todas esas familias en la indigencia.

—¡Decidido, te encerraré en la habitación! —Miró a Johanna. —Por cierto, ¿tú no estabas castigada?

—A mi James le duran muy poco los enfados. Unos mimitos y se le olvida todo.

Elizabeth se echó a reír. —Cierto, eso siempre funciona.

—¿De veras? —preguntó Corianne haciendo que su marido la cogiera del brazo.

—Sabía que estas mujeres eran una mala influencia —dijo en voz baja.

—¿Qué ha dicho? —Johanna le miró mosqueada. —No habrá dicho lo que creo que ha dicho, porque somos las mejores amigas que se pueden tener.

—Lo sé —respondió Corianne sonriendo—. ¿Qué amiga te pegaría un tiro sin razón solo porque se lo pidieras?

—Exacto.

Elizabeth soltó una risita antes de saludar con la cabeza a una conocida.

—Acostúmbrese, Conde. Así se llevará menos disgustos.

Henry gruñó tirando de su esposa hacia la salida.

El conde no tuvo ni idea de cómo lo hicieron, pero se subieron a su carruaje y al final fueron todos juntos hacia Mayfair.

—Esto es estupendo, así podemos empezar a idear el plan desde ahora.

—Johanna emocionada se apretó las manos. —¿Qué hacemos? ¿Incendiamos un par de carretas?

—Tienen que saber que deben dejar al Circo Campbell en paz —dijo ella intentando encontrar la solución. Miró a su marido—. ¡Podías ayudar!

—¡No voy a ayudar porque no vas a hacer nada! ¡Asunto acabado!

Se volvió hacia sus amigas sentadas frente a ellos. —Bien, ¿qué hacemos?

—Pegarle un tiro a Tidwell —dijo Johanna—. Se lo merece por ladrón.

—Te aseguro que mi cuñado estaría encantado, pero puede que eso hiciera que todas esas familias acabaran en la calle. No sabemos las consecuencias que eso puede tener.

—Bien, nos disfrazamos y entramos esta noche en su carreta. Le amenazamos le pegamos unos mamporrazos y le decimos claramente que debe

alejarse del Campbell —dijo Johanna.

Henry la miró como si estuviera chiflada y siseó —Ahora entiendo lo de la loca Sherman.

—¿Dónde has escuchado eso? —preguntó con los ojos entrecerrados

—. ¿Con quién has hablado?

—¡Lo sabe todo Londres!

—Ah bueno, si es así... —Miró a Elizabeth. —¿Qué te parece el plan?

—No me parece mal. Así sabe exactamente lo que queremos.

—Hecho —dijo Corianne.

—No, hecho no, que tú no vas a ningún sitio —dijo su marido

empezando a perder la paciencia—. ¡Y tus amigas tampoco en cuanto hable con sus maridos!

Jadearon como si las hubiera traicionado y puso los ojos en blanco

antes de sacar la cabeza por la ventanilla y gritar —¡A casa de los Duques de

Stradford! —Cuando metió la cabeza en el interior vio la cara de su mujer, que

parecía a punto de llorar como si estuviera decepcionada con su actitud. —No me mires así que no vas a ablandarme.

—¡Nunca me apoyas en nada! ¡Tú no me quieres!

Las otras dos asintieron cruzándose de brazos y el Conde se sonrojó.

—Claro que te apoyo. Pero no en planes absurdos. Eso es una locura.

—Mi marido me apoyaría —dijo Elizabeth—. ¡Quemaría ese circo él solo!

Le dio un codazo a Johanna que siseó —Lo mismo digo.

—La madre que me... —Miró a su mujer. —¡Olvídate! ¡No es problema tuyo!

—¡Es mi hermana!

—¡Bastante hice hablando con Sterling para lo de Linnet! La protegí entonces, ¿no? No pienso meterme en los problemas de mi cuñado con su circo. ¡Sobre todo si no ha pedido ayuda!

—¡Muy bien! ¡Pues no me ayudes! ¡Lo haré sola!

—¿Qué parte de no vas a hacer nada no has entendido?

—¡Ninguna!

—Muy bien. ¡Ahora sí que te encerraré en tu cuarto! ¡Estás castigada!

Disgustada volvió la cara hacia la ventanilla sin hablar y sus amigas la

miraron con pena. Cuando el carruaje se detuvo, él bajó primero para ayudar a

las damas a salir. La duquesa y la condesa le miraron con odio antes de ir muy

tias hacia la casa Stradford, pero su mujer no se movió del sitio mirando aun

por la ventanilla. —Baja, Corianne.

—Esto es importante para mí y no quieres ayudarme. Eso demuestra que no sientes nada por mí.

—¡No digas disparates!

—¡Si me quisieras, lo harías! ¡Yo estaba dispuesta a recibir un tiro por ti! —Asombrado vio que se ponía a llorar y que salía del carruaje corriendo hacia su casa.

Cuando miró a casa de los Stradford vio como Elizabeth cerraba la puerta con fuerza y gruñó yendo hacia su casa. Bruce estaba en la entrada esperando a que pasara y le preguntó —¿Qué ha ocurrido, Conde? Su esposa está muy disgustada.

Lo que le faltaba, que el mayordomo le regañara. —No ocurre nada que te importe.

Su mayordomo chasqueó la lengua cerrando la puerta y Henry vio a los niños asomados debajo de la escalera. —¡A vuestras tareas!

Fue hasta la escalera y empezó a subir a toda prisa. Cuando llegó a su

habitación respiró hondo para enfrentarse a su mujer y cuando entró en la habitación frunció el ceño al ver que no estaba allí. Fue hasta su alcoba y abrió

la puerta para encontrarse a una doncella arrodillada ante la chimenea. —¿Y la

Condesa?

—No la he visto, milord. —Se levantó de inmediato. —¿Quiere que la busque?

Se volvió sin responder y sintió la misma sensación que cuando se había ido la última vez. Un temor le recorrió antes de salir corriendo de la habitación. —¿Bruce! ¿Dónde está la Condesa?

—Fue hacia la cocina, milord —dijo asombrado.

Luke entró en la casa agitado. —¿Nos han robado el caballo de la Condesa!

Los niños salieron de debajo de la escalera y miraron a Henry como si todo fuera culpa suya, como siempre. Apretó los puños forzando una sonrisa.

—Volverá. En cuanto la encuentre volverá.

Entró en casa de los Stradford como una tromba cinco minutos después y escuchó a la familia en el salón. Caminó hacia allí para encontrarse a Alex escuchando las protestas de las dos mujeres.

Alex se levantó en cuanto la vio. —Henry, estoy totalmente de acuerdo contigo.

Ambas volvieron a protestar a la vez y Henry gritó —¿Dónde está mi esposa?

Le miraron asombradas. —¿En tu casa?

—¿Otra vez la has perdido? —Alex fue hasta las bebidas. —Amigo, vas a tener que ponerle un cencerro.

—Muy gracioso.

Sus amigas se cruzaron de brazos mirándole como si tuviera la culpa de todo. Exactamente como sus niños minutos antes. —¡No voy a quemar un circo para demostrarle que la quiero! —Levantaron sus cejas y exasperado salió de la casa.

—El pobre está perdido, cielo —dijo Alex a punto de reírse.

—¿Dónde estará Cori? —preguntó Johanna antes de salir corriendo—.

¡Os aviso si está en mi casa!

Henry estaba escondido tras un árbol y entrecerró los ojos al escuchar un crujido a unos metros a su derecha. Intentó ver en la oscuridad, pero la hoguera que estaba en el centro del campamento no dejaba ver más que sombras. Un silbido le tensó y dio un paso hacia donde lo había oído para ver un hombre muy menudo vestido de negro correr hasta una de las carretas.

Henry gruñó antes de correr hacia él y se acercó por su espalda antes de sujetarle por la cintura tapando su boca. Empezó a patalear y cuando se gorra cayó al suelo, Henry vio los rizos rubios demasiado claros para ser los de su mujer. Asombrado la volvió para ver a su cuñada, que antes de que se diera

cuenta le arreó un puñetazo haciéndolo trastrabillar hacia atrás. Corrió alejándose de él y Henry la siguió, pero cómo corría la puñetera.

Uno de los niños se puso ante ella y su cuñada dio un salto por encima del niño cayendo sobre sus manos antes de volver a saltar sobre sus piernas de

una manera que les dejó asombrados. Por algo era la mejor artista de circo que existía en el país. Harto de correr gritó —¡June, soy Henry!

Su cuñada giró la cabeza y al verle se detuvo paulatinamente antes de volverse. —¿Qué diablos haces aquí?

—¡Eso mismo iba a preguntarte a ti! —Caminó hasta ella y la cogió por el brazo llevándola hasta un matorral. Se agacharon detrás y Chico se puso

a su lado vigilando. —¿Has visto a Corianne?

—¿A mi hermana? No.

—¿Cuánto llevas en Londres?

—¡Acabo de llegar! ¡De hecho mi marido no sabe que estoy aquí!

¡Tengo que volver antes de que Russell se despierte!

—¡Estáis locas!

—¡Eh! ¡Esos cabrones solo quieren aprovecharse de mi éxito!

—¡Lo que decía! ¡Igualitas y locas!

Escucharon un ruido y se callaron antes de escuchar otro silbido. Una

sombra vestida de negro corría de un matorral a otro y June miró a Henry asombrada. —No me digas que esa es Cori.

—¡Está loca! ¡Quiere darle una paliza a Tidwell y la Reina la apoya!

June sonrió de oreja a oreja. —¿De verdad? Su Majestad me adora.

—¡Estamos hablando de mi mujer, gracias! —Vieron dos sombras más y June levantó una ceja interrogante. —¡Sus amigas!

—Pues vamos allá. —Le quitó la gorra que él llevaba y se recogió el cabello ocultándolo.

Miró a Chico, que se encogió de hombros antes de salir corriendo tras las chicas. —Si no puedes con ellas ...

Corrió tras ellas y vio cómo se acercaban a la carreta más grande desde varios puntos hasta encontrarse tras ella. Cuando June se puso a su lado, Corianne no se dio ni cuenta, pero cuando él llegó caminando tranquilamente sí que se dio cuenta y abrió los ojos como platos.

—Bien, ¿qué hacemos? —preguntó June sonriendo de oreja a oreja.

Cuando Cori vio a su hermana soltó un chillido y Henry le tapó la boca con la mano. Se calmó y dejó que la abrazara con fuerza. —Señoras, no es el momento de ponerse a charlar. Acabemos con esto. Vigilar.

Él abrió la puerta de atrás de la carreta lentamente y crujió. Todos

retuvieron el aliento, pero como no ocurrió nada, subió los escalones sin hacer ruido y cuando vio al tipo que había tirado en la cama con una mujer desnuda a su lado, tragó saliva pues era una mole de ciento veinte kilos de puro músculo. Al ver a la rubia que estaba a su lado, supo que era la de los

carteles. Sintió la presencia de los demás tras él.

—Cuidado con la pistola que estará en la mesilla —susurró June antes de sacar un cuchillo de su bota.

Esas hermanas eran imposibles, pensó antes de ver a Johanna con otro cuchillo en la mano y a Elizabeth con una pistola. La única que no llevaba un arma era su esposa, pero lo que sí llevaba, era un palo lo bastante grueso como para abrirle la cabeza a alguien. Divertido decidió terminar cuanto antes

apartando a su esposa y alejándola todo lo posible. Pensó que cómo le pasara algo a la duquesa o a Johanna, sus maridos iban a matarle. Le hizo un gesto a

June para que se encargara de la rubia y su cuñada tapándole la boca le puso el

cuchillo bajo la barbilla, antes de que él le diera a Tidwell un codazo en las costillas que le dejó sin aliento. Cuando el hombre abrió los ojos, alargó una

mano hacia la mesilla y Johanna le enseñó la pistola sonriendo de oreja a oreja. Iba a gritar cuando Henry le dio un puñetazo que hizo que su cabeza

rebotara contra el cabecero de la cama, mientras la rubia muerta de miedo intentaba gritar bajo la mano de June.

Henry le cogió por su pelo negro y susurró —Me envía la Reina. —El

tipo abrió los ojos como platos. —No le gusta tu presencia aquí y quiere que te

vayas de inmediato. —Señaló a June, que sonrió antes de golpear a la rubia en

el pómulo provocando que perdiera el sentido. —La Princesa del circo está

enfadada y su Majestad no puede tolerarlo. ¿Lo has comprendido?

June saltó a la cama con agilidad y se subió sobre el tipo a horcajadas

colocando el cuchillo en su garganta. —Debería destriparte por robarnos y por hacer sufrir a los míos. Como te vuelvas a poner en mi camino, no seré tan

benévola. No lo olvides. —Furiosa clavó el cuchillo en su hombro derecho y

Henry le tapó la boca con fuerza mientras gritaba de dolor. Tidwell asustado levantó la pelvis con fuerza y June cayó a un lado. El conde le golpeó en la cara de nuevo para desmayarle, porque sino daría la voz de alarma, pero el puñetazo no pareció afectarle demasiado. Miró a su mujer, que levantó el palo

y Henry apartó la mano de su boca justo a tiempo de que rompiera el palo sobre su cabeza, provocando que perdiera el sentido.

Todos se miraron y June susurró —¿Está muerto?

—Menudo porrazo que le has dado —dijo Johanna divertida.

—Shusss —susurró Elizabeth—. Hora de irse.

Fueron hacia la puerta y cuando la abrieron se quedaron de piedra al

ver a un hombre reteniendo a Chico. El niño estaba asustado, porque estaba amenazado por un cuchillo.

—¿Quiénes sois? —preguntó el hombre en voz alta.

Todos salieron lentamente listos para luchar justo en el momento que

varias personas salieron de las carretas armados hasta los dientes.

—Esto se pone feo —susurró Henry cogiendo a su esposa y poniéndola tras él.

—Chico. —Asustada miró a su alrededor buscando una salida, pero estaban en clara desventaja.

—¡Es la Princesa del Circo! —gritó una mujer que llevaba una pistola en la mano.

—¿Qué buscas aquí? —preguntó otro.

—¿Qué busco aquí? —June sonrió dando un paso hacia el hombre que tenía al niño. —Busco trabajo. ¿Me lo dais?

—¡Miente! Nunca dejaría el Campbell. Nunca dejaría el Circo Real para trabajar aquí —dijo un hombre a su derecha.

—Eso es cierto.

June gimió al escuchar la voz de su marido, que montado a caballo se acercaba a ellos tranquilamente con una escopeta apoyada en el muslo. —Mi esposa nunca dejaría a su familia. Cielo, ¿qué haces aquí?

—Dar un recado de la Reina. —Levantó la barbilla orgullosa.

—¡Mujer, me pones de los nervios!

June soltó una risita. —Lo sé.

Henry miró a su mujer, que se sonrojó intensamente. —Ya hablaremos en casa.

—Eso si salimos de aquí —susurró Johanna—. Mierda, estamos rodeados.

Entonces se prendió una antorcha y otra tras esa. Después de unos

segundos vieron más de cincuenta antorchas rodeando el campamento.
Cuando

sus caras se iluminaron había personal de las tres casas y del Circo Campbell
rodeándoles.

Corianne dio un paso al frente y siseó —Dame a mi niño o te
despellejo vivo.

El tipo soltó al niño, que corrió hasta ella, y Henry la cogió por la cintura. —
Debemos irnos.

Elizabeth y Johanna ya habían corrido hasta sus maridos y subido a sus
caballos.

Russell se acercó sin temor hasta su esposa, que subió tras él con
agilidad sin ayuda. —Tenéis esta noche para abandonar nuestro sitio. Si no lo
hacéis, ateneos a las consecuencias. Estamos hartos de vosotros. —Se acercó
al

cartel colgado en el costado de la carreta y lo arrancó. —¡Buscaros vuestros
espectáculos! ¡Bastante nos habéis sangrado cobrándonos nuestra carpa dos
veces!

—¿Pero qué dice? ¡Si no nos la pago! —gritó una de las mujeres—.

¡Tuvimos que trabajar gratis para pagar la nueva!

—¡Eso es mentira! —gritó el sobrino de Russell furioso.

—Michael, cálmate.

Corianne jadeó asombrada porque estaba claro que Tidwell los había

timado a todos. Su cuñado miró a los componentes del Tidwell y gritó —
¡Soy

Russell Campbell! ¡Los que me conocéis, sabéis que nunca he engañado a
nadie! ¡Vosotros decidiréis si me creéis o no, pero os juro por lo más sagrado
que la carpa fue pagada a la entrega y después Tidwell me volvió a reclamar
el

dinero a través de la corte!

Varios se miraron los unos a los otros indignados y Corianne temió
que les atacaran. Su marido la cogió por el brazo cubriéndola con su cuerpo.

—Cori, aléjate con Chico.

—¡No! —protestó el niño.

Asustada por él cogió al niño en brazos y salió corriendo acercándose
al Duque de Stradford, que con una pistola en la mano siseó —¡Llévate a los
niños! ¡Liss, vete con ella! ¡Johanna, cúbrelos!

Entonces June se subió de pie a lomos del caballo y gritó —¿No nos
creéis? ¡Preguntárselo a Tidwell!

—¿Está loca? Está muerto —dijo Elizabeth asustada.

Muerta de preocupación porque su familia estaba a tiro, abrazó al niño,
pero Johanna la cogió por el brazo tirando de ella hasta detrás de unos
árboles.

Buscó a su alrededor a los demás niños y al verlos tras un matorral, les hizo

un gesto para que se acercaran corriendo. Entonces vio como varios entraban en la carreta del jefe y la carreta empezó a moverse de un lado a otro.

Escucharon que varias cosas se rompían y Tidwell salió corriendo en cueros tropezándose con sus hombres. —¿Qué diablos hacéis? —gritó fuera de sí—.

¿Vais a dejar que nos echen como si fuéramos perros?

Una mujer con un cuchillo en la mano extendió el brazo amenazante. —

¿Nos has hecho trabajar gratis por miedo al hambre? ¡Tú sí que eres un perro!

¡Dame mi dinero!

Tidwell palideció. —¿No sé de qué me hablas!

—¡Hablo de la carpa! ¡Hermano, has ido demasiado lejos! —Se acercó a él y le puso el cuchillo en el vientre. —¿Di la verdad! ¿Te has enriquecido a costa de los tuyos y nos has mentido respecto a Campbell?

—Miente, ¿no os dais cuenta? —Aterrorizado buscó el apoyo de los suyos, pero nadie movió un dedo por él.

Un hombre salió de la carreta y tiró una caja de madera al suelo,

llenándolo todo de monedas. Varios jadearon mirando las monedas en el suelo.

Era una fortuna.

—¡De eso la mitad es mío! —dijo Russell con ganas de matarle.

La mujer se volvió hacia él. —¿Quieres tu dinero? Cógelo.

—¡Hermana!

—¡Ladrón! ¡Esto lo vas a pagar! —La mujer hizo un gesto y sin sentir miedo por él, caminó hacia Russell antes de que cuatro hombres se tiraran sobre Tidwell golpeándole con fuerza.

June y Russell se bajaron del caballo para hablar con ella y Henry observó como mataban a Tidwell a golpes mientras escuchaba la conversación. Al ver que los de circo ya no se mostraban agresivos con ellos, Corianne dejó al niño con sus amigas para correr hacia ellos. Henry la cogió por la cintura. —Preciosa, no mires.

Ella no lo hizo, sino que miró a la mujer que no debía tener ni veinte años. Su cabello negro caía en ondas hasta su cadera y tenía los ojos claros.

—¿Estás segura? Perderás tu parte. Yo soy el dueño de mi circo y no busco socios. —dijo Russell seriamente—. Además, unir los dos circos es el doble de bocas.

—Y el doble de espectáculos. Así se podría cambiar. Un día unos y otro día otros. El doble de entradas —dijo June sonriendo a la muchacha.

Russell puso los ojos en blanco porque sabía que cuando a su mujer se le metía algo en la cabeza, era imposible que diera marcha atrás.

—Solo busco que mi familia no se muera de hambre. Necesitamos un jefe que nos dirija.

—No quiero conflictos entre los dos grupos y sabes que los habrá.

—Tú déjame los míos a mí. Los encauzaré y reprimiré los problemas.

Russell se cruzó de brazos. —¿Cómo te llamas, mujer?

—Lulia Tidwell. —Se volvió hacia el cadáver de su hermano tendido al lado del fuego. —Era mi hermano. —Levantó la barbilla. —Nunca fue buena persona.

Russell se volvió para ver a los suyos tras él. —¡Vosotros decidís! ¡No es solo decisión mía! ¿Queréis que el Tidwell se una a nosotros?

Los del Tidwell les miraron esperanzados y los del Campbell les observaron fríamente. Michael dio un paso hacia su tío. —¿Por qué unirnos a ellos cuando ahora ganamos dinero? ¡No les necesitamos!

June apretó los labios disgustada. —¡Nos necesitan! ¡Cuando yo os necesité, no me negasteis vivir con vosotros!

—Eras tú sola. ¡Ellos son muchos! —gritó alguien de su grupo—.

Muchas bocas que alimentar con la misma taquilla.

Russell miró a Lulia y apretó las mandíbulas al ver la desesperación en sus ojos. —Por favor. Se morirán de hambre. Este último año ha sido horrible.

Creo que mi hermano guardaba ese dinero para abandonarnos.

—¿Por qué no lo diriges tú?

—No tenemos estrella. Ni animales, porque Tidwell no quería alimentarlos. Solo tenemos payasos y equilibristas. Hasta vendió los caballos.

June apretó los labios y susurró —¿Buscas una estrella?

Russell la miró como si estuviera loca. —Ni se te ocurra, preciosa.

Los ojos de Lulia brillaron. —Sí, busco a una estrella.

June se echó a reír. —Tú verás lo que haces esposo, pero o se unen a nosotros o me voy de tu circo.

Los del Russell murmuraron mientras Corianne sonreía sin poder creerlo. Su marido estaba a punto de pegarle cuatro gritos, cuando varios del Campbell se echaron a reír.

—Jefe, cuando la Princesa se empeña en algo... Puede que funcione.

Por probar no perdemos nada.

June chilló de la alegría al igual de los del Tidwell y Russell resignado dijo —Bienvenidos al Circo Real.

Corianne chilló de la alegría y abrazó por el cuello a su marido.

Cuando se dio cuenta de lo que había hecho, se apartó para mirar sus ojos. —

Has venido. Pensaba que no te importaban mis sentimientos.

—Si hubiera sabido que venía medio Londres, me hubiera quedado en casa —gruñó molesto, aunque la besó suavemente en los labios—. Cielo, tus amigas están embarazadas. Suerte han tenido que sus maridos no les dieran una

tunda.

Al volverse vio como el Duque y el conde discutían acaloradamente con sus mujeres, que les hacían poco caso. —Menos mal que les avisé. Venir

solas contra un circo... Has vivido en uno varios meses. ¿No sabías que había vigilancia? Hay que estar locas. ¡Si no hubiéramos venido podríais estar muertas! —terminó gritándole a la cara.

Sonrojada se apartó mientras seguía gritando y miró de reojo a su hermana que sonrió radiante antes de guiñarle un ojo. Miró a Henry con amor y sonrió sorprendiéndole. —¿Estás loca? ¿De qué te ríes?

—Cariño, ¿te pongo de los nervios?

Henry la cogió por la cintura pegándola a él. —No sabes cuánto.

Le abrazó por el cuello. —Eso es que me deseas.

—No preciosa, eso es que te amo tanto que me asustas.

A Corianne se le cortó el aliento mirando sus ojos. —¿De verdad?

La besó suavemente en los labios. —No vuelvas a dejarme.

—No podría hacerlo ahora que sé que me amas. La Reina eligió el mejor marido para mí. Te amo tanto...

Epílogo

Corianne entró corriendo en su salón que estaba vacío y fue hasta el despacho. Bruce salió del comedor y frunció el ceño. —¿Qué busca, Condesa?

—¿Dónde están los niños? ¿Y Henry? —preguntó ansiosa.

—En el salón de baile, milady. Rick está en una clase y están posando.

Corianne caminó a toda prisa hacia el corredor y subió los tres

escalones de mármol para abrir la doble puerta decorada con pan de oro.

Sonrió al verles a todos en el centro del salón de baile, riendo mientras Henry y Rick pintaban en sus caballetes.

Bajó las escaleras sujetándose a la barandilla y caminó por el suelo de ajedrez hasta llegar hasta ellos. Tapó los ojos de su marido y le susurró al oído —Adivina.

Henry le acarició las manos estremeciéndola. —Preciosa, te voy a manchar.

—Da igual. —Miró el cuadro y susurró —Soy yo. —Su imagen sentada ante la chimenea de espaldas mostraba demasiado que estaba desnuda bajo la sábana que la cubría. —Henry... Los niños...

—Rick debe aprender a pintar el cuerpo humano y te aseguro que lo hace mejor que yo. Ahora dime lo que tengo que adivinar. —La cogió por la cintura sentándola sobre sus rodillas y la besó en el cuello. —Condesa, ¿ha cambiado de perfume?

—No. Es que ahora huele de otra manera sobre mi piel. Más dulce. —

Se miraron a los ojos. —¿No te gusta?

—Es embriagador...

—¿No has notado algo distinto en mí?

—¿Que ahora sales más y que nos olvidas para pasar las tardes con tu hermana en el Circo?

—Están haciendo números maravillosos. ¿Me acompañarás al estreno de mañana con los niños?

—Por supuesto. Me muero por ver reír a la Reina.

—Se divertirá. June está haciendo un número especial para ella.

—Estoy seguro de que nos dejará con la boca abierta. Volviendo al tema...

—¡Voy a salir a escena! —Sus ojos brillaron de felicidad. —Por eso he faltado durante semanas varias horas por las tardes. June quiere que salgamos juntas y hemos practicado una y otra vez.

Su marido perdió la sonrisa. —Perdona, ¿qué has dicho?

—Me hace una ilusión... Voy a actuar con la Princesa del circo.

—Cielo...

—Es maravilloso, nos subimos al trapecio y nos tiramos una sobre la otra en un número peligrosísimo. —Su marido palideció. —En un momento ella me coge por el tobillo y me lanza al otro trapecio...

—¡Ni hablar! —Se levantó haciendo que su esposa cayera al suelo protestando. —¿Me oyes? ¡Ni hablar! ¡No te vas a acercar a ese trapecio!

¡Antes te encierro de por vida!

Los niños les miraban con los ojos como platos mientras seguía despotricando. —¿Es que estás loca? ¡Estás en estado!

Parpadeó sorprendida. —¿Lo sabes?

—¡Claro que lo sé! ¡Eres mi mujer! ¡Esperaba que me dieras la

sorpresa, pero viendo cómo van los hechos, he decidido intervenir! —Paseó de un lado a otro. —¡Y has estado practicando cuando yo creía que solo ibas a

mirar! ¡Decidido, no saldrás más de casa sola!

—¿Crees que al Conde y al Duque les molestará que las chicas

participen? —preguntó con inocencia—. También están muy ilusionadas.

La miró con horror y Corianne no lo soportó más. Se echó a reír a

carcajadas. Henry parpadeó antes de mirar a los niños, que se encogieron de

hombros. Corianne se echó a reír más fuerte y su marido se acercó a ella poniendo las manos en la cintura. —¿Era mentira?

—June nunca dejaría que me acercara al trapecio ni a cien metros. —Se echó a reír más fuerte apretándose el vientre. —Has puesto una cara...

—Mujer... —Se agachó y la cogió por la cintura levantándola.

—Dime que estás de los nervios, milord libertino. —Maliciosa acarició su cuello.

—Cada día más, preciosa. —La besó suavemente en los labios. —Cada día más.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que tiene entre sus éxitos

“Juramento de amor” o “Brujas (Valerie)”. Próximamente publicará
“Róbame

el corazón” y “Protégeme”.

Si quieres conocer todas sus obras publicadas en formato Kindle, sólo
tienes que escribir su nombre en el buscador de Amazon. Tienes más de
noventa para elegir.

También puedes seguir sus novedades a través de Facebook.